

ROBERTO ALHAMBRA

# LA ALIANZA DE LOS TRES SOLES

LIBRO 3  
UN BRILLO DE  
LUZ NEGRA

ILARIÓN

# Índice de contenidos

- [Made with byeink](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 22](#)
- [First chapter](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)

- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)

- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)

Made with

byeink



A mi familia: a mi hermana Marta, a mi padre Luis y a mis tíos y primos. Mi tía Cristina es siempre mi lectora más entregada. Y a Raquel, por estos ocho años juntos.

A mis amigos, a todos. Y a los jugadores de esta partida de RuneQuest en particular: a Ore, a Ran, a Delia, a Iván, a Ernesto, a Mayte. A los que se unieron más tarde: a Javivi, a Pedro, a Joseph, a Monda y a Isaac.

A la gente que me enseña día a día que esto de los juegos de rol es un universo gigante, más allá de RuneQuest. A los maeses de la SGRI madrileña. Y a su versión gallega de Cthulhu á Feira.

A los que me ayudaron a comprender

Glorantha un poquito mejor. A la lista de correo de Glorantha hispana por su entrega con esta obra. Y me ayudaron a corregir los textos. A David Gran Orco, a Alicia, a Vadelino, a Danfive, a Carlos de la Cruz y a Xavier Llobet. A Capdemunt, a Athal Bert, a Escorpión, a Gon Dilvish y a Rubén Navarro.

Y por supuesto, al señor Greg Staford.

Tercera y última parte de esta odisea que ha sido La Alianza de los Tres Soles. El viaje ha terminado. Y como en todos los viajes los sentimientos son encontrados. Pero sobre todos prima la satisfacción por el trabajo concluido.

Este volumen sigue sin ser una novela al uso. Lo que aquí se cuenta es el final de una larga campaña de rol. Por eso no todo lo que ocurre surgió de mi imaginario. Los jugadores pusieron mucho de su parte.

Creo que el próximo párrafo sólo interesará a los jugadores de rol.

Muchos ya sabéis que la trama principal se articuló en torno a una campaña de RuneQuest 3 de Joc International, y que,



en muchos momentos, coqueteó con el RuneQuest de Mongoose. En este tercer volumen aparece otro hilo argumental. Esta nueva trama surge de una campaña de cinco sesiones jugando a HeroQuest de Edge, el sucesor natural de RuneQuest, creado por Greg Stafford para Glorantha.

Un brillo de luz negra.

Desde que existe el mundo, el cambio de una edad a otra viene marcado por una guerra de proporciones apocalípticas.

La Guerra de los Dioses terminó con la Primera Edad. La destrucción de los grandes imperios que gobernaban la Segunda Edad dio por concluida la siguiente etapa. La Guerra de los Héroes pondrá el punto y final a la Tercera Edad.

Para que una nueva era se desarrolle después de cada contienda, la diosa tejedora, Arachne Solara, debe hilvanar el Tiempo. Sin él, la vida de los mortales no tendría sentido.

El Tiempo es el tejido necesario para la vida.

Prefacio volumen III. Un brillo de luz negra.

La columna de humo anunciaba que una gran hoguera ardía en el interior de Murallas Blancas. El último bastión de los fieles de Orlanth había caído frente a los ejércitos imperiales de la Luna Roja. El humo oscurecía el cielo sobre la ciudad. El sol era una anaranjada mancha brumosa. El nauseabundo aroma de la carne quemada daba la bienvenida a las tropas sitiadoras. Y despedía el éxodo de los perdedores.

Una criatura sobrevolaba la ciudad. El ser, que planeaba sobre dos magníficas alas emplumadas, descendió hacia los bosques cercanos.

Los orlanthis huidos de Murallas Blancas lo habían avistado durante su huída. Debían encontrarlo. La Runa del Viento era muy intensa en el ser. Aquel enviado de Humakt poseía los secretos para forjar de nuevo a *Hu*, La Espada de la Muerte, el arma con la que los orlanthis se liberarían del ejército invasor.

Las profecías hablaban de él como una bendición, pero omitían que el Hijo del Viento extendería la Esencia de la Muerte. Aquel ser alado resultaría un ángel exterminador que sembraría de Muerte el mundo. Sería el principio y el final de la Guerra de los Héroes. Era la personificación de Muerte. La peste y las fiebres que extendería harían el

resto. Purgarían cuanto de vida quedaba en aquellas tierras del Paso del Dragón.

La Muerte lo igualaría todo para darle una nueva oportunidad a la vida.

Igual que en la edad anterior, la segunda, durante las Guerras Matadragones.

Cuando las tropas lunares entraron en Murallas Blancas no encontraron oposición alguna, sólo una pira humeante con siete cadáveres orlanthis carbonizados. El resto de defensores había huido.

Los invasores lunares no tardaron en contagiarse de la plaga extendida por el Hijo del Viento. El sitio de Murallas Blancas había terminado.

*Las Guerras de los Héroes empezarán con la llegada de dos nacidos: el hijo de un dios y el hijo de un demonio, el hijo de la luz y el hijo del fuego.*

Los sacerdotes yelmalitas llevaban cerca de treinta años buscando a los señalados entre todos los recién nacidos. No habían tenido éxito.

## Capítulo I. «Cráteros Rey»

*De cómo lo que empezó cual  
celebración acabó siendo llanto.*

*El pueblo de Edesia se  
arremolinaba con entusiasmo  
alrededor del nuevo rey.*

—¡Arrodillaos ante Cráteros I de Edesia, hijo de Hiraclís, El de la voz brillante y la Lanza del Sol! ¡Estandarte de Yelmalio y Adalid de la Luz y la Verdad! ¡Alabado sea el nuevo rey!

Estas fueron las palabras con las que Aristarcos concluyó la austera ceremonia en honor a Cráteros I de Edesia. Austera incluso para una polis

pequeña y aislada en una remota isla apartada del continente, perdida en aquel océano colmado de nieblas perpetuas conocido como Kahar.

La coronación del nuevo rey no era la primera de las prioridades y los juegos y celebraciones en honor al nuevo monarca quedaron pospuestos.

Quirísofos fue el primero en clavar la rodilla en el suelo. Golpeó su lanza contra su escudo. Gritó tres salvas en honor del nuevo regente que fueron seguidas por toda la guardia de lanceros. Quien fuera asistente en la batalla del general Hiraclís ahora veía cómo su primogénito era encumbrado al trono de la polis que habían levantado



con sus propias manos. Pero no había ojos que brillaran más que los de Aristarcos y Jenofonte; ellos, que habían sido compañeros de expedición, que habían luchado escudo con escudo en cientos de batallas y que habían visto nacer, crecer, y ahora coronarse rey, al hijo de Hiraclís.

La regencia de Cráteros sólo duraría un único año debido a que ésta era asumida mientras su hermano, Brito, concluía el periodo de formación militar obligatoria como lancero de Yelmalio; después, el trono quedaría en sus manos.

Un asunto más primordial que la investidura real requería de todos los esfuerzos de los presentes en la sala de

audiencias.

—Debemos preparar la búsqueda, en privado —anunció Aristarcos—. Después habrá tiempo para festejar la llegada del nuevo rey.

—Y organizaremos unos juegos en honor al regente —afirmó Jenofonte—. En honor a ti, Cráteros I de Edesia.

—Sí, pero eso será después de acabar con la búsqueda —contestó el nuevo rey— y de encontrar el cadáver insepulto de mi padre. Sólo entonces habrá tiempo para las competiciones de jabalina, de lucha y para el juego de *escudo-derribo*.

Había demasiada gente arremolinada en

torno al atrio descubierto. Todos los buscadores, así como las personas más ilustres de la polis de Edesia, fueron conducidos a una estancia contigua a la sala de audiencias.

Los espectadores quedaron decepcionados por la brevedad de la ceremonia de coronación de Cráteros I. Aún en la plaza pública el monarca se dirigió animoso a Jan Paolo:

—Querido cónsul —exclamó sonriente—, ¡qué buena nueva resulta su presencia entre nosotros! Cuando tengamos tiempo me gustaría saber los pormenores de su viaje. ¿Cómo ha logrado cruzar Kahar? Estoy ansioso por saber cómo ha conseguido llegar hasta

aquí. Lo cierto es que siempre tuve la certeza de que nos volveríamos a encontrar.

—Yo tampoco tuve la menor duda —contestó el antiguo cónsul lunar sin levantar la mirada del grupo de mujeres que había venido con él—, aunque el viaje no resultó tarea fácil. No lo digo por mí, sino por ellas. ¿No se han enamorado sus ojos de mis concubinas? Son preciosas, y muy delicadas. Si quiere alguna sólo ha de pedírmela.

Jan Paolo se cogió del brazo de la que se hacía llamar Tesa.

—A mí sí que me gustaría escuchar la narración de su viaje. —La

voz Shen se alzó a espaldas de ambos. Para Jan Paolo fue como una espinita clavada. Un pellizco. La aldryani se acercó mirando con suspicacia los taimados ojos del cónsul—: A mí sí me gustaría saber cómo conseguiste atravesar las estepas de los Yermos, el reino de los Caras Amarillas, la Niebla de Kahar... Pero lo que más me intriga es saber por qué abandonaste la expedición antes de atravesar Shan-Shan. ¿Qué argucia planeabas? No me fío de quien abandona a sus compañeros.

—Gracias, mi loada Reina de los Jardines, no recordaba que me considerases parte de tus compañeros. Yo también te he echado de menos —

Jan Paolo se quitó los guantes de cuero negro. En las manos no quedaba rastro de su antigua y hedionda herida. Tessa sonreía a su lado. Jan Paolo susurró al oído de Shen—: No te sulfures, querida, o acabarás reseca. ¿Acaso no te han regado hoy? Voy a serte muy franco. Posiblemente, un hombre fanático e inicuo como yo, que represento al Imperio de la Luna Roja, enemigo de tu pueblo, que además engaño a los débiles y siembro la maldad en sus huertos, ¡y que talo árboles, no lo olvides! ¿Podría haber atravesado un bosque lleno de desconfiados elfos? Ambos sabemos que nunca se me hubiera permitido atravesar la cordillera de Shan-Shan a través del paso vigilado por los tuyos.

Me detestas tanto como yo a ti. Pensé que para atravesar las montañas habría otras rutas mucho más seguras para mí, pequeña berza replantada. ¿He sido sincero? Dejemos aquí las hostilidades. En Occidente, las batallas son ya lo bastante cruentas por el dominio de los bosques.

Jan Paolo levantó una ceja mientras que una sonrisa se dibujó en sus finos labios.

—Sí —confirmó Shen apartándose del cónsul—, dejémoslo aquí.

—No es momento de riñas —Cráteros agarro por el brazo al antiguo cónsul.

—Muchas gracias por preocuparte, verdecita florecita, pero

creo que no soy una causa por la que debas irritarte. —Jan Paolo se dio media vuelta—. Su Majestad, ¿no deberíamos entrar en la reunión? Demasiado sol en la sesera puede resultar peligroso.

Cráteros elevó la voz para que Shen le escuchase—: Estamos a un paso de consumir nuestra meta, y de encontrar a mi padre. Hablaremos más tarde sobre el viaje de maese Jan Paolo.

—Pero nadie se da cuenta que...  
—musitó Shen para sus adentros.

En el interior de la sala destinada a la reunión el Rey fue el primero en intervenir cuando todo el mundo había



tomado asiento.

—¿Cómo conseguir el primero de los Soles? —preguntó Cráteros, sentado entre Aristarcos y Jenofonte.

—La leyenda dice que Yelmalio apareció sobre la montaña que se alza en medio de los pastizales portando *La Ayuda que se da*, el primero de los Soles, para salvar la vida de la primera Niña Joya, pariente de Yun—Xu — contestó el senescal Aristarcos.

—Pues si dejó el Sol allí arriba escalaremos la montaña y lo cogeremos. Lo traeremos hasta aquí junto al cadáver de mi padre. ¡No puedo creer que después de veinte años no lo hayáis podido encontrar!

—Majestad —intervino Jenofonte—. Sabemos que Yelmalio llevó *La Ayuda que se da* a la cumbre de la montaña, pero cuando nuestra expedición llegó hasta allí no pudimos encontrar nada. No supimos qué forma tenía ni dónde reposaba.

—Me niego a creer que, una vez arriba, nadie fuera capaz de hallar una reliquia semejante.

—Después de tanto tiempo pienso que quizá los Tres Soles no sean objetos físicos —contestó Jenofonte—, nada que se pueda agarrar, nada que se pueda ver. No sé qué serán, pero los Tres Soles no son algo que te puedas llevar a casa metido dentro de un zurrón, ¡eso seguro!

Los Tres Soles de Yelmalio son las *Tres Ayudas* que nuestro dios aportó al Pacto Divino, como hicieron el resto de deidades para que la diosa tejedora, Arachne Solara, hilvanara la Red Cósmica con la que los dioses antiguos unieron el desmembramiento producido por el Caos. Quizá sólo fueran eso: la ayuda entre dioses. No sé qué forma tienen, pero sí sé que se usaron para formar el Pacto Divino.

—El Pacto Divino cerró las heridas abiertas entre el Gran Emperador Yelm y ese espíritu salvaje conocido entre los bárbaros con el nombre de Orlanth —intervino Aristarcos—. Si la Batalla Divina hubiese continuado, su desenlace hubiera sido la destrucción del universo

entero. Cuando la Gran Oscuridad invadió el mundo, Yelm entendió que el único camino para evitar la destrucción total era unir al resto de poderes, aunque fuesen espíritus bárbaros, deidades de luz o de oscuridad, amigos o enemigos. Yelm se apiadó de todos. Nuestros dioses mostraron su misericordia y magnificencia al aliarse y luchar junto a deidades menores, gobernándolas en la batalla e iluminando el camino en contra del Caos. Después se retiraron tras firmar el Pacto Divino, dejando la faz del mundo para los hombres, los elfos y los dragonuts.

—¿Cómo sellaron el Pacto Divino usando los Tres Soles? —preguntó el Rey.

—Cada dios aportó un retal para que Arachne Solara pudiera tejer la Red del Pacto —respondió Jenofonte—. Yelmalio concedió el hilo más dorado de todos. Una trenza formada por los Tres Soles, o «*Tres Ayudas*» como se nombraron en un principio. *Tres Ayudas. La Ayuda que se da, La Ayuda que se recibe y La Ayuda que no se espera.* Eso es lo que nosotros vinimos a buscar aquí: las *Tres Ayudas*, para que Arachne Solara siga tejiendo la Red y contenga al Caos en su interior.

—¿Entonces no son tres armas con las que Yelmalio combatió? —Cráteros frunció el ceño y apretó los labios.

—Sinceramente —contestó Jenofonte—

no sé cómo son, ni si aún están ahí arriba. Pero sé que para invocar su poder es necesario un catalizador: una Niña Joya. Nuestra expedición fracasó con la muerte de tu padre y de nuestra Niña Joya. Cuando ambos murieron, nuestras esperanzas de conseguir *La Ayuda que se da* se esfumaron. Al traer a una descendiente de la Niña Joya habéis traído una nueva oportunidad de invocar el primer Sol. Escuchad cómo lo haremos.

Y Jenofonte se tomó un respiro sorbiendo ruidosamente un trago de agua.

»Hace siglos esta isla era un trozo de roca pegado al continente, una península

en el imperio que hoy se conoce como Kralorela. La provincia era gobernada por un exarca mandarín que no podía tener descendencia. El siervo del Emperador Dragón cayó bajo el influjo de una falsa dragona que en realidad era una diablesa de las profundidades de Kahar. La diablesa prometió al gobernador que le daría la anhelada descendencia que los hados le habían negado. El gobernador dejó de obedecer los mandatos de su señor, el Emperador Dragón, absorbido por los encantos de la diablesa y convirtiéndose a sí mismo en un demonio. Pero la diablesa quería otro compromiso: solamente los hijos varones de la pareja sobrevivirían. Para perpetuar la nueva dinastía todas las

hembras debían morir. La diablesa quería ser, por y para siempre, la más bella de entre todas las mujeres de la provincia.

»El Emperador Dragón que gobernaba entonces Kralorela, muchos años faltaban aún para ver el mandato del joven Godunya, quiso anular semejante matrimonio y desterrar a la maligna dragona emergida de Kahar. Para entonces el gobernador de la provincia ya no respondía ante nadie más que su esposa. El Emperador Dragón ordenó a su súbdito que se realizara un ritual de *Utuma* para purificar su alma. Para demostrar que era un verdadero dragón. El gobernador se negó enfureciendo al Emperador. La provincia entera tembló



cuando el matrimonio se enfrentó a su ira. La tierra que unía la provincia al continente quedó sumergida bajo las aguas de Kahar convirtiendo la provincia en ínsula. Sus gentes quedaron malditas y sus tierras desoladas y anegadas bajo las aguas. El terremoto estremeció la isla y la separó del continente adentrándola en Kahar como si de una embarcación a la deriva se tratara.

»La diabla invocó mil monstruos de las profundidades del Océano de la Niebla para destruir a la población fiel al Emperador. Éste, a su vez, invocó a sus aliados de occidente. Junto al Dragón Solar de Dara Happa aparecieron dos hijos del Sol, Yelmalio y Arco Dorado,

y el tío de ambos, Polaris. Encabezaban un gran ejército de brillantes lanceros. Además de sarissas y escudos el ejército dorado trajo el primero de los Tres Soles: *La Ayuda que se da*. Sobre él sellaron un pacto de amistad entre ambos pueblos.

»Durante aquella cruenta batalla, en el templo donde el gobernador debía sacrificar a sus hijas, una de las pequeñas fue rescatada por Yelmalio antes de ser asesinada. El hijo de Yelm evitó el aciago destino que esperaba a aquella niña y pidió al Emperador Dragón que buscara un escondite para ella, un lugar seguro. La niña fue entregada a una noble familia del continente al servicio del Emperador

Dragón: la familia Min–Tao, la familia de albaceas oficiales de la provincia de Wan–Zou.

»Hasta aquí la leyenda.

»Y aquí tenemos de nuevo en Isla Destino, o Isla Desterrada, a una joven descendiente de aquel linaje que quedó en Kralorela amparada por los Min–Tao. Me temo que su presencia aquí atraerá los espíritus del malvado gobernador y de su esposa. Esta niña hará que ambos espectros surjan de las profundidades de Kahar, como ocurrió hace veinte años cuando mataron a Hiraclís.

»Los dioses repiten sus actos una y otra vez. Es su forma de ser recordados. Es

también nuestra esperanza de atraer a Yelmalio junto con el primero de sus Soles.

El rostro del Rey se iluminó la expresión. Se levantó de un salto y se alejó de la mesa. A través de un tragaluz contempló una montaña que se elevaba única en medio de los pastos. En cuya cumbre se escondía el templo del antiguo gobernador de la isla.

—Entonces, ¿la diablesa emergerá de las aguas de Kahar atraída por la sangre de esta niña? —Cráteros se acercó a Yun-Xu.

—Como dice la profecía —contestó Jenofonte asintiendo con un leve meneo de cabeza—: la diablo exige la vida de

todas las descendientes de su sangre. Y como ocurrió en la antigüedad, Yelmalio aparecerá portando el primero de los Soles. Si repetimos los mismos desencadenantes, conseguiremos las mismas conclusiones.

—Debéis llevar hasta el templo de la cumbre a la pequeña Niña Joya — prosiguió Aristarcos—, pues fue allí donde dioses y demonios rivalizaron por ella. Allí encontrarás el cadáver insepulto de Hiraclís y, también allí, la Niña Joya invocará la piedad de Yelmalio y el primero de los Tres Soles.

—No puedo creer que estando tan cerca nadie tuviese el valor de traer a mi

padre en estos veinte años. —El Mariscal, ahora rey, miraba la montaña con gesto ceñudo.

—Allí arriba todavía mora el espíritu del gobernador —contestó Aristarcos—. Él fue quien acabó con la vida de tu padre. Y con la Niña Joya que vino en nuestra expedición. Es un espectro vil, malvado y muy poderoso, que cuenta con su despiadada esposa como aliada. De las partidas que hemos marchado desde entonces sólo nosotros hemos sobrevivido, y no fuimos pocos en intentarlo.

—¿Por qué esta vez será diferente? —A Shen le tembló el labio al alzar la voz entre tantos hombres—. ¿Por qué Yun—

Xu no acabará muerta como acabó la otra?

*¿Cómo osaba una elfa interrumpir a los hombres?*

Jenofonte, perturbado por la pregunta de la aldryani, se levantó de su asiento.

—La dragona emergerá de las aguas con la intención de asesinar a la Niña. La batalla será muy peligrosa. Debéis luchar con más fe de lo que lo hicimos nosotros. Quizá no todos regreséis de la cima. Si el hijo de Yelm escucha el requerimiento de la Niña Joya acudirá en su auxilio portando *La Ayuda que se da*. Los dioses siempre repiten sus actos para mantenerse en la memoria de los fieles.

»Marchad hasta el templo de la cumbre y rogad por el advenimiento de Yelmalio. Mientras tanto, nosotros prepararemos la ceremonia del segundo Sol.

—Siete semanas restan aún para la pascua yelmalita —continuó Aristarcos—. Y para entonces debemos haber conseguido el primero de los Soles. En ese día en el que conmemoramos la ascensión de Yelmalio a la *Cima del Mundo* recrearemos el momento en el que el hijo de Yelm obtuvo el segundo de los Soles, *La Ayuda que se recibe*, de manos de la diosa Aldrya. Para entonces debemos tener ya en nuestras manos de *La Ayuda que se da*.



—Pues dispongamos todo lo necesario para partir lo antes posible —afirmó Cráteros con la mirada puesta en el coloso de piedra—. Registraremos las ruinas del antiguo templo del gobernador hasta encontrar el cadáver de mi padre y rogaremos para que Yelmalio escuche nuestras plegarias. Necesitamos preparar la expedición lo antes posible.

—Así es, el templo se encuentra en la cumbre del Pico Solitario. El camino será largo y fatigoso —indicó Aristarcos.

—No viajaremos a pie por los pastizales —volvió Cráteros a sentarse en la mesa—, ni en carros o caravanas.

¿De cuántos halcones gigantes disponéis en la ciudad? Será más rápido y seguro hacerlo volando.

Jan Paolo no pudo evitar que una ladina sonrisa se dibujara en sus finos labios atrayendo la atención de Shen y de su congénere aldryani Zishla.

—¿Quién es ese ridículo chocarrero? —susurró la vronkali al oído de su compañera mreli.

—Es un hombre malo que envenena los pensamientos de Cráteros —contestó Shen con un murmullo—. Un vil sicario de la sanguinaria Luna Roja.

—Nunca oí hablar de semejante luna —contestó la vronkali—, pero si es enemiga del Bosque mataré a todos sus

esbirros.

—Temo que tenga a Cráteros embrujado; no sé por qué aún tolera su presencia.

—Majestad —levantó la voz Quirísofos, el jinete vigía de los halcones—, disponemos de media docena, pero sólo la mitad están adiestrados.

—Podemos montar por parejas para acompañar a Yun—Xu —interrumpió Shen, quien se ganó otra mirada de reproche de los yelmalitas.

—Yo llevaré conmigo a la Niña Joya —aseveró Cráteros.

—Y los demás, ¿cómo viajaremos? —preguntó Shen agarrando a Yun—Xu entre

sus brazos.

—Yo puedo guiar a otro de los halcones —contestó Quirísofos— y portar a un pasajero más en su grupa. Llevo tiempo adiestrando a los nativos conversos en la doma y monta de halcones. Algunos jóvenes son demasiado inexpertos para semejante vuelo, aunque hay un par de muchachos que...

—Gracias, Quirísofos —interrumpió Cráteros—, mi padre estaría orgulloso. El problema es que somos demasiados para tan pocas monturas. Elegiremos bien quién viajará hasta la montaña.

—Yo no montaré con un jinete inexperto —musitó categóricamente el taciturno *Susurro en la Bruma*, quien hasta

entonces había permanecido en silencio.

Todos los presentes se sobresaltaron al oír su voz; no era muy habitual escucharla. Hacía tiempo, posiblemente desde su onírica pesadilla a bordo del *Rompeolas del Sur*, que el intérprete dragonut no se manifestaba con tanto aplomo. Jan Paolo lo observaba con curiosidad desde su silencioso recoveco. Parece distinto... ¿Y ese comentario tan repentino? ¿A qué tiene miedo un alma inmortal? El cónsul no podía apartar su vista de la profunda e incomprensible mirada del dragonut, cuando el sargento de la guardia apostado en la entrada de la sala pidió permiso para interrumpir.

—Majestad, ruego su atención. Ha llegado a las puertas de la ciudad un viajero pidiendo audiencia. Le hubiésemos hecho esperar hasta que finalizaran, pero nos ha resultado prioritario. Se trata de un elfo extranjero que asegura haber recorrido un largo trecho desde el continente. Majestad, puedo asegurar que hace años que no se ven elfos en la isla.

Zishla levantó sus cejas musgosas y Shen abrió sin decir palabra.

—Hazlo pasar inmediatamente —  
concluyó el Rey.

El aldryani entró escoltado por dos jóvenes lanceros yelmalitas. Era robusto

para su raza. De piel acorchada, ojos glaucos y una tupida hojarasca marrón sobre la cabeza. Parecía muy seco y cansado, vestido con ropajes rasgados y polvorientos propios de un largo peregrinaje. Su rostro reflejaba el agotamiento de muchas millas. Sólo las aldryami, expectantes, lo identificaron como miembro de la etnia vronkali, y por tanto unido en parentesco con Zishla. Lo que cualquier humano sí podía identificar era la larga jabalina que, en manos de la guardia que lo escoltaba, fue depuesta a los pies del Rey. Aquella jabalina estaba marcada con las runas de la Luz y la Verdad, propias de la simbología solar. Aquel arma era un arma yelmalita. Como

Zishla, era un fanático del Calor de Halamalao.

Un pequeño ratón blanco asomaba por encima de su hombro.

El aldryani saludó marcialmente, como un soldado, como un lancero.

—Saludos, honorable huésped —habló en primer lugar el Rey—. Una visita del todo inesperada. ¿Qué hace un defensor de los bosques tan lejos de su hogar?

—*Halamalao kalosírthate*, saludos a los Hijos de la Luz. Mi nombre es Tascamarnon Girasol Vespertino —habló pausadamente, utilizando una mezcla de idioma comercial y aldryani—. Que la luz de Halamalao caliente vuestras raíces, *Na éise kalá*. Llevo



viajando desde...

En ese momento las fuerzas parecieron flaquearle y las piernas se le arquearon. Los dos soldados que lo escoltaban lo sujetaron por los brazos. El Rey habló —: Toma asiento y reposa. Por tu arma veo que eres un fiel soldado de Halamalao, como tu honorable pueblo llama al hijo del Yelm...

—Halamalao es la Luz que No Falla, el Calor Circundante, es parte de Aldrya. No es hijo de ningún otro dios. —La interrupción de Zishla resonó en la sala.

—Mis disculpas, no quería ofender vuestras creencias. Halamalao es, sin duda, la Luz que no falla y el Calor circundante.

La mirada de Zishla se volvió más conforme.

El recién llegado refrescó con agua sus labios resecos.

—Soy el último superviviente de mi expedición. Partimos en busca de una reliquia de la época donde nuestros pueblos combatieron al Caos unidos. Un enemigo común que de nuevo azota nuestras tierras con su maldad.

—¿Te refieres a los Tres Soles? — preguntó Cráteros impetuoso—. Si eres aliado, eres bienvenido.

El Mariscal quiso ofrecer garantía de sus palabras señalando a las aldryami con las que compartía mesa. El aldryani detuvo su mirada en el rostro de Shen.

—Una preciosa visión para mis cansados ojos.

—No es momento de cortejos —  
recriminó el Mariscal—. ¿Cómo has  
llegado hasta aquí? ¿Quién te envía?

—Al Consejo de los Ocho de Arstola  
llegó una misiva del Rey Inhumano del  
Ojo del Dragón. —La rata blanca se  
movía entre sus hombros con soltura—.  
En ella se apremiaba a los guerreros  
más fuertes de mi pueblo a encaminarse  
tras los pasos de una comitiva de  
buscadores que había partido desde el  
feudo dragonut. En la comitiva marchaba  
una aldryani, joven y desconocida, como  
única representante de mi pueblo. El  
Rey Inhumano de los dragonuts nos

instaba a localizar y unirnos a la comitiva, pues de acuerdo con la profecía, aldryami, dragones y humanos tendrían que entrelazarse en comunión con los Tres Soles Sagrados de Halamalao.

—¡Yo soy la aldryani que buscáis! Y no soy una desconocida. Ya he demostrado de sobra mi valía —espetó Shen.

—Nosotros somos lo que queda de la expedición que partió desde El Ojo del Dragón, al amparo del Rey Inhumano —aclaró Cráteros señalando al dragonut Susurro en la Bruma.

—Os he encontrado... —las palabras se trabaron en la garganta del aldryani—. Desde mi bosque partimos una comitiva

de Jardineros de Aldrya e Hijos de la Luz hasta el condado de nuestros aliados humanos en el Valle del Río de las Cunas.

Cráteros sabía que con Jardineros el aldryani se refería a sacerdotes.

—El Templo de la Cúpula Solar del Valle de las Cunas se levantó en honor a nuestro Señor, Yelmalio —intervino Jenofonte.

—El Señor de los Dragonuts nos obsequió con una copia del mapa que indicaba el lugar al que debíamos dirigirnos para encontrar a la expedición, para encontraros a vosotros —aseguró desplegando un mapa exacto al que Cráteros guardaba—. Decidimos

viajar en barco, pues atravesar el desierto de los Yermos y las tierras de ignotas de oriente resultaba mucho más peligroso. El mar es siempre aventurado y desconocido. Pero teníamos que elegir, y lo preferíamos al desierto. Desde el Río de las Cunas viajamos en un bajel hasta su desembocadura, muy al sur, y desde allí proseguimos sin perder nunca de vista la costa rumbo a oriente, hasta que ocurrió la catástrofe.

—Cuando llegasteis a Kahar —intentó adivinar Cráteros, muy metido en su papel de regente.

—No, no fue en Kahar. —El aldryani meneó con la cabeza—. Apenas oteamos las costas de Kralorela el navío

zozobró. Antes, varios de los míos habían muerto envenenados a bordo, por lo que cruzamos acusaciones con los humanos junto a los que viajábamos. Para cuando encontramos el manuscrito del traidor, era demasiado tarde.

—¿Un manuscrito? —ahora fue Shen quien interrumpió.

—Eran instrucciones para un espía infiltrado en nuestro buque. ¡Ay de nosotros que desconfiamos de nuestros aliados humanos! El asesino envenenó a la mitad de la expedición y hundió la nave después.

—¿Quién remitía la carta? —inquirió Shen frenética—. ¿No sería enviada por alguien llamado Xvarnak?

—No, iba dirigida a un tal... Horacé, creo recordar. Le ordenaban acabar con todos a bordo. Y la firmaba algo llamado *La Palabra No Pronunciada*.

—¡Otra vez esos fantasmas! — rugió Cráteros poniéndose en pie. El monarca clavó sus ojos en el rostro del aldryani—. Y tú, ¿cómo sobreviviste?

—Gracias al calor de Halamalao y a la canción de Aldrya. Desde el bosque habíamos partido con varios halcones gigantes. Yo pude montar a mi querido Jonala antes de que la nave se hundiera. Volé hasta la costa mientras el barco ardía pasto de las llamas. El destino me condujo de isla en isla hasta



llegar aquí. Mi pobre halcón no pudo soportar tan largo viaje y murió presa del agotamiento en cuanto se posó sobre la arena de la playa.

El aldryani apretó los labios y respiró con profundidad, visiblemente apesadumbrado.

—¿Conoces la doma y la monta de halcones gigantes? —La curiosa mirada de Cráteros se había tornado levemente suspicaz.

—Sí. Halamalao nos otorgó el don de la monta. En estos momentos en los que los verdugos de la Luna Roja están tiñendo los bosques con la savia de nuestros seres queridos, los halcones gigantes nos permiten hostigar desde el aire a los

asesinos mucho antes de que lleguen al interior de nuestros bosques. —El aldryani puso un énfasis especial al pronunciar la palabra «nuestros»—. Formo parte de las brigadas de defensa aérea del perímetro exterior de Arstola. Confío en que el poder de Los Tres Soles nos conceda la fuerza necesaria para derrotar al Imperio Rojo. Sólo espero poder continuar con la búsqueda.

—Yo también espero que continúes con tu lucha —respondió un sonriente Jan Paolo saliendo de manera repentina desde su escondrijo tras las espaldas de Cráteros.

—¿Oíste lo que dijo? —Shen susurraba al oído de Zishla—. En su tierra, el

Imperio de la Luna Roja está asesinando y masacrando a nuestra gente.

—Yo me ocuparé de ellos —musitó Zishla clavando la mirada en Jan Paolo.

El cónsul lunar, quien había permanecido oculto y en silencio, se acercó al lado del nuevo rey y ejerciendo de consejero le habló al oído:

—No se lo tomes a mal —un brillo taimado iluminaba sus ojos saltones—, sus palabras son provocadas por la ignorancia. A fin de cuentas, su pueblo todavía no ha visto el verdadero camino para evitar el sufrimiento. Ya lo aprenderán, eso seguro, pero a mí no me molestan sus sandeces. Permítele que se

una a nosotros en la búsqueda.

Cráteros se volvió a levantar mientras Jan Paolo sonreía al recién llegado.

—Has viajado desde muy lejos siguiendo el mismo amanecer que nosotros. Nuestra búsqueda es la misma y nuestros pueblos han sido siempre aliados. Bienvenido a Edesia. Un jinete de halcones gigantes siempre será bien recibido.

—Será un placer —asintió mirando a Shen y a Zishla— compartir mi destino.

—Pues prepárate para ultimar la búsqueda —concluyó el Mariscal con un remarcado tono dubitativo—, nuestros dioses no necesitan fieles distraídos en los pecados de... ¿la carne?

Y con su manaza el humano apretó el hombro del sorprendido elfo. Los dedos del Rey, del Mariscal, se cerraron poderosos.

Se dieron dos días de plazo. Uno para preparar la expedición y decidir quién viajaría sobre los halcones gigantes, y otro para familiarizarse con las aves. Después partirían en dirección a la montaña, al lugar de aquella lejana confrontación entre dioses, espectros, y una dragona surgida de las profundidades de Kahar. En la cumbre encontrarían el templo del viejo gobernador y el cadáver insepulto del general Hiraclís.

Aquella noche transcurrió plácida. La guardia de lanceros se vio sorprendida en un par de ocasiones por los paseos nocturnos del consejero del Rey. Jan Paolo vagaba de un rincón a otro de la polis. La guardia sólo tuvo que mediar cuando encontraron al diplomático dentro de la casa de un nativo. Jan Paolo se excusó aclarando que buscaba una biblioteca. ¿Biblioteca? De nada con semejante nombre habían oído en aquella polis. No obstante, los guardias no se atrevieron a importunar el trasiego nocturno del consejero del Rey.

La prohibición de Aristarcos no se cumplió y tanto Jan Paolo como su

concubina, Tesa, se alojaron en el palacio. Por la mañana, el antiguo misionero despertó al monarca en sus propios aposentos.

—Mariscal —el cónsul lunar zarandeo moleestamente al rey—, hay un asunto que debe atender antes de designar quiénes seremos los elegidos para marchar hacia la cumbre de la montaña.

—¿Y qué asunto es ése que no puede aguardar a que un rey espabile? —preguntó Cráteros luchando por no separarse de su jergón.

—Majestad, es el mercader de meretrices llamado Écaroh. Se ha instalado en la polis y creo que, si una gran batalla nos espera, no es asunto

saludable tener a los lanceros rondándole la mercancía. Debemos tener un ejército preparado para las eventualidades. ¡Imagínese a toda la guardia con ladillas o gonorrea! ¡Esas puercas es lo que traen!

—¿Pero tú no viniste con ellas? — preguntó el Rey adormilado—. ¿No eran tuyas algunas de las esclavas que venían en la caravana?

—Ya no —Jan Paolo posó una mano sobre el hombro del monarca—. Y como regente, creo que es su deber velar por la castidad, la virtud y la corrección entre las tropas. ¿Me equivoco? ¿Yelmalio no es acaso un soldado puro y virtuoso?



—La razón y la sabiduría están contigo en todos tus consejos. Debo expulsar a ese pecaminoso esclavista antes de reunirnos con los otros buscadores y decidir quiénes viajaremos hasta la cumbre de la montaña.

—Mis consejos, mis conocimientos y mis poderes arcanos están a vuestra disposición. Sabe que no sólo deposito mi fe en la creciente Diosa de la Luna Roja. He leído mucho acerca de las fuerzas del lejano occidente. En el reino de Tanisor, por ejemplo, las cosas eran muy distintas a como nosotros las conocemos.

—Lo sé, amigo —corroboró Cráteros cubriéndose con un quitón, una toga de

lino blanco—. Tú siempre serás mis oídos, mis ojos y mi mano derecha.

Cráteros marchó, todavía temprano, encabezando un destacamento de lanceros. Ordenó al esclavista y a toda su caravana de prostitutas que abandonasen no la polis. Debían alejarse un mínimo de doce leguas de los muros. Écaroh el esclavista no rechistó lo más mínimo y dejó la polis de inmediato, mucho antes de que la pequeña ciudadela hubiese despertado.

Cuando Cráteros volvió a palacio, un búho blanco volaba sobre los muros de la polis y aterrizó en el alféizar de una ventana. Aguardó a que el Rey entrara y

después remontó de nuevo el vuelo alejándose por los vastos pastizales en dirección al noroeste, hacia el Pico Solitario.

Corrió la noticia de que la caravana de meretrices ya no estaba en la polis y se armó cierto revuelo. El Rey se dirigió a sus tropas esa misma mañana para hacer acopio de decencia, moralidad y decoro. Los mayores votos del paradigma yelmalita. Cráteros concluyó haciendo una llamada al rezo. Oración para amansar el alma. Zishla aprobó la iniciativa religiosa del Mariscal.

—Espero que no sea lo único que te guste de mí —galanteó Cráteros, quien aprovechaba cualquier oportunidad para

dirigirse a la aldryani.

—¿Es posible que un grupo mayor pueda viajar hasta la montaña? — preguntaba Shen abrazando a Yun-Xu en cuanto los buscadores se reunieron de nuevo—. Cuanto mayor sea nuestra fuerza más posibilidades tendremos de salir victoriosos.

—Por tierra tardaríamos diez días en llegar a la falda de la montaña —aclaró Jenofonte.

—No podemos retrasar tanto la expedición —negó rotundo Cráteros.

—Los halcones llegarán mucho más veloces —continuó Quirísofos—.

Además, una expedición por tierra, a pesar de ser más numerosa y fuerte en la batalla, tendría que escalar las paredes de la montaña. Los halcones son nuestra mejor baza.

—Pero es importante que Yun—Xu... — argumentaba Shen.

—No —interrumpió el Rey—, descartamos el camino por tierra. Aunque seamos menos, el trayecto a la cumbre lo haremos sobre la grupa de halcones gigantes.

—Calculo que la montaña tiene unos cuatrocientos cincuenta estadios de altura —agregó Jenofonte—. ¿Cuánto tardaría una tropa numerosa en escalarla? ¿Días? ¿Semanas? Eso por no

hablar del pájaro roc.

—¿Un pájaro roc? —exclamó Cráteros—. ¿Dónde? ¿En la montaña?

—El espíritu del gobernador permite que un gran roc more en la cúspide —afirmó Aristarcos.

—¿Estáis seguros de eso? —preguntó Cráteros—. Los roc desaparecieron.

—Un enorme roc ataca a todos los que intentan escalar la montaña —aseguró Quirísofos mordisqueando una manzana.

—Cuando abre las alas el resplandor de Yelm queda apagado por su sombra —Jenofonte gesticulaba como si contara un cuento para niños—; todo el cielo oscurecido, oculto a sus espaldas. Es la

criatura más grande que jamás vi, con permiso de los dragones auténticos a los que nunca he contemplado. Sus plumas son colosales, del tamaño de barcos de guerra; su pico... de un solo bocado puede tragar una manada entera de gamos. ¡Nos atacó la última vez que intentamos ascender la montaña! Volaba sobre la cumbre portando entre sus garras una cría de brontosaurio como si de una lombriz se tratara.

La mirada de Susurro en la Bruma regresó de su ausencia. Su piel oscureció.

—Brontosaurio —repitió el parco dragonut.

—Sí —afirmó Jenofonte creyendo que

el dragonut preguntaba—, son bestias enormes, muy comunes al noreste de la isla.

—Sin duda exageras. —Jan Paolo tenía un gesto displicente en el rostro.

—Jenofonte es dado a la exageración — Quirísofos apoyó los codos sobre la mesa—, pero esa maldita ave debe medir tanto como veinte dragonuts juntos, uno encima de otro. Y yo no exagero.

—Incluso así —Jan Paolo sonreía—, lo de cazar brontosaurios como si fueran lombrices...

—Puede que fuera una cría —admitió Jenofonte bajando la mirada.



—Creí que el ave roc estaba extinta —  
Cráteros elevó sus cejas—, pero lo mismo pensaba de las gorgonas medusas y encontramos una bestia semejante en Kralorela.

—El roc se alimenta mal si come carne de brontosaurio. —La voz del taciturno Susurro en la Bruma resonó hermética, imbuido en sus propios pensamientos.

—Después de veinte primaveras —  
insistió Shen—, ¿qué más da esperar otros diez amaneceres? Podemos viajar por tierra y, una vez en la falda, hacer varios viajes con los halcones hasta la cúspide. Debemos proteger a Yun—Xu por encima de todo. Es la semilla que hará germinar el árbol.

—Su presencia aquí acelera los acontecimientos —Aristarcos señaló con el dedo a la kralorí—. La Niña Joya hará que su ancestro, la dragona que reposa en el fondo del océano, resurja de las aguas. Antes de que intente arrasarse la polis, como antaño hiciera con el bosque de los elfos, tenemos que estar en la cima de la montaña.

—Atacó un bosque, atacó el Canto de la Madre Aldrya —Zishla apretaba su mandíbula—; deben ser destruidos sin compasión.

—Una caravana sería presa fácil para el roc —prosiguió Aristarcos—, y un campamento a las faldas de la montaña atraería su atención.

—No habrá caravana —afirmó Cráteros — sólo halcones. Los lanceros que se queden defenderán la ciudad por si la dragona marina atacara la polis invocando a los monstruos de Kahar.

—La dragona acudirá a la llamada del gobernador para matar a Yun-Xu — reprochó Shen al Mariscal—. Acudirá a la cumbre de la montaña, ¡no a tu ciudad!

—No dejaré mi ciudad desguarnecida —concluyó el Mariscal—. Yo viajaré en uno de los halcones con Yun-Xu. El más delgado de los muchachos que sea capaz de montar un halcón llevará al dragón no nacido sobre otro. El brazo del dragón nonato es el más fuerte de

entre todos nosotros, lo necesitaré para lo que nos espera en la cumbre de la montaña.

—No montaré con neófitos; sólo con duchos —sentenció Susurro en la Bruma con su voz sibilante y metálica. Sus escamas se habían vuelto púrpuras.

—¿No quieres arriesgarte a caer? —Jan Paolo se reclinó en su silla—. ¿Qué temes? ¿No sois inmortales los dragones nonatos?

—¡Te arrancaré la lengua si no callas! —rugió el dragonut silenciando el salón.

—Yo lo llevaré en mi halcón —intervino Quirísofos tímidamente, tras unos instantes de silencio—, si el Rey

me lo permite. Mi montura es la más grande y fuerte de la pajarera. Será capaz de transportarnos a ambos.

—Que así sea —aceptó el Rey.

—Entonces yo iré con Yun—Xu —intervino Shen—. Si un ave puede acarrear el peso de un dragonut, seguro que podrá con el nuestro. No nos separaremos.

—Lo siento, Shen —Cráteros bajó la mirada—, creo que tus artes y habilidades serán más útiles si permaneces en la ciudad. Deseo que colabores aquí, con las sanadoras.

El cónsul Jan Paolo no dejaba de asentir todo cuanto Cráteros dictaba, jugueteando con uno de sus guantes

negros. Sonreía junto a su concubina, Tesa, con la expresión de quien conoce de antemano las palabras que van a ser pronunciadas.

Shen lo atravesó con mirada de odio.

—¡No puedo creerlo! —estalló indignada—. ¡Seguro que ha sido este mentecato quien le ha sorbido el seso! ¡Yun—Xu me necesita! ¿Acaso no he demostrado ya mi coraje? ¿Por qué lo hace? ¿Por qué permite que esta vil serpiente envenene sus decisiones? Usted lo dijo hace tiempo: hombres, dragones y aldryami, todos juntos, todos unidos.

—Zishla será quien monte conmigo para salvaguardar a Yun—Xu —replicó el

Mariscal respirando con sobriedad—. Es una formidable guerrera.

—Pero... —comenzó a sollozar la aldryani— ella puede montar con... con Tascamarnon Girasol Vespertino. Él también sabe domar grandes aves.

—Yo estaré gustoso de llevar a la bellísima Shen Flor Perdida.

Las palabras del vronkali quedaron silenciadas. El bramido de Cráteros retumbó en las paredes de la sala.

—¡Basta ya! —gritó poniéndose en pie. A su lado, Jan Paolo no dejaba de asentir—. ¡Se hará como yo diga! Es mi deseo que Tascamarnon lleve a mi consejero, maese Jan Paolo. Necesitaré de su sabiduría y de sus artes. Ya no

habrá sitio para más viajeros. Queda finalizado el concilio.

Jan Paolo miraba complacido y sonriente la cara de disgusto y rabia de Shen. La aldryani entendió que la mueca de triunfo que el lunar exhibía iba dedicada a ella.

—Seguro que ha sido su culpa —musitó enojada—. Ese bastardo, hijo de un broo y una troll, me las pagará. No sé de qué manera, pero me las pagará.

—Shen, después de todo lo que has hecho ya, no quiero que te suceda nada —aseguró Cráteros aprovechando un instante que se encontraron en soledad.

—Sí..., estoy segura de que sólo piensa en mi seguridad.



—No me creas, pequeña, pero lo que digo es cierto. La misión que tenemos por delante está reservada a grandes guerreros.

La aldryani, herida en su orgullo, se dirigió a las afueras de la polis. Ni siquiera el tacto suave y fresco de la hierba sobre su piel pudo reconfortar su alma magullada.

Todo aquel día transcurrió entre el aprovisionamiento para la expedición, rezos y oraciones a los dioses protectores, visita al herrero, al saetero... y una instrucción concienzuda a lomos de las grandes aves.

Los buscadores pasaron gran parte del atardecer rogando a sus dioses. Uno a

uno fueron cayendo en los brazos del sueño. Sus cuerpos y sus mentes necesitaban reposar. Cráteros fue el último que dejó de velar sus armas. Sólo el rugido de las cigarras nocturnas, enfervorizadas por el calor, lo había acompañado durante toda su custodia.

Su descanso fue muy agitado. Le costaba conciliar el sueño. Se despertaba sudoroso.

El amanecer vino muy cálido, rendido al inclemente verano. Las cigarras seguían ahí. Cráteros se revolvía. Le dolía la cabeza. Entre vuelta y vuelta, el Rey dormitaba resoplando. Alguien entró en su dormitorio. «¿Y la guardia? ¿Dónde está la guardia?», pensó sorprendido. La

sombra se acercó a su lecho, pequeña, de curvaturas pronunciadas y figura grácil. Era el contorno de una elfa, ¿cuál de las dos sería? Cráteros no conseguía distinguir si aquel cuerpo ralo, que se desprendió diligente de la toga que vestía y se tendió sobre su lecho, era el de Zishla o el de Shen. ¿Qué elfa se abalanzaba sobre su corpachón desnudo? Algo más extraño le llamó la atención: ¿quién había plantado un limonero en el interior de su alcoba?

El Rey se sentía adormilado. Trató de frotarse los ojos, pero el cuerpo en penumbra le sujetó las manos y las llevó a sus senos. Como una amazona, la elfa montó a horcajadas sobre él. El Mariscal sintió pálpitos. Era ésta su

oportunidad de... Yelmalio le perdonaría este pecadillo, o quizá no, y lo castigaría por violar sus votos. Cráteros dudó en aquel instante turbulento: dejarse llevar por el terso y deseado cuerpo de la aldryani, caer en tan venial pecaminosidad, o guardar su voto de castidad con la firmeza que se le suponía. Fue un instante largo y de atávicas contradicciones mientras la elfa acercaba sus labios a los del Mariscal. Cráteros sabía que la duda formaba ya parte del pecado, ¿debía poner fin a aquello y cumplir a ojos de su dios, o entregarse por completo y disfrutar de una vez por todas de aquel anhelado cuerpo esperando el perdón divino? Otra duda lo asaltó conjuntamente,

¿quién era la caprichosa sombra a contraluz que había entrado en su sala? ¿Zishla o Shen? ¿Sería la primera buscando apagar su fogosidad? ¿O sería la segunda tratando de solventar su distanciamiento?

Cráteros se sintió atenazado.

¿Quién era la sombra?

Con sus manazas impidió el beso de la elfa y giró su cabeza para que el amanecer iluminara la misteriosa cara.

Sobre el alféizar de la ventana un búho de plumaje blanquecino observaba.

La sorpresa del Mariscal fue mayúscula.

Entre sus manos no sujetaba el rostro de ninguna de las dos elfas. Entre sus

manos sujetaba otro rostro familiar: el de la bruja kralorí que secuestró a la pequeña Yun–Xu en Kralorela. La misma bruja que desapareció, delante de sus ojos, cuando irrumpieron en la pagoda donde retenía a la hija de Li–Wan. La misma bruja que lo había visitado en muchos de sus sueños intentando seducirlo desde que pisaron la Tierra del Arroz... y la causa de numerosas poluciones nocturnas. Ahora ella era real.

—Hola de nuevo, mi guerrero —susurró la mujer de rostro oculto bajo una generosa capa de maquillaje. Los dos carrillos estaban sonrosados artificialmente con pintura carmesí. En lugar del lacio pelo suelto con el que lo

visitara en muchas noches pasadas, en esta ocasión lo llevaba recogido en un moño amarrado por dos palillos plateados. Sus uñas seguían siendo larguísimas y decoradas con llamativos colores.

—Tú y yo tenemos una cuenta pendiente —musitó lamiendo su oreja y clavándole las uñas en la espalda—. Ha llegado el momento de saldarla. Entrégate a mí y yo te daré los placeres más sublimes que ningún hombre haya disfrutado jamás.

La bellísima bruja kralorí era una gata en celo. Su esbelto cuerpo se acopló tendido sobre Cráteros, quien sintió cómo subía la temperatura de la estancia

y no precisamente como consecuencia de los calores del amanecer estival. La kralorí se soltó el cabello sacando los dos palillos de plata que sujetaban su moño: dos palillos plateados, alargados y puntiagudos.

—Conmigo puedes ser tú mismo. —La kralorí pasó su lengua por el cuello del acalorado hombretón—. Solos tú y yo al mando de nuestro imperio, mi general.

—Yo no soy general de nadie —Cráteros agarró con fuerza la cabeza de la bruja entre sus manazas—. Y ésta es la única cuenta pendiente que tengo contigo, bruja del infierno.

De un movimiento seco el Mariscal giró el cuello de la bruja. Cráteros escuchó



el quebrar de todas sus vértebras cervicales.

Con el sonido de los huesos titilantes resonando aún en sus tímpanos, el Mariscal abrió los ojos y se incorporó sobre su yacija. ¡Había sido otro sueño!

Estaba solo, sudoroso, y en su cámara no había rastro de la bruja kralorí. Una ligera brisa entró por la ventana y refrescó su piel empapada. Sobre el alféizar tampoco había ningún búho observando. Resopló, afortunadamente sólo había sido un sueño. Volvió a tenderse, aún jadeante. Ni siquiera había amanecido, aunque no faltaría mucho para que Yelm volviera a asomar sobre el horizonte dando por terminada la

noche. Aún tenía tiempo de descansar. El rocío vespertino refrescó el amanecer y Cráteros consiguió finalmente cerrar los ojos sin pesadillas ni desazones.

Cuando Quirísofos le despertó, el amanecer fue menos sobrecogedor que en la pesadilla con la bruja.

—Majestad, enjaezados, ensillados y dispuestos están los tres halcones gigantes.

—Muy bien, Quirísofos. Mi padre estaría orgulloso de ti. Él fue quien te trajo aquí y ahora será conmigo con quien termines la búsqueda de los Tres Soles.

—Gracias, Majestad. —Se cuadró marcialmente.

—Quirísofos, dime... —se dispuso a preguntar Cráteros mientras se levantaba y se cubría con un quitón—. ¿Cómo era mi padre? Tú lo conociste mejor que yo.

—Pues su padre, el General Hiraclís, era un hombre... —El yelmalita enmudeció. Observaba la espalda de Cráteros con el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo, Quirísofos?

Sobre la yacija había sangre sin coagular.

—Majestad, ¿está herido? Déjeme ver.

—¡Calor de Yelmalio! ¿Es mi sangre?

—Tiene la espalda arañada, ¿qué le ha pasado?

—Noto escozor, pero no recuerdo

haberme arañado durante la noche. Tuve un sueño extraño, pero fue sólo un sueño. Me arañé mientras... No creo, ¡fue sólo un sueño!

—Majestad, debería ir a la enfermería. Mandaré a una esclava a limpiar todo esto. Tenga cuidado, ha de saber que su padre también tenía sueños y por la mañana se levantaba rasguñado. Entonces era yo, su sirviente, quien le limpiaba la sangre.

—Mi padre... —Cráteros caminaba confuso hacia la enfermería.

Apenas habían terminado de limpiar los rasguños en la espalda de Cráteros cuando Shen irrumpió en la enfermería,

alterada como pocas veces la habían visto. Se dirigió al Mariscal tartamudeando y con el rostro compungido.

—¿Qué has hecho? ¿Cómo has sido capaz?

Y sin esperar respuesta se alejó despavorida.

Cráteros tragó saliva, no entendía nada aquella mañana. Ni la sangre en su yacija, ni la cólera de Shen. Sin esperar a que terminasen de vendarle, el soberano salió tras la aldryani.

Varios guardias correteaban presurosos en todas direcciones. En la entrada de los aposentos Cráteros encontró a un nervioso Quirísofos.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

—Majestad, alguien entró por la noche en palacio burlando la guardia. Hubo un asesinato. La guardia intenta encontrar alguna pista.

—¿Cómo es posible? ¿Un asesinato? ¿Aquí? ¿En palacio?

—Me temo que así ha sido. Acompañadme a las alcobas. Ha sucedido en el patio interior.

Un corrillo se hallaba arremolinado alrededor del cadáver.

En el patio interior se encontraba el curvilíneo cuerpo de la exuberante Zishla. Estaba tendida, desnuda,

ensangrentada por varios tajos y con la cabeza girada. Le habían partido el cuello de un modo grotesco. El cadáver parecía una broma macabra. Reposaba tendida junto al limonero que le daba cobijo durante la noche. La luminosidad de sus ojos se había apagado, el brillo verdoso de su piel parecía mustio y reseco, acorchado.

No quedaba una gota de vitalidad en aquel cuerpo.

Susurro en la Bruma reposaba al lado, impertérrito, mirando fijamente la escena. Como una estatua silenciosa, el rictus de su rostro no dejaba traslucir ningún sentimiento. Todo aquello le

resultaba familiar. El dragonut ya había visto esa escena. En un sueño. Había contemplado lo que ahora le traía la mañana. Con exactitud recordaba todos los detalles: el patio, el árbol de los limones, el cuerpo sin vida... ¿sería todo aquello producto de su obsesión por la mortalidad?

—Ha tenido que ser alguien realmente fuerte —dijo Jenofonte, arrodillado junto al cadáver—. Tiene el cuello triturado.

—¿Nadie ha visto nada? —inquirió Cráteros con tono hosco—. ¡Es imposible que nadie escuchara nada! ¡Alguien ha tenido que oír algo!



—Majestad —se adelantó Quirísofos—, hemos consultado centinela por centinela y nadie notó nada raro ayer por la noche. Quien lo hizo, fue muy sigiloso.

Una voz se escuchó desde detrás del tumulto. Visiblemente afectada apareció Shen, entre sollozos, a punto de derrumbarse.

—Los hombres traéis la violencia, quizá debería ir a sus dependencias, majestad, para comprobar si el filo de su espada está teñido de sangre aldryani.

—¿Pero cómo te atreves? —exclamó Aristarcos—. Te acogemos en nuestra casa, te damos nuestro calor, ¿e insultas a nuestro rey? ¡Guardias! ¡Prendedla!

—¡Dejadla! —contravino Cráteros la orden levantando una mano—. No la toquéis. Todos estamos muy alterados por lo sucedido. Durante todo el camino me ha sido fiel compañera y ahora no es ella, sino su ira, quien contra mí despotrica.

—¿Despotricar? —se recompuso la frágil aldryani—. Si no has sido tú, que ya enloqueciste en Kahar atacando como un monstruo a todo el que se cruzaba en tu camino, ¿qué otro ha podido cometer semejante atrocidad?

Susurro en la Bruma había vislumbrado aquel cadáver esa misma noche, en un sueño. Ahora lo contemplaba de nuevo.

Despierto. Zishla yacía sin vida. En el sueño el dragonut estaba solo, junto al cadáver, y percibía cómo el espíritu del bosque se escapaba de su cuerpo entre las heridas y la sangre verdosa. En el sueño dejaba tendida a la elfa y se levantaba buscando un culpable. Nadie más se encontraba allí.

Aquella mañana, el patio estaba lleno de gente. Susurro en la Bruma guardaba silencio observando las semejanzas.

—Ante Yelmalio juro por mi honor —  
Cráteros notaba la tensión en los músculos del cuello—, y por el de mi amado padre, que quien haya cometido semejante atrocidad pagará por ello.

Jenofonte, quedarás encargado de investigar el crimen. Ahora, los buscadores debemos emprender de inmediato nuestro viaje a la cima de la montaña. *La Ayuda que se da* nos está esperando. Quirísofos, ¿están los halcones dispuestos?

—Sí, mi señor.

En ese momento, y para sorpresa de todos, la pequeña Yun–Xu saltó por encima del cuerpo aún tendido de Zishla y sin ninguna dificultad, elevada por un soplido del viento, se encaramó en lo más alto del limonero. El Rey exclamó sorprendido:

—¿Pero qué haces? Baja de inmediato, debemos partir ya.

La niña kralorí negó con la cabeza y señaló a Shen.

—El espíritu del bosque tiene que venir. No sólo de la furia de los animales depende el destino.

—Ya he dicho que Shen no vendrá — aseguró el Rey con tozudez.

—Ella debe venir — insistió la kralorí con su voz infantil.

Susurro en la Bruma dio un paso al frente y de su garganta surgió un rugido, un trueno metálico que retumbó en las paredes del patio:

—¡Escucha al Dragón cuando habla! ¿Cuántas veces le has oído equivocarse? Cráteros lo recibió como un tortazo.

¿Por qué no permitía que Shen subiera a la cumbre de la montaña? Él mismo se hacía la pregunta y no sabía por qué había elegido esa respuesta. No había razón alguna. No sabía por qué, pero no veía la razón.

—De acuerdo, Shen ocupará el puesto de Zishla protegiendo a la niña. Partimos de inmediato. Jenofonte, tú te encargarás de interrogar a todo el palacio. Quiero que aparezca el culpable del crimen. Encárgate también de los sepelios. Nosotros debemos partir ahora mismo. No podemos perder más tiempo.

—Su cuerpo está todavía caliente — Shen señalaba a Zishla—. Merece un

entierro. Devolver su cuerpo a la siembra. Su alma nutrirá con fuerza a la madre de la cual brotó. Así lo hubiera querido ella.

—Un entierro con honores tendrá que esperar a nuestra vuelta —afirmó Cráteros.

—No lo puedo creer, ¿vas a dejar su cadáver sin sepultura? Antes de marchar debemos enterrarla. ¿Y si nunca volviéramos? Quedaría insepulta... como tu padre.

Una sombra de duda ensombreció el semblante del monarca.

—De acuerdo. Daremos sepultura a su cuerpo y marcharemos inmediatamente después.

—El espíritu de Zishla necesitará de alguien que lo guíe hacia el Jardín de Aldrya... —los ojos de Shen brillaban—. Hansharúlise es el único chamán aldryani que hay en la isla. Él hablará con el espíritu de Zishla y averiguará quién fue el asesino.

—No hay tiempo para esperar su llegada. —Cráteros resopló y se dirigió a Aristarcos—. Encontrad al druida elfo y traedlo. Facilitadle todo lo necesario para que realice su ceremonia. El espíritu de Zishla merece descansar en paz.

La ceremonia improvisada no fue extensa. El cadáver de Zishla se enterró



junto a su lanza, *Punzante*, en las inmediaciones de los escasos campos de cultivo que se abrían a ambos lados de la puerta principal de Edesia. Entre los elfos, la tradición yelmalita de quemar el cuerpo de sus muertos sobre sus escudos resultaba una abominación. El pueblo de Aldrya aborrecía cualquier ceremonia en la que el fuego fuera un elemento primordial.

Cráteros habló de gloria y de honor, de lucha y de victoria, de vida y de muerte. Habló del coraje que Zishla había demostrado durante el viaje. De una vida entregada a la Luz. De cómo fue una digna sirvienta de Yelmalio, al que los aldryami llamaban sin saberlo Halamalao.

Shen aseguró que su cuerpo nutriría la tierra y la vegetación crecería más fuerte y vigorosa a su alrededor. Zishla era una parte de Aldrya y de su cuerpo renacería el ciclo de la vida. Aldrya era la Dadora de Vida y era la Vida del Bosque en sí misma. Quizá no hubiesen sido las mejores compañeras de viaje, fueron muchas las rencillas entre ambas, pero la aldryani habló de amistad, de La Canción de Aldrya y del Calor de Halamalao, de cómo todos los seres vivos son necesarios para que el Bosque crezca sano y brioso... y habló de lo difícil que resultaba ser un aldryani en el violento mundo de los hombres.

Tras la ceremonia funeraria el aldryani recién llegado de nombre Tascamarnon

se acercó a Shen.

—¿A qué te referías cuando hablaste sobre la locura de los hombres? —El vronkali jugueteaba con su rata blanca entre las manos—. Es peligroso hablar así de nuestros anfitriones. Acusaste al rey de haber hecho daño antes. ¡Dijiste que enloqueció!

—Cráteros es un hombre —Shen respiraba con profundidad—, y como tal, tiene una naturaleza violenta que explota con rabia. Los hombres no son como los enanos o los trolls, pero no controlan al animal que son en realidad. Nunca tuvieron una Madre Bosque que les enseñara su Canción. Cráteros lleva una bestia. Debes ser precavido,

hermano vronkali. Los Tres Soles son necesarios para guardar el Bosque de la violencia humana. No deben quedarse en manos humanas, deben volver al Bosque.

—A mí me pareció sincera su preocupación por encontrar al asesino de Zishla —rebatía Tascamarnon. El ratón de blanco pelaje se le subió hasta el hombro.

—¿No te das cuenta de la prisa que tiene por marchar? Teme encontrarse con algo que se oculta a sí mismo. En Kahar despertó su bestia interior. Por eso deja a otros investigando la muerte de Zishla, por eso quiere que marchemos antes de que llegue el druida.

Las palabras de Cragaraña se repetían de una matriarca troll a otra:

*En los Últimos Días llegará un gran conflicto del que difícilmente escapará ningún habitante del Paso del Dragón.*

En la imagen turbia de la bola de cristal no se podía distinguir si Cragaraña, la Bruja de Fuego y Reina de los trolls de Dagori Inkarth, batallaría del lado del Rey Inhumano de los dragonuts o en su contra. Tampoco de qué lado estaría el Emperador Rojo del Imperio Lunar.

## Capítulo II. «El viajero, el albino y el hijo pródigo»

*De cómo una vida apacible puede cambiar por un capricho del destino.*

*El canto del ruiseñor es único e inimitable.*

El maravilloso piar de los ruiseñores era un armónico regalo para los oídos de quienes lo escuchaban. Era una melodía alegre y llena de vitalidad. Algunas ardillas saltaban entre las repobladas ramas de robles y castaños. Los abetos conservaban sus tupidas copas con forma de picudos conos perennes y erigidos hacia el cielo. El

bosque despertaba alegremente, ante el inminente cambio de ciclo, y presentaba un inmejorable aspecto. El río bajaba caudaloso. Las aguas del deshielo, rápidas y cristalinas, relucían. Los ruiseñores piaban con candor. El repicar de su canturreo se fusionaba en las orillas con la fugaz melodía de la corriente.

El bosque acogía con benevolencia el nuevo ciclo de la vida.

En aquel lugar del corazón de Sartar el río atravesaba el poblado de Río Fresco. No hacía tanto tiempo que aquella aldea orlanthi había sido la más importante del lugar. Su declive fue propiciado por la revuelta de 1613,

hacía ya siete años, cuando el Imperio Lunar instaló varios campamentos invadiendo los territorios orlanthis y adueñándose de las rutas comerciales. Aquella intrusión en la vida de los ganaderos y aldeanos orlanthis fue repelida con violencia. Pero los clanes quedaron incomunicados entre centurias lunares. Los invasores tuvieron además la osadía de traer la palabra de sus míseros dioses. Ofrecieron la conversión a los insultados orlanthis.

Antes de la invasión las ceremonias a Orlanth, Caudillo de los Dioses, eran el acto central de la festividad del equinoccio de verano. Hoy día esa ceremonia se tenía que esconder, dejando que otros dioses fueran los



adorados a plena luz del día; como los todavía tolerados por el Imperio Lunar, y nadie sabía por cuánto tiempo, Lhankor Mhy, señor del conocimiento, o Vinga, hija de Orlanth.

En aquella revuelta de 1613 uno de los pequeños clanes situados río arriba conocido como Trescuervos, fue prácticamente destruido por su ferviente oposición a los invasores. El ejército lunar dominaba una fuerza y una magia hasta entonces desconocidas en Sartar. En los años posteriores, los supervivientes de la matanza de Trescuervos trataron de recuperar los restos de su aldea haciendo gala de un ánimo incansable. Después de siete años malviviendo en el lodazal de la miseria

habían hecho resurgir los cimientos del clan.

Hoy día el clan Trescuervos, aunque pequeño y reducido, volvía a tener una cierta importancia en la zona. Había crecido como maleza en un jardín descuidado. Los hogares de madera habían sido reconstruidos, incluida la empalizada que antiguamente rodeaba la población. Tal día como hoy, y de acuerdo a su calendario, era el elegido para despedir a los primaverales espíritus que habían bendecido sus tierras de labranza y sus cosechas con una feria a la que acudirían los *thanes* y nobles de los otros clanes de la zona. Era el momento indicado para que los dirigentes de las diferentes familias

estrechasen sus lazos y alianzas, preparasen sus próximas incursiones, o incluso compartiesen el ganado saqueado a alguna tribu rival.

La aldea era un hervidero aquella mañana.

Pero ninguna otra cosa estaba siendo normal.

Si todo hubiera sido normal, después de los juegos de la mañana los miembros del clan hubieran compartido una comilona. Por la tarde habría sido el momento de las competiciones atléticas. En la más famosa, la del Queso de Ernalda, las muchachas en edad casadera se lanzarían a la carrera colina abajo en pos de un escurridizo queso de

cabra puesto a la fuga por la pendiente. La tradición decía que la primera que lo alcanzase sería una estupenda esposa, además de quedarse el queso. Por la noche hubieran cantado leyendas alrededor de las hogueras y los bardos y juglares hubiesen tocado sus instrumentos. Habrían cenado con glotonería. Después bailarían y beberían. Ya de madrugada se hubiese ofrecido una furtiva ceremonia a los dioses prohibidos tras la invasión del Imperio de la Luna Roja. Esta vez no sólo se hubiese rogado por mejores cosechas, cada vez más escasas y proclives a las plagas, sino que las plegarías hubiesen estado destinadas a apaciguar los seísmos, a pesar de que el

clan Trescuervos estaba acostumbrado a que la tierra se moviera bajo sus pies. El poblado se encontraba muy cercano al templo de Maran Gor, La que Hace Temblar la Tierra, entre las tres montañas donde se ubicaban los lechos de tres dragones auténticos que reposaban dormidos. Sin duda aquellos dragones debían estar más agitados de lo normal, pues los terremotos se habían vuelto demasiado violentos.

El mundo estaba cambiando.

Esa mañana nada había sido normal.

La mañana había empezado a torcerse durante el festival de las cometas.

Todos los años tres miembros del clan hacían volar tres cometas que simulaban

ser los tres cuervos que guiaban a los ancestros del clan hacia el Otro Lado. Pero este año uno de los cuervos pintados en las cometas se convirtió en un cuervo real, salió de la cometa por arte de brujería, rompió las cuerdas y volando se alejó de la aldea.

Aquello, sin duda, presagiaba un futuro cargado de mal fario.

En las afueras de la aldea un muchacho de mirada despierta trabajaba en la granja de su tío labrando, sembrando, cosechando... Era obediente y jamás cuestionaba las órdenes que le daba el hermano de su difunto padre, pues sabía que era por su bien y para que nunca

faltara pan en la mesa. En aquella mañana el muchacho de grandes ojos azulados tenía prisa por acabar la tarea. Su tío Athor le había enviado al bosque a recoger frutos rojos con un viejo carro de ruedas rechinantes, sin más tracción que la producida por la fuerza de sus propios brazos. La plaga de roedores que asolaba las tierras de labranza obligaba a los hortelanos a buscar viandas en el interior del bosque.

Temprano se puso en faena con la esperanza de regresar a la aldea antes del mediodía y poder participar en alguno de los juegos que divertían aquella mañana feriado, antes de los salmos previos a la comida del clan. Estaba ansioso por jugar a los huesos de

cereza. Le divertía aquel juego, y no era mal lanzador. Al empezar cada lanzador pedía un deseo, lo mantenía en secreto, después debía lanzar el hueso de cereza con la boca. El sobrino del granjero llevaba años pidiendo que se marcharan las tropas invasoras del Imperio de la Luna Roja. Sus lanzamientos eran cada vez más lejanos, lo que significaba que su deseo se aproximaba. Ya eran muchos años los que los invasores llevaban ocupando sus tierras. Él apenas conservaba recuerdos anteriores a la revuelta de 1613; entonces, apenas era un niño.

Aquel era un tema tabú en el clan y con su tío jamás lo hablaba.



Pero ese año, no obstante, otro deseo le hacía dudar. ¿Pediría valor para cortejar a la hija de un ganadero? Los bucles pelirrojos de la joven, Dorna, le fascinaban.

El muchacho, Roy, se disponía a volver cuando una ardilla le hizo detenerse delante de un abeto. Roy mordió una jugosa cereza que al estallar entre sus dientes tiñó sus labios de rojo. Respiró hondo, apuntó a la rama del abeto donde la ardilla arrastraba un pequeño fruto seco, y lanzó el hueso. El pequeño proyectil surcó el aire con velocidad. Una sonrisa de orgullo se dibujó en sus labios sanguinolentos. Su mirada se iluminó, pero para su decepción el hueso golpeó en la rama, bajo la ardilla.

El roedor escapó ocultándose en la copa del árbol. Roy se sintió decepcionado. Asió con fuerza las agarraderas de su carro repleto de fresones y cerezas y continuó por el sendero que cruzaba el bosque desde el pueblo de Río Fresco a la aldea del clan Trescuervos.

A lo lejos escuchó un ruido mucho mayor que el producido por la ardilla sobre las ramas del abeto. Un ruido de botas al marchar.

Un velado temor apareció en los ojos del chico. No pasa nada, se dijo. Siguiendo los surcos que las ruedas de su carro habían dejado en el sendero se aproximaba una patrulla con varios legionarios lunares. El joven orlanthi se

quedó paralizado por la mezcla de miedo y odio. Los legionarios marchaban férreamente pertrechados, armados de arriba abajo con armaduras de bronce y lanzas con la punta del mismo metal, exhibiendo presumidos sus escudos decorados con imágenes de su Diosa Roja sobre su murciélago endemoniado. La que luchaba por dominar el cielo contra Orlanth.

*La que abraza al Caos en todas sus formas.*

*Para todas las culturas antiguas como era el caso de la orlanthi, el Caos era el enemigo primigenio que había tratado de destruir el mundo en varias*

ocasiones. Generalmente al final de cada edad una gran guerra había llevado al mundo al borde del desastre, con la participación del Caos en alguna de sus formas. El Imperio Lunar, surgido durante esta tercera edad, planteaba que el Caos, como cualquier elemento que formaba parte del mundo, podía ser domesticado y usado como arma. Podría decirse que el Imperio Lunar tenía una óptica, una manera de entender el universo, que diferenciaba las distintas tonalidades de grises frente al blanco o negro, amigo o enemigo, de las mayorías de las civilizaciones gloranthanas.

—Eh, mocoso, ¿dónde llevas tantas fresas? Aún no he desayunado nada.

—No son fresas —contestó Roy frunciendo el ceño. Le sudaban las manos. Pensó que los soldados lunares eran unos verdaderos ignorantes y, sin poder evitarlo, desde lo más profundo de su ser, contestó con voz orgullosa—: Son fresones.

En el interior del bosque Anxo recogía los maderos y trozos de leña que aún se podían aprovechar. No era leñador, un hacha era mucho más de lo que jamás se pudo permitir, así que sobrevivía acumulando la madera que el bosque no quería. Era un paria, un marginado.

Desde niño, un murmullo le acompañaba en su camino: «maldito apestado», decían unos; «está embrujado, es hijo de un demonio», contestaban otros. Anxo, enclenque y canijo, había tenido que sobrevivir de la única manera que conocía, recogiendo ramas caídas que cambiaba en las aldeas cercanas por comida. Hijo de una madre desheredada, retoño de un embarazo repudiado por el resto de su clan. Su padre, hoy día, seguía siendo un misterio para él. Fantaseaba con ser fruto de la semilla de un príncipe o de un gran guerrero. Su madre le había confiado que su padre fue un ser celestial bajado del cielo, un espíritu del viento. Los supersticiosos y las viejas crédulas aseguraban que se

trataba de un demonio, de un súcubo u otro espíritu de la lujuria.

El pequeño Anxo nació tan pálido como un copo de nieve. Creció rechazado. Sobrevivió entre miseria, excluido, viviendo a ratos con forajidos, a ratos en soledad. Vivir en el bosque resultaba demasiado severo para un niño. Pero después de tantos años, estaba más que acostumbrado. Tampoco se encontraba a gusto en las aldeas donde la gente lo miraba con superstición debido al secreto de su origen y el color de su pelo, a la palidez de su piel y al gris nublado de sus ojos. Las madres apartaban a sus hijos cuando pasaba acarreando fardos de leña. Las viejas farfullaban entre dientes. El muchacho

de pelo blanco se veía abocado a vivir en la soledad del bosque. La miseria y la superstición son antagónicas de la caridad, eso lo había aprendido bien. Nadie regalaba nada y mucho menos a alguien como él.

Pero aún recordaba el día en el que *los hombres de la ropa roja* asesinaron a casi toda la aldea. Un día aparecieron, lo quemaron todo y jamás se marcharon. Su madre estaba mendigando comida. Él no pudo hacer nada. Ella lo defendió antes de morir. El pequeño albino huyó al interior del bosque.

En aquella mañana no paraban de picarle las ronchas de la espalda.

Llevaba suficientes maderos, quizá se



los cambiarían por algo que comer. Un tumulto parecía provenir del sendero. Dejó caer la leña al suelo. Dudó un instante y recogió de nuevo los dos troncos más gruesos. Primero, hizo uso de uno y se rascó las ronchas de la espalda. Después, sigiloso, se acercó al jaleo, oculto tras unos espesos matorrales.

Al otro lado había un muchacho al que había visto alguna vez en la aldea del clan Trescuervos. Estaba rodeado por una jauría de *hombres de la ropa roja*. Zarandeaban al chico mientras cogían del suelo algunas cerezas y se las comían o las arrojaban. Había un pequeño carro volcado. Por el suelo, desparramada, su carga de fruta rojiza.

El joven aldeano recibió otro empujón, otro insulto y una zancadilla que le hizo caer. Tenía los ojos enrojecidos. El aldeano se llevó una temblorosa mano a la bota. Los legionarios no cejaban en sus burlas. El campesino sacó una pequeña hoz con la que amenazó a los equipados soldados. Al chico le temblaba la mano. Intentó incorporarse esgrimiendo la herramienta destinada a la recogida del grano. La tropa de soldados restalló con una sonora carcajada. Lo volvieron a golpear usando el mástil de sus lanzas. Volvieron a arrojarle fresones y cerezas a la cara.

—Dejadme en paz o lo pagaréis —  
mugió el muchacho congestionado.

—¡Oh! ¡Qué miedo! Un paleta amenaza a las huestes del Glorioso Imperio.

—Sois unos cobardes, luchad de uno en uno.

—Nos está desafiando un bárbaro — continuaron las mofas—. Yo te ensañaré los modales de un ciudadano lunar.

El más grande de los legionarios golpeó con su lanza el suelo y se sacó el yelmo.

Desde el escondite que ofrecían los matorrales, al lado del sendero, Anxo, el apestado del pelo blanco, contemplaba inmóvil la escena. El resto de legionarios retrocedió para hacer un círculo entre los dos contendientes. El talón de uno de los soldados tropezó con una piedra. Se agachó y la tiró fuera del

camino. El soldado reparó entonces en la pira de ramas tras el matorral. A Anxo se le paró el corazón. El soldado se acercó con curiosidad. Los nudillos del albino se pusieron aún más blancos por la tensión con la que agarraba los palos. Pensó en salir huyendo, pero, sin saber muy bien por qué, saltó hacia delante. Desprevenido, el confiado *hombre de la ropa roja* no vio el ataque. Sendos maderos se partieron contra el cráneo del soldado que cayó al suelo cual muñeco de trapo. El resto de soldados se giró por el crujido de madera y huesos.

¡Un demonio blanco!

La diabólica aparición de pelo nevado

empotró otro trozo de madero contra la boca entreabierta de otro de los legionarios. Varios dientes crujieron y saltaron de las encías. La sangre salpicó el rostro del demonio. El joven granjero, aprovechando la inesperada aparición, clavó la punta de su hoz en la nuca del legionario que había aceptado su reto. Un borbotón de sangre salpicó sus manos. El legionario se desplomó a sus pies como un guiñapo. Quedaban dos soldados en pie. El albino parecía un animal salvaje, vestido con pieles sin curtir y bañado en la sangre de los legionarios. Tenía la cara manchada de sangre. Extrajo un largo puñal parecido a un cuchillo de carnicero, el machete con el que se abría paso entre la maleza

del bosque y arrancaba las ramas. Un animal salvaje. Un caníbal. Se relamió los labios con un gesto teatral. Uno de los soldados arrojó sus armas al suelo y retrocedió mirando horrorizado al «demonio blanco.» Se alejó saltando entre los setos. El último de los soldados se mantuvo firme entre los dos bárbaros —uno pelirrojo y otro albino— escondido tras su escudo con forma de media luna, aferrado a su lanza como báculo de salvación. Las manos le temblaban.

Unos instantes después la lanza reposaba en el suelo, abandonada a la carrera.

Roy miraba la escena paralizado. Era la primera vez que contemplaba algo así, era la primera vez que manchaba sus manos de sangre. El muchacho albino, el Apestado Blanco, se movía con rapidez entre los cadáveres. Recogió uno de los mantos rojos que arropaban a los soldados, se probó las alpargatas de esparto del otro, y se llevó las lanzas que habían caído al suelo. Roy seguía estupefacto, observándolo, sin poder decir palabra alguna. Estaba horrorizado. Le temblaban las manos. Lentamente se arrodilló junto al cuerpo del legionario que había aceptado su reto. Le arrancó el broche con forma de luna llena que cerraba su capuz. Se puso en pie sosteniendo entre las manos el

ensangrentado pasador con la forma rúnica de la Luna Roja. Levantó la vista y en el cielo de la mañana se encontró con la omnipotente Luna Roja, refulgente, aún más brillante que Elmal (nombre que los orlanthis daban al Sol). Le miraba desde el cielo. El Albino apareció a su lado, recogió uno de los escudos y sin cruzar palabra con el joven granjero volvió a desaparecer entre los matorrales. Roy intentó seguirlo, «¡espera!», pero tras los setos ya no quedaba nadie. De pronto, el muchacho recordó a los soldados supervivientes. ¡Tenía que volver rápidamente a la aldea y avisar a todos! ¿Y si los lunares enviaban un batallón de castigo a buscarlo?



Roy nunca corrió tan veloz, tan asustado y jadeante. ¿Y si sabían dónde vivía su tío y lo buscaban? La Luna Roja seguía sus pasos desde el cielo. Dejó el sendero y entre zarzas se dirigió a su granja. Llegó resoplando y enrojecido.

—¿Qué ha pasado Roy? ¿Por qué corres? ¿Dónde están las cerezas?

—Tío Athor —alcanzó a responder mostrando el ensangrentado broche y el filo de su hoz—, he matado a un hombre. Le he clavado la hoz en el cuello.

—¡Un soldado lunar! —Los ojos de su tío se abrieron de par en par—. ¿Pero cómo ha sido? ¡Vamos, rápido! A la aldea. El thane Asken tiene que saberlo.

Los dos labriegos, tío y sobrino,

salieron corriendo en dirección al centro de la aldea donde se celebraba la llegada del verano. Corrieron la milla y media que los separaba del lugar sin mirar atrás.

Roy había percibido algo más que miedo en la mirada de su tío.

En la aldea había una actividad bulliciosa. Ganaderos, buhoneros, labradores... Todos trabajaban laboriosamente para la hora de la comida. Los thanes del clan iban a invitar a un fastuoso manjar a los thanes de los clanes hermanos. Athor y Roy buscaban al thane Asken. El muchacho apenas podía hablar.

Una hortelana, devota de Esrola, les

indicó que todos los thanes habían subido para preparar las ceremonias a la colina sagrada del clan. Tal debía ser su estado de nervios que la propia hortelana y dos ganaderos amigos de su tío se ofrecieron para acompañarlos, preocupados por la expresión de angustia de Roy... y por las manchas de sangre de su capuz.

La pequeña comitiva inició presurosa el ascenso a la colina. El monte sagrado se hallaba tan sólo a media legua al nordeste de la aldea. Siete años atrás un gran círculo de piedra se erigía sobre ella como tributo a Orlanth. Se decía que fueron gigantes, y no humanos, quienes acarrearón las piedras. Hoy día, y tras el devastador paso del Imperio de

la Luna Roja, tan sólo cuatro dólmenes quedaban en pie.

Inesperadamente en mitad del sendero que subía a la colina, los orlanthis encontraron la figura pálida del niño albino conocido como el Apestado Blanco.

—Márchate de aquí, ¡no tengo tiempo para tu leña! —exclamó tío Athor.

—Pobrecillo, apenas es un niño —se compadeció la hortelana.

—¡Pero qué dices! ¡Está maldito! ¡Orlanth, aléjalo de nosotros!

El muchacho de piel blanca sacó de detrás de unos setos un yelmo y una espada corta pertenecientes a un

legionario lunar. Todos miraron sorprendidos. El albino arrojó a sus pies una capa rojiza y un broche con el símbolo rúnico de la Luna Roja. El tío de Roy miró angustiado a su sobrino.

—¿Son del soldado que mataste? — pregunto tío Athor.

Roy sintió sobre sí las miradas ceñudas de los acompañantes de su tío.

—No fue sólo un soldado. Me rodearon, me pegaron... y él me defendió. Si no hubiera sido por él, yo no estaría aquí.

La mano temblorosa de Roy señalaba al chico albino. Éste permanecía impertérrito, sin hacer mueca ni gesto alguno.

—¡Habéis puesto en peligro la aldea! —gritó tío Athor—. ¡No sabéis lo que habéis hecho! Vamos, rápido, hay que avisar a los thanes.

—¡Oh! ¡Lo arrasarán todo! —exclamó la hortelana.

Ascendieron a la colina sagrada de la *Tula* con el Albino y algunos de los objetos substraídos a los legionarios. Uno de los ganaderos se acercó a Roy y le habló al oído—: Has hecho lo que un hombre debe hacer. Tu padre se sentiría orgulloso.

La frase dejó perplejo al joven. ¿Su padre? ¿Por qué su padre? ¿No murió antes de la invasión? Un oso había acabado con la vida de su progenitor

mientras estaba cazando. Sus recuerdos eran confusos y se mezclaban desde la revuelta contra el Imperio Lunar y las matanzas posteriores.

Arriba, los thanes dialogaban con los venidos de clanes vecinos.

Numerosos milicianos, los ganaderos libres que en días como hoy cogían las armas, se arremolinaban en torno a ellos. Hablaban sobre la plaga de roedores y lo sucedido en el festival de las cometas.

Entre todo ese barullo nadie reparó en los recién llegados.

Roy reparó en Dorna, la preciosa joven de bucles rojizos y mirada pizpireta, se encontraba allí arriba. Una mirada

hubiera bastado para ruborizarlo, pero hoy no era el día. Lo ocurrido con la patrulla lunar no dejaba de repetirse en la mente del joven. Junto a la muchacha se encontraba otra figura desconocida. Un hombre grande y fuerte que se ocultaba casi completamente bajo una túnica polvorienta. Bajo la capucha a medio caer asomaba un inquietante rostro. No era inquietante por el cabello rasurado, contraviniendo el uso orlanthi de melenas sueltas. Ni por la larga perilla, similar a la de un chivo. Ni por las grandes y numerosas cicatrices. Tampoco lo era por las runas y símbolos religiosos que asomaban tatuados por su cuello y sus manos, cubriéndole hasta los nudillos, o la fina cenefa de runas



que le cruzaba el rostro sobre los pómulos y la nariz, de oreja a oreja. Lo más inquietante era la mirada pétrea de su único ojo. Un vigía ardiente, rocoso, en lo alto de un torreón. Un parche de piel le tapaba el otro. Bajo la raída túnica cenicienta, propia de un largo viaje, se adivinaba una pechera de cota de malla con una insignia, La Espada, propia de los fieles del dios de la guerra y la muerte: Humakt.

Roy tragó saliva y su nuez bailó en la garganta.

Los thanes discutían con el extraño sobre el percance de las cometas. Sobre cómo afectaría a la cosecha. Los thanesno se ponían de acuerdo. Tío

Athor sujetó a Roy antes de que llegara al círculo. Entornó los ojos mirando al extraño. Alguien lo llamó Elnor. Y su tío repitió—: Elnor, Elnor el Firme. No puede ser.

Roy no entendía nada hasta que otro thane, a continuación, lo llamó «*Lince*». Había escuchado alguna vez —y de otros mayores, nunca de su tío— la leyenda de los *Linces*.

Se decía que durante las revueltas de 1613 un grupo de cazadores, devotos del dios gato, Yinkin, mantuvieron en jaque a los batallones lunares guerrilleando entre montes, hostigando a grandes tropas en terrenos donde su inferioridad quedaba compensada gracias a su

conocimiento del terreno. Se decía que los *Linces* se volvían invisibles, que eran capaces de comunicarse con los animales, e incluso de cambiar de piel. Los ancianos decían que los cazadores de Yinkin aprendían el arte del subterfugio y del sigilo como auténticos felinos. Serían sólo cuentos, pero aquellos guerrilleros resistieron durante largo tiempo a la arrolladora fuerza lunar, más que ningún otro ejército. En la matanza de 1613 no sólo fueron masacrados los hombres; también los felinos, los gatos sombríos, los lince de cuatro patas.

Apenas quedaban gatos sombríos en aquellas colinas.

Todos los *Linces* humanos, no los animales, fueron exterminados. ¿Por qué le habían llamado así? Ni siquiera parecía un cazador fiel de Yinkin, sino más bien un Espada de Humakt.

El gigante tuerto escuchaba silencioso las palabras y los ruegos de los thanes en completo mutismo.

—La presencia de uno de los *Linces de Yinkin* hace posible que podamos invocar la ceremonia que durante estos siete años nos ha sido negada.

—Pero todos hemos visto lo que ha pasado con las cometas: un cuervo ha escapado. Ninguna ceremonia funcionará.

—La presencia de Elnor el Firme nos

trae esperanza. —El thaneAsken apuntaba con el dedo al gigante—. Él puede invocar el ritual de *Murni Yinkin*, el Ratonero, y por fin pondremos solución a la plaga de roedores que asola nuestros silos y hórreos. La hambruna se terminará. El Ratonero pondrá fin a las plagas.

Toda la atención estaba depositada sobre el extraño.

—Espero que la fe en *Hu*, La Espada, no te haya hecho renegar del dios de los gatos sombríos.

—No he olvidado a Yinkin, puedo invocar de nuevo al Ratonero. Pero fue la fe en *Hu*, La Espada, la que me ayudó a sobrevivir de donde vengo. En

agradecimiento a mi nuevo credo os pido que mi nombre no sea más el de Elnor; ése era el nombre del cazador, ahora soy otra persona.

—Dinos qué es necesario para invocar el ritual de *Murni Yinkin* Ratonero y lo tendrás a tu disposición.

—El chico.

Roy se atragantó. El gigante se había girado y le estaba señalando a él.

—¿El chico? ¿Ése chico? —el thane Asken estiró el cuello. Arrugó la nariz. Observó al atemorizado muchacho con gesto ceñudo—. ¿Qué llevas en las manos, muchacho? Acércate...

Sin decir palabra Roy levantó

tembloroso su hoz ensangrentada y el broche de iconografía lunar. Así permaneció un instante, en silencio, mostrando ambos abalorios. Nadie preguntó de dónde los había sacado: ambos objetos eran demasiado elocuentes.

El joven dio un paso hacia el centro del círculo de piedra

—Por tu herramienta ensangrentada me imagino que no has encontrado eso tirado en un camino. —El thane Asken entornó la mirada y se acercó al muchacho.

—He derramado la sangre de varios opresores. Ahora estoy dispuesto a derramar la mía. Lo que he provocado

va a tener consecuencias terribles para el clan. Estoy dispuesto a asumirlo.

El chico se abrió un surco en la palma de la mano con la hoz. Cerró el puño dejando resbalar varias gotas rojizas que cayeron sobre la hierba del monte sagrado. Entre la multitud se levantó un rumor.

—¿Qué ha pasado exactamente? ¿Cómo tienes una Luna Roja de metal?

—He matado a un legionario lunar, ¡he aquí el broche de su capa! Ahora vendrán a la aldea en busca de venganza. He provocado una masacre.

Multitud de voces se alzaron como una tormenta, mezcladas como las olas del mar. Un restallido de opiniones



encontradas. El thane Asken se dirigió al muchacho:

—¿Mataste a un soldado lunar?

—Encontré una patrulla cuando regresaba a la aldea de recoger fresones. Ellos tiraron mi carro, empezaron a insultarme, a golpearme...

—¡Maldita sea la Luna Roja! ¡La maldigo a ella y a todos sus esbirros! Si vienen por el chico... ¡hemos de luchar!

—Pero defender la aldea por la fuerza es una locura —se alzó otra voz—. ¡La diosa Ernalda mostró a Orlanth que hay más opciones cuando la fuerza no es suficiente!

—La violencia siempre es una opción.

—El chico ha hecho lo que debía.

Roy se señaló al muchacho albino, quien permanecía apartado, agarrando un yelmo ensangrentado entre las manos

—Sin su ayuda los lunares me... —Roy sollozó—... ¡No quiero que nadie muera por mi culpa! Huiré antes de que me encuentren. ¡Nunca me atraparán si me escondo en el bosque! Puedo dejar pistas falsas...

—¡No digas tonterías! ¡No quiero otro héroe en la familia! —exclamó su tío.

«¿Ha dicho otro? ¿Cómo que otro?»

La voz del Lince lo sacó de sus pensamientos:

—Los zapadores lunares terminarán por

apresarte. Hay una solución: yo puedo hacer que desaparezcáis los dos.

—¡Pero los soldados arrasarán toda la aldea! —protestó Roy.

—No os encontrarán aquí —concluyó el Lince.

El thane Asken fruncía el ceño. Su nuez se elevó al tragar saliva.

—¡Pero te has comprometido a iniciar el ritual de Yinkin Ratonero! La hambruna nos está matando. Nuestros campos están cada vez más...

—Los dos muchachos serán mis acompañantes para el rito. Y lo primero que haremos será abandonar la aldea. Estaremos de vuelta en una semana.

Thane Asken, cuide de mi sobrina.

La joven Dorna se abrazó al gigante con un reflejo de admiración rezumando en sus ojos.

«¡Dorna es sobrina del Lince!» Roy había oído que los padres de Dorna fueron asesinados durante la matanza de 1613. Eran héroes.

—Una semana es demasiado tiempo — protestó el thane Asken.

—La ceremonia empieza con el viaje iniciático de estos dos muchachos. Nos iremos del pueblo cuando caiga el sol y volveremos en una semana.

—¿Viaje iniciático? Yo ya no soy un niño — protestó Roy enseñando su hoz y

el broche—, he matado a un soldado, y volveré a hacerlo si hace falta.

—Para completar el rito de Yinkin Ratonero te hará falta algo más que valor y una hoz, muchacho. Eso es lo que vamos a buscar en el viaje. Preparaos para la expedición. Salimos al anochecer.

—Nuestro clan se llama Trescuervos —carraspeó un viejo barbudo vestido con ropas grises y conocido como Aureclépius— porque tres fueron los cuervos psicopompos que guiaron a Yinkin en su camino por el infierno buscando la ratonera de Velet Bolder, el dios roedor. Orlanth le pidió ayuda cuando las ratas comenzaron a vaciar el

granero de Esrola. Desde entonces, orlanthis y gatos sombríos vivimos en comunidad. Así pues, tres seréis los cuervos del clan que repetiréis la hazaña. ¡Qué la búsqueda comience!

—¡Pero sólo son dos cuervos! El albino no es miembro del clan. ¡Es hijo de un demonio! —protestó el thane Asken.

—Yo soy el cuervo psicopompo y decido quién viene conmigo. —La gutural voz del Lince no encontró ninguna objeción.

—Pues antes de iniciar el viaje hemos de consultar al oráculo de Sargadela —recordó el viejo Aureclépius.

Roy vio cómo Tío Athor apretaba los labios al escuchar el nombre de la

meiga.

—Sargadela es una bruja —protestó Asken alzando la voz.

—No blasfemes —espetó Aureclépius, molesto—. Sargadela no es una bruja sino una curandera. Ve el futuro y quita el mal de ojo, pero nunca ha hecho tratos con demonios. Sargadela es una *meiga*, una de las guardianas de los secretos de la tierra como en su día lo fue Asrelia, madre de Ernalda.

»Es quien mejor puede comunicarse con el *wyter* del clan, como Ginna Jar.

»Todos sabemos que Orlanth llevó consigo a Ginna Jar, cuando descendió a los infiernos, para que se comunicara con el *wyter*. ¿Llamarías bruja a Ginna

Jar?

*El wyter era el alma del clan, el espíritu de la comunidad, su poder canalizado. Era la fuerza mágica que une en comunión a los orlanthis. Había tantos wyter como clanes. Algunas veces se manifestaba de forma espiritual, otras, física. Pero siempre tenía una gran afinidad con videntes y curanderas.*

Arrojando a la preciosa Dorna entre sus enormes brazos, el Lince fue el primero en descender la colina hacia la cueva de la Sargadela. Roy encontró un instante con los ojos de la pelirroja. Sus pupilas



se hablaron. Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro del muchacho.

El juego de los huesos de cereza tendría que esperar otro año.

Anxo, el Albino, lo siguió rascando sin disimulo las ronchas de su espalda.

Un cuervo de negro plumaje graznó revoloteando cuando el último orlanthi abandonó la loma en dirección a la cueva de la meiga Sargadela.

El clan no tomaba ninguna decisión importante sin que alguno de sus thanes consultara al *wyter* por medio de la meiga. La cueva no se encontraba lejana, apenas a tres leguas entre un bosque

frondoso de espeso follaje. En la ladera de un monte próximo se hallaba la angosta y oscura entrada. Los orlanthis encendieron una antorcha antes de entrar. Al frente caminaba el thane Asken con el Lince y su sobrina. Un entrelazado de telarañas cubría el techo como la paja de una choza. El ruido de goteo era incesante. Un tapiz de plumas amortiguaba las pisadas, había infinidad diseminadas por el suelo, pegadas a enormes telarañas, solitarias y en racimos... plumas, muchas plumas de aves conocidas y desconocidas, negras, blancas y de colores variados.

—¡Apagad esa luz! ¡Que vengan sólo quienes deben venir! —clamó el estridente timbre de una mujer de voz

trémula pero exigente.

Los orlantis no dudaron un momento y apagaron la antorcha.

—Tomad una gallina como regalo para la Sargadela —ofreció el barbudo Aureclépius al Lince, entre resoplidos debido a la caminata.

El Lince hizo un gesto a los dos chavales para que lo siguieran.

La última mirada de su sobrina fue para el joven granjero que se perdía con su tío en aquel pozo negro.

Casi en completa penumbra las tres sombras avanzaron por la gruta. Decenas de plumas crujían bajo sus pies. Las telarañas se pegaban a sus

rostros. Al fondo titilaba una luz tenue, una vela. Junto a ella se encontraba acurrucada una anciana, una vieja decrépita y arrugada cuya sombra se proyectaba gigantesca sobre la pared. Los tres orlanthis se acercaron a la meiga y dejaron, frente a ella, la gallina.

—Venid y sentaos junto a esta pobre anciana, generosos. Puedo oleros, traéis el hedor de la juventud, de la vida..., y de la muerte.

Los hombres se acercaron hasta que pudieron contemplar su cara. Era completamente ciega. Dos diminutos globos blancos se hundían sin sentido en su rostro.

La anciana respiraba como un fuelle. De

pronto agarró un puñado de tierra con su arrugada mano y dejó extendido el brazo. Abrió el puño lentamente mostrando la tierra. El Lince se acercó y besó el puñado de arena. Lanzó una expeditiva mirada a los muchachos para que hicieran lo mismo. Entonces, la anciana habló:

—Venís en busca de la Sargadela por consejo, ¿no es así? Y traéis con vosotros una gallina. Bien. Nunca venís a ver a vuestra abuela y ahora queréis su consejo. Sois niños mal educados. Debéis más respeto a vuestros ancestros.

—Pretendo emprender el camino de Yinkin con estos dos muchachos. Vamos

a recrear el mito del Ratonero.

—¿Con estos dos? Recrear el camino de un dios no es tarea para niños. ¿Quiénes son los polluelos? Aún huelen a cascarón.

Roy notó la garganta seca. Sentía como le temblaban las piernas y las manos. Pero él no era un niño; ya había matado. Respiró hondo y dio un paso al frente.

—Mi nombre es Roy, señora, granjero libre del clan Trescuervos...

—No quiero que me digas tu nombre, idiota, sino que me digas quién eres. — La arrugada Sargadela cogió un morral de cuyo interior sacó el cuerpo muerto de una perdiz. Después, con sumo cuidado, extrajo una lechuza blanca de

enorme cabeza, y por último hizo lo propio con una negra urraca, la cual depositó entre los cuerpos de las otras dos aves.

—¿Quién eres, joven Roy?

El chico se quedó pensativo. La frente arrugada. Resoplando sin saber qué contestar. El muchacho albino, en cambio, no variaba el gesto de la cara.

¿Quién soy? ¿Una perdiz, una lechuza, una urraca? Soy el sobrino de un granjero, huérfano de madre por nacer inesperadamente en la huerta; y de padre, cuando un oso decidió ampliar su territorio. ¿Qué significan las aves?

El Lince se inclinó sobre el morral de la meiga y señaló la lechuza.

—Yo soy la lechuza, el ave sabia. He conocido miles de lugares y miles de personas, demasiadas. La lechuza es un ave nocturna, y en la noche aparecen las pesadillas..., de las que yo he visto muchas. Mi camino hasta aquí estuvo lleno de ellas.

Entonces la bruja se abalanzó sobre el cuerpo del ave muerta e hincando sus uñas, negras y largas como caparazones de cucarachas, arrancó de cuajo los ojos de la lechuza. Los globos oculares estallaron en su boca, masticados, entre saliva y densos humores amarillentos. El líquido resbaló por su barbilla.

—Ahora lo veo claro —farfulló mostrando la desagradable mezcla que



rebosaba entre sus labios—. *En la oscuridad busca la luz; quien contra ti se opone, te ayudará.*

Y con esta sentencia la bruja tragó. Eructando.

Roy sintió que su estómago se revolvía.

—Vamos —La voz del Lince retumbaba gélida—, ¿qué ave os representa?

—Yo soy la perdiz. —El granjero se sorprendió cuando escuchó al Albino—. Las perdices son idiotas. Nadie quiere ser una perdiz. Nadie quiere ser lo que yo soy.

—¿Eso es lo que piensas? —inquirió la meiga mientras repetía el repugnante proceso de engullir los ojos del ave—.

Las perdices son aves libres, necesarias, son protectoras y cuidadosas con su nido. ¡Ya lo creo que lo son! —gritó la meiga mostrando la papilla asquerosa que rebosaba en el interior de su boca —. *Un salto de fe te hará sobrevolar los obstáculos del camino.*

—Por descarte me toca la urraca —La voz de Roy temblaba.

La meiga volvió a arrancar los globos oculares del ave y los aplastó en la boca. Los masticó con ansia hasta engullirlos..., para volver a deglutirlos con rapidez. El eructo fue demasiado repulsivo. Roy sintió otra arcada, la más fuerte, iba a vomitar. El paladar del granjero se impregnó del gusto de su

propia bilis. Incluso el gesto rocoso del Lince se había quebrado por una mueca de asco.

—No lo veo claro, la urraca no es para ti. Para ti tengo otro. —Y de entre los pliegues de su raído mandil sacó el cuerpo muerto de una golondrina—. ¿Lo ves? Esto te es más propicio. Un ave condenada a migrar, a emprender un largo viaje lejos de su hogar, igual que tú. Déjame que observe. —Los ojos de la golondrina se hicieron papilla en la boca de la meiga—. *Orlanth aseguró que un fuerte soplo apagaría el fuego. Ernalda respondió que un susurro lleno de buenas palabras podría ahorrarle el esfuerzo del soplo.* —La papilla desapareció

engullida—. Ahora marcha os, el camino que os espera será largo y peligroso como pocos..., como muy pocos.

El Lince agradeció a la meiga sus consejos y su bendición. Roy no se separaba de él, la bruja le daba escalofríos y deseaba salir corriendo. Pero Anxo se hizo el remolón y esperó a que se alejaran unos pasos, entonces se volvió a la Sargadela y le preguntó susurrante:

—Señora, quiero que vea lo que tengo en la espalda. Usted es muy sabia. Desde hace tiempo no me deja en paz. El picor es insoportable.

—No hace falta que te quites la piel que con tanto celo guarda tu espalda.

Solamente he de decirte que nunca te avergüences de lo que eres. ¡Que eso que escondes dentro de ti acabará saliendo! Sólo entonces serás feliz y libre.

—¿Pero qué tengo en la espalda? ¿Una herencia maldita? ¿En verdad era mi padre un demonio?

—Aún no eres consciente de la herencia de tu padre. —La meiga arrancó una pluma del ala de la perdiz y se la ofreció. —Átala a tu cabello. Esta pluma contiene todo el poder necesario para liberar a los espíritus del viento. Su Runa es muy fuerte en ti.

El cielo amenazaba con tormenta. En el

exterior de la cueva atardecía y los nubarrones negros ganaban la batalla. El Lince repitió su intención de alejarse de la aldea esa misma noche para que la oscuridad les ayudara a pasar desapercibidos entre las tropas lunares.

—En cuanto el sol desaparezca tras las montañas, nos marchamos.

—¿Cuál es vuestro camino? —preguntó Tío Athor—. ¿Hacia dónde iréis?

—Al noroeste, al Pantano Elevado. Vamos a las tierras de Delecti el Nigromante.

Roy sintió que se atragantaba: ¡el pantano de Delecti el Brujo! Las historias que llegaban sobre el Pantano Elevado eran espeluznantes. Cuentos de

mueritos que volvían a la vida, demonios que devoraban personas...

Para Anxo el sobresalto fue menor, había estado en el Pantano en varias ocasiones, incluso con su madre, cuando era niño. El Pantano Elevado, donde se decía que había mueritos vivientes, era también el enclave de algunas aldeas proscritas fuera de la ley lunar, hogar de forajidos y bandidos. Su madre, mujer de mal vivir y con un niño a cuestas, halló cobijo entre su gente. El Albino conocía alguno de sus rincones.

Tío Athor protestó enérgicamente cuando escuchó el destino adonde el Lince pensaba dirigirse con su sobrino.

—¿Pero qué locura es esta? ¿Cómo

pretendes ir con el muchacho al pantano de Delecti el Brujo? ¡Sabes que los muertos vagabundean a sus anchas! ¡El pantano se come a los incautos! ¡Vendavales de Orlanth! ¡No seas chiflado! ¡No quiero otro héroe muerto en mi familia! ¿No fue suficiente con el padre del muchacho?

«¿Mi padre fue un héroe?»

—No hay nada que discutir. Lo que el muchacho necesita, lo que todos necesitamos, se encuentra en el Pantano Elevado.

La mirada del único ojo del Lince fue suficiente para que tío Athor se callara.

—Es por el bien del clan —intervino el thane Asken—. Sí no invocamos el mito



de Yinkin Ratonero no habrá futuro para el clan. Tu sobrino debe ir.

—Estoy de acuerdo en que no podemos seguir viviendo así, pero es sólo un crío.

—El muchacho está preparado —aseguró el Lince—, la Sargadela lo ha bendecido.

—Está bien —asintió tío Athor antes de dirigirse a su sobrino—. En cuanto volvamos a la aldea irás a casa y cogerás mis armas, quiero que te las lleves. Mi lanza, mi escudo y la pechera de cuero, creo que te estará bien. ¿Me has oído? Hrust el herrero almacena las espadas del clan, ve por una. Ahora, dame esa hoz, en el Pantano Elevado no te hará falta ninguna herramienta de

labranza.

Por supuesto que Roy fue directo a la granja a buscar las armas de su tío, pero no marchó después a buscar al herrero. En cuanto el Lince dejó sola a su sobrina y fue a hablar con los thanes del clan, el joven granjero se acercó a la bella y pelirroja Dorna. Estaba más decidido que nunca en su vida a hablar con ella.

Notaba su respiración acelerarse según se acercaba a ella. La chica sonrió nada más verlo. El día se terminaba. El cielo se estaba oscureciendo.

—Creo que éste no es el camino de la herrería —dijo ella apartándose

los bucles rojizos de la cara.

—Bueno, venía para decirte que pienso volver lo antes posible. Que no andes con esos gañanes que te rondan últimamente. Por muy lejos que me lleve tu tío, pienso volver. Y como ya soy un hombre, pienso casarme contigo.

—¿Pero qué dices? —Las mejillas de la chica se enrojecieron—. ¡Estás loco!

—Sí, un poco loco sí que estoy. Quiero regalarte una cosa. He traído esto para ti, para que no te olvides de mí y me esperes hasta que regrese del viaje.

Roy extrajo de entre los pliegues de lino de su jubón un pequeño espejo de latón con un ribete de bronce. Parecía

muy viejo, muy antiguo, pero de una muy bella factura que los años no habían borrado. Las manos le temblaban. Dorna se vio reflejada en la plancha de latón con sus bucles rojos y sus ojos grandes, pero su semblante había perdido algo de luz. A Roy le pareció que esa palidez la hacía aún más bella.

—No temas por nosotros, seguro que estaremos de vuelta antes de una semana.

—No quiero que os pase nada, ni a mi tío ni a ti. —La joven se secó una lágrima que descendía por su mejilla—. ¿Por qué me das esto? ¿De dónde has sacado este espejo?

—Era de mi madre —contestó

Roy—, eso es al menos lo que mi tío dice. Yo no la conocí, murió durante mi parto. Quiero que te quedes con él y que le sonrías cada mañana, verás cómo no te sentirás tan preocupada hasta que volvamos. Tú tío parece un hombre muy fuerte, devoto de La Espada, no creo que nos ocurra nada malo junto a él.

Roy no pensaba mostrar la preocupación que sentía por el viaje que al pantano de Delecti el Brujo. *Donde los muertos caminan hambrientos.*

La mirada que ambos jóvenes se obsequiaron fue larga e intensa; tanto, que sólo la gutural voz del tío de Dorna, el Lince, los sacó del ensueño.

—Muchacho, tu tío te mandó a

recoger una espada. Apresúrate.

Roy se marchó impresionado por la voz del gigantón. El guerrero percibió una mirada asustada en los ojos de su sobrina mientras contemplaba marcharse al granjero.

—¿Te gusta ese chico, Dorna?  
—preguntó sin rodeos.

—Creo que sí, tío, siento algo por él.

—Prometí tanto a su padre como al tuyo que volvería para protegeros a los dos. Ya he cumplido con la primera parte: he vuelto a casa.

Minutos antes, el gigantesco

conocido en sus tiempos de cazador como Elnor el Firme, había estado dialogando con los thanes del clan. Una incursión en el Pantano Elevado del Nigromante no era una excursión que se hiciera todos los días, ni siquiera para un Espada de Humakt. Estos siete años, alejado de las tierras de su clan, habían sido muy duros para él. No quería que su memoria cayera en el olvido. Ahora, también elthane Asken compartía su historia.

—Tuve un sueño. Vi la ciudad de Murallas Blancas libre de la Luna Roja. Y sé cómo alcanzarlo —aseguró el Lince mientras de su usado zurrón extraía un voluminoso tomo encuadernado en piel.

Roy llegó al lugar donde la milicia del clan guardaba las espadas. Allí se encontraba el que sería su inesperado compañero de viaje. En lugar de maderos y ramas, como lo había visto hacer en otras ocasiones, el Albino portaba las armas y los broches metálicos de los legionarios imperiales a los que habían matado esa misma mañana. Hrust el herrero hizo acopio del material. El horno estaba encendido y uno de sus hijos se empleaba enérgicamente en el uso de un fuelle. El Albino depositó la carga a los pies del herrero y retrocedió unos pasos, como si estuviera asustado, triste, o fuera exageradamente tímido.



—Voy a almacenar el metal que nos has traído —aseguró el herrero secándose el sudor de la frente donde exhibía orgulloso *El ojo azul de mester forjador*, un tatuaje a través del cual los herreros y fundidores decían poder analizar los secretos del metal. Su hijo aún sólo tenía el círculo azulado que en el futuro sería el iris del ojo.

Roy se acercó al Albino.

—Deberías coger una espada, como yo. He oído que el Pantano Elevado es muy peligroso. — La voz de Roy sobresaltó al Albino—. Estoy muy agradecido por lo que hiciste esta mañana.

—Son malos —el susurro del

Albino era apenas audible—. No me hace falta espada, tengo esto. —Y de entre las pieles sin curtir que vestía extrajo un largo machete—. Ya he matado antes a *hombres de la ropa roja*. Conozco el camino al pantano y sé cuidarme en él.

—¿Has estado en el Pantano Elevado! —exclamó Roy atónito—. ¿Es cierto que los muertos pululan comiendo los sesos de los que se pierden?

—También vive gente normal.

Hrust el herrero interrumpió la conversación con el rostro sonriente.

—Gracias a los dos por todo este metal, seguro que sacaremos un gran provecho. ¡Para el clan es todo un

tesoro! Roy, ¡tu padre se sentiría orgulloso de lo que hiciste esta mañana!

¡Otra vez con mi padre! ¿No era mi padre un granjero que murió atacado por un oso? ¿Por qué es de repente tan popular? ¿Y el Lince? ¿Por qué quiere que le acompañemos en un ritual de Yinkin, el dios gato?

Precisamente fue la voz del fornido y ciclópeo Espada de Humakt la que, de nuevo, sacó al muchacho de sus abstracciones:

—Se hace tarde. Nos vamos.

La voz quedó silenciada por el graznido de un cuervo que sobrevolaba el horno del herrero. Roy miró al ave entornando los ojos, un pájaro de mal

agüero que guía el alma de los vivos al interior de los infiernos. De entre las miles de preguntas que se amontonaban en su cabeza, el muchacho sólo planteó una al enorme guerrero, quien se cubría con una raída capa de viaje ocultando los numerosos tatuajes que asomaban entre sus brazos y piernas, cuello y cara.

—Señor, si vamos a viajar con usted una semana, me gustaría saber cómo hemos de llamarlo. ¿No quiere usar su antiguo nombre?

—Mucho debo a mi nueva fe, incluso un nombre nuevo. Ukranio, llamadme Ukranio.

A muchísimas millas de aquel

lugar, Cráteros, el yelmalita, aún ni siquiera intuía que en un futuro cercano iba a ser coronado rey.

El Emperador Dragón, Godunya, susurraba a sus exarcas:

*De entre todas las guerras de esta época es la próxima, la Guerra de los Héroes, la que debe asustar a mi pueblo. Su llegada estará marcada por el Día que Cambió la Magia.*

En Kralorela se aseguraba que la magia había empezado a cambiar ya, como ocurría cada vez que en el mundo empezaba una nueva era. Godunya temía que ésta fuera la última de las eras y él el último de los emperadores. Su magia debía desaparecer para dar paso a una nueva.

### Capítulo III. «Máximo Poncio»

*De cómo cada cual es único e individual.*

*Máximo Poncio siempre fue un niño solitario.*

De familia ilustre y notable en la gran metrópolis de Glamour, capital del Imperio de la Luna Roja, el apellido Poncio era respetado y reconocido por sus varias generaciones de senadores y diplomáticos.

El pequeño Máximo era el segundo de dos hermanos.

El mayor, Fazzur, inició sus estudios de

política y economía cuando Máximo apenas gateaba. Era más alto y agraciado que su hermano pequeño, y sus padres se encargaban de recordárselo cuando el chiquillo flaqueaba. Ya de pequeño, se veía que Fazzur sería más carismático, cualidad esencial para hacerse oír en el Senado. Al concluir los estudios, su padre, Oronin Poncio, se encargó de mostrar al joven Fazzur los entresijos de la diplomacia y del protocolo en el Senado Lunar.

En la misma época, el pequeño Máximo pasaba horas ojeando las leyendas de las Siete Madres y de la Diosa de la Luna Roja, con especial predilección por el mito que narraba la Ascensión de



esta última a los cielos y cómo conquistó un puesto preponderante entre los dioses.

Su familia se enorgullecía por lo que pensaban que era un interés meramente teológico. Un hijo político y otro religioso. Nadie sospechaba qué bullía en realidad en el interior de la cabeza del pequeño de los hermanos. Ambos fueron educados como grandes oradores, aunque uno lo fuera para ser un líder y el otro, tratado con condescendencia, para guiar almas descarriadas. Sin embargo, secretamente, el menor de los hermanos devoraba cuantos libros caían en su mano sobre poderes rúnicos, alquimia, volúmenes escritos por los herejes monoteístas de las tierras de poniente, *a*

*las que nadie nunca viaja*, y los tomos prohibidos de los antiguos estudiosos de otra época, los llamados Aprendices de Dios.

Los hechiceros monoteístas de occidente le fascinaban. Conseguían dominar las fuerzas y poderes arcanos mediante su propia voluntad, manipulaban la energía y la materia por ellos mismos, sin necesidad de ceremonias religiosas o de invocar a ningún espíritu del más allá. Para muchos de ellos la magia era ciencia, y no, oración. Ciencia. En occidente sólo se hablaba de un único dios, uno sin nombre y al que se referían como Dios. Daba igual el libro que Máximo consultara, sólo hablaban de uno. Su favorito, el Libro Eterno de

Dios, aseguraba también que Malkion era el Profeta. El muchacho se fue haciendo con otros tomos prohibidos de las distintas herejías. ¿Era posible que sólo existiera una única deidad? Incluso se hablaba de gente que negaba la existencia de cualquier dios. Eran los llamados «ateos».

Lo que más le fascinaba era que este único Dios de occidente no intercedía por sus fieles cuando se rogaba su ayuda, sino que eran los mismos fieles los que aprendían a manipular su poder. Cómo obrar los milagros mágicos de este Dios quedaba plasmado en vitelas y grimorios a los que los fieles tenían acceso. Y por ello no dependían de ninguna deidad para acceder a la magia.

Se decía que sólo los fieles de una iglesia tenían acceso a los libros de Dios pero ¿sería eso cierto? ¿Entonces como habían aprendido a hacer magia los ateos? Había documentos que aseguraban milagros obrados por ellos mismos. Esta curiosidad hizo que Máximo siguiera investigando y aprendiendo sin descanso.

Los ateos, como los piratas vadelinos de piel rojiza, no respondían ante ningún ser divino ni debían pleitesía o veneración a nadie más que a ellos mismos; sin embargo, también podían realizar las mismas proezas mágicas, ¿cómo era posible? Todo estaba escrito en sus grimorios. La magia de occidente se aprendía, no se rogaba.

Con el tiempo, el joven lector llegó a la certeza de que las divinidades de su tierra, los héroes y dioses del Imperio Lunar, no obsequiaban a sus acólitos con su beneplácito altruista por amor ni por una bondad infinita, ni por preocupación paternal como era la creencia de miles de obtusos creyentes. El muchacho llegó a la conclusión de que todos los dioses necesitaban de la fe de sus adoradores para seguir existiendo o de otro modo, dejarían de existir. El olvido —y no la muerte— significaba la extinción para un dios. ¿Tendrían razón los ateos que aseguraban que los dioses eran meros espíritus a los que no se debía adoración? Había dioses ya muertos, como Yelm, que seguían siendo

relativamente poderosos porque sus fieles seguían creyendo en ellos. Por eso las divinidades ponían todo su empeño en que sus fieles no las olvidasen concediendo magníficos favores. Máximo Poncio aprendió mucho sobre los Aprendices de Dios. Encontró paralelismos con los Iluminados del Imperio Lunar, quienes empleaban las Búsquedas Heroicas con la intención de apoderarse de la fuerza y la magia de los dioses más antiguos y denostados.

La Diosa de la Luna Roja era diferente.

Era la muestra palpable de que un mortal podía adquirir el poder necesario para gobernar sobre todos los territorios conocidos. Era la muestra de cómo

debían hacerse las cosas y no conformarse con arañar míseras migajas a deidades enclenques, como trataron de hacer los Aprendices de Dios en épocas pretéritas. Máximo quería aprender el camino de quien había demostrado ser la más fuerte de todas las deidades. Y quién sabe si algún día, él podría seguir sus pasos.

El joven leía, leía y leía. Horas, días enteros sin apartar la mirada de los libros. Asistía también a las ceremonias religiosas y escuchaba con fervor las hazañas de los héroes lunares. Cuando los demás chiquillos sólo querían correr y jugar, él escuchaba y leía con pasión historias de conquistas, de batallas, de traiciones y de poder.

Estudió como una rata de biblioteca, como el monje más abnegado y paciente, como un devoto monoteísta. Aprendió todo lo relacionado con la Ascensión de la Diosa de la Luna Roja a los cielos, con cómo las Siete Madres apoyaron sus hazañas y, todavía hoy, expandían su palabra y su voz más allá de los confines del Imperio. Los libros de los Iluminados y los Aprendices de Dios le mostraban el camino para conquistar el poder de un dios; la Diosa de la Luna Roja le mostraba el camino de ascenso al cielo y el modo de convertirse en la mayor de las divinidades. Lo demás era cuestión de estar en el momento adecuado, en el sitio oportuno, cuando se produjese un cambio de mando. Y



siempre tener un plan.

Un hambre voraz y un pensamiento retorcido se gestaban, bullían fervientes, dentro de aquella cabeza. Máximo sabía que podía hacerlo. Otros ya lo habían hecho.

En la Escuela Eclesiástica de Teología Lunar, Máximo Poncio destacó a muy temprana edad. En plena adolescencia era ya un magnífico orador y proselitista religioso. Fue nombrado fraile–misionero y por ello enviado a las Escuelas Imperiales con la misión de enseñar y transmitir la palabra de la Diosa Roja y las Siete Madres. Sin embargo, su hambre de conocimientos

prohibidos nunca quedó saciada. No le importaba en absoluto los castigos que sufría cuando los Examinadores lo cogían *in fraganti* con alguno de esos grimorios occidentales que hablaban de una única fuerza superior y negaban la existencia de todos los panteones politeístas, o rebajaba a sus dioses al nivel de meros espíritus.

Pero la única posibilidad para que Máximo no hubiera sucumbido a su insaciable sed de poder, se perdió tras lo que él consideró la traición de Almira.

Almira era una joven morena, de pelo lacio y negro, una piel blanquísima que

bañaba a diario con leche de burra. Era hija de un poderoso sátrapa de la rama más reaccionaria del Senado Imperial, con la que simpatizaba la casa Poncio. Ambas familias compartían banquetes, celebraciones y ceremonias en muchas ocasiones. Y fue en plena pubertad cuando Máximo se enamoró de la bella Almira. Tras una polución nocturna, el joven Máximo confesó a su hermano sus sentimientos hacia la muchacha. Fazzur admitió que aquello era un secreto a voces, que ya había notado cómo se sonrojaban sus mejillas y se erizaba su vello cada vez que se juntaban. A la vez, el hermano mayor animó al pequeño a que se declarara, asegurando que había visto en ella los mismos síntomas de

enamoramamiento. El más joven e inocente de los hermanos soñó las siguientes cien noches con Almira: con rozarla, con olerla, con besarla. Cuando las dos familias decidieron ir juntas de vacaciones a una lujosa villa propiedad de los Poncio, el pequeño no imaginaba el oscuro desenlace.

Si hubiera mirado al cielo, los negros nubarrones sobre la capital le hubiesen advertido de un mal presagio. Las vacaciones terminaron cargadas de humillación.

Armado con el valor de Yanafal Tarnils, Máximo se dirigió a los aposentos de su hermano mayor para pedir consejo sobre la mejor manera de declarar su amor a

Almira. Pero lo que encontró bajo los pliegues de seda y satén de la cama fue a la joven, completamente desnuda, entrelazada con Fazzur entre sudor y jadeos. Ambos amantes burlones rieron hasta la saciedad hiriendo sin misericordia el corazón de Máximo. Se habían burlado de él, compinchados, dándole falsas esperanzas, jugando con sus sentimientos. Los amantes llevaban compartiendo su amor carnal desde, prácticamente, el primer día que se conocieron. Fazzur lo había ocultado al principio, pero más tarde encontró un sádico gusto en ver cómo su hermano se ponía en evidencia ante la chica. Máximo sintió cómo arrancaban su piel a tiras. Se habían reído de él en su cara.

Su madre le hizo sentirse aún más ultrajado, cuando Máximo fue a quejarse de las burlas de su hermano—: «No le des importancia, ha sido sólo un juego. ¿Que lo odias? Déjalo ya, Máximo, un auténtico Poncio no se compadece de esa manera, no seas crío». Su padre, como siempre, fue aún más crudo—: «¿Pero qué diablos estás pensando? La familia de Almira tiene una posición demasiado importante en el Senado. En unos meses vamos a prometer a tu hermano con la chica. El año que viene se desposarán, contraerán nupcias y nuestra influencia en el senado crecerá. ¿Amor? No digas estupideces, la política es negocio. Algún día serás un gran orador, pero un político... Tienes

demasiado buen corazón. Tu hermano está destinado a ser un líder, y a su lado necesita una alianza poderosa. Tú no estás destinado a ser un guerrero. Tu alianza será con las almas descarriadas y los fieles desorientados. He dicho.

Máximo se prometió que jamás volvería a enamorarse. Nunca sería humillado.

Se equivocaba.

Pero lo que sintió cuando le arrebataron todos sus libros fue incluso peor. Su padre había descubierto su biblioteca privada e hizo una pira gigante; incluso con aquellos libros que no estaban escritos por herejes y ateos de occidente. La desolación fue absoluta.

En aquella pira se quemaron no sólo sus libros, sino también una parte de su alma, una parte importante. Su padre lo rechazó públicamente y lo obligó a ingresar interno en la Escuela Lunar de Teología con la intención de que olvidara «todas esas herejías que han llenado tu cabeza de murciélagos occidentales».

Con los años, su hermano mayor, Fazzur, fue destinado al cuerpo diplomático. Primero a la región sureña de Fronteriza, luego más al sur, a una provincia recién anexionada con el nombre de Sartar. Máximo recibió la noticia con alegría, «cuanto más lejos



mejor», estaba cansado de la sonrisa immaculada de su prepotente hermano, estaba cansado de su condescendencia, de sus palmaditas en el hombro, de escuchar lo maravilloso que era... Le vendría bien pasar un tiempo entre bárbaros, alejado de Almira. Los orlanthis de aquella región habían resultado tercos y la ofensiva duraría varios años.

La conquista meridional había casi terminado. La guerra se había desplazado más al sur, hasta un último bastión de resistencia orlanthi, una ciudad de murallas blanquecinas. En Sartar la guerra había concluido y el proceso de pacificación y lunarización había empezado. Máximo aprovechaba

su tiempo enclaustrado.

Para entonces era un reputado y persuasivo orador de los dogmas lunares, muy valorado por los Examinadores del culto y por la sociedad lunar en general. Pero su padre era diferente. El viejo nunca había sido muy religioso y no valoraba su trabajo lo suficiente. Los menosprecios siguieron siendo continuos, las humillaciones se repetían en cada reunión familiar. «Un orador, un cansa almas» lo llamaba. Seguía siendo comparado con Fazzur. «El Imperio necesitaba militares y políticos, la religión es cosa de mujeres». Pero Máximo era un joven inteligente y ambicioso, aquello no le importaba, su

padre estaba muy equivocado.

No fueron muchos los años que esperó hasta que las autoridades religiosas quisieron que formara parte de la organización inquisitorial conocida como «*La Palabra Pronunciada*», quienes se aseguraban de la corrección religiosa de los nuevos creyentes. Un cuerpo secreto de información que delataba actividades herejes y rebeldes antiimperialistas. A Máximo le pareció una gran idea formar parte la inquisición imperial. Y así seguir subiendo y subiendo, y subiendo hacia los cielos, cerca de donde reposaba la Diosa de la Luna Roja.

Oronin Poncio quiso enviar a Máximo junto a su hermano a la provincia de Sartar, para que dirigiese los trabajos de evangelización lunar y pacificación religiosa. Máximo sabía que en realidad lo hacía para que «siguiera aprendiendo de su hermano». Él tenía otros planes y por el momento no contemplaba dejar los lujos y las comodidades de su civilizada vida en el palacete de la familia. Cuando la presión de su padre se hizo demasiado fuerte, le hizo callar definitivamente. Sólo su madre echaría de menos al viejo que había amargado la infancia de Máximo. No le debía nada y se lo hizo saber con cicuta.

—Irás al sur junto a tu hermano

—le había ordenado Oronin Poncio en aquella noche mientras ingería sin saberlo el bebedizo—. Estás malgastando tu tiempo entre tantos libros. Irás allí y le ayudarás a convertir infieles. Es una orden de tu padre. Quiero que seas alguien importante. ¡Que los Poncio estemos orgullosos de ti!

—Padre, yo seré alguien importante —respondió Máximo—, pero para eso no necesito a mi hermano, ni a ti tampoco. Yo seré el más grande de entre los grandes y tú deberías haber sido un feligrés temeroso de los dioses. He dicho.

El obstinado religioso permaneció en Glamour cultivando las hazañas de sus dioses y héroes en la más grande de las bibliotecas imperiales, mientras por la noche, en la intimidad del hogar, devoraba los volúmenes censurados que del contrabando obtenía sobre los hechiceros monoteístas.

Prosperó como agente de la inquisición imperial gracias a su dedicación y eficacia con las actividades que *La Palabra Pronunciada* desarrollaba en la clandestinidad. Destapar herejes y complots siguiendo pruebas, certezas o simplemente en vagos rumores, era el trabajo que mejor hacía.

Y quiso poner en práctica los

conocimientos adquiridos en uno de sus grimorios.

Sucedió tras uno de los juicios. *La Palabra Pronunciada* había declarado traidora a una ciudadana no simpatizante con los edictos del Emperador Rojo. Una predicadora de la secta de la Luna Blanca.

*Los fieles de la Luna Blanca habían comenzado a imponer paradójicamente sus criterios pacifistas por medio de la violencia, lo que estaba iniciando revueltas religiosas en el corazón del Imperio.*

Máximo Poncio se tomó la justicia por su mano y él mismo aplicó la pena.

La Condesa de Aurora sufrió una muerte terriblemente atroz y dolorosa. Iba a ser ejecutada por traición y Máximo decidió ahorrar el trabajo a sus compañeros verdugos acabando él mismo con la vida de la condenada a la vez que ponía en práctica las enseñanzas nigrománticas registradas en uno de los tomos prohibidos de occidente. Era el momento de ensayar sus dotes para dominar y controlar espíritus. La vieja Condesa de Aurora sería la primera. Su cuerpo nunca fue encontrado. De acuerdo con aquel grimorio del *Colegio Galvosti de Magia*, el mago debía someter a su víctima a una muerte con



gran sufrimiento, a una tortura sin igual que la llevase a perecer en medio de una angustia feroz. Sólo así completaría el ritual por el que el alma de la desdichada volvería a caminar entre los vivos como un espectro desmentador.

A Máximo no le tembló la mano al ejecutar su primera práctica nigromántica.

No fue por casualidad, sino fruto de la continua vigilancia a la que sometía a sus propios compañeros, que Máximo escuchara una nueva sorprendente: una flota de navíos del remoto y desconocido imperio oriental conocido como Kralorela, había arribado al sur

de la provincia bárbara de Sartar, de la que su hermano, Fazzur, era procónsul. Los espías de *La Palabra Pronunciada* en aquella provincia hablaban del desembarco de un grupo de diplomáticos portadores de un presente enviado por el mismísimo Emperador de Oriente, Godunya.

La situación religiosa se estaba descontrolando en el corazón del Imperio, pero un hecho semejante debía ser atendido por la red de inteligencia imperial. Máximo decidió que él mismo debía ser el enviado. Le intrigaba este asunto. ¿Un regalo del Emperador Dragón? Además, hacía mucho tiempo que no veía a su hermano, y ya estaba cansado de jugar a los delatores.

Decidió que era hora de cambiar de aires.

No le resultó complicado descubrir el espía elegido por *La Palabra Pronunciada* para interceptar a los diplomáticos orientales. Todas las investigaciones y operaciones en Glamour estaban centradas en acabar con los molestos fieles de la Luna Blanca, y la red de espionaje se había vuelto menos cuidadosa con sus asuntos externos, lo que facilitó el trabajo de Máximo.

Esa misma noche, el agente destinado por *La Palabra Pronunciada* para convertirse en nuevo procónsul e interceptar a la comitiva oriental

desapareció en la oscuridad de un callejón oscuro de uno de los peores barrios de Glamour. El agente Jan Paolo de Kanravx murió degollado a manos de Máximo Poncio, quien sustrajo todos sus documentos, informes, abalorios... El proselitista religioso tomó así la identidad del supuesto nuevo emisario. Era una suerte que ambos tuvieran la misma testa rasurada, otra cosa sería la diferencia de altura... Máximo cambiaba el dogma y la oración por el protocolo y la oratoria, la religión por la política.

Desde el corazón del imperio, Máximo Poncio viajó hasta la provincia de Sartar haciéndose pasar por Jan Paolo de Kanravx. Entre los documentos que

Máximo había sustraído al auténtico Jan Paolo había una ordenanza que inquietaba al nuevo cónsul. Una ordenanza que instaba a apoderarse de todo cuanto los heraldos orientales trajeran consigo, costase lo que costase, incluidas las vidas de ciudadanos lunares... Y lo más inquietante era que la carta estaba firmada por «*La Palabra No Pronunciada*», nombre que Máximo, ahora Jan Paolo de Kanravx, jamás había escuchado como tal.

«¿Qué diantre será *La Palabra No Pronunciada*?»

Fazzur no dio crédito. Después de tanto tiempo, el inútil de su hermano pequeño, Máximo, había sido destinado

a su lado en aquel país de bárbaros donde por igual crecían montañas, bosques frondosos y orondas mujeres de piel sonrosadas. El pequeño de los Poncio usó el temido nombre de *La Palabra Pronunciada* para acallar las dudas de su hermano.

—No puedo darte más datos de la operación —dijo persuasivamente exponiendo su plan inventado—, debes confiar en mí, hermano. Ya has visto los documentos de *La Palabra Pronunciada*. Me han destinado por un asunto secreto, es imprescindible que nadie sepa mi identidad real, y así podré cazar al espía que se ha infiltrado entre tus hombres. Juntos lo atraparemos.

—¿Un espía entre mis hombres?  
¿Pero cómo es posible? Jamás lo  
hubiera imaginado... ni tampoco que mi  
hermano pequeño fuera un agente  
secreto de *La Palabra Pronunciada*.  
¿Cómo he estado tan ciego? Tenía un  
espía en casa. Nadie debe saber nada de  
tu misión. Te presentaré ante las tropas  
acuarteladas como el nuevo cónsul.  
¿Qué nombre te han dado? ¿Cómo has  
dicho?

—Jan Paolo —contestó Máximo  
sonriente—, Jan Paolo de Kanravx.

Jan Paolo de Kanravx fue  
presentado como nuevo cónsul ante todo  
el acuartelamiento destacado en aquellas  
tierras meridionales. Todo salía según

lo previsto. Hubo una fiesta para recibirlo y el vino y las mujeres corrieron por doquier. Esa misma mañana, un proxeneta de nombre Écaroh, muy conocido entre los destacamentos lunares destinados en las provincias del sur, apareció en el cuartel con una caravana de jóvenes esclavas, bárbaras de pelo cobrizo en su mayoría.

Cuando Máximo cruzó con él sus primeras palabras notó una mirada de recelo.

—Pensaba que sería más alto, señor cónsul. —La mirada de Écaroh era taimada.

—Siento decepcionarle. —



Máximo intentó conservar una expresión tranquila. ¿Por qué le ponía nervioso ese hombre?—. Quizá lo que hayas escuchado sobre mi talla no se refería a mi altura, sino a mi nobleza y a mis dotes.

—No lo dudo; sin embargo... —  
La mirada amarillenta del proxeneta era tan penetrante que incomodaba sobremanera a Máximo. ¿Y si conocía al verdadero Jan Paolo? No, eso era absurdo—, espero que disfrute de mi mercancía.

—Sin duda disfrutaré. Yo, no obstante, también fui mal informado. Me habían dicho que su edad no era tan avanzada, ni su barriga tan generosa. Sin duda, la

vida en provincias, lejos de nuestras civilizadas urbes, no debe ser fácil.

El taimado gesto de Écaroh se vino abajo.

En la noche siguiente a la fiesta, alguien despertó a Máximo en su cama. Frente a él se encontraba el esclavista. A Máximo no le gustó el gesto con el que le miraba. Estaba enrojecido. Los rizos del pelo se le pegaban a la frente por el sudor.

Con una bofetada y un empujón, el proxeneta expulsó del habitáculo a la joven infeliz que, obligada, había pasado toda la velada con el nuevo cónsul. Apenas era una niña.

—¿Cómo das tu verdadero

apellido? —le recriminó en cuanto la joven abandonó la estancia—. Me habían dicho que eras más alto, pero no que fueses tan idiota.

—¿Idiota yo? Te exijo que salgas de mi habitación inmediatamente, tras disculparte arrodillado. ¡Guardias! —intentó gritar Máximo, pero la manaza del proxeneta le tapó la boca.

—Los nuevos sois realmente unos inconscientes. ¡Utiliza tu nombre en clave! Cuando trabajes encubierto debes ser más cauto, Xvarnak. Es por seguridad. Escúchame, traigo un mensaje de nuestros ojos en el sur.

Estas palabras captaron todo el interés

de Jan Paolo, quien calló con gesto serio. Realmente le parecía simple y absurdo. ¿La clave era darle la vuelta al nombre de su familia? ¿Cómo se llamaría el hombre que tenía delante? Si le dejaba seguir hablando, seguro que descubriría más cosas.

—Nuestros hombres del sur dicen que el grupo de mensajeros kralorís ha cruzado ya las tierras heortianas sin detenerse y se ha adentrado en Sartar. Con ellos portan una reliquia perteneciente a la Guerra de los Dioses, un arma de otra época. Parece ser que contiene un poder colosal. El Emperador de Oriente ha enviado algo muy importante con la comitiva...

¡Reliquias de la Guerra de los Dioses!  
Máximo no quería que se notara su entusiasmo y por eso quiso desviar la atención.

—¿Crees realmente que el Emperador de Oriente es un dragón?

—¿Y eso qué más da ahora? Atiende a la información que debes transmitir.

—Atiende tú, bola de sebo. Yo creo que sí es importante. No es lo mismo si el Emperador oriental es un dragón de verdad o sólo es un hombre que se transformó en dragón. Imagina qué poder tan asombroso...

—Los kralorís no son hombres. Son amarillos como el trigo, hablan

como ocas y tienen los ojos rasgados. ¡No son humanos! Ahora debes llevar esta información a Glamour. El Emperador Rojo ansía conocer qué es lo que traen los orientales y, sobre todo, por qué lo han traído hasta aquí. Volverás inmediatamente. ¿Entiendes *La Palabra No Pronunciada*? Ni las autoridades, ni los diplomáticos del Imperio, ni por supuesto esos inútiles de *La Palabra Pronunciada* deben enterarse de nada. Esta información debe ir directamente al Emperador Rojo.

—Pues *La Palabra Pronunciada* está al tanto de todo —rebatí Máximo—. Yo mismo he sido enviado para informar. Soy un agente

doble, de ambas *Palabras*.

—¡Idiota! Todos los agentes de *La Palabra No Pronunciada* somos agentes dobles, ya sabes que es mucho más importante para el Emperador que *La Palabra Pronunciada*. Somos la sombra de sus pensamientos. Los ojos en su nuca.

«¡Increíble lo fácil que resulta hacer hablar a un proxeneta nervioso!». Máximo Poncio, ahora llamado Jan Paolo de Kanravx, estaba disfrutando con aquello. Existía otra organización aún más secreta que *La Palabra Pronunciada* que trataba directamente con el Emperador Rojo. Una organización que debía ser oídos, ojos y

nariz del sumo mandatario del Imperio: los espías que espiaban a los propios espías. Pero por encima de ese entramado de redes de información, lo que más llamaba la atención de Máximo era la historia de los mensajeros orientales. No sabía exactamente qué sería eso que portaban, pero merecía la pena investigarlo si tenía algo que ver con reliquias antiquísimas pertenecientes a la Guerra de los Dioses. Máximo veía que su oportunidad de ascender otro pasito hacia la divinidad de los cielos se acercaba.

—Pues resulta que mis órdenes, Écaroh, son interceptar yo mismo a los emisarios orientales.



—¿Pero qué sandeces estás diciendo? —exclamó irritado el falso proxeneta—. ¡Debes informar de inmediato!

—Lo haré a mi estilo, albóndiga. Informaré después, sin falta, pero primero iré yo mismo a interceptar a los amarillos.

—¡No metas la pata! —La mirada del proxeneta se volvió turbia antes de advertir—: El Emperador Rojo en persona está muy interesado en esas reliquias. ¡Te estará vigilando! La Guerra de los Héroeos está a punto de estallar. Haz tu trabajo o te enviarán con Jar-Eel a combatir contra los nómadas a Pent; y allí, ni comodidades, ni putas, ni

alcohol...

A continuación, el gordinflón y falso proxeneta miró de reojo a la ventana de la habitación en cuyo alfeizar había apoyado un gran búho blanco de ojos enormes.

—Haz bien tu trabajo, Kanravx. No olvides que te estaré vigilando y...

Écaroh no pudo terminar la frase pues la puerta del dormitorio se abrió de un portazo. A contraluz quedó la silueta oscurecida de Fazzur.

—¿Qué significa esto, Máximo?  
—La luz del candil no permitía ver los ojos del hermano mayor, pero era evidente que estaban llameantes—. ¿Confabulas a mis espaldas? ¿Quién es

realmente este mercader de esclavas?

—Tranquilo, hermano, no te alteres. *La Palabra Pronunciada* nos ha pedido que realicemos una tarea de... de limpieza. Sí, de limpieza, eso es. Tenemos que limpiar esta zona de antiimperialistas y herejes.

—De eso ya me encargo yo —respondió Fazzur—. Hablas de emisarios orientales en mis tierras, de reliquias que una organización secreta quiere esconder... ¿con un putero? Debo informar a los mandos inmediatamente de la llegada de esos mensajeros de oriente.

—No es necesario, hermano. El Emperador Rojo ya está al tanto de todo.

¿Cuánto tiempo llevas escuchando?

—Lo suficiente como para...

El mayor de los hermanos Poncio nunca acabó su frase. Cayó de rodillas. Una mancha roja bañó el suelo donde su cadáver reposaría seguidamente.

Máximo había pronunciado la última frase que su hermano mayor oiría en vida: «*¿Cuánto tiempo llevas escuchando?*», antes de rajarle el cuello de lado a lado, como se saja a un gallo antes de desplumarlo. Máximo se quedó junto a su hermano caído. Sería el último momento que ambos compartirían como hermanos.

Los ojos saltones del pequeño de

los Poncio habían adquirido un brillo vidrioso, perturbado. Su boca quedó dibujada por una diminuta comisura de labios apretados. Con la respiración entrecortada se dirigió al falso proxeneta:

—Querido mío, creo que me veré forzado a acusarte del asesinato a sangre fría de mi hermano. Este bochornoso acontecimiento me deja desde este momento como único cónsul en la región. ¡Qué bien! ¿No? Recitaré siete veces el nombre de las Siete Madres para darte tiempo a abandonar el acuartelamiento antes de llamar a los guardias y ordenar que te persigan. Espero que sea suficiente para que desaparezcas. Yo me ocuparé de los

orientales; son intrusos en mi territorio. Tú no te preocupes, yo informaré al Emperador en persona. Desaparece ya, rápido, aquí no tienes nada más que hacer.

Horacé el agente, o Écaroh el proxeneta, miró a los ojos ebrios de locura de Máximo, o Jan Paolo el cónsul. Después dirigió su mirada al alféizar de la ventana.

—Recuerda tú, Kanravx, te estaré vigilando. —La amenaza brillaba en los ojos amarillos de un búho blanco que permanecía posado en el alfeizar—. Nunca des tu verdadero nombre y mucho menos usando correo manuscrito.

—Vete ya, bola de grasa desconfiada —

le repitió Máximo—. No te preocupes de nada más que de desaparecer, yo me ocuparé de tus... asalariadas. Empiezo: Danfive Xaron, Yannafal Tarnils, Irripi Ontor, Teelo Norri, La Madre Deezola...

Así fue como Máximo Poncio tomó por completo la personalidad del agente Jan Paolo de Kanravx, al que él mismo había matado, y de cómo se infiltró astutamente en la organización más secreta del entramado de inteligencia e inquisición del Imperio de la Luna Roja.

A la mañana siguiente, el nuevo cónsul de la región, Jan Paolo de Kanravx, ofició un sepelio según el rito lunar. El

fuego de la pira funeraria fue sofocado con vino; los huesos del difunto enviados a la madre en el interior de una vasija de cerámica.

Ese día los soldados del acuartelamiento tuvieron que desdoblarse para buscar infructuosamente al asesino Fazzur Poncio, pues hacía varias semanas que patrullaban tras un grupo descontrolado de trolls bandidos que atosigaban las aldeas próximas.

En Glamour, las revueltas de la Luna Blanca comenzaban a cobrarse sus primeras víctimas.

*El Imperio Lunar mantenía el orden y*



*la paz en las zonas conquistadas con la intención de liberar a los pueblos bárbaros de sus supersticiones y de la ignorancia, de sus viejas creencias y de sus caducos dioses. El proceso se denominaba «lunarización». Llevar la civilización a los más desfavorecidos era costoso; pero a largo plazo, todos los bárbaros se darían cuenta de lo beneficioso que había sido la llegada de la Luna Roja.*

Varios días tardó el nuevo cónsul en localizar al jefe troll y su manada de bandidos. Le ofreció un trato que el líder uz no pudo rechazar. A cambio de ser más permisivo con las acciones de

rapiña que los trolls llevaban a cabo en las aldeas de la zona, la jauría uz debía asaltar a un grupo de extranjeros que llegaría próximamente a la región. Si se negaban, las tropas lunares atacarían con aceite y fuego la guarida de los uz. El jefe troll aceptó. Para garantizarse el éxito, Jan Paolo dotó a los trolls con algunas ayudas arcanas aprehendidas de sus grimorios occidentales.

El Imperio no debía enterarse de su plan, y esas reliquias antiguas serían suyas.

Pero algo no salió del todo bien.

Los trolls dejaron escapar a dos de los extranjeros. Los fugados llegaron a una aldea orlanthi de nombre Pomar. De las

reliquias divinas no había ningún rastro. Entonces, el propio cónsul y antiguo orador encabezó una marcha a la aldea bárbara con seis soldados.

Menudo asombro se llevó Máximo, Jan Paolo desde ese momento y para siempre, cuando descubrió que dos lanceros yelmalitas se habían adelantado y ya salvaguardaban a los extranjeros venidos de oriente. ¿Qué hacían allí? Esos hombres no debían causarle problemas, los yelmalitas no dejaban de ser mercenarios al servicio del Imperio y, en aquellas tierras, trabajaban «pacificando» a los bárbaros orlanthis. De las reliquias, tampoco había el menor rastro. ¿Se las habrían quedado los trolls? ¿Estarían escondidas en la

capilla donde estaban siendo sanados los orientales? Lo primero que hizo Jan Paolo fue ordenar a los trolls que asaltasen el altar pagano cuando quedara desprotegido.

Antes de que el asalto se produjera, uno de los orientales insistió en volver al lugar donde su comitiva había sido emboscada; así lo hicieron, siguieron el rastro junto con los lanceros yelmalitas. En pleno bosque, Jan Paolo atrajo a un oso pardo con la intención de eliminar, o al menos asustar, a los inoportunos mercenarios. Pronto se dio cuenta de que no sería tan fácil. Lejos de amedrentarse, los soldados yelmalitas insistían en conducir a los orientales hasta su propio templo. Hacerse con las

reliquias iba a resultar más laborioso de lo que en un principio pudiera parecer.

Más tarde, la emboscada que Jan Paolo había tramado en el río conocido como el Arroyo tampoco funcionó. Los orientales escaparon por los pelos de la horda de bestias asesinas que el cónsul había invocado recurriendo a las sombrías runas de uno de sus grimorios. Desde que el cónsul había descubierto que lo que los orientales portaban era una carta, su ánimo había decrecido. Sólo cuando llegaron a la ciudad dragonut de El Ojo del Dragón, entendió la verdadera importancia del contenido escrito en la misiva: la ubicación de tres armas muy poderosas. Una taimada sonrisa se dibujó en los diminutos labios

de Jan Paolo ante la posibilidad de hacerse con semejantes objetos mágicos. ¿Cómo serían? Quizás tres orbes relucientes contenedores de una energía mágica al alcance de muy pocos. Sus ojos chispearon como brillo del oro.

Ni los bobalicones espías del Emperador Rojo podrían detenerlo.

Los siguientes días utilizó al búho blanco de Écaroh para informar a su antojo y conveniencia. El «fiel» agente Kanravx indicó al regordete agente Écaroh que los orientales utilizarían para viajar los senderos dragonuts. Debían destartalar estas sendas mágicas o llegarían rápidamente a las fronteras del Imperio, donde la tarea de robar la

misiva sería mucho más difícil. Una vez que destruyeron el camino dragonut, una colosal y extraordinaria tormenta de arena fue invocada mágicamente por Écaroh para detener la marcha. La tempestad obligaría a los buscadores a refugiarse en una aldea cercana, el lugar idóneo donde atrapar a un grupo de incautos. Écaroh preparó la emboscada. Todo estaría dispuesto para cuando llegasen los viajeros.

El lugar resultaba perfecto, los dragonuts ni siquiera se acercaron al poblado.

Écaroh había encontrado indicios antiimperialistas entre los aldeanos. La aldea era un lugar donde bárbaros de

arraigadas costumbres adoraban al prohibido Orlanth y apoyaban a grupos de bandidos rebeldes. Écaroh aprovechó la coyuntura para eliminar a los alborotadores mientras llegaban a la aldea los portadores de la carta de Godunya junto al agente Kanravx. Écaroh usó sus contactos con una secta de adoradores de Karsht, un engendro subterráneo conocido como el Caos Reptante, para trazar su trampa. Pero la emboscada no salió como esperaban y los buscadores de los Tres Soles escaparon de nuevo cuando los tenía a su alcance.

En Pavis, Jan Paolo intentó retrasar al grupo mientras esperaba que llegara, en las garras de un búho de blanco plumaje,



un nuevo mensaje de *La Palabra No Pronunciada*. Tenía claro que no debía obediencia a ningún grupo de espías paranoicos, pero quería contar con el apoyo de la organización para el difícil paso a través de los Yermos.

No le fue difícil convencer al grupito de rateros, con unas pocas monedas, para que trataran de robar la bolsa del guerrero oriental. Jan Paolo sabía que éste se percataría del intento de robo, se liaría una trifulca y todos serían detenidos. La intención de Jan Paolo de retener al grupo el tiempo suficiente como para recuperar el contacto con el seno de *La Palabra No Pronunciada* fue un éxito.

Según pasaba más días junto al resto de viajeros, el cónsul se iba dando cuenta que hacerse con los Tres Soles no sería tarea fácil. Siempre procuraba adelantarse a los acontecimientos, pero una parte de su atención estaba centrada en lo que haría cuando tuviera los soles. El oriental parlanchín parecía un excelente guerrero; sin embargo, prefería al mercenario yelmalita para sus planes. El Mariscal era un gran militar y sin duda sería la mejor mano derecha de la que podría disponer a la hora de luchar y de dirigir un ejército: su ejército. Ocupar el lugar del Emperador Rojo en su trono al frente del Imperio de la Luna Roja era el paso previo para ocupar el de la Diosa Roja

en su trono entre las estrellas, allá en lo alto de los cielos.

No sabía que nunca más pisaría suelo imperial.

Después de cruzar el desierto de los Yermos durante semanas, no recordaba cuántas, por territorios desangelados que ninguna caravana había pisado en años, se encontraron ante la impresionante muralla formada por la cordillera de Shan-Shan. Los picos elevados como colmillos de hielo parecían rasgar el cielo separando oriente de occidente. Detrás de éstos estaba Kralorela, la tierra del Emperador Dragón conocido como Godunya. Jan Paolo se sentía un paso

más cerca de su destino. La ruta de los viajeros atravesaba la cordillera por un recóndito sendero escondido a los forasteros y custodiado por una comunidad de elfos. Jan Paolo tenía que buscar una alternativa. Él nunca podría atravesar las montañas por allí.

Los espíritus de los bosques, los elfos, no sólo le molestaban sobremanera, sino que habían declarado la guerra abierta contra el Imperio Lunar, habían jurado destruirlo. «Necios ignorantes. Creen que podrán salvar sus patéticas vidas y la de los seres tan mezquinos como ellos. Pues se equivocan, la fuerza arrolladora del ejército imperial y de las Siete Madres hará sucumbir a todos y cada uno de sus

bosques sobre la faz del mundo».

No era sólo eso. Además de ser identificado como ciudadano lunar, Jan Paolo corría otro riesgo, y éste era el que verdaderamente le preocupaba. El cónsul no estaba seguro de si los elfos, como seres mágicos y espirituales, eran capaces de sentir y captar el Caos, de percibir la Manchay el olor que arrastraba la brujería de los nigromantes. Los escarceos y probaturas de Jan Paolo con la magia de los hechiceros monoteístas de occidente le habían proporcionado unos conocimientos «poco comunes» para manipular conjuros que no resultaban habituales. ¿Los elfos podrían oler los hechizos, como el que convirtió el alma

de la Condesa de Aurora, aquella anciana a quien Máximo ejecutó hace años en Glamour, en su secreta y más querida mascota, en su espectro desmentador? No podía arriesgarse a que se descubriera su coartada en un bosque rodeado por elfos, parientes de la fastidiosa Shen. Pero Jan Paolo siempre tenía un plan y, si no iba a cruzar entre las montañas, seguro que podría hacerlo bajo ellas.

Los rebaños de humanos que las tribus morocanthes hacían pacer en el extremo oriental de los Yermos serían la perfecta moneda de cambio para negociar su paso bajo las montañas. Si los elfos se mantenían alerta en los valles de la cordillera, seguro que bajo

la roca sus más enconados y ancestrales enemigos aguardaban agazapados. Los trolls que halló Jan Paolo bajo las estribaciones montañosas aceptaron de buena gana varias de las jóvenes esclavas que el extraño humano arrastraba atadas a un cordón. Tres hembras humanas fueron entregadas como tributo para pagar su paso bajo la cordillera. Podían haber exigido más, ¡incluso todas! Pero las caudillos trolls que moraban bajo las montañas se encontraban con enorme ajetreo ultimando los preparativos de una batalla. «¿Quizá contra los elfos del paso entre las montañas?» pensó el falso cónsul imperial.

En la otra vertiente, Jan Paolo

atravesó durante varias semanas los interminables campos de arroz de Kralorela y pudo comprobar entonces por qué Man-Yurý se refería a su patria como «La Tierra del Arroz».

Glamour quedaba tan lejos.

No fue difícil encontrar más de un lupanar en su camino. Lugares mucho más elegantes que en occidente, menos sórdidos, pulcros, incluso refinados. Lugares donde los nobles guerreros amarillos y los hijos de éstos iban a beber té de diferentes aromas o fumar opio y otras hierbas. Jan Paolo vendió dos de las mujeres que había llevado atadas durante millas y con el dinero compró muchas niñas kralorís de ojos



rasgados, pelo lacio y piel amarilla. En aquel país raramente se veían hembras occidentales como las que el extranjero había traído; para muchos era la primera vez que veían una. Por ellas obtuvo mucho dinero oriental y muchas niñas amarillas. Sólo guardó una de las mujeres que había traído de occidente, desde el otro lado de Shan-Shan, para sí mismo. Le dio el nombre de Tesa. Y con una gran prole de chiquillas llegó, cual gran proxeneta, al puerto de Lur-Nop.

Esperó durante varios días la llegada de los buscadores antes de que éstos dieran señales de vida. No perdió el tiempo durante la espera. Hizo algunos contactos en los peores tugurios abocados a los marineros que se

quedaban en tierra y se introdujo, con permiso del *Señor Ho Lon Bi*, en el negocio del tráfico de mujeres utilizando el vergel de aldeanas que llevaba. Solamente los encontronazos nocturnos con los grandes ojos de un búho blanco le recordaban sus verdaderos objetivos, pues era fácil olvidarlos entre prostíbulos, marineros y otros proxenetas. No obstante disfrutó de aquellos días. Disfrutó del licor y de las muchachas. Incluso encontró la cura para aquellas malditas heridas que de vez en cuando le seguían abrasando las manos.

Fue en un oscuro callejón llamado El callejón de los fétidos, donde vio por primera vez la magia de sangre. Los

kralorís no paraban de decir que la magia estaba cambiando. Y que el mundo cambiaba con ella. La Guerra de los Héroes traería el fin del mundo y de la magia, tal y como la conocían.

El coste que le pidió el brujo kralorí a cambio del ritual fue ridículo, apenas nueve míseras niñas. Tres fueron sacrificadas. Con el menstuo había elaborado un emplasto que recubrió las molestas escamas que superaban sus codos y se aproximaban peligrosamente a los hombros. Ya no le quemaban tanto, pero sentir escamas en los brazos resultaba demasiado desagradable. El ritual de sangre exigía también que los tres corazones de las niñas sacrificadas fuesen devorados: uno por el brujo, otro

por el pagador y, el último, por el demonio cuyo poder era invocado para erradicar la maldición que el falso cónsul había contraído y que poco a poco iba convirtiendo sus brazos en escamosas ancas. El gusto de la carne kralorí resultó asqueroso para Jan Paolo. No era como la de ternera, el hígado de oca o la cola de tritónido. Realmente deseó no tener que volver a hacerlo. Las otras seis niñas se las quedaría el brujo kralorí para su harén, como esclavas, como pago. A Jan Paolo le daba igual.

Cuando el emplasto sanguíneo se secó y poco a poco se fue desconchando, sus brazos aparecieron como siempre habían sido, delgados y sonrosados, sin

rastro alguno de escamas verdes recuerdo de ninguna maldición.

Aquello hubo que celebrarlo y no dudó en pagar a muchas chicas y comprar mucho vino.

Una de las noches más calurosas que pasó en Lur–Nop, asistió sin quererlo a una ceremonia en la que la figura de un extraño dios, robusto y feo, era quemada antes de ser lanzada al mar. «La magia está cambiando», no paraba de escuchar a su alrededor. Cuando miles de farolillos ascendieron cubriendo el cielo sobre la hoguera en la que ardía la figura del dios desconocido. Jan Paolo descubrió que aquella ceremonia era un ritual funerario por las almas de los que

iban a sucumbir el Día que Cambió la Magia.

—Ese día empezará una guerra que acabará con las almas de todos los extranjeros. El Emperador Dragón sólo protegerá a los fieles ciudadanos de Kralorela.

—Por supuesto, vuestro Emperador Dragón es poderoso. —Jan Paolo sonreía al kralorí que le hablaba mientras contemplaba un cielo plagado de farolillos. «No deja de ser gracioso estar presente en mi propio funeral».

—El Día que Cambió la Magia empezará la guerra que aniquilará a cualquier ser vivo fuera de nuestras fronteras —repitió el kralorí sin apartar

la vista del cielo.

—El Emperador Godunya es magnánimo. —«Ignorante, vuestro querido Godunya no podrá frenar lo que se os vendrá encima... el Día que Yo Cambie la Magia.»

Y cuando estaba a punto de olvidar su verdadero nombre, y mientras disfrutaba de su nuevo empleo como proxeneta, llegó una visita inesperada.

Un hombre de pelo moreno y graso, de constitución enclenque, fibroso, piel oscura y rostro perfectamente afeitado, se presentó ante él en la barra de un cuchitril de mala muerte del barrio portuario. Vestía con ropas gastadas que

el antiguo misionero de la Luna Roja identificó con atuendos marineros. Sin embargo había algo extraño en el hombre, en su mirada, en su porte, en su andar..., algo que no encajaba. Efectivamente, aquel hombre no se trataba de un simple marinero. Los tentáculos de *La Palabra No Pronunciada* eran largos e invisibles y llegaban a los rincones más recónditos sobre la superficie del mundo sin que pudieran ser vistos. El falso marinero se identificó, con un cantarín y exótico acento sureño, como miembro de *La Palabra No Pronunciada*. Se dirigió a Jan Paolo por su falso apellido dado la vuelta, como era menester entre los agentes. «Me habían informado que eras



más alto», dijo tras un rato de charla. Después de varias botellas, de un aguardiente que haría prender hogueras bajo la mar, le comunicó que los buscadores de los Tres Soles habían llegado al puerto de la ciudad. Las órdenes de *La Palabra No Pronunciada* eran que ningún agente interviniera en tierra.

—Hay que esperar a otra agente— susurraba el falso marinero atusándose la barba de chivo—, órdenes del Emperador Rojo. Se hace llamar *La Dama Ming*. No sé por qué le dan una nueva oportunidad. —Las palabras empezaban a salir a trompicones ayudadas por el alcohol—. Los viajeros ya se escaparon de ella cuando los tenía

atrapados. Dicen que los asaltó en la ciudad de Sha-Ming pero tus amigos lograron huir.

—No son mis amigos —negó Jan Paolo moviendo la cabeza mientras servía otra copa de licor. Ambos agentes la bebieron de golpe.

—Las órdenes de Glamour son claras: el próximo asalto debe realizarse en el barco. Allí caeremos sobre ellos y no podrán huir.

Cuando el marinero cayó completamente beodo por el licor de *soshu* ingerido, el antiguo misionero encontró entre sus pertenencias varios amuletos consagrados a un dios bárbaro protector de los marineros; sin duda, era un buen

disfraz... Aun así, Jan Paolo estaba seguro de que aquel agente también fracasaría.

Un barco que partiera hacia el interior de Kahar era una noticia que se extendía como una plaga de pulgas.

Los buscadores trataban de conseguir una tripulación con la que hacerse a la mar, hacia la isla donde según las anotaciones del Emperador Godunya se encontraban los Tres Soles. Jan Paolo hacía días que tenía preparado un bajel mercante a su disposición, pagado con el sufrimiento y la esclavitud de las prostitutas que vendía, alquilaba, o que incluso regalaba a las autoridades portuarias.

El nuevo compañero de Jan Paolo siguió sus órdenes y se coló, como falso sacerdote de Dormal, héroe de los marinos, en el navío de los buscadores.

—Y sobre todo no lles encima nada que te identifique —advirtió Jan Paolo.

—Por supuesto que no, ¿te crees que soy idiota? —aseguró éste al cónsul—. En cuanto suba a bordo guardaré todo entre las mercancías. Si sospechan algo, no dejaré que me cojan. Y tú ve con cuidado, en el interior de Kahar no distinguirías a un elefante aunque te pegases a su trompa. La niebla es espesa como manteca. Lo más importante, agente Xvarnak, es que no perdáis mi rastro, si no queréis desaparecer para

siempre tragados en el interior del Infierno Blanco.

—No soy yo quien tiene que preocuparse, morenito —contestó Jan Paolo con arrogancia—. Tengo un olfato más que desarrollado para seguir sin problemas el tufo que dejará tu espíritu chupasangre..., si es que finalmente logras invocarlo.

—No tengas la menor duda —respondió irritado el falso sacerdote de Dormal mientras marchaba—. Mi *yurei* rojo aniquilará a los viajeros, de uno en uno, mientras duermen.

«Eso me gustaría verlo a mí, papanatas. Jan Paolo veía desaparecer al espía por las calles del puerto. No será tan fácil

como piensas.»

Pero un extranjero no podía irrumpir en el puerto de Lur–Nop, inmiscuirse en los terrenos farragosos del mayor proxeneta de la ciudad, y desaparecer sin más, por numerosos que fueran los agasajos y favores que hubiese hecho al jefe de la mafia. Si el Señor Ho Lon Bi permitía a alguien trabajar en su ciudad, el beneficiado contraía una deuda perpetua. Por eso, el mismo día que los buscadores de los Tres Soles dejaban la ciudad, y Jan Paolo ultimaba su bajel para seguirlos hacia el interior de Kahar, no le extrañó ver aparecer por el muelle a su valedor entre los tugurios y

lupanares del puerto.

—¿Marchas a alguna parte, Ojos Redondos?

Jan Paolo estaba en la cubierta del junco que había comprado a costa de varias de sus muchachas. El Señor Ho Lon Bi subió por la pasarela acompañado de varios matones.

—¿Ibas a dejarnos sin decirme adiós? Creo que las chicas que estás embarcando son mías. No me has pedido consentimiento para llevarlas a ninguna otra parte.

—Querido Oso Panda Comedor de Bambú —Jan Paolo deslizó la mano izquierda bajo sus ropajes—, yo adquiriré estas chicas legalmente. Usted, Rollito

de Piel Amarilla, me las cambió por la morena que le traje de occidente.

—Chicos, ¿veis cómo está equivocado? —teatralizó el jefe mafioso dirigiéndose a los matones—. Estás en un error, déjame explicártelo. La muchacha que trajiste era un regalo por dejarte entrar en el negocio. Las niñas que ahora tienes están arrendadas al igual que tus pálidas posaderas.

—Baja de mi barco, Grano de Arroz. — Jan Paolo rebuscaba bajo sus ropajes. ¿Dónde estaba el frasco que contenía a su espíritu desmentador?

—¡Apresadlo! —gritó el Señor Ho Lon Bi.

Los matones rodearon al falso cónsul



desenvainando cuchillos y cachiporras.

Desde la pasarela del navío, a espaldas de los asaltantes, Jan Paolo escuchó otra voz que lo llamaba, una voz familiar y alejada del peculiar acento kralorí.

—¡Xvarnak! ¿Buscas esto? ¡Deberías tener más cuidado con los antros en los que te pierdes! Ya te lo advertí en una ocasión: ¡debes ser más cauteloso!

Aquella voz resonó odiosamente familiar en los tímpanos de Jan Paolo. Pero gracias a un acto reflejo atrapó al vuelo el recipiente de cristal que le había lanzado Écaroh. ¿Cómo había llegado ese estúpido hasta allí? Desenroscó el tapón del frasquito donde reposaba la terroríficamente peculiar,

sedienta de sangre y pensamientos, mascota de Jan Paolo: su espíritu desmentador.

Cuando los matones que acompañaban al Señor Ho Lon Bi se abalanzaban sobre él, el espectro surgió del botecito de cristal. Su gélido tacto se extendió por la cubierta del pequeño navío. Un frío intenso penetró en los huesos de los sorprendidos matones y paralizó sus músculos; el frío de la muerte. El último en morir agonizante, sufriendo una terrible congoja, fue el Señor Ho Lon Bi.

En aquellas horas tardías los callejones que rodeaban el recóndito muelle donde fondeaba Jan Paolo estaban

completamente vacíos. Nadie había visto lo sucedido.

—Menos mal que te he estado siguiendo, Xvarnak..., digo, Kanravx.

—Me las he apañado muy bien solito por ahora, Horacé..., digo Écaroh — contestó Jan Paolo con aire burlesco—. Estaba a punto de dar su merecido a estas minucias amarillas.

—Me mandaron seguirte desde Sartar —continuó Écaroh sin dar importancia a las palabras de Jan Paolo—. Estuve a punto de perderte la pista en Pavis, ¡pero fue magistral la estratagema para evadiros de la condena y dejar atado al pelotón que os conducía a la Gran Ruina! ¡Increíble! Hermano, ahora eres fugitivo

de nuestra justicia, ¡eres un proscrito! Pero no te preocupes, *La Palabra No Pronunciada* te redimirá del castigo cuando haya concluido nuestro trabajo.

A Jan Paolo fue la palabra «nuestro» lo que le rechinó. El resto de lo cuanto declamaba Écaroh era escuchado por Jan Paolo como un balbuceo insignificante.

—Sí, Écaroh, entregaremos los Tres Soles al Emperador Rojo.

«Debe ser idiota si cree que se los voy a entregar».

—Sabes, Xvarnak —continuó el agente del servicio secreto imperial—, estamos hechos de la misma pasta, eso es obvio. A mí también se me ocurrió, hace algún

tiempo, la idea de raptar mujeres para negociar con los trolls el paso bajo las montañas de Shan-Shan. ¡Lo que yo digo! ¡De la misma pasta! Ahora, sal de esa cascarria y sígueme. No quiero que mueras entre las nieblas de Kahar. Vamos a navegar sobre ellas, ven conmigo. No sé cómo pensabas cruzar Kahar en eso. Yo tengo el navío apropiado.

—Bien, vamos a ver esa barcucha tuya —asintió Jan Paolo—, pero pasemos antes por casa del rollito seboso. Quiero recuperar un regalo moreno que le hice.

Tras recobrar del hogar del Señor Ho Lon Bi a su concubina Tesa, Jan Paolo siguió a Écaroh hasta la nave con la que

el agente lunar pensaba atravesar Kahar.

A los dos agentes se les unió un tercero: la kralorí conocida como Ming que había fallado intentando interceptar a los buscadores en el interior de Kralorela. «Un estorbo inútil e inoportuno», pensó Jan Paolo. No podía verla como una colaboradora. Juntos hicieron la travesía por el mar de la Niebla siguiendo el rastro del *Rompeolas del Sur*, el navío en el que navegaban los buscadores dirigidos por Cráteros. Écaroh lo tenía todo preparado para la travesía: una nave espléndida, numerosa tripulación..., y muchas chiquillas jóvenes. Una vez en su meta, las jovencitas serían su harem personal y su fortuna, su tapadera como proxenetas,

además de sus cinco sentidos en cada rincón de Isla Destino.

De cómo atravesaron el Océano de la Niebla de Kahar y encontraron Isla Destino, ni la propia Diosa de la Luna Roja tuvo noticias certeras, pues el manto lechoso de la Niebla de Kahar resulta demasiado denso incluso para ella.

—Estuve a punto de embaucarlo — aseguraba La Dama Ming sobre la cubierta, mientras el navío atravesaba bancos de nubes y no olas. Se acariciaba sus larguísimas uñas—. El lancero yelmalita estuvo a punto de caer bajo mi influjo; su cuerpo es débil... es lascivo. La próxima vez será mío.

—Bueno, tampoco hay que precipitarse.  
—Jan Paolo sonreía observando a la kralorí. No le gustaba que llevara la cara tan pintarrajeada—. Yo pienso que el lancero yelmalita se llevará mejor conmigo.

La agente Ming nunca llegó a Isla Destino. Aunque navegaran muy por encima de las nubes, siguiendo las corrientes lunares y no marinas, algo parecido a un golpe de mar hizo que la mujer se precipitara por la cubierta. O esa fue la hipótesis que Jan Paolo compartió con la sorprendida tripulación. Nadie había visto el accidente.

De los buscadores no obtuvieron nuevas



hasta que los ojos amarillos del búho blanco se toparon con la comitiva de Cráteros cruzando Isla Destino por el vado seco de un río. Un marinero lenguaraz había hablado a Jan Paolo sobre una colonia yelmalita, al sur de la isla, fundada hacía unos veinte años. No era difícil imaginar hacia donde encaminarse.

Junto a Écaroh, Jan Paolo envió a la colonia, como avanzadilla, a la única persona en la que podía confiar, su pupila Tesa.

*A muchos kilómetros de allí, en el continente, las legiones comandadas por Jar-Eel estaban sufriendo*

*numerosas bajas a cargo de las huestes de jinetes de Pent. El Imperio Lunar empezaba a quebrarse. ¿Qué ocurriría con todo su poder acumulado?*

Los profetas lunares lo proclamaban de viva voz.

*Igual que el día sigue a la noche, y el verano al invierno, la Luna Blanca sucederá a la Luna Escarlata.*

Es paradójico que el pacifista culto de la Luna Blanca, la Que Brilla Sin Rastro de Sangre, fuera el que comenzase el violento cisma religioso que partiría el corazón del Imperio Lunar en dos.

## Capítulo IV. «La profecía de la isla desterrada y de la Niña Joya»

*De cómo las profecías se cumplen.*

*La Niña Joya había vuelto a pisar La isla que fue desterrada .*

Los tres halcones gigantes que transportarían a la comitiva de buscadores a la cima del Pico Solitario estaban dispuestos para partir. Antes de emprender la marcha, Jan Paolo ya se había acercado en dos ocasiones con fingida curiosidad al elfo recién llegado de nombre Tascamarnon.

—¿Así que allí, en el continente,

te dedicas a hostigar a las tropas de un ejército...? —Jan Paolo puso su mejor cara de desconcierto—. ¿Cómo lo has llamado?

—Es un imperio que reza a una luna bañada en su propia sangre —gruñó el elfo—. ¡Los dioses os amparan si aún no escuchasteis hablar de él! Su maldad se expande por todos los territorios. Si no lo detenemos pronto, se apoderará de todos nuestros territorios. Destruyen bosques y arboledas sin respetar vida alguna.

—Afortunadamente en esta isla ninguno hemos oído hablar de un imperio que adora a una luna... ¿roja? —Jan Paolo fruncía el ceño agarrando a

Tesa de la mano. «Es una suerte que para los elfos todas las personas parezcamos iguales»—. ¿Y cómo lo haces? ¿Cómo usáis los halcones contra los invasores?

—Normalmente volamos en pareja, uno gobierna el ave y el otro asaetea.

—Interesante —continuó Jan Paolo con su teatro—. Cuéntame más. Si voy a ser tu compañero, y he de fiar mi vida a tu pericia como jinete, quiero saber más de ti y de cómo atacáis a las tropas de ese imperio

—Pues...

El primer día de viaje en tan magníficas aves, sobre las llanuras y los pastizales de la isla, pasó sin más breves ni contratiempos. Los buscadores sobrevolaron a una nutrida manada de gamos rojos que migraba a tierras septentrionales buscando un clima más fresco en aquel mediado verano. Mediante capas, mantos y capuchas, los viajeros se cubrían de la fuerte brisa y del hiriente sol. Cuando los halcones cogían velocidad acompañados por alguna corriente propicia, el viento golpeaba con fuerza y escuchar al compañero resultaba tarea complicada, lo que suponía un descanso para Tascamarnon. Jan Paolo no dejaba de atosigarle con cuestiones sobre los

métodos bélicos de los aldryami. Shen se agarraba fuertemente a las plumas de su halcón. Yun—Xu a la vestidura de ésta. El Mariscal trataba de llevarlas con soltura, disimulando su tormenta interior.

El recuerdo del asesinato de Zishla golpeaba su pensamiento una y otra vez.

Abajo, a muchos pies de distancia, el suelo parecía una mullida alfombra verdosa, una inmensa moqueta desplegada sobre un tablero llano y pulido. Las primeras colinas aparecieron redondeando el horizonte. La luz del sol flaqueaba por poniente. Algunas cabras salvajes pastaban ajenas



a los viajeros. Descendieron para cobijarse entre las inminentes estribaciones, suaves y onduladas, con la vista puesta en el Pico Solitario, meta y conclusión de aquella búsqueda.

—Sobre los altozanos estamos demasiado expuestos —Cráteros señalaba con la mano—, buscaremos refugio entre aquellos alcores. Allí estaremos más resguardados.

Aquella primera noche la brisa refrescó. Tendida sobre su yacijas Shen observaba los cielos estrellados. Se sentía diminuta y desamparada, pequeña e insignificante, bajo la complicada morfología de constelaciones y estrellas

que desde hacía siglos marcaba su destino. Uno a uno el resto fue cayendo presa de un ligero duermevela. Los turnos de guardia dispuestos por Cráteros iban pasando paulatinamente al igual que las estrellas fugaces. Solamente Shen permanecía despierta.

Su cabeza no paraba de dar vueltas. Sería capaz el chamán aldryani Hansharúlise de resolver el enigma del asesinato de Zishla. Quería regresar y hablar con él. Quería que el aldryani de roja cabellera encontrara el alma de Zishla en el lado de los muertos. Su espíritu tenía que saber quién la había matado. Los chamanes podían hablar con los muertos. Hacía tiempo que la aldryani desconfiaba de Cráteros, desde

que éste enloqueciera en Kahar, pero ahora necesitaba volver a creer en alguien... Necesitaba volver a creer en él.

Un bufido en la penumbra alertó a la aldryani. Quirísofos hacía su guardia, parecía no haberse dado cuenta entretenido con un melocotón. Shen se escabulló sigilosamente dejando al vigía como un poste nocturno. La aldryani se adentró silenciosa entre las sombras en dirección al misterioso ruido. Si aquello no era nada, no quería dar razones a sus compañeros para que pensaran que era una obsesa. Caminó de puntillas introduciéndose en la oscuridad cuando de repente una mano le tapó la boca. Intentó chillar alarmada, pero su grito

quedó ahogado por la presión ejercida sobre sus labios. Intentó morder, inútilmente, hasta que vio a su agresor. Quien usaba la oscuridad de la noche como cobijo era una vieja conocida.

Li-Wan vestía un hermoso kimono de seda verde y rojo adornado con crisantemos bordados. Los ojos sin pupilas de la aldryani reflejaban su sorpresa.

—Por favor, Shen —pidió Li-Wan usando la lengua aldryani con fluidez—, cuida de mi hija. Por lo que más quieras, debes cuidar de ella e impedir que nada le suceda. Yun-Xu es la semilla que hará germinar la luz de nuestros pueblos. Vela también por ti,

pues tu vida está en peligro y eres tan valiosa como mi hija. Hazlo por los tuyos, por los míos, por ti y por mí. Yo estaré junto a ti eternamente, amiga.

Shen parpadeó. Li-Wan ya no se encontraba allí. Cuando la aldryani recobró el resuello rodeó el alcor en busca de su amiga pero no halló rastro alguno, ni una rama pisada, ni una piedra hundida. Incapaz incluso de recordar el lugar exacto donde había tenido el encuentro. Antes de que alguien la echara en falta con el cambio de guardia, decidió volver al campamento y tenderse al lado de Yun-Xu, velar su sueño y protegerla de los espíritus noctámbulos. Aquella noche, la aldryani decidió guardarse para sí el misterioso

encuentro.

*El sueño es ese momento indispensable donde un futuro dragón debe reflexionar y experimentar con todos los conocimientos adquiridos. La vigilia. El momento donde puede inventar y crear los mundos oníricos que se convertirían en realidad al iluminarse su alma y trascender a Dragón.*

Susurro en la Bruma fue quien mejor durmió. Dormía plácidamente, sereno y sosegado. Había sido apartado del Sendero de la Iluminación Dragontina por el propio Dragón Emperador de

Kralorela, Godunya y, aun así, el dragón nonato mantenía la costumbre de meditar largamente. No pensaba en la vida inmortal, tampoco en su estrenada y caduca mortandad. Era incapaz aún de entender qué era morir y dejar de existir, qué era poseer un alma condenada a extinguirse.

Esa noche sí soñó con la muerte. Esa noche, resguardados en la ladera herbosa del redondeado alcor, el sueño del dragonut fue parecido al de otras:

De nuevo estaba en el patio donde había muerto el espíritu del bosque llamado Zishla. Junto al limonero halló de nuevo su cadáver. El dragonut sintió el cuerpo caliente, como

si acabara de expirar. De las heridas manaba abundante sangre verdosa. Cada corte estaba hecho con precisión. El dragonut vio cómo el espíritu de Zishla se escapaba flotando. Acababa de morir. Sus restos estaban tendidos junto al limonero. Susurro en la Bruma levantó la vista buscando al culpable. Él no había hecho nada y sin embargo nadie más se encontraba allí. Se miró las manos y las vio llenas de sangre verde. Tenía su puño derecho cerrado en torno al filo sangrante que acababa de terminar con la vida de Zishla. Ese arma no era suya ni aquellas eran sus manos. Frente a él colgaba de la pared un espejo de bronce. La pulida y reluciente superficie no reflejaba su imagen, sino



la del kralorí conocido como Man–Yurý Min–Tao. Era él quien sostenía el arma bañada en sangre verde sobre el cadáver de la elfa.

El dragonut despertó. Todos los demás dormían menos los dos aldryami, Shen y Tascamarnon, que se ocupaban en esos momentos de hacer la guardia. El dragón nonato guardó su sueño para sí. Los sueños podían mostrar la realidad presente, el futuro que vendría o el pasado más remoto; o quizá nada de eso, nada más que sus obsesiones.

—Espero que os estéis acostumbrando a las monturas —Quirísofos almorzaba dos ciruelas de color ambarino.

—Pues no son del todo cómodas — contestó Shen—. Tengo rozaduras en los muslos.

—Deberías curarlas. Si el roc nos encuentra y tenemos que zafarnos a toda velocidad tienes que apretarte contra la montura —añadió el jinete yelmalita—. Como dije, la última vez que me acerqué a la montaña lo vi subir con una cría de brontosaurio como un águila sube con un conejo. Si aparece mientras volamos hacia la cúspide, rezad. El halcón que atrape no volverá a volar.

—A los humanos —objetó Shen hastiada—, os encanta asustaros con historias de monstruos. Ya he oído demasiadas leyendas de criaturas

gigantescas. Dejadlo ya, os lo ruego. No necesitamos que vuestras supersticiones alimenten nuestros miedos.

—Si ese pajarraco tiene sangre bajo sus plumas —aseguró Cráteros—, lo atravesaré con la punta de mi jabalina como si de un ganso orlanthi se tratara.

—Majestad —negó Quirísofos con la cabeza—, no son supersticiones. Cuando el roc abre las alas hasta Yelm queda oculto tras sus plumas. Es un coloso alado y no creo que nuestras armas pudieran herirlo.

Tras el breve desayuno consistente en una hogaza de pan, queso y algunos frutos secos, los buscadores continuaron

su viaje sobre el lomo de los tres halcones gigantes. El Pico Solitario crecía ante sus ojos. Las monturas se acercaban impulsadas por las corrientes procedentes del sur, vientos cálidos que elevaban a las aves por encima de las nubes. Cráteros, con Shen y Yun-Xu; Susurro en la Bruma, junto a Quirísofos, antiguo escudero de Hiraclís; y por último Jan Paolo, que viajaba en la grupa del halcón montado por el aldryani de nombre Tascamarnon Girasol Vespertino. A sus pies, el tapiz de pastos se extendía interminable; lo avanzado del estival periodo conocido como Estación del Fuego estaba haciéndolo amarillear. Susurro en la Bruma guardaba un silencio sepulcral.

Yun–Xu se aferraba a Shen con fuerza. Jan Paolo insistía en el interrogatorio al guía de su montura. Pero todos tenían de frente la visión de la enigmática mole de roca, la montaña en cuya cumbre se hallaba la anhelada meta de su ardua odisea a través de medio mundo. Un día más, y llegarían al final de su viaje. Allí arriba, Yelmalio los estaría esperando para concederles el primero de los Soles: *La Ayuda que se da*. El primero de los Soles atraería al siguiente, *La Ayuda que se recibe*. ¿O acaso no ocurriría así? Ya nada podía salir mal. El destino los esperaba allí arriba.

Cuando los últimos estertores de Yelm abandonaban el cielo de poniente, los buscadores acamparon en las

proximidades de la ladera más meridional. Al día siguiente ascenderían el macizo.

Cráteros indicó el lugar más propicio para levantar el pequeño campamento donde pasar aquella última noche antes de encontrarse cara a cara con el objetivo de su búsqueda. Trataron de ocultarse en una ligera hondonada buscando la protección y el bienestar necesario previo a la batalla.

Un brontosaurio estaba tendido sin vida sobre la alfombra de hierba.

Susurro en la Bruma se arrodilló al lado del cadáver.

—Es sólo una cría —aseguró Quirísofos desde la distancia.

—Ya sé cómo conseguiremos eliminar al pajarraco que tanto miedo os provoca. —Jan Paolo rebuscaba entre los pliegues de su nueva túnica negra—. Le ofreceremos este lagarto como cena. Por aquí debo tener algún potente veneno. Cuando el roc se lo coma, ya no podrá volver a volar.

Susurro en la Bruma introdujo su cabeza en la boca del cadáver.

—El roc no es un ave carroñera —contradijo Quirísofos las palabras del consejero del Rey—. Caza brontosaurios vivos. ¡Lo he visto con mis propios ojos! Además, dudo que tengas suficiente ponzoña para intoxicar a un ave que merendaría montañas de

gustarle comer piedras.

El consejero frunció los labios, disconforme con la explicación del yelmalita.

El intérprete dragonut sacó la cabeza de la boca del saurio y, después de varios días de mutismo absoluto, volvió a hablar con esa voz suya tan metálica:

—Es un mal presagio, no debemos subir —auguró con lobreguez. Y con un dedo descomunal, acabado en una afilada uña amarillenta, señaló a Jan Paolo—. No profanarás ningún cadáver.

—Lo cierto es que el ave necesitará alimento —Quirísofos se frotó el vientre—. Si ahuyentamos a las manadas de saurios le obligaríamos a cazar lejos de



la montaña.

—Quizá sea complicado alejar a los reptiles gigantes de sus zonas de pastos

—Cráteros se acercó a Quirísofos—. Puede que sean demasiados para alejarlos. Tal vez si ascendiéramos escalando la pared de roca, dejando los halcones abajo, no llamaríamos su atención. Encaramarse a la montaña sin usar halcones puede ser la mejor solución para pasar inadvertidos.

—Pero Majestad —Quirísofos señalaba a la cima de la montaña—, tardaríamos días en ascender lo que volando serían minutos. No poseemos ni el material ni la experiencia para afrontar semejante desafío.

—No debemos subir— repitió el dragonut.

—No sabía que tuvieras tanto miedo. — El falso cónsul se acercó al cadáver. El dragonut clavó en él su mirada. Las escamas de Susurro en la Bruma adquirieron una tonalidad violácea. Jan Paolo le observaba con aire desafiante. Sin amilanarse, estiró la espalda y ladeó la cabeza—. Por aquí hay hierbas y rastrojos suficientes para encender una gran pira. —Jan Paolo se frotó las manos—. Dejaremos alimento sobre la pira, que previamente habré rociado con aceites —extrajo un bote oscuro de entre los pliegues de la túnica—, y cuando el ave baje por su comida prenderé la pira churruscándole las plumas. No sabrá

como el pavo asado, pero nos quitaremos del medio al guardián plumífero. Ave chamuscada no vuela. La guisaré estofada.

Jan Paolo sintió la mirada del dragonut. Shen también clavó en él sus ojos llenos de reproches. Pero fue Quirísofos quien rebatió de nuevo.

—Creo que es usted demasiado optimista, señor consejero. No creo que sea tan fácil cazar a la más grande de las rapaces que jamás voló bajo el candor de Yelm. No creo que el roc pique en tu trampa.

—¿Por qué no dejas de contradecirme?  
—se enojó el falso cónsul—. Cualquiera de mis planes es mejor que tu lloriqueo

pesimista. A cada palabra que digo le pones un pero. ¿No tendrás algo en mi contra? Yo, que sólo pretendo ayudar al aportando luz donde tú ves sombras. Eres un envidioso. ¿Qué tienes en contra de mí? Vamos, dilo.

—No me provoque —advirtió Quirísofos—, no toleraré sus faltas de respeto.

—Pues vamos a solucionarlo como hombres. —Jan Paolo se remangó la túnica, hablando con voz severa y mirada confiada.

Shen y Susurro en la Bruma observaban con creciente irritación la sinrazón de los humanos. Jan Paolo levantó una mano fingiendo que cogía a su oponente

por el pescuezo. Comenzó a murmurar cuando Cráteros lo interrumpió.

—Tranquilícese procónsul. —Con una firme palmada en la espalda, el yelmalita había roto su concentración—. Ya he decidido que el modo menos engorroso de ascender hasta la cumbre es mediante los halcones.

—Escúcheme, general..., digo, Mariscal. Podemos meternos en el interior del estómago del brontosaurio y dejar que el pajarraco nos cace y nos suba hasta su nido. Una vez arriba, esperamos que se marche para salir.

—Majestad, con el debido respeto — Quirísofos comprobaba atónito que Cráteros asentía las explicaciones de

Jan Paolo—, las ideas de su consejero son ridículas.

—Pues tengo otra: puede ser que algún valiente guerrero, como Quirísofos, quiera dejarse engullir directamente por la magnífica ave para matarla desde dentro, agujereando sus tripas e intestinos. O esperar en su interior hasta que vuelva a su nido y le expulse con las heces. Al menos uno de nosotros llegaría a la cumbre de la montaña. ¡Un momento, ésa no es tan mala idea! Yo mismo dejaré que el ave me trague y acabaré con ella desde su interior. ¿No seré un verdadero héroe?

—Gracias —Cráteros silenció a su sarcástico consejero—, pero nada de

eso será necesario. He tomado una decisión y no permitiré ninguna fractura entre mis hombres. No toleraré desavenencias.

Quirísofos bajó la cabeza.

—Mis disculpas, Majestad.

Jan Paolo miró con altanería. Una mueca de satisfacción se dibujó en sus labios.

—Hemos venido a lomo de tres halcones y tres halcones nos subirán a la cumbre —declaró el Rey—. Yelmalio nos bendijo con el secreto de la cría y de la monta. Le estaremos por siempre agradecidos.

Dana graznó y aleteó despeinando al Mariscal.

—Los halcones son la mejor opción. —  
Quirísofos asintió.

—Por la mañana ascenderemos en  
formación —continuó el monarca—.  
Rezaremos para que el roc no salga a  
cazar a horas tempranas. Si lo hace, y  
repara en nuestra diminuta presencia,  
confío en nuestro entrenamiento. Nos  
abriremos paso por las distintas caras  
de la montaña. El ave no podrá cazarnos  
si aparecemos y desaparecemos entre  
las brechas por las que él no puede  
cruzar. Estoy seguro que llegaremos a la  
cumbre.

Con estas palabras de Cráteros, los  
buscadores se tendieron a reposar en sus



yacijas. Aquella fue una noche desvelada, más intranquila que la anterior.

El Mariscal no dejaba de dar vueltas. Apenas podía conciliar el sueño. Y cuando por fin dormitaba, un agitado recuerdo le devolvió a la vigilia.

El Mariscal estaba en el palacio de Edesia en otra noche calurosa. Alguien había entrado sigiloso en su dormitorio, aquella sensación le resultaba extrañamente familiar. El intruso se acercó a su lecho, una sombra pequeña de curvaturas pronunciadas y figura grácil. Era el contorno de una elfa. El rey trató de frotarse los ojos pero el cuerpo en penumbra le sujetaba las

manos, llevándolas directamente a sus senos. La elfa se subió sobre él a horcajadas y con delicadeza se acercó para besarlo. Todo aquello le era tan familiar. Cráteros estaba confuso porque sentía haber vivido ya esa sensación. ¿Quién era ella? Dudó. Aquel sueño suponía un turbulento arrebató de contradicciones religiosas. La elfa acercó sus labios a los del Mariscal. ¿Estaba Zishla viva? ¿Era aquello un sueño incongruente? ¿O sería parte de un recuerdo oculto en algún lugar olvidado de su memoria? ¿Por qué había un limonero a su lado?

—Hola de nuevo, mi guerrero — susurró Zishla lamiéndole la oreja y clavándole sus largas uñas en la

espalda. La aldryani le pasó la lengua por el cuello—. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente.

—¡Tú no puedes ser ella!

Cráteros tensó los músculos de los brazos. Los tendones quedaron marcados en sus articulaciones. De un movimiento seco giró el cuello de la aldryani. Tronchándolo. Con un escalofriante crujido resonando aún en sus tímpanos, similar al de madera al quebrarse, el Mariscal abrió los ojos. Despertó con el corazón acelerado y la frente sudorosa. Estaba tendido sobre la hierba a los pies del Pico Solitario rodeado por sus compañeros de expedición. Había sido otro sueño. ¡O

sería algún recuerdo sublimado del pasado? No consiguió volver a cerrar los ojos.

Susurro en la Bruma fue quien más tiempo pasó entre ensoñaciones y duermevelas. El mismo sueño se repetía una y otra vez.

El dragonut entraba de nuevo en el patio donde encontraron el cadáver de Zishla. Allí seguía su cuerpo. De las heridas manaba abundante sangre verde. Cada corte estaba hecho con salvaje ferocidad. El dragonut percibió que el espíritu de la elfa se escapaba del cuerpo. El cadáver estaba tirado y ensangrentado. El dragón nonato dejó

tendido el cuerpo y levantó la vista buscando al culpable. Nadie más se encontraba allí. Una sensación de cálida humedad le cubría las manos. Las miró, estaban embadurnadas de sangre verde. El puño derecho estaba cerrado en torno al filo del arma que acababa de terminar con la vida de Zishla. Ese arma no era suya, ni aquellas eran sus manos. Frente a él vio un espejo colgado en la pared tras el limonero. Pero en la pulida y reluciente superficie, el bronce reflejaba el rostro del hombre adorador del Dragón Dorado conocido como Cráteros, el mortal destinado a morir persiguiendo una quimera que se escapaba de su ínfima comprensión. Cráteros era quien sostenía el arma

bañada en sangre sobre el cadáver de la elfa. ¿Era él el asesino del espíritu del bosque?

Susurro en la Bruma guardó silencio.

El despertar fue silencioso. Buscadores sumidos en sus propios pensamientos. Cada uno de los héroes, y lo eran verdaderamente por el hecho de intentar subir aquella mole de roca, estaba perdido en sus divagaciones. Quirísofos alimentaba y enjaezaba las monturas aladas, Tascamarnon tensaba la cuerda de su arco mientras le susurraba una melódica oración, Jan Paolo observaba al resto de la expedición con sus abultados ojos saltones mientras un búho

de blanco plumaje hacía lo propio desde las alturas. Cráteros llevó a Shen adonde nadie pudiera oírlo. El Mariscal quería hablar con ella y le pidió que dejara a Yun-Xu en el campamento. Shen distinguió en su rostro verdadera preocupación. La aldryani sólo había percibido semejante mirada de temor en los ojos del Mariscal en una única ocasión: cuando enloqueció devorado por la Niebla de Kahar.

—Necesito hablar contigo. —Cráteros resoplaba al hablar—. Quiero prevenirte.

—¿Prevenirme? ¿De qué?—contestó la aldryani con sequedad y un ligero tono de resquemor.

—Prométeme una cosa. —La voz de Cráteros cobró vehemencia—. Si alguna noche intento seducirte, huye de mí. No me hagas caso y ve a buscar refugio. Busca al dragonut y que su brazo me detenga. Si una noche me meto de manera inesperada en tu lecho, huye; porque así fue como Zishla...

—¿Estás admitiendo que tú...?

—No lo sé. —La nuez de Cráteros subió para tragar saliva—. Tuve un sueño. No estoy seguro. Ví a Zishla morir en el patio, junto al limonero. No sé si mi sueño es tan sólo un simple sueño, o quizá significa algo más. No sé si me estoy volviendo loco.

—Debes admitir que en Kahar los



diablos nublaron tu mente. ¿Quizá algún demonio cercano esté haciendo lo mismo, o algún adorador de demonios como el lunar?

—Tú sólo prométeme que huirás y salvarás a la Niña Joya —insistió el Mariscal—, deja a Jan Paolo fuera de esto. No sé si lo que he visto es cierto o es una majadería. ¡Qué diablos! ¡Ni siquiera estoy seguro de que fuera un sueño! Quizá lo que soñé es un recuerdo. ¡Soñé con Zishla antes de que la asesinaran! Y yo era el asesino.

—Que admita la duda es un buen comienzo para librarse del velo con el que el adorador de la Luna Roja ha nublado sus entendederas.

Cráteros no estaba seguro de nada. ¿Y si Shen tenía razón y Jan Paolo manipulaba sus pensamientos con algún hechizo demoníaco? ¿Y si había sido él el asesino de Zishla?

Con los primeros albores, los buscadores se dispusieron a ascender la imponente pared de roca viva. El campamento estuvo desmontado y las aves dispuestas para partir hacia la cumbre del Pico Solitario poco después del desayuno. Tascamarnon imploraba una oración a Halamalao. Shen entonaba otro rezo para Aldrya. Quirísofos y Cráteros a Yelmalio. Susurro en la Bruma no abrió las fauces. Desde que despertó, el dragonut había mantenido la mirada fija en la cumbre, impertérrito;

algo funesto ocurriría en la cúspide del macizo pétreo. Sus viejos y sabios ojos escrutaban la cima buscando designios del futuro. El dragonut sólo apartó la mirada del farallón ante los molestos ruidos que hacía Jan Paolo mientras rebuscaba entre sus pertenencias. El falso cónsul lunar no dejaba de trastear en su morral y de rebuscar bajo los pliegues de su túnica.

—Vamos —Cráteros respiró hondo—, tenemos una cita con nuestro destino.

—A las monturas —Quirísofos lanzó al suelo el hueso de un melocotón.

Los halcones se alzaron poderosos, jugando con las corrientes del viento. La estampida de las aves dejó una lluvia de

plumas en el suelo. De frente se elevaba un macizo pedregoso cuya cumbre parecía inaccesible.

—En formación de a tres —ordenó el Mariscal desde su cabalgadura.

Cráteros sintió que Shen se agarraba a su capa. Entre ambos, resguardado y tembloroso, protegían el cuerpo de Yun—Xu. Dana volaba a su lado. Las aves se elevaban majestuosas, alejándose con velocidad de los pastizales. Shen miraba con miedo hacia el suelo; no creía posible elevarse de a esa velocidad.

Jan Paolo disfrutaba con la idea de aproximarse a los cielos.

El viento soplaba cálido y la sombra de la montaña se extendía sobre la llanura. El miedo también surcaba el aire a pesar de no haber señales de ningún ave gigantesca. Pero era innegable que la presencia del roc, aun sin estar a la vista, era palpable. Quirísofos sujetaba las riendas de su halcón con manos temblorosas. El temor se reflejaba en sus pupilas. Transpiraba; notaba su humedad en la espalda y las axilas. Una gota fría se desprendió de su frente. Estaba muy incómodo. La tensión le agarrotaba el cuello. La boca reseca y los ojos llorosos. ¿Por qué? Había volado muchas veces cerca de la montaña, cerca del nido del roc... Pero esta vez temía por su vida más que

ninguna otra. El hijo de Hiraclís, Cráteros, parecía lo bastante loco como para guiarlos hasta el interior del nido, hasta la garganta de la bestia, hasta el corazón del infierno.

De pronto, el yelmalita vociferó entre las sacudidas del viento:

—¡Atención! —Señalaba con un dedo hacia la cumbre—. ¡Es el roc! ¡Viene hacia aquí!

Un graznido semejante a un gran trueno, o al quebrar en virutas del cielo, hizo enmudecer a los buscadores. Aquel graznido retumbaba como el polvo negro que los kralorís decían haber inventado antes que los enanos. De pronto, la sombra del roc hizo desaparecer al sol,

como un truco de ilusionismo, para volver a dejarlo en libertad un instante después.

—¡Abrid la formación! —ordenó Cráteros—. ¡Maniobra evasiva! ¡Dirigid los halcones hacia las peñas! ¡Hacia las paredes de la montaña!

El coloso que descendía de las cumbres bien parecía ocupar el cielo entero. Con cada batir de sus monumentales alas el firmamento quedaba momentáneamente oculto. El pájaro roc era un titán alado. Quirísofos no había exagerado lo más mínimo. Descomunal, imponente..., y directo hacía los buscadores.

A su alrededor el viento se agitaba como tifones.

Los jinetes se asieron con más ímpetu a sus monturas. El roc volvió a graznar y el estruendo ensordeció los tímpanos de los buscadores. El huracanado aleteo casi estampó a las tres aves contra las paredes rocosas. Como un tridente, las pequeñas cabalgaduras aladas se separaron en tres puntas que desaparecieron entre las rocas quebradas de la montaña. El roc estiró el cuello por atrapar uno de los diminutos aperitivos, pero los halcones resultaron ser más veloces y sus jinetes más diestros de lo que el gigante, debido a los flemáticos brontosaurios, estaba acostumbrado. Las tres aves pequeñas se escabulleron aprovechando un despeñadero resquebrajado. En su



interior, las miradas de los buscadores se toparon con una visión sorprendente.

Una catarata inmensa que negaba las leyes de la lógica. El agua no caía, sino que se elevaba hacia los cielos. Cráteros abrió la boca sin darse cuenta.

—La cascada que fluye del revés.

El Mariscal recordó la primera vez que había oído hablar de aquella cascada. Se decía que sus aguas eran capaces de limpiar la Mancha del Caos.

No hubo tiempo para más, una figura ensombreció el cielo sobre su cabeza. Un graznido imponente. El gigante alado derribó un peñasco. La roca cayó sobre los jinetes. Los tres se dispersaron. El ave gigante se abalanzó sobre la

pequeña montura del Rey. Shen chilló agarrando a Yun—Xu con fuerza. Las garras del colosal roc resquebrajaron otro enorme promontorio de piedra. Sólo había un lugar por el que escapar de allí. El Rey condujo a su montura hacia la columna de agua que se elevaba al contrario de lo dictado por la lógica. Millares de gotitas salpicaban a los buscadores antes de ser absorbidos. La montura guiada por Cráteros penetró en la cortina de agua y, de repente, la fuerza de la cascada lo elevó a una velocidad endiablada. Durante un instante, jinete y montura perdieron la noción del espacio.

La cascada los expulsó de su interior como un volcán expulsa lava.

La fuerza del chorro, como un gran géiser, los había llevado cerca de la cumbre. Sus aguas desaparecían por el interior de una gruta, tragadas por la montaña.

—¿Os encontráis bien? —preguntó el Rey, algo mareado.

Las dos pasajeras apenas podían responder. Ambas tiritaban presas del pánico. Estaban empapadas. De las otras dos aves no había el menor rastro. Aún restaba un trecho hasta la cumbre. Cráteros hizo que su ave se posara sobre un recodo de piedra. Necesitaba tomar un respiro, tanto, como Shen y Yun—Xu. El Mariscal las ayudó a desmontar del ave.

—Sólo podemos descansar un instante. Si el roc nos halla parados, seremos una presa demasiado fácil. Dana, vigila los alrededores. Que no se acerque.

Pero la pequeña ave no respondió. Los agudos ojo de Dana habían advertido la presencia de dos figuras oscuras que se encontraban saliendo de la gruta por la que desaparecía la cascada. El silencio fue suficiente para avisar a Cráteros.

—Rápido, detrás de mí —ordenó el Mariscal situándose delante de Yun—Xu.

Shen dio un respingo y alcanzó su arco en el que cargó una flecha. Cuando las dos figuras oscuras emergieron, Cráteros ya había aupado a Yun—Xu sobre el halcón gigante y había

desenvainado a *Colmillo Dorado*. El agua de la cascada se abrió como una cortina. Un hombre y una mujer. Ambos se detuvieron al ver a los buscadores con las armas en ristre.

—Tus antiguos amigos han enviado más mercenarios a cazarte —aventuró el hombre mirando a Cráteros con el ceño fruncido. Era alto, tanto como el Mariscal, pero mucho más delgado. Estaba extrañamente ataviado con un sudario oscuro, una túnica bordada con signos que a Cráteros se le hacían demoníacos.

La mujer, de pelo rojizo, también cargó su arco. Había sido demasiado rápida. Un brillo azulado iluminaba los

brazaletes que cubrían sus brazos. Apuntó su arma directamente hacia el rostro de Shen. Ambas se quedaron contemplándose a los ojos. Ambos arcos crujieron combados.

—¡El gobernador y su esposa! — exclamó la pequeña mreli tensando la cuerda de su arco—. Vienen a por Yun—Xu.

—No sé de qué gobernador hablas, pero desde luego que este eunuco no es mi esposo —replicó la mujer pelirroja. Los tendones de su cuello resaltaban claramente marcados. Vestía unas ajadas ropas de viaje. Sobre su piel exhibía tatuadas las conocidas runas del Movimiento y del Viento, adoradas por

los fieles de Orlanth.

—Desde luego no sois kralorís. ¿Quiénes sois entonces? —Cráteros avanzó con gesto amenazador.

—¿Y tú? Dime tú quién eres, arrogante yelmalita. —La pelirroja cambió su objetivo y apuntó al rostro del Mariscal. Dana graznó elevándose por el cielo.

—No creo que sean cazadores de recompensas —observó el acompañante de la mujer entornando los ojos—. Viajan con una niña kralorí.

—No venimos a cazar a nadie, sino a sepultar el cadáver de mi padre.

La mujer observaba a Yun-Xu con los labios apretados.

—Encontrar al Dragón Dorado es el primer peldaño de mi escalera —le susurró la niña kralorí. Inmediatamente la mujer pelirroja relajó la expresión de su rostro.

—Qué niña tan encantadora. —En su boca se había dibujado una sonrisa. Dejó el arco y se arrodilló junto a la kralorí—. Nosotros venimos por la cascada.

—Quien busca estas aguas sólo lo hace por un motivo. —Pero la desconfianza era evidente en el ceñudo gesto de Shen, quien seguía apuntando a la pelirroja.

—Desde luego. —El hombre vestido de oscuro dejó entrever el pomo de una espada entre los pliegues de su túnica—.



Pero la cascada ha purificado lo que veníamos a limpiar. Seguid vuestro camino sin interponeros con el nuestro.

—Eso haremos... Gabriel. —Cráteros estaba seguro de que aquella mujer tenía que ser, sin duda, aquélla de la que le hablaron en el barco a través de Kahar.

La pelirroja alzó las cejas a la misma velocidad que tensó su arco. El hombre vestido de oscuro desenvainó su espada; el filo brilló azulado.

—Lo sabía. Esos bastardos no te dejarán en paz; incluso ahora que estás limpia.

—¡Calma! —El Mariscal agitó las manos—. No queremos haceros daño. Nadie nos ha enviado a cazaros.

—¿Entonces por qué conoces mi nombre?

—Lo escuché en el barco que nos trajo a la isla. Te buscaba otra mujer.

—¿Otra mujer? ¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. Nunca quiso decirme su nombre... Pero puedo asegurarte que tenía los ojos como los de un lobo; tan azules, como los de un lobo blanco del Glaciar de Valind. Parecía una de los tuyos.

—¿Ojos como los de lobo? Sé de qué mujer hablas. Es una de las Hijas Leales de Vinga, como lo era yo tiempo atrás, antes de... antes de tener que buscar la cascada. En fin, ahora podré volver a rendir culto a Vinga.

—También ella me habló de Vinga.

La tensión se desinflaba alrededor de Shen. Descargó su arco. ¿Quién acompaña a otra persona a los confines del mundo para limpiar la Mancha del Caos? Sólo alguien enamorado. La aldryani percibía mucho cariño en las miradas que el hombre.

—Seguid vuestro camino y nosotros seguiremos el nuestro —instó la pelirroja—. La senda de Vinga no conoce lugares donde reposar, marchad en paz.

—Que así sea. Dana, busca a los demás y guía a los halcones hasta...

Pero Cráteros no había terminado su frase cuando un ensordecedor graznido

hizo temblar las rocas en rededor. El roc se alzaba de nuevo tras un peñasco. El cielo quedó cubierto. Algunas rocas se quebraron y cayeron. Las alas del gigante volvieron a encabritar los vientos; los bandazos golpeaban el aire haciéndolo crujir. Entonces, de pronto, el aire se detuvo, paralizado.

Los buscadores oían clamar a la pelirroja.

—¡Orlanth, detén tu soplido para que Vinga pueda dirigir mis flechas!

El roc se abalanzó desde un alto promontorio de piedra.

—¡Yun–Xu, cuidado! —El grito de Shen hizo reaccionar también a Cráteros.

Yun–Xu se había subido sobre un risco. Encadenaba una fluida sucesión de armónicos movimientos. Su cuerpo se redondeaba sobre sí mismo y se estiraba como el de un gato. Antes de que el ave llegara, la pequeña se detuvo y exhaló un estridente chillido. Muy agudo. El aire se sacudió convulso, tenso y vibrante. Y como respuesta, un ensordecedor rugido resonó contra las rocas e hizo estremecerse a la montaña. No había sido el roc. La piedra se removi6. Otra cosa había contestado. Incluso el roc pareció aturdido por el bramido y durante un momento girar sin rumbo.

Aquel rugido provenía del interior del océano que rodeaba la isla.

La pequeña kralorí fijó su mirada en los plateados ojos de Shen y musitó:

—Ya está aquí, es hora de subir.

La niña cerró los ojos y cayó desde la roca sobre la que se había alzado.

A Shen se le cortó la respiración. Cráteros trató de cogerla. Pero no fue el yelmalita quien evitó la caída de la niña de ojos rasgados. La mujer pelirroja, la esbelta orlanthi de mirada confiada, agarró a Yun—Xu antes de que cayera. Sonriendo la entregó a brazos de Cráteros. La niña kralorí seguía aturdida.

—¡Cuídala! —La voz de la pelirroja apenas se escuchó debido al viento que volvía a aullar. El roc se alzaba de

nuevo sobre la repisa de piedra para dejarse caer.

—¡Escapad, no podéis luchar contra él!

—Las palabras de Cráteros apenas eran audibles. El pelo se le metía en los ojos. Una pátina de sudor cubría su frente.

—No sabes con quién hablas —contestó la pelirroja guiñando un ojo al yelmalita—. ¡Ni siquiera los dragones pueden detener la lanza de Vinga!

—¡Hay que subir la montaña ahora mismo! —Shen gritaba desde la grupa del halcón gigante. Cráteros aupó el cuerpo de Yun—Xu.

El yelmalita se alzó agarrando las riendas. Echó un último vistazo a los dos extraños. Ella disparaba al roc, pero

no fue una sino cinco, las flechas que surgieron del arco al mismo tiempo. Y todas terminaron clavadas entre las plumas de la enorme ave. Del hombre de negro no había rastro. El Mariscal no tenía tiempo que perder e hizo que su montura se elevara evitando la embestida del roc. Entonces reparó en el hombre sobre otra roca más arriba. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Volando? El extraño estaba formando un orbe de fuego entre sus manos. «Trucos arcanos de occidente». El Mariscal lo sobrevoló con su ave. «¿De verdad que van a luchar contra el roc? Tienen agallas... y están locos». Mientras el ave gigante estuviera entretenido con los dos infelices,



tendrían su oportunidad de escapar. Huir era la única oportunidad. Nadie era lo suficientemente poderoso para derrotar al ave.

El halcón del Rey ascendió veloz hasta que encontró a la pequeña Dana. Rápidamente lo condujo al lugar donde los otros buscadores permanecían escondidos.

El interior de un desfiladero que cruzaba la cumbre nevada de la montaña.

Con la sombra del roc aún sobre sus azorados corazones, los buscadores se introdujeron en la quebrada. Al fondo se vislumbraba el acceso a lo que parecía un templo; seguramente, el hogar del

antiguo gobernador de la isla.

A lo lejos se escuchaba la atronadora batalla entre roc y la pareja de extraños.

—Quirísofos —Cráteros llegó a su lado —, no podemos entrar al templo con las aves. Permanecerás aquí, a cubierto del gigante, salvaguardando las monturas. Sin los halcones, las posibilidades de descender serían nulas. Cuídalos bien.

—Como ordene, Majestad.

Y lo cierto es que la entrada se hacía tan estrecha que los halcones no podrían haber avanzado más. El largo desfiladero moría en una pequeña oquedad excavada. La abertura había sido tallada a golpe de cincel, simulando las fauces abiertas de un

dragón. A su alrededor la pared de piedra recreaba una cabeza dragontina. Incluso las escamas estaban detalladas una a una. En el interior de la boca la oscuridad era casi total; solamente un fulgor titilante se adivinaba lejano.

Quirísofos, acatando la orden de su rey, se dispuso a acomodar a las aves entre los neveros del desfiladero. El resto de la expedición comprobaba el estado de sus pertenencias. Cráteros ajustó su escudo y su armadura. Los aldryami tensaron sus arcos. Jan Paolo, sin embargo, parecía sumido en otras cavilaciones.

Con cautela los buscadores se internaron, engullidos, por las fauces del

dragón.

—Yun—Xu —ordenó el Mariscal—, vendrás conmigo. Yelmalio protegió a tu antepasada hace muchos años y yo debo hacer lo propio contigo.

—No —la niña corrió a aferrarse de los brazos de Shen, quien acariciaba susurrante las saetas de su carcaj—, el espíritu del bosque me protegerá.

—Por Aldrya —levantó la vista Shen de su saetero—, deja a la Niña Joya que permanezca a mi lado. Hemos viajado juntos mucho tiempo, y creo que he demostrado no ser débil frente a ningún peligro.

—Dentro de esa cueva no sabemos qué podemos encontrar —rezongó Cráteros

negando con la cabeza, antes de añadir —: aparte del espectro de un gobernador asesino de niñas y su querida esposa: un dragón demoníaco surgido de los fondos abisales. La niña estará protegida por mi escudo y mi lanza. Vamos Yun—Xu, ven conmigo.

La Niña Joya se agarró con más fuerza al brazo de Shen.

—Deja que se quede conmigo —rogó de nuevo la aldryani—, nos pegaremos a su espalda. Estaremos más seguras detrás.

—De acuerdo —tardó el Mariscal en admitir resoplando por la nariz—, venid aquí. Caminareis detrás de mí. El interior es oscuro y no quiero que nada nos sorprenda.

El corredor cavado en la roca era suficientemente ancho para permitir el paso de tres personas a la vez. Junto a Cráteros se situó, en completo mutismo, el lacónico Susurro en la Bruma, mordisqueando las esquirlas de obsidiana de su *klanth*, su arma ceremonial. Tenía la piel oscurecida por una tonalidad purpúrea. Justo detrás se situaban Shen y Yun—Xu; la aldryani agarrada a su arco. Cerraba la comitiva Tascamarnon, el elfo. A la izquierda de Shen apareció, con paso sigiloso, la achaparrada figura de Jan Paolo. Una amplia sonrisa dibujaba sus finos labios. —El futuro está aquí mismo —se

frotaba las manos con la mirada perdida en algún punto del interior del túnel—, dentro de la boca de este dragón. ¿No es emocionante? Por fin...

—Márchate de nuestro lado —lo interrumpió Shen—. No caminaré al lado de una sabandija como tú.

—Relájate y disfruta de la compañía, Florecita, no sea que del disgusto se te sequen los pétalos.

—Vete de mi lado y no te acerques a Yun—Xu. Eres un brujo apestoso.

—Yo custodio tus espaldas —Tascamarnon usaba el idioma aldryani—. No debes preocuparte por el humano hediondo. Yo me ocuparé de él si trata de hacer algo.

Pero aun sin entender palabra de lo que musitaba, Cráteros reprendió al aldryani con una severa mirada. No le gustaba el tono susurrante que había empleado con Shen.

—Elfo, ocúpate de proteger la retaguardia, no quiero que nos sorprendan. Y deja de flirtear con Shen, ahora no es momento de andarse con juegucitos amorosos.

—No puedes reprender a un aldryani por usar su idioma. —Shen miraba furiosa al Mariscal apretando los labios.

—Arbustito, no has de preocuparte por mí —murmuró Jan Paolo condescendiente, atusándose la impecable túnica de cuero negro—. Será



mucho más provechoso que cuides de ti misma. Y no dejes que te polinicen los pistilos.

Jan Paolo se adelantó hasta situarse junto a Cráteros y Susurro en la Bruma. Shen no lo recordaba tan confiado. Su porte era diferente, su actitud distinta, y esos guantes de cuero negro hasta los codos le daban un aspecto escalofriante. La aldryani estaba segura de que tiempo atrás, el cónsul lunar hubiese huido temblando con la sola idea de marchar en primera fila.

Los buscadores se adentraron en el túnel que evocaba el esófago, quizá la tráquea, del dragón excavado. Al fondo titilaba un fulgor que apenas iluminaba

el corredor. Avanzaban con paso decidido, dispuestos a superar cuantas trampas tuviesen que afrontar. La temperatura del túnel subía según se acercaban a las luces. Cuando los buscadores llegaron hasta el origen de la candente fuente de luz, sus cuerpos estaban ya empapados de sudor. El pasillo terminaba bruscamente en una sala con el suelo cubierto por brasas. Desde el vano de la entrada no se distinguía lugar alguno por el que cruzar que no fuera sobre el suelo abrasador. En realidad, era muy poco lo que se vislumbraba debido al humo blanquecino que se desprendía de las brasas. Un humo blanco, cuasi viscoso, que recordaba sobremanera a la niebla

impenetrable de Kahar.

—¿Cómo diablos se mantienen los carbones encendidos? —Cráteros se asomó al interior.

—No es ardiente lo que no puede quemar —Susurro en la Bruma avanzaba sobre las brasas con paso resuelto.

Cráteros se quedó atónito observándolo.

—¡No hay tiempo que perder! —rugió la bestia escamada—. ¡Ella está a punto de llegar! ¡Puedo sentirlo! ¡Tened fe y dominad el miedo!

Las piernas de Cráteros no respondían. Su voluntad vacilaba ante las brasas.

—¡El fuego no puede quemar al destino!  
—volvió a bramar el dragonut.

Dubitativo, el yelmalita avanzó sobre las ascuas. El interior de la habitación donde terminaba la garganta del dragón (¿sería esta sala el estómago?) se volvió por momentos asfixiante. El vapor arañaba su garganta. Jan Paolo dejó atrás a Cráteros, persiguiendo al dragonut sin mirar atrás. Comenzó a correr a grandes trancos. Los pies empezaron a arderle. El suelo era un infierno ardiente. Aquella prueba iba a ser demasiado dura para Shen. Cráteros se detuvo. Giró sobre sí mismo. Pretendía volver y ayudar a la aldryani y a la kralorí a cruzar las brasas cuando para su asombro, ambas le sobrepasaron con una alocada carrera, levantando una nube de ascuas a su alrededor.

En la entrada de la sala, sólo se encontraba la figura paralizada de Tascamarnon, solo y acongojado. Tragaba saliva. Apretaba los dientes. Un sudor brillante le empapaba la cara. Su rata blanca temblaba incontrolada sobre su hombro. El templario yelmalita le miró un instante antes de dejarlo allí; el suelo le quemaba las plantas de los pies a través de sus sandalias claveteadas.

—No puedo entrar. —Era una tentativa desorbitada para un aldryani—. Me quemaré como las ramas secas en la hoguera, como los arbustos en verano. No puedo.

La cara del vronkali reflejaba mucho miedo por el elemento que calcinaba y

hacía morir a cientos de bosques de manera inmisericorde. Su figura se perdió rala tras el espeso humo que los buscadores habían levantado con sus carreras. Cráteros se sorprendió aún más por el aplomo de Shen. La búsqueda debía ser muy importante para ella. Tanto, como el lazo que había creado con Yun–Xu. Era una cuestión de fe que un recién llegado no había terminado de comprender. Pero las suelas de las sandalias del Mariscal estaban al rojo y no sabía si disponía de tanta fe como para seguir parado. Como habían hecho Shen y Yun–Xu, Cráteros comenzó a correr oliendo la chamusquina del cuero de su calzado. La nube de vapor que levantó su carrera lo

envolvió cegando sus sentidos. Los buscadores habían desaparecido en el vapor interior del estómago del dragón excavado.

Sólo cuando sintió el frescor del agua envolviendo sus pezuñas, Susurro en la Bruma se detuvo. Efectivamente aquello había sido una prueba de fe y temía que los otros mortales, de almas más frágiles y perdidas, no hubieran sido capaces de superarla. Tanto humo lo había desorientado y ni sus sentidos más sensibles percibían rastro alguno de sus compañeros. El dragonut se sintió inquieto, era un sentimiento novedoso. El agua de aquel pozo subterráneo le

refrescó las abrasadas plantas de los pies.

Reposó en la charca un largo rato. El dragón de negado futuro no tenía prisa alguna, pues el destino era un estigma que había dejado de importarle. Meditando en el interior del agua, y sumido en una casi completa oscuridad, un burbujeo le alarmó. Con brusquedad sumergió la garra izquierda en el oscurecido charco, como un oso cazando salmones, y del fondo sacó el cuerpo tembloroso de un tritónido. El anfibio lo miraba atemorizado. Susurro en la Bruma lo empujó con desprecio alejándolo de él. El tritónido se acercó de nuevo, cauteloso.



—Busco el Sendero de la Iluminación Dragontina —tartamudeó con timidez—. Usted, sabio entre los sabios, ¿podría decirme dónde encontrarlo? No pienso pasarme la eternidad de charca en charca. Seguro que usted podría indicarme.

—Te equivocas de individuo —contestó el dragón nonato—. Yo no sé nada de la Iluminación Dragontina.

—Pero nadie mejor que un insigne y linajudo dragonut puede mostrar el camino para trascender a Dragón —insistió el tritónido—. ¡Esclavíceme, alabado amo!

—He dicho que te equivocas. Yo no soy el más indicado. Nunca seré un dragón.

Y ahora déjame en paz.

—¡Pero eso no es posible! El dragonut está destinado a despertar en dragón. ¿Cómo es posible que otra cosa pueda suceder? Mi amo, usted es un futuro dragón.

«No son escamas de dragón todo lo que es soñado». El refrán dragontino vino a la mente de Susurro en la Bruma.

—Soy un mortal buscando una nueva senda entre almas caducas. No me interesa tu conversación. ¡Déjame tranquilo!

—¿Acaso es que teme algo? —preguntó el tritónido con un tono hiriente para sorpresa de un atónito Susurro en la Bruma. Nunca había oído semejante

falta de respeto a ningún esclavo—. ¿Tiene algún miedo, mi señor? —repitió el anfibio lentamente. Susurro en la Bruma clavó una mirada amenazante en el tritón—. Dígame, Su Excelencia Dragontina: ¿a qué tiene miedo? ¿Qué es lo que más teme un dragonut repudiado y condenado a la mortalidad?

Jan Paolo avanzaba entre penumbras. Ya no necesitaba a nadie más. El ulular del viento fue sustituido de pronto por los graznidos de un ave y un enérgico aleteo. Frente a él, aparecieron dos ojos grandes y amarillentos. Aún a oscuras, el falso cónsul lunar distinguió perfectamente la figura de un búho de

blanco plumaje.

—Agente Xvarnak —resonó una desagradable voz a su espalda.

Como era de esperar, allí se encontraba la figura de su «socio» Écaroh, u Horacé, como el esclavista era conocido para el servicio de inteligencia lunar.

—Agente Écaroh —contestó Jan Paolo mostrándose jocoso—, ya empezaba a inquietarme por su ausencia. Desde que el rey Cráteros le expulsó de la ciudad, no había vuelto a tener noticias tuyas, ni de *La Palabra*...

—Agradezco su interés, Xvarnak —asintió el fingido mercader sobreactuando—, pero ya sabe que mis ojos lo contemplan todo. Le he estado

siguiendo durante su vuelo a través de las llanuras. ¡Estuvo cerca de convertirse en alpiste para pájaro gigante!

—Los dos sabemos de sobra que no me hubiera dejado atrapar con tanta facilidad, pero no debo hacer alarde de mi fuerza. ¡No debo mostrar mi poder!

—¡Déjate de formalidades! Traigo una orden de las altas estancias. Desde el Salón Rojo, directamente. En cuanto los tres orbes solares estén en nuestra posesión debemos transportarlos de inmediato a bordo de mi nave aérea, hasta las dependencias del Emperador. Por cierto, parece que has perdido torpemente a tus acompañantes ¿Cómo

lo vamos a hacer sin ellos?

—¿Vamos? —se jactó Jan Paolo con una mueca retorcida—. Creo que hay algo que no has entendido bien. *Los Tres Soles* son para mí, idiota, y no los voy a compartir.

El falso cónsul imperial agarró a Écaroh por el torso. Sacó una daga curva de entre los pliegues de su túnica y la dirigió al cuello del mercader. Éste, en lugar de sorprendido o asustado, se mostró tranquilo y simplemente repitió una pregunta que, con voz serena, resonó varias veces en los tímpanos de Jan Paolo.

—¿De qué tienes miedo? ¿Qué es lo que más teme un cónsul imperial?

—¿Miedo yo? ¡Yo no tengo miedo de nada!

Y le rajó el gáznate como si rajara el pescuezo de una gallina.

Shen dejó de toser asfixiada en cuanto la nube de vapor se disipó. A su alrededor todo era oscuridad y apenas veía algunos reflejos que iluminaban su camino. No escuchaba ruido de pisadas. No escuchaba nada. Estaba sola. Un manto de oscuridad se extendía a su alrededor, todos los demás parecían haber desaparecido. Nadie más.

—¿Dónde estáis? —musitó asustada—.  
¿Hay alguien ahí?

—¿Dónde está mi hija? —preguntó una VOZ.

A la aldryani se le cortó la respiración. Su corazón estaba a punto de escaparse por la boca. No podía controlar el temblor de sus manos. Había reconocido aquel timbre con acento oriental que preguntaba en perfecto idioma comercial. Shen no podía creerlo.

—Shen, amiga, ¡tienes que encontrarla!  
—Li-Wan sujetó a la aldryani por los brazos; la zarandeó. Shen apenas veía a la kralorí. Vestía con un kimono rojizo y recogía su pelo negro con dos grandes palillos coloreados—. Es muy importante que encuentres a Yun-Xu. Todos dependemos de ella. ¡El Dragón



Dorado no escuchará otras palabras que no sean las tuyas! ¡Debes encontrarla! No permitas que muera. Son muchos los que quieren acabar con su vida, ¡más de los que puedes imaginar! Quieren matarla y sólo tú puedes impedirlo. ¡Sálvala!

—Li-Wan, estoy asustada.

—Debes encontrarla. Sólo vosotras podéis salvarnos.

—Lucharé por ella..., por nosotras. Y por salvar mi mundo, mi Bosque, y tu Tierra del Arroz.

—Sé fuerte y lucha hasta el final, Shen.

—El tono de Li-Wan sonó repentinamente distinto—. ¿A qué tienes tanto miedo?

—No hay tiempo para hablar de eso ahora...

—Contéstame. —El tono se hizo más cortante—. ¿A qué tienes miedo?

—¡No hay tiempo que perder con preguntas! ¡Debemos encontrar a tu hija!

—¡Contéstame primero! —ordenó la kralorí.

—Son cientos de cosas las que temo. ¡Ahora no sé qué contestar! Me aterran las criaturas de la oscuridad: los trolls y los enanos comepiedras, las guerras que aniquilan a mi pueblo, el fuego, los hombres...

—Quiero que rebusques en el interior de tus temores y me digas qué es lo que más

temes en esta vida.

Cuando la nube de humo blanco se disipó Cráteros se encontraba solo y desorientado, rodeado de una penumbra casi total. Ni siquiera su ave, Dana, estaba con él. El Mariscal avanzó a tientas. Tropezó con algo a sus pies. Tanteó el suelo. Había un cadáver tendido. Rogó a la Runa de la Luz para que le diera una mínima tregua frente a la oscuridad. El aura dorada que emitió su propio cuerpo fue suficiente para verlo: el cadáver era el de un lancero yelmalita. Lo giró. Sentía la garganta reseca. El rostro pertenecía a aquel muchacho que murió decapitado; el

joven lancero, llamado Antígonos, había empezado esta misión como su escolta. Cráteros, sobresaltado, se alejó del cadáver. Por un instante sus pulmones habían dejado de respirar. Sus músculos no respondían. Al alzar la vista a su alrededor, el Mariscal comprobó que aquel no era el único cadáver tendido. Había otros, cientos de ellos. Se encontraba al aire libre y el reflejo carmesí de la luna los iluminaba tenuemente. Se podían contar por centenas. ¡Por miles! Yelmalitas vejados, asesinados, aberrados. Las miríadas de cadáveres insepultos provocarían el vagar eterno de sus almas. ¿Podría enterrarlos a todos, de uno en uno? Imposible. Su mirada

escrutaba la oscuridad que envolvía aquel campo de cadáveres.

—No puedes engañarme. Todo esto no es real. ¡Es una falacia inventada! ¡Una burda ilusión! ¡Estos muertos no existen más que en mi mente!

El Mariscal abandonó el cadáver de Antígonos. Comenzó a avanzar sobre los cientos de cuerpos como si avanzara a través de un río. Escuchaba el graznido de los cuervos entregados a picotear los ojos de los cadáveres. Un ruido a su espalda le hizo volverse como un resorte. Desenfundó con presteza su arma, *Colmillo Dorado*. Sorprendido contempló cómo Man-Yurý Min-Tao, *El Guerrero de los Dos Nombres*, se

ajustaba una de sus sandalias.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí?

—Proteja la vida de mi sobrina. Ella debe vivir pase lo que pase.

—Tú no eres más que una ilusión — Cráteros le dio la espalda—. No creeré nada de lo que digas. Desapareciste engullido por Kahar.

—Debe cuidar de ella. ¡Prométamelo! Usted es hombre de palabra.

—Márchate, tú no eres Man—Yurý. ¿Confundido otra vez por quimeras? ¡Eres un engaño!

La mano del oriental se posó sobre el hombro del Mariscal. El tacto que sintió no le resultaba falso en absoluto. ¡La

presión de la mano era real! Justo en ese momento volvió a escuchar la voz del kralorí.

—Dígame honorable Mariscal, ¿De qué tiene miedo?

Susurro en la Bruma estaba empezando a molestarse con la presencia del tritón. El anfibio parecía no cansarse de preguntar por el Sendero de la Iluminación Dragontina, ¡justo ahora que el dragonut había sido expulsado! El diminuto cerebro del tritónido sería incapaz de asimilar conceptos y pensamientos tan abstractos. Semejante criatura no estaba capacitada para desglosar la elevada conciencia del

universo. Su voluntad no podría soportar la meditación necesaria. Sólo un futuro dragón era capaz de desmembrarse con el cosmos para aprehenderlo, moldearlo, soñar y formar parte del infinito, para poder ser, estar y existir. El dragonut no quería dar ninguna explicación a un alma que no entendería nada.

—¡Eres un incordio! ¡Márchate o me comeré tus ancas! ¡No pienso esclavizarte!

—¿Tiene usted miedo, mi señor? ¿Hay algo que oculta en su interior?

El dragonut estuvo a punto de engancharlo en aquel preciso instante, y así hubiera sido de no ser porque otro



sonido captó toda su atención. El tritónido se sumergió presto en la charca, con sus dos ancas intactas. Un crujido resonó a lo lejos. Un traqueteo. El eco de las ruedas de un carro que avanzaba por un camino de tierra.

Había un terraplén al lado de la charca; sobre él, un carruaje se detuvo.

De líneas arqueadas y colores chillones, el carro estaba ornamentado con todo tipo de simbología kralorí, pero lo más llamativo era que no había saurios ni otras bestias que tiraran de él. ¿Cómo había llegado hasta allí? La puerta se abrió y de su interior surgió la figura de Wu Yen, el comisario de la ciudad de Sha-Ming por quien el Emperador

Godunya había apartado a Susurro en la Bruma del Camino de la Iluminación Dragontina. Vestía su aberrante coraza de escamas dragonut.

—¡Vengo a formularle una cuestión! — anunció desde lo alto del terraplén—. Loado sir dragonut: ¿Qué es lo que más anhela? ¿Cuál es el mayor de sus deseos?

En ese momento, el dragón no nacido estalló furioso e intentó encaramarse al terraplén. Iba a destrozar con sus propias garras, una vez más, el cuerpo del kralorí. Lo volvería a hacer una y mil veces. No tenía nada de qué arrepentirse, como había asegurado en presencia del propio Emperador Dragón

de Kralorela. Sentía que había actuado conforme a la Acción Correcta del Sendero Dragontino, pesara a quien pesara.

El talud estaba embarrado; resbaló. Sus garras se hundieron dejando surcos. Cayó de nuevo a la charca. Sintió un contacto desagradable, el asfixiante tritónido le había agarrado de uno de sus enormes muslos.

—¡Por favor, honorable santidad! ¡Se lo ruego! ¡Hágame su esclavo! ¡Lo necesito! ¿O es que acaso teme algo? ¿Qué es lo que le da más miedo?

De un zarpazo demoledor el dragonut arrojó al tritón hacia el centro de la charca. El anfibio desapareció. Susurro

en la Bruma dirigió una última mirada a las aguas estancadas.

—Desde luego que a ti no —contestó encaramándose de nuevo al terraplén—. No es a ti a lo que más temo.

El cuerpo degollado por la afilada daga de Jan Paolo cayó desangrado a sus pies. Éste lo dejó tendido mientras limpiaba la sangre de su hoja en la túnica del cadáver y guardaba el arma bajo los pliegues de la suya. En ese momento se dio cuenta de que no era Écaroh quien reposaba a sus pies. ¡Era el cadáver del auténtico Jan Paolo de Kanravx! ¿Cómo era aquello posible? Máximo Poncio alzó la vista,

sorprendido. Se vio en el mismo callejón de Glamour, donde tiempo atrás había asesinado al auténtico agente Jan Paolo de Kanravx para apropiarse de su identidad. ¿Cómo había llegado hasta allí? Estaba en su ciudad natal de Glamour, en el mismo callejón de entonces..., y por segunda vez había degollado a Jan Paolo de Kanravx. Todo resultaba exacto: el lugar, el muerto, sus ropas... El eco de unos pasos resonó en las paredes del callejón, ¡eso era diferente! Antaño nadie rondaba por allí. El falso cónsul lunar trató de esconderse tras unos barriles. Su respiración comenzó a acelerarse. No podía dejar que el dueño de aquellos pasos le descubriese.

—Saludos, agente Xvarnak —se escuchó la voz de Écaroh nuevamente tras las pisadas—. Traigo un mensaje directamente desde dependencias imperiales, desde el Salón Rojo.

—¿Écaroh? —El falso Jan Paolo apareció por detrás de los barriles.

—Es un requerimiento personal del Emperador Rojo por los Tres Soles. — El esclavista sonreía—. Dígame agente: ¿de qué tiene realmente miedo? ¿Qué le aterra cuando cierra los ojos y se va a dormir?

El falso Jan Paolo temió que Écaroh reconociera al auténtico agente Xvarnak con el cuello rebanado y tendido a sus pies. Si descubría su identidad, la

tapadera que le había servido como coartada durante tanto tiempo se iría al traste. Tenía que distraer la atención de Écaroh.

—¿Qué me da miedo? ¿A mí? Pues verá, resulta que yo soy hombre sin temores.

—No se preocupe por ocultar el cadáver —Un búho de blanco plumaje se posó al lado de Écaroh, quien no dejaba de sonreír—. Eres nuevo, pero pronto aprenderás que en nuestro trabajo, a veces, tenemos que hacer cosas que no nos gustan.

Écaroh no dijo nada más, se agachó y dio la vuelta al cadáver. Aquel cuerpo desangrado tampoco era el del auténtico Jan Paolo, sino el de Máximo Poncio.

¿Era su propio cadáver! ¿Se había vuelto loco? Tendido en el suelo, inerte, su propio cuerpo. Pero, si su cuerpo estaba muerto, ¿quién era él realmente? ¿Quién era Jan Paolo de Kanravx? ¿El falso cónsul enviado por la *Palabra no Pronunciada*? ¿Con quién estaba hablando en ese momento el agente Écaroh? Entornó los ojos mirando al esclavista.

—Un espejo —la nuez bailaba en su cuello—. Necesito un espejo.

Y salió corriendo alocado entre los callejones más mugrientos de aquella triste barriada de Glamour. El búho blanco lo seguía revoloteando sobre su cabeza. Se escuchaban sus graznidos. El



hombre le entendía a la perfección, como si el búho graznase en su propia lengua materna. El ave tenía una pregunta, un reclamo que resonaba dentro de su cabeza:

—¿Qué es lo que más anhelas? ¿Cuál es el mayor de tus deseos?

Shen no pudo seguir a Li-Wan. El árbol carbonizado que apareció frente a ella la frenó en seco. Éste no era el único cadáver. El fuego había abrasado por completo el bosque donde se hallaba, lo había reducido a cenizas y pocos eran los troncos que aún se sostenían en pie. No había rastro de vida, y aquella puñalada en el corazón de Aldrya

también era una dolorosa puñalada en el corazón de Shen. La aldryani había seguido los pasos de Li-Wan, pero se había detenido aterrada por el desolador panorama de muerte y miedo al que se enfrentaba. ¿Quién había segado de vida aquel bosque, aquel cementerio? Pero lo más sorprendente era que jamás un ser ajeno al Bosque había dado esquinazo a un aldryani en el interior de su territorio. ¿Dónde se había metido? Por segunda vez, la kralorí había desaparecido delante de sus raíces.

Aquella preocupación fue menguando, sustituida por otra: la producida por los susurros de los árboles. La aldryani podía escuchar los quejidos de las almas vegetales. Susurros y lamentos.

Caminar sobre los restos calcinados de aquel bosque fantasma resultaba espantoso. A su espalda escuchó el crujir de una rama carbonizada. ¿Sería su amiga? ¡Li-Wan siempre aparecía cuando menos se la esperaba! Sin embargo, quien se encontraba tras la aldryani nada tenía que ver con la kralorí.

Parecía más grande que de costumbre y por completo fuera de sí. Shen observaba la figura de Cráteros corriendo entre cientos de troncos incinerados.

—¿Dónde está la niña? —gritaba el Mariscal desde la distancia.

Shen se quedó paralizada, aquel hombre

le daba miedo. Su cuerpo no reaccionaba. Cráteros, iracundo, corría hacia ella. Las piernas de Shen no querían moverse. Únicamente podía contemplar aterrada cómo él se acercaba.

—¿Dónde está la Niña Joya? ¡Tú debías protegerla!

Shen no sabía que contestar. El Mariscal gritaba de rabia. A su alrededor, los pocos restos vegetales que de pronto parecían haber sobrevivido, estallaron envueltos en llamas. Cuanto mayor era la ira del Mariscal, más grande eran las llamas que brotaban bajo sus pisadas. Shen retrocedía asustada.

—¡Has fallado, Shen! ¡Has fallado a los

tuyos! ¡Nos has fallado a todos!

Alrededor de Cráteros todo se convertía en llamaradas. Las runas de la Luz y la Verdad en el escudo del yelmalita habían sido sustituidas por la ígnea runa del Fuego.

—Elfa, ¿y si te doy lo que más ansías a cambio de la niña? ¿Cuál es el mayor de tus anhelos?

—Sólo quiero salvar a Yun—Xu..., y salvar a los míos —Shen giró echando a correr como si el mismísimo demonio troll Zorak Zoran la persiguiera.

El cuerpo del Mariscal explotó en llamas y comenzó a correr torpemente tras ella. Era un espectro envuelto en fuego.

—¡Elfa! —gritaba cada vez más alejado  
—. ¡No corras! ¡No quería asustarte!  
¡Sólo dime qué es lo que más deseas!  
¡Sólo eso! ¡Nada más que eso!

Shen no miraba atrás. Corría llevada en volandas por los espíritus del viento. En su interior solamente tenía un pensamiento que repetía compulsivamente mientras saltaba y esquivaba decenas de árboles muertos y arbustos en llamas:

—Tengo que salvar a Yun—Xu, tengo que salvarla.

En otro campo muy distinto, sembrado éste por cadáveres de jóvenes yelmalitas, otro Cráteros sintió el

contacto de una mano sobre el hombro. ¿Sería su amigo Man-Yurý? Quizá aquello no fuera una ilusión y Man-Yurý se encontrara realmente allí. Alzó la vista para encontrarse con otra sorpresa.

La mano que lo sujetara por el hombro no era de piel ambarina, como la de su amigo kralorí, sino la de un hombre con un tacto familiar. El Mariscal palideció, la persona que lo sujetaba no era Man-Yurý Min-Tao, sino su propio padre Hiraclís.

—¡Padre! Pero tú estás... —se quebraba la voz del Mariscal—. ¿Cómo es posible? ¿Eres otra ilusión?

—No, hijo, soy real —contestó marchita la figura de Hiraclís—. Llevo atrapado

en las *Tripas del Dragón* desde que vine en busca de los Tres Soles. Yelmalio, sordo e indolente, nunca escuchó mis plegarias. ¡Sácame de aquí!

—Padre, no hable así de La Luz del Ocaso —contestó Cráteros—. Yelmalio siempre brinda calor a sus fieles, hasta en el peor de los inviernos. Dígame, ¿cómo puedo sacarle de aquí? ¿Dónde está la salida? Debemos encontrar a la *Niña Joya* para que Yelmalio escuche sus plegarias y nos conceda *La Ayuda que se da*.

—Dime, hijo, pues aún no has contestado a mis palabras: ¿de qué tienes miedo? ¿Qué es lo que más te asusta?



—¿Cómo? —Cráteros tropezó vacilante, alejándose de su progenitor.

Su padre se quedó expectante, inmóvil, esperando una respuesta que no salía de la garganta del Mariscal. Cráteros chocó contra algo y, como un acto reflejo, se volvió. Tras él pudo contemplar, hierática y angustiada, la figura de su madre, Selene.

—Vamos, Cráteros —musitaba angustiada—. Debes responder a tu padre. ¿De qué tienes miedo?

—¡Todo esto es una locura sin sentido!  
¡No vais a conseguir que pierda la razón!  
¡Ninguno de los dos sois reales!  
¡No estoy loco!

—Dinos entonces, hijo mío, ¿qué es lo

que más deseas en la vida? ¿Cuál es el mayor de tus anhelos?

El búho blanco no dejaba de martillear a Jan Paolo con su pregunta mientras éste buscaba compulsivamente un espejo por las callejas de Glamour. El graznido del molesto pajarraco resonaba constantemente en su cabeza.

—¿Qué es lo que más codicias?

Cuando quien se hizo llamar Jan Paolo durante tanto tiempo encontró un espejo detuvo su carrera. Se contempló en silencio y el reflejo le devolvió exactamente la imagen que él esperaba. Miró al cielo y contestó al ave.

—¡Poder! ¡Lo único que quiero es poder!

El dragonut se encaramó a la cima del terraplén embarrado. No había ni rastro del comisario kralorí Wu Yen; sólo el carruaje. Susurro en la Bruma, furioso, arrancó de cuajo uno de los portones, destrozándolo. Sus escamas reflejaban destellos pajizos. En el interior del carruaje había alguien, otra persona que no conocía.

Recostado sobre sillones tapizados de terciopelo rojo había un engalanado kralorí de larguísima barba blanca. Tan distinguido como estrafalario, vestía una obsoleta indumentaria mandarina de

sedas rimbombantes y paños delicados pertenecientes a otras épocas. Unas hombreras exageradas repletas de lazos y cascabeles. Flecos, tiras... y un gran moño sobre la cabeza. Tenía la cara pintada completamente de blanco, remarcando sus mofletes con rojo carmesí.

—Deberías contestar a las dudas del pobre tritónido. —Se levantó de su asiento y señalando a la charca—. Todos tenemos derecho a comenzar la Senda de la Iluminación Dragontina. Hasta el más ínfimo de los seres tiene derecho a iniciarse. Hasta tú tuviste que iniciarte en algún momento.

—Yo siempre estuve, soy parte de

Ouroboros —contestó Susurro en la Bruma.

Desde la charca, el tritónido volvía a preguntar chapoteando:

—¿Por qué tiene miedo, honorable amo?

—¿Dónde está el asesino de dragones?

—El dragonut ignoraba los gritos sin levantar su terrible mirada del pomposo kralorí.

—Pues aquí dentro, desde luego que no.

—El anciano hizo un ademán por salir del carro, pero se detuvo sonriente—.

¿Sabes? Yo también surqué la Senda del Dragón. Estuve sólo a un paso de trascender e iluminarme junto al Emperador, pero le pudo la envidia. Fui castigado y expulsado como tú, como si

a mí me importara. Desterró mis tierras del continente y desde entonces vivimos separados, ¿no te ha pasado a ti también? ¿No te ha expulsado el Emperador? No te preocupes, se está mucho mejor apartado. En mi época, el Emperador Dragón era un inmovilista. La vida es cambio y movimiento. ¿Qué tal es este Godunya?

El dragonut guardaba mutismo observando el vacilante paso del antiguo gobernador de la isla. Era el espíritu del que hablaba la leyenda, aquel que pretendía asesinar a la *Niña Joya*.

—Y ahora que nunca vas a iluminarte —continuó el kralorí—, ¿qué es lo que más ambicionas en el mundo? ¿Cuál es

el mayor de tus apetitos?

Repentinamente Susurro en la Bruma se vio flotando plácidamente, o quizá volando a gran velocidad, por un universo plagado de estrellas, de almas, de dragones... Un cosmos exacto al que había soñado cuando el Emperador Dragón lo expulsó de la Senda de los Dragones. Un cosmos vacío, pero a la vez lleno de presencias extrañas y familiares. Podía percibir cada estallido de vida, incluso de crearlos a voluntad: la caída de las hojas de un cerezo, el desovar de las carpas en el nacimiento de un río, el deshielo en la cumbre de las montañas... ¡Podía oír a la nieve derretirse! Sin embargo, como sucedió durante el sueño del destierro, en aquel

universo también encontraba soledad y aislamiento. Se sintió presa de la más absoluta nada, del más devastador de los vacíos. Ciego, sordo y mudo. Sintió no existir, sintió no ser.

La presencia de *Todos los Ojos Cerrados Menos Uno* se hizo omnipresente. El dragón ancestral realizó una pregunta:

—Tú, que eres yo y parte de mí, contesta: ¿qué es lo que más ansías? ¿Por qué suspiras en cada ensueño? ¿Qué anhela tu vida mortal?

Un radiante fogonazo de luz, y para cuando el dragonut recuperó la visión, se encontraba de nuevo en el interior de



una caverna junto a Shen, Cráteros y Jan Paolo. No había rastro de dragones ni de charcas, de las calles de Glamour o de bosques calcinados. No había ningún búho blanco, ni allí estaba Écaroh o los padres de Cráteros. Los buscadores habían vuelto a una sala excavada en la roca, mucho más luminosa que la oscura caverna donde se habían perdido. Estaban en un templo. La sala circular se situaba bajo una gran linterna natural, una bóveda con numerosas aspilleras que filtraban pequeños haces de luz. Varias terrazas y miradores se abrían al impresionante paisaje de llanuras verdes sobre las que se levantaba el Pico Solitario. Desde semejante altura, asomarse a los lejanos pastos montaña

abajo, producía una inevitable sensación de vértigo. Una caída de cientos de pies. En el interior de la sala, un púlpito marmóreo (¿o sería hueso?) representaba la garra izquierda de un dragón. Del techo colgaba un péndulo incensario que cruzaba la estancia con una fuerte fragancia a mirra. En las paredes, varios frescos representaban escenas con un dragón emergido del mar como protagonista.

Sobre el ara con forma de garra de dragón, un anciano kralorí de larguísima barba blanca, trajeado con una extravagante y pomposa vestimenta, retenía a la pequeña Yun—Xu entre sus brazos. La niña no mostraba nerviosismo ni preocupación a pesar de

que su captor enarbolaba sobre ella una retorcida daga de filo ennegrecido.

—Alargados e infinitos son los ojos que le contemplan, dragonut *sama* —saludó el estrafalario kralorí de carrillos coloreados al dragón nonato—. Veo que por fin habéis llegado al útero de mi templo, al lugar dónde se gesta mi reino. ¿Cómo fue la travesía por las tripas? ¿Arrancasteis de vuestro interior lo que llevabais? Ahora sé lo que le angustia, dragonut *sama*; únase a mí. ¡Nunca volverá a pisar la Senda del Dragón!

El kralorí levantó la retorcida daga sobre su cabeza con una mano. Con la otra tiró del cabello de Yun–Xu hacia atrás. El delicado cuello de la niña

quedó estirado. Shen, aún desconcertada y confusa, no pudo más que contener el aliento. La daga descendía hacia el cuello de la niña. La aldryani intentó levantarse y saltar hacia el altar. Pero fue un búho blanco el que apareció volando sobre su cabeza, como una exhalación, con las garras por delante. Se abalanzó sobre el anciano kralorí. El ave se hizo con el pomo de la daga. Forcejeó hasta que consiguió llevarse el arma de las manos del kralorí, y salir por uno de los numerosos miradores que daban al exterior de la montaña. Shen respiró aliviada. Junto a Cráteros y Susurro en la Bruma la aldryani llegó al ara de sacrificios. De pronto, una melodiosa voz femenina retumbó a sus

espaldas.

—Cariño, no has saludado al resto de nuestros esperados huéspedes.

Desde la oscuridad emergió una bellísima y sensual mujer engalanada con un extravagante y vaporoso sari de seda carmesí. Más que por su voluptuosa figura, de origen sobrehumano, sin duda, llamaba la atención por la máscara que le cubría parcialmente el rostro. Sólo se veía el mentón y una boca que mostraba dos hileras de afilados dientes puntiagudos. La máscara ocultaba su nariz, pómulos, frente, e incluso los ojos, y representaba el rostro de alguno de los más de mil

demonios orientales que habitaban en Kahar. Susurro en la Bruma se quedó hierático mirando la máscara. A Shen no le gustaba nada el aspecto que tenía, y le revolvió las tripas. La mujer hizo un eléctrico movimiento con uno de sus brazos y la extremidad quedó convertida en los flagelos de un larguísimo látigo. Cuando golpeó el aire, un fuerte chasquido resonó en la habitación.

—Cariño —repitió dirigiéndose al kralorí— debemos agradecer a nuestros invitados que hayan traído hasta nosotros a la última hembra.

—Yun—Xu no es la última —intentó chillar Shen, pero apenas un murmullo surgió de su garganta—. Hay otra Min—

Tao.

—¿Eso es lo que piensas, querida? — contestó la enmascarada quien, no obstante, había escuchado a la aldryani —. La madre de Yun—Xu ya no representa ninguna amenaza. Hace tiempo que vaga errante por el mundo de las ánimas. Pobre. Pero no te entristezcas, hoy es un día feliz. Has culminado tu largo viaje, después de tanto penar, y al fin me has traído a la última de mi estirpe. Llevaba tanto tiempo buscándola. Godunya la ocultó bien, pero hoy podré acabar con la última.

—Y devolver al Emperador Dragón el golpe que nos dio —añadió su marido.

—¡Ni lo sueñes! —El grito de Shen ahora sí fue audible por todos.

La aldryani saltó sobre el altar y agarró a la *Niña Joya* por un brazo. Yun–Xu parecía sumida en una profunda somnolencia a pesar de tener a Shen tirando de uno de sus brazos y al vetusto kralorí de barba blanca y rostro pintado reteniéndola por el otro. El kralorí se dirigió de nuevo a Susurro en la Bruma.

—*Dragón sama*, ¡fuiste apartado de la Senda de la Iluminación!

—Yo podría decir lo mismo de usted —contestó el dragonut.

La tonalidad de su piel había cambiado por otra más verdinosa, como la de los camaleones.



—¡Nunca más permitirán que vuelvas a la Senda! Únete a mí y véngate. Con la muerte de esta niña, la herida que provocarás al Emperador Dragón será tan dolorosa como la que él te ha hecho a ti.

Cráteros intentaba acercarse al púlpito para socorrer a Yun–Xu, pero frente a él apareció la figura provocativa de la enmascarada.

—Déjalos, mi bravo y fuerte guerrero. ¡Qué peleen ellos por la niña! Nosotros ya somos adultos para andarnos con juegucitos. La colonia que gobiernas pronto te quedará pequeña y tú mereces algo mucho mayor. Me recuerdas a tu padre. ¡Qué hombre! Quizá podríamos

empezar por convertirnos en regentes de toda la isla. Yo también me merezco algo mejor, ¿no? Mira a mi esposo, ya está viejo. ¿No me merezco nada mejor?

Y contoneándose, la turgente hembra demoníaca comenzó a caminar hacia el Mariscal. Cráteros se detuvo, embobado. ¡Era tan sugerente! Intentó tragar saliva. Tenía la boca seca. Desbrazó su escudo, arrojándolo al suelo; dejó caer el yelmo de crines rojas a sus pies. Quería verla con claridad.

Shen continuaba forcejeando con el gobernador por el cuerpo de Yun–Xu, quien continuaba bajo un hipnótico trance. La aldryani reparó, entre tira y afloja, que el infame Jan Paolo

contemplaba la escena desde la distancia. El cónsul cruzó su mirada con la de Shen... y le dedicó una sonrisa sin mover ningún otro músculo.

—¡Yo te maldigo a ti y a tu Luna Roja!  
—rechinaba entre dientes la pequeña aldryani mientras tiraba del brazo de Yun—Xu.

En ese instante, la silbante voz de Susurro en la Bruma atrajo la atención de la pequeña aldryani. La mirada del dragonut estaba cargada de furia.

—Injustamente me apartaron de la Senda de los Dragones. Todo lo que hice fue acorde al Código de Corrección Dragontina, pero he sido rechazado por un Dragón Auténtico. Estoy excluido de

lo único para lo que he nacido, vivido, luchado y matado. He sido repudiado por lo único verdadero que existe en este mundo de quimeras.

El espectro kralorí asentía a las palabras sin dejar de tirar del brazo de Yun–Xu.

Cráteros cerró su puño en torno al asta de su jabalina. Se había sacado el yelmo y el escudo, sí, pero para hacer blanco con mayor precisión. La diablesa no lo esperaba y cuando la jabalina con la punta de adamantino partió del brazo del Mariscal nada pudo hacer por evitar el impacto en su vientre. El adamantino, conocido como *metal rúnico* o *metal auténtico*, era la fosilización de los

huesos de antiguos dioses: no había defensa mágica posible contra semejante punzón. La jabalina empaló a la diablesa arrastrándola hacia atrás varios metros. En el suelo, en un inmenso charco de sangre negruzca, el cuerpo demoníaco de la mujer de la máscara comenzó a retorcerse con espasmos y convulsas sacudidas, enroscándose sobre sí mismo, presa de un horrible sufrimiento.

Susurro en la Bruma continuaba rugiendo:

—Pero debes estar loco si piensas que traicionaré a quienes me han demostrado tanto honor. No traicionaré a mis compañeros de columna. En mi interior todavía conservo una auténtica alma de

dragón. Debo empezar a recuperarla desde el principio.

El dragonut subió al altar enarbolando su *klanth* de hueso de dragón. Arremetió contra la cabeza del gobernador. El anciano pestañeó justo antes de ser golpeado por el arma dragontina. Y el cuerpo del kralorí se volatilizó dejando en su lugar una pequeña nube de humo blanquecino que fue atravesada por el *klanth* del dragonut. Shen, tirando con todas sus fuerzas del cuerpo de Yun–Xu, hizo que ambas cayeran al suelo.

—Espíritu de los bosques, no permitas que el hijo del Dragón Solar se acerque al cuerpo del demonio. —El dragonut señaló a Cráteros con su garra—. ¡Los

mortales son atraídos con facilidad por el pecado! Yo protegeré a la Niña Joya. Tú, corre. ¡Tú eres mucho más veloz que yo! ¡Corre hacia él y evita que caiga en la Acción Incorrecta!

Al otro extremo de la sala, Cráteros se acercaba a por su jabalina empalada en el tembloroso cuerpo de la diablesa, aún sumido en un convulso baile de espasmos.

Jan Paolo, que había seguido con atención toda la escena, sintió una vibración junto a él. A su lado apareció, surgida de la nada, la figura del anciano kralorí de larga barba canosa, envuelto por una nube de humo blanco.

—Las cosas no salen siempre como uno las prevé. —El falso cónsul lunar se dirigió al recién teletransportado como si semejante alarde mágico fuese muy habitual.

—Así que tú ansías poder —contestó el kralorí mirándole a los ojos—. Podríamos lograr una gran alianza. Lo veo reflejado en tus pupilas: Tú, emperador del Imperio de la Luna Roja; y yo, emperador de la Tierra del Arroz. ¿Qué te parece? ¿Asesinamos a la niña? Es un primer paso.

Desde la distancia, con el cuerpo de la pequeña Yun—Xu entre los brazos, el bramido de Susurro en la Bruma silenció la voz del kralorí.



—No subestime a la serpiente que puede reencarnarse en dragón.

El excónsul del Imperio de la Luna Roja susurró al oído del kralorí:

—Agradezco el ofrecimiento, pero yo aspiro a algo más. ¿Entiende? Yo querría los dos imperios para mí, pero me terminaría aburriendo. Prefiero convertirme en un dios. ¿Sabe? Es más divertido. Ahora, creo que tendré que usar mi poder para...

Y con un rápido movimiento, Jan Paolo estiró un brazo hacia el pecho del kralorí quien, sin llegar a ser tocado, salió impelido por una fuerza mística. Jan Paolo lo elevaba por los aires como un muñeco de trapo. Los enormes ojos

saltones del falso cónsul estaban tan abiertos que parecían a punto salirse de las cuencas. Se habían vuelto blancos por completo. Jan Paolo dirigió su mano extendida hacia una de las terrazas que daban a la ladera de la montaña. El cuerpo del kralorí voló hacia aquel punto manejado como un títere por los hilos invisibles de la magia, hacia el vacío, al exterior de la montaña, directo al precipicio.

—Adiós viejo, espero que tengas un buen aterrizaje. —Una sonrisa ladina se dibujó en sus labios diminutos.

—¡Espere! ¡Deténgase! —Shen avisó a Cráteros de viva voz antes de que el

Mariscal sacase su jabalina de las entrañas de la diablesa—. Aún no está muerta. No le quite la lanza. Deje que la naturaleza acabe con ella.

Cráteros se detuvo. Shen corrió junto a él. «Deje que la naturaleza acabe con ella», y quién era la naturaleza sino Aldrya. En su idioma, sólo había una única palabra para las dos. Era el idioma de los hombres el que las había separado. Shen tensó su arco. Ellos dos también eran un único ser. Ambos eran parte de Aldrya. Apuntó. Susurró unas palabras a la saeta y la dejó marchar. La flecha salió fulgurante, veloz, impactando contra el cuello de la demoníaca mujer. La punta asomó por la nuca. En ese momento se detuvieron los

espasmos y las convulsiones. El cuerpo de la diablesa descansó.

—Ya está; ahora puede recoger su lanza.

Cráteros se inclinó sobre el cadáver. Tiró de la máscara que tapaba el rostro. Estaba pegada. Mucho. Tiró más fuerte. Desenfundó su gladius, *Colmillo Dorado*, y con la punta intentó separar una mejilla del metal que la cubría. Hundiendo el filo comenzó a separar la piel de un pómulos. Tiró con fuerza y arrancó de golpe más de la mitad del antifaz dejando la cara al descubierto. No sabía por qué, pero el yelmalita esperaba encontrar el rostro de la bruja que secuestró a Yun—Xu en Kralorela, la bruja con quien soñó la noche que murió

Zishla... y muchas noches anteriores. Pero el rostro de la diablesa ni siquiera era kralorí. Era un demonio, una hembra vampírica, no una bruja kralorí. Ojos sin párpados, de pupilas afiladas; boca sin labios, de aserrada dentadura. No tenía nariz de ningún tipo. Y en el preciso instante en el que la máscara se despegaba por completo de la cara, los restos del cadáver explotaron con una potente deflagración.

Cráteros fue arrojado de espaldas, con las manos y el rostro chamuscado. El cuerpo de la diablesa había estallado provocando una llamarada azul. El Mariscal resoplaba tendido. Estaba vivo. Olía a carne quemada. Levantó la cabeza y pudo ver las vísceras

desperdigadas de la diablesa. Cráteros se puso en pie, tambaleándose. Entonces, todos los despojos, la sangre y las vísceras comenzaron a vibrar y a filtrarse entre los poros de la roca. Huían como si estuvieran vivos, temerosos, desapareciendo por las hendiduras de la piedra, animados por alguna fuerza extraordinaria. ¿No decía la profecía de Jenofonte que la diablesa era en realidad el espíritu de un dragón?

Jan Paolo había despeñado por la ladera de la montaña al gobernador kralorí, mediante la taumaturgia de occidente. Este poder, adquirido de entre las páginas de sus grimorios monoteístas,

había manejado e cuerpo del brujo kralorí como un guiñapo. Sin embargo, no había caído ni cien metros cuando quedó suspendido en el aire, levitando. Jan Paolo lo observó frunciendo el ceño, apretando los labios. ¡El viejo debía estar aplastado contra la roca! El kralorí de barba blanca estalló con una sonora carcajada mientras flotaba.

—¿Crees que es tan fácil acabar conmigo? Así no hubiera gobernado esta isla ni tan siquiera durante diez siglos.

Como una estrella fugaz, el kralorí se dirigió volando hacia el interior del templo. Y mientras lo hacía, de entre los pliegues de su túnica extrajo una rama retorcida de algún árbol desconocido.

Apuntó contra el rostro de Jan Paolo y...

En el otro extremo de la enorme sala los restos orgánicos de lo que había sido la diablesa habían desaparecido, animados, escurridos entre los huecos y poros de las piedras. Tan sólo algunas manchas de sangre y pedazos de «materia» glutinosa, reposaban adheridos a las ropas y al pelo de Cráteros y de Shen.

—Qué asco. —Con una arcada la aldryani despegaba algo viscoso de su arco.

—¡Yelmalio! —Cráteros rebuscaba entre los cientos de haces de luz que se colaban en la bóveda—. Ya hemos



salvado a la Niña Joya, como tú hiciste en la antigüedad. ¿Por qué no apareces y nos otorgas el primero de los Soles?

—Los mortales tienen ojos pero no son capaces de ver —musitó Susurro en la Bruma a la pequeña Yun—Xu, mientras la protegía entre sus brazos—. Muéstrales quién eres para que puedan ver.

La niña inició un armonioso e ininteligible mantra.

El dragonut la dejó sobre el ara ceremonial y se apartó varios pasos.

Un enorme rugido sorprendió a todos los presentes. El bramido venía del exterior,

pero había provocado tanto eco que las paredes y el techo del interior del templo temblaron. Algunas piedras se desprendieron y cayeron junto a una gran cantidad de polvo. El suelo se agitó provocando caídas y tropezones.

No era el caso del anciano gobernador kralorí, pues era volando, y no a pie, como se dirigía hacia Jan Paolo. El anciano se carcajeó desafiante sabiendo que su adorada esposa estaba a punto de llegar mostrando su apariencia original. ¡Y parecía estar muy enojada! Jan Paolo devolvió la mirada de desafío al hechicero volador. Lo estaba amenazando esgrimiendo una misteriosa y siniestra ramita en la mano. El antiguo cónsul amasó toda la energía que fue

capaz entre sus manos, hizo los cálculos pertinentes, y declamó otro conjuro también aprendido de los magos monoteístas.

—*¡Sféras kaoúra! ¡Floguerós Bála!  
¡Kégome pirinósssssssss!*

Había obtenido entre sus manos la energía que exigían los manuales. No era la primera vez que creaba una bola de materia candente con energía calórica de su propio cuerpo. Ya lo había hecho en el Pantano de Krjalki; tan potente, que incendió el aire. Sólo tenía que dirigir la energía contra la cara de aquel carcamal volador. Chasqueó los dedos. Una bola abrasadora salió disparada contra su objetivo. Sin embargo...

El kralorí atravesó la esfera flamígera como si de agua se tratara, como si hubiera sido una simple cortina de seda. Traspasó el fuego entre carcajadas y apuntando su raíz retorcida contra la cara de Jan Paolo.

—¿Cómo pretendes quemar a un mago?  
—se burló—. Ahora, ¡muere!

Por uno de los miradores más grandes que daba al exterior apareció la figura de un inmenso dragón de escamas azuladas. De dos zarpazos agrandó el hueco de la pared. De una dentellada hizo caer parte del techo. Al posarse, toda la montaña tembló.

Sus enormes fauces se dirigieron hacia

el ara sobre la que Yun–Xu recitaba cíclicamente su mantra. Susurro en la Bruma fue más rápido agarrando a la pequeña y poniéndola bajo el altar. El morro de la dragona hizo que la piedra reventara en pedazos. La niña kralorí no se inmutó. El dragonut sabía que aquél no era un dragón auténtico, tan solo una *u n dragón de los sueños*, una ensoñación creada por un dormir intranquilo. No le tenía miedo. Con un certero golpe de su *klanth* en el morro hizo que la dragona levantara la cabeza lo suficiente para que Shen atravesara su garganta con una saeta.

El mago kralorí susurraba palabras en

pleno vuelo mientras agitaba su varita. Jan Paolo sintió en ese momento una sensación desagradable. Le picaban los brazos... El falso cónsul se quitó un guante con rapidez. Tenía el brazo cubierto de escamas verdes. Se quitó el otro guante a tiempo de ver que las heridas de las manos volvían a abrirse ante sus ojos. El kralorí, volando sobre él, reía a carcajadas. Jan Paolo apretó los labios. Necesitaba un conjuro para bloquear aquella magia; una protección contra sortilegios. Buscó en su cabeza el texto, los gestos necesarios... Se concentró en la energía de su propio cuerpo; ningún dios iba a ayudarlo en ese momento. Respirando profundo elevó los brazos, declamó los versos...

Sentía un calor que manaba de sus entrañas, de sus vísceras, de su vientre. Una gota de sudor recorrió su nuca. Sentía que la energía recorría su cuerpo a través de su tripa y de su espalda. Subía hasta su cabeza, retumbaba en su cráneo... La energía daba la vuelta y llegaba hasta la punta de sus dedos. Y las escamas empezaron a desaparecer. ¿Había sido una ilusión? Jan Paolo tenía la impresión de que las escamas nunca fueron reales. Sus brazos volvían a estar limpios.

—¿No sabes hacerlo mejor, vejestorio?

El brujo oriental arqueó una ceja sorprendido por la fuerza mental de Jan Paolo. Con los ojos repletos de rabia se

abalanzó sobre el excónsul lunar esgrimiendo su retorcida varita. Jan Paolo se hizo a un lado con una hábil maniobra que más parecía de un diestro espadachín, que de un estudioso. Tras sortear el golpe de la raíz se abalanzó sobre el brujo kralorí. Ambos cayeron rodando por el suelo en un amasijo de miembros entrelazados. La siniestra vara cayó de manos del kralorí. Jan Paolo la golpeó con un puntapié para alejarla de su adversario, al que tenía agarrado por el pescuezo mientras éste le retorció un brazo. Jan Paolo le propinó un golpe seco en la nuez y, antes de que el anciano pudiera reaccionar, extrajo de su túnica un frasquito donde guardaba un brebaje: el producto de



mezclar las miles de hierbas y sustancias que durante años había recopilado. La alquimia no era su punto fuerte, pero estaba dispuesto a probar su bebedizo. Había elegido una cobaya.

—Ahora me voy a reír yo.

Al cónsul le sobrevino una risa nerviosa y sus enormes ojos saltones parecieron salirse de las órbitas.

La dragona, completamente furiosa, volvió a rugir provocando más desprendimientos en el techo. Apartó los restos del altar de un coletazo y embistió al dragonut como una apisonadora a la que nada ni nadie podía detener.

Jan Paolo pateó al anciano gobernador en la entrepierna mientras le tapaba la nariz con la mano libre. Cuando el kralorí abrió la boca le vertió el tóxico de su frasco.

—Sabe rico, ¿verdad? Ya me dirás si te gusta, antigualla. Este potingue es de lo más nutritivo. Incluso para viejos magos como tú.

Susurro en la Bruma se interponía entre la dragona y su presa, la pequeña Yun—Xu. Al dragonut le había cambiado la pigmentación de las escamas por un tono más bermellón. No temblaba, pero estaba tenso. Enarboló el *klanth* y se

lanzó al ataque. Shen apareció corriendo junto a la niña. El dragonut intentó golpear las garras de la dragona; pero erró, y fue arrojado al suelo por la dragona. El golpe había sido terrorífico haciendo saltar varias losetas del piso. El dragonut quedó tendido, atontado. Antes siquiera de que se pudiera arrodillar la voraz dragona pasó por encima. En plena carrera, una de las enormes garras traseras aplastó la cabeza del dragonut contra el suelo hundiendo su cráneo contra la piedra y haciéndolo restallar.

La cabeza del dragón nonato, del dragón privado de su destino inmortal, del conocido en lengua comercial como Susurro en la Bruma, había estallado

bajo la presión del descomunal aplastamiento. Su cuerpo permaneció allí tumbado, sin vida, con el cráneo hundido. Su alma se esfumaba, se perdía castigada, excluida de la Senda de la Iluminación Dragontina. Su espíritu nunca regresaría al nido donde una nueva reencarnación le hubiese acercado al día en que despertaría como auténtico Dragón. Susurro en la Bruma había muerto para siempre bajo la garra de aquel demonio.

—¡No! —Algo se quebró en el pecho de Shen. Algo le arañó las entrañas. Sus pulmones se vaciaron. No podía respirar. Se quedó muda. Sintió que sus piernas temblaban. En aquel momento se dio cuenta del cariño sincero, del apego

surgido, de la amistad que había tenido con un dragón nonato. Era su amigo.

La dragona salida del mar se acercó a su presa. Sólo una mísera elfa se interponía entre ambas. No supondría problema alguno.

De pronto, un fulgurante resplandor iluminó la estancia.

Cráteros llevaba largo rato rogando en silencio por una señal de Yelmalio y los Tres Soles. Imploraba de igual manera por la memoria de su padre.

—Ante ti me humillo, grande entre los grandes y poderoso entre los poderosos. Hijo del Emperador Sol, Regente del

Universo. Hemos cumplido con la búsqueda y hasta aquí hemos conducido a la *Niña Joya*. ¿Dónde está tu favor? ¿Y el Sol anhelado? ¿Qué más hemos de hacer? ¿Qué otro peso debemos soportar sobre nuestros hombros? A ti nos encomendamos y por tu luz respiramos. Benigno y piadoso hijo de Yelm: Luz del Ocaso y Brasero de la Noche, aquí está la *Niña Joya*. Ven como hiciste entonces y apiádate de ella. Sin ti, está condenada a morir en las garras del Maligno. El mundo necesita que ella viva, necesita que traigas luz frente a la oscuridad.

Miles de ideas pasaban por su mente. Recordaba el camino hasta la isla. Desde el inicio en Sartar hasta el mar de

Kahar, el lugar donde Man–Yurý había entregado su alma a las sirenas para que saciaran su sed de vida y dejaran escapar al resto. Su difunto compañero se había sacrificado por un bien mayor. Un bien mayor. Nadie cantaría por él. El oriental había sido más que un amigo, había sido un maestro.

*«No lucho por la victoria, pues no hay victoria si no hay equilibrio. La espada no hace grande al guerrero, sino sus decisiones».*

No estaba allí para conseguir ningún poder extraordinario, sino para salvar a Yun–Xu. Sólo para eso. Salvar una vida. De nada valían las armas si no quedaba nadie a quien salvar. Quizá su padre

nunca comprendió esto y por eso falló.

Cráteros cambió el tono de sus oraciones.

—No ruego por magníficas armas ni orbes milagrosos. Ruego por tu ayuda, *La Ayuda que se da* incondicionalmente. Ruego por el Sol que da calor a nuestras almas sin pedir nada a cambio. ¡Yelmalio! Porque el futuro de otros depende de nosotros y de nuestra unión indispensable para someter al Caos. Yun—Xu no es sólo el reclamo, no es el fermento, ella es el Sol en sí mismo. Ella es la prueba fehaciente. La vida de la *Niña Joya* es *La Ayuda que se da*. Ha de volver con vida. Es sólo una niña. Yo soy un hombre libre; dispuesto y



orgullosa te entrego mi vida para que preserves la suya a cambio. Salva su vida y toma la mía. Llévame a mí y apiádate de ella. No pido más, no quiero más, atiende a tu magnánimo corazón como yo atiendo al mío.

Terminó el Mariscal sus preces clavando sus ojos vidriosos en Shen. En aquel preciso instante, justo cuando la cabeza del dragonut era aplastada contra el suelo de piedra, cuando la aldryani desesperada anteponía su frágil y diminuta figura valientemente entre la pequeña Yun–Xu y la enorme dragona, en el preciso momento en el que Jan Paolo hacía tragar su mezcla ponzoñosa al perverso brujo kralorí, una esperanza surgió desde los cientos de haces de luz

que se colaban por la bóveda.

Un resplandor iluminó el templo.

Un fulgor resplandeciente. Comparable con el milagro del amanecer tras la oscuridad de la noche. La luz penetró desde la bóveda en el templo y bañó cada rincón de aquel lugar excavado en la montaña.

Los haces de luz se habían convertido en cientos de lanzas luminosas y, aferrado a todas y cada una de ellas, un coloso brillante extendió su aura por todos los confines de la montaña. Cráteros contempló aquel milagro. No era capaz de respirar. Ante sus ojos se había formado un titán de luz, de calor y bondad. ¡Yelmalio había contestado a su

oración! El gigante dorado, convertido en hoplita celestial, empuñaba los haces de luz como si de un muro de picas se tratara. Aquello duró poco más que un pestañeo, pero para el Mariscal fue un momento eterno: el momento en el que comprendió el cómo, el por qué, el cuándo... ¡Yelmalio se encontraba ante él! Y antes de volver la cabeza y taparse los ojos, cegado por la luz, contempló el verdadero rostro de la deidad.

Un rostro familiar.

Días después pensaría que habría sido un equívoco de su mente, pero, en aquel instante, el coloso que empuñaba lanzas de luz no era sólo su dios, sino que era el espíritu de su padre. El rostro era el

de su dios, pero también era el de su padre. Cráteros estaba conmocionado por la visión. Aquel gigante era su progenitor regresado, su dios materializado, o una simbiosis de ambos. Una fuerza mística, esencia de luz y justicia. No sabía por qué, pero fuera lo que fuera, era la respuesta a sus plegarias.

El coloso descendió como una exhalación desde la bóveda. Con su muro de lanzas construido por infinidad de alfileres luminosos, atravesó el cuerpo de la dragona y de su malogrado esposo. Un millón fueron las heridas que los malvados y antiguos gobernadores de la isla recibieron. Las lanzas divinas atravesaron sus perversas almas.

Enviadas al lugar donde recibirían su último juicio.

Solamente unos ojos pudieron soportar semejante destello y, sin pestañear, aguantaron el brillo de aquella aparición celestial hasta que desapareció.

—Gracias..., otra vez. —Yun—Xu agachó levemente la cabeza.

Cuando Cráteros recuperó la vista, mareado debido al fogonazo de luz, su primera impresión al ver a Yun—Xu no fue la de ver a una niña. Ante sus ojos la kralorí no era una niña, sino un dragón.

Por un instante, la pequeña hija de Li—Wan había sido un dragón.

Tras el fogonazo el templo volvió a

adquirir su aspecto tenebroso. Yun–Xu volvió a ser una niña indefensa. Cayó al suelo, extenuada.

Las almas corrompidas de los dos demonios que habían querido matarla se habían disipado tras la carga de las miles de picas doradas.

Una sensación de pureza, un aire fresco y limpio, invadió la estancia.

Shen corrió junto al cuerpo tendido de Yun–Xu. Al lado de la niña kralorí reposaba el cuerpo de un soldado yelmalita embutido en una brillante y reluciente coraza de oro y bronce, recién pulida y encerada.

Cráteros se acercó con paso tambaleante.

—Mi padre —alcanzó a balbucear el Mariscal—, lo he visto. Ha sido un milagro. ¡Bendito sea Yelmalio!

En el otro extremo de la sala, Jan Paolo guardaba entre sus pertenencias, bajo su túnica de cuero negro, la raíz con la que el brujo había intentado inútilmente atacarlo. ¿Y si aquella era una de las famosas *raíces succionadoras* de las que hablaban los grimorios de occidente? Si estaba en lo cierto, el falso cónsul había encontrado un nuevo y exótico juguete.

Cráteros se arrodilló junto al cadáver del soldado yelmalita.

Lo volteó y, con delicadeza, le sacó el yelmo.

La coraza estaba reluciente, las armas recién afiladas, el escudo intacto... Tragó saliva con dificultad, su nuez se negaba a subir y bajar correctamente. Sus ojos se humedecieron. Sentía presión en las sienes. El estómago le temblaba. Una lágrima surcó su mejilla y terminó en su barba. El cuerpo de su padre parecía intacto. La armadura no sufría una sola abolladura, ni un solo desgarró o arañazo. La barba perfectamente trenzada y el rostro límpido e incorrupto. El cadáver de Hiraclís se había conservado en perfecto estado durante estos veinte años. ¿Cómo se había mantenido así? ¿Por qué?

El cadáver se hallaba tendido junto al



cuerpo de la pequeña Yun-Xu, protegiéndola con un abrazo, separando a la niña de la dragona.

—El poder de los Tres Soles lo habrá conservado joven. —Jan Paolo se acercó sonriente—. Lo normal es que, después de veinte años, hubiéramos encontrado un puñado de huesos en el interior de una coraza oxidada. ¿Serán los Tres Soles la fuente de la inmortalidad?

—Lo sacaremos de aquí y lo enterraremos en Edesia. —Cráteros miraba absorto.

—Susurro en la Bruma. —Las lamentos de Shen resonaban en las paredes del templo. La aldryani agarró al Mariscal

por un brazo—. Su cuerpo está muerto, pero su alma... Su alma regresará al nido, ¿verdad? Todos los dragonuts vuelven a nacer.

—No sé a qué lugar irá el alma de un dragonut como él —contestó Cráteros.

—¡Pero él tiene que volver! ¡Tiene que revivir! —La aldryani le soltó, cayó arrodillada y golpeó el suelo con sus puños.

—Tranquilízate. Poco podemos hacer los mortales por las almas de los dragones.

—¿Enterraremos su cuerpo para que vuelva a la tierra?

—Él no querría que ningún asaltador de

tumbas se hiciera con su piel; no sé si todos los dragonuts serán tan celosos con ella. Pero creo que debemos incinerarlo, como a los guerreros de mi pueblo. Durante toda la expedición ha demostrado ser un auténtico héroe. Y tú has demostrado que también lo eres. Shen, estaba equivocado. Tus actos son tan extraordinarios como los del más fuerte de los lanceros.

—Yo no hice nada extraordinario. Ha sido Yun—Xu, ella atrajo el poder del Sol.

El recuerdo de la muerte de Man—Yurý volvió en ese instante, doloroso, a la memoria del Mariscal; el sacrificio voluntario del kralorí le había enseñado

más que los cientos de lecciones de esgrima.

—¿Y los Tres Soles? —interrumpió Jan Paolo—. ¿No se supone que ahora tendríamos que recoger unos orbes dorados con un poder superlativo?

—Creo que los Soles no son ningún orbe dorado, sino que literalmente son *Las Tres Ayudas*. —Cráteros levantó a Shen del suelo—. Su poder esencial reside en la alianza que conllevan, en la unión de todos los pueblos contra el Caos. Y lo primero ahora es incinerar a los muertos.

—¿Y el primer Sol? —insistió Jan Paolo—. ¿Dónde está su impresionante poder?

—Querido cónsul. —Cráteros lo sujetó por el hombro—. Hoy hemos sido testigos del milagro conocido como *La Ayuda que se da*. El primer Sol lo ha traído la hija de Li-Wan. No sé muy bien cómo, pero algo grande ha sucedido. Un milagro. Quizá el segundo, *La Ayuda que se recibe*, sea la gran arma que estamos esperando. Ahora vamos a recoger los restos de mi padre y del dragón nonato para honrarlos con unas dignas exequias.

Los técnicos mostali lo habían calculado meticulosamente.

*Todo irá según lo previsto y nada se torcerá mientras los mostali trabajemos. Pronto los mortales verán nuestro Prodigio surcando los cielos.*

El pueblo de Mostal no permitiría que Eurmál volviera a estropear su creación. Todas las piezas del engranaje estaban dispuestas. Incluso la labor de los ingenieros más aperturistas, los mostali que vivían en La Mina del Enano, también respondía a los intereses de los más ortodoxos: acumular esclavos para la Reparación.

## Capítulo V. «La forja de los héroes».

*De cómo el valor y la gloria de un héroe se forjan sin éste saberlo.*

*Nubes oscuras acompañaron durante todo el día el caminar de los viajeros.*

La noche en la que abandonaban la aldea el cielo amenazaba con tormenta. No era posible ver una sola estrella entre las borrascosas nubes que cubrían los cielos. Orlanth estaba intranquilo, o quizá alguien hubiese invocado su poder para que la marcha de los tres viajeros pasara desapercibida. Los tres orlanthis habían comenzado su andadura

bordeando el río que atravesaba las tierras del clan Trescuervos. La lluvia no se decidía a caer. Amenazaba, se mostraba molesta, y se volvía a esconder. Los tres viajeros apenas hablaron. El mayor, el Lince de nombre Ukranio, no quiso; el Albino, de nombre Anxo, no hubiera sabido qué decir; el granjero, de nombre Roy, estaba demasiado confuso. Un millón de preguntas le asaltaban a cada paso. ¿Por qué lo había elegido el Lince? ¿Qué buscaban? ¿Dónde iban? Desde que habían partido de la aldea, el Lince, Ukranio, sólo había dicho una frase: «Nos dirigimos a Montepato».

El pequeño puerto lacustre fundado hace años por hombres y patos adoradores



del dios Orlanth, manejaba el tráfico fluvial de la región. Por supuesto, el Imperio de la Luna Roja se había hecho con el control del lugar. Quienes no se ajustaban a los dictados imperiales habían huido como forajidos; muchos de ellos, hacia el interior del pantano de Delecti. Hoy día, Montepato era una aldea decadente.

Al tercer día su triste silueta se alzó en el horizonte.

Roy veía perseguidores en cada sombra, oía pisadas de tropas lunares en cada ruido del bosque... Nunca había salido de las tierras del clan. Para el Albino era distinto: encontrarse en compañía de otras personas era lo que le

aterrorizaba.

Los viajeros se acercaban al poblado bordeando la vereda del río, lejos aún de la empalizada que la rodeaba, cuando de entre un cúmulo de arbustos de ribera surgió la cabeza, con ojos saltones y piel verduzca, de un tritónido. Pestañeó. Rápidamente volvió a escabullirse entre la maleza. Roy era la primera vez que veía una criatura semejante. Dio un respingo. Anxo los habían visto muchas veces transitando ríos y lagos en sus balsas de junco. «Tan sólo es un tritónido». Siguió andando tras el Lince, quería llegar a Montepato antes de que cerraran la puerta, antes de que la lluvia los pillara desguarnecidos. Un grito de auxilio se escuchó entonces de entre la

vegetación del río. Roy echó la mano a la empuñadura de su espada.

—Son sólo tritónidos, déjalos —  
Ukranio hizo un gesto con la mano para que siguiera andando. Los matorrales se agitaron. Roy retrocedió un paso.

—¡Por favor! ¡Ayuda necesitamos!

Ukranio desenfundó su espada y se asomó por encima de los setos. Roy seguía detrás de él. Al otro lado de la maleza había tres magullados tritónidos. Intentaban sacar del río los cuerpos de dos congéneres, pero resbalaban con el barro de la orilla. Uno de los anfibios observó a los hombres recién aparecidos con mirada lastimera:

—Por favor —el idioma comercial, de

los mercaderes de Issaries, resultaba gracioso por el acento de la criatura—, ayuda. Coger muertos.

El Albino miraba la escena desde arriba. Roy siguió a Ukranio cuando éste descendió por el terraplén resbalando por el barro. Ukranio aupó a la orilla el cuerpo de uno de los anfibios. Roy trataba de alzar a otro, pero era más pesado de lo que pensaba. Poco a poco, sacaron todos los cadáveres a la orilla.

—Muchas gracias —tartamudeaba el único anfibio que hablaba idioma comercial—. Espíritus deben descansar en paz.

El Lince musitó una oración por el alma de esas criaturas reproduciendo el

símbolo rúnico de la muerte, primero con una mano sobre su rostro y sus hombros y luego esgrimiendo su espada en el aire, como era costumbre entre los Espadas de Humakt. Besó la cruceta de la empuñadura antes de volver a envainarla. Uno de los tritones apartó los juncos tras los que se escondía una pequeña balsa de manufactura muy primaria. Con esfuerzo, subieron los cadáveres al bote.

—Gente mala paga tritónidos para guía. Tritónidos conocer bien espíritu del río. Navegar a Pantano de Tierras Altas. Pero ellos engañar y cortar nuestras colas.

El tritónido se giró para que pudieran

ver el muñón de su apéndice seccionado.

—¿Quién os engañó? —preguntó Roy con un impulso irrefrenable.

—Pato malvado. Nunca amigo, patos siempre enemigos.

—Un pato os ha hecho eso, ¿por vuestras colas?

—Hombres Luna Roja querer colas tritónidos para comer, *ñam ñam*; pato querer oro de hombres. Pato llevar tritónidos emboscada. Tritónidos buscar muertos en río. Vosotros buenos hombres.

—Rezaré por sus almas, pero ahora tenemos que marchar —concluyó

Ukranio.

Los tres viajeros dejaron a los tritónidos y se dirigieron aprisa a las puertas de Montepato. Ukranio se había encapuchado cuidadosamente. Quería ocultar su rostro tatuado. Su gigantesca espada quedó cubierta bajo la polvorienta capa de viajero.

Llegaron junto a la empalizada de madera que rodeaba la villa justo antes de que cerraran el acceso. En el interior se toparon con tres aldeanos orlanthis y con una pareja de patos que también lucían prendas y símbolos religiosos propios de quienes veneran a los dioses de las tormentas. Aparte de éstos, los viajeros sólo se cruzaron con patrullas

de pertrechados legionarios del Imperio de la Luna Roja.

El cielo borrascoso les ayudaba a pasar desapercibidos. La llovizna había embarrado el suelo. Nadie quería mojarse. La luz se colaba grisácea entre las nubes.

—Vamos a la posada —Ukranio no ofrecía posibilidad de réplica.

El edificio apenas hubiera pasado por establo en otros lugares mejor abastecidos. Las enmohecidas paredes de madera se combaban bajo el peso de la techumbre de paja.

—¡Márchate de aquí y no vuelvas! ¡En mi taberna no eres bienvenido!



Al abrir la puerta, los viajeros encontraron a un furioso posadero empujando a un menudo hombre ave que intentaba escabullirse.

—No aparezcas nunca más por aquí. No queremos patos de tu calaña.

—Eres un ignorante. No soy un pato, soy un durulz. Y mi dinero está completamente limpio —replicó tratando de defenderse de la escoba del posadero.

Los dos muchachos recién llegados, Roy y Anxo, apenas pudieron contener una sonrisa al escuchar el timbre del pato. Teniendo en cuenta que no poseían labios, y que intentaban hablar a través de su rígido pico, el acento durulz

resultaba muy cómico a oídos humanos.

El posadero le dio un empujón mientras añadía:

—Aquí tu dinero no vale, ¡vete con los tuyos a una charca!

—¡Intolerante! Me echas por ser un pato. Mi dinero es honrado.

El Lince, Ukranio, sujetó la escoba del posadero con una mano y detuvo al pato con la otra.

—¿Qué ocurre aquí?

—Este pato es un vil rufián. Siempre que aparece, a alguno de mis clientes le acaba faltando la bolsa. Y hoy se ha atrevido a venir con estas monedas. ¿De dónde los habrá sacado? —El tabernero

mostró un puñado de lunares de plata.

—Creo que desde que el Imperio Lunar domina la zona, esas monedas son de uso corriente —apostilló un peregrino que bebía una jarra de hidromiel apartado en una esquina de la taberna.

—¡Pero fíjate qué lunares! ¡Son demasiado nuevos! Están recién acuñados. El pato los ha robado —se enfurruñó el posadero.

—Conduje a un grupo de legionarios a través del Pantano. ¡Maldito intolerante! ¡No tienes derecho a insultarme! ¡Te voy a...!

—¿Me amenazas en mi propia casa? ¡Vete a aletear a otra parte! Pato mareado.

—Será mejor que te marches —  
intervino de nuevo Ukranio—. Y llévate  
tu dinero.

El Lince le quitó el dinero al posadero y se lo dio al pato. Le miró fijamente con su único ojo; suficiente como para que el hombre-ave saliese del local amedrentado. Cuando desapareció, se escuchó un último grito:

—¡Sois unos mal nacidos sin plumas!

La taberna estaba vacía en su totalidad excepto por el polvoriento peregrino que bebía hidromiel en la soledad de su rincón. Vestía con una harapienta capa y un par de botas muy usadas. Los muchachos entraron tras Ukranio. Tomaron asiento.

—Sirve comida y bebida. Pasaremos aquí la noche.

—Enseguida, señor. Tenemos un sabroso guiso de carnero. ¿Les apetece?

—Estará bien. Para beber tráenos hidromiel. ¿Por qué no hay nadie en tu casa?

—Bueno, últimamente los legionarios se han llevado mucha gente en caravanas. Es un mal momento para el negocio, y para la villa. Dicen que los llevan a trabajar.

En cuanto apareció el recalentado guiso de carnero, el tabernero anunció que había sido convidado, cortesía del

peregrino de la esquina. Cuando los orlanthis le agradecieron el gesto desde la mesa, éste les guiñó el ojo como respuesta. Cuando el banquete concluía, el polvoriento viajero dadivoso se acercó a ellos.

—¿Puedo sentarme? Mi nombre es Rikmon, soy buhonero y estoy rodeando todas las aldeas al sur del Pantano. ¿A qué os dedicáis? Tú pareces guardaespaldas.

—Podría decirse que soy algo así. Los chicos viajan conmigo para aprender el oficio —Ukranio apuraba un hueso con la barbilla grasienta.

El extraño brindó una incrédula mirada al Albino, y después volvió a hablar.

—Actualmente estoy llevando una valiosa carga de sal. Conozco bien estas tierras. ¿Por qué no viajáis a mi servicio y así ponéis en práctica lo aprendido?

—No. Nosotros nos dirigimos al interior del Pantano Elevado.

—¿Al interior del Pantano? Puedo guiaros sin problemas, sobre todo al norte de Montepato. Venid conmigo como escolta y después os guiaré al interior del Pantano.

—He dicho que no. Muchas gracias por la invitación. Buenas noches.

Los tres orlanthis terminaron sus platos y sus jarras de hidromiel. Ukranio les mandó a dormir mientras rumiaba las posibilidades que tenían para encontrar

guía: «El pato no, nadie puede fiarse de ellos. El buhonero tampoco me da buena espina».

A la mañana siguiente el sol apareció ralo y tímido entre grises nubarrones. Anxo dejó a Roy dormido. Salió de la habitación y halló a Ukranio preguntando al posadero por los guías más experimentados para adentrarse en el Pantano Elevado.

—No hace mucho que un grupo de mercenarios vino de parte de no sé qué autoridad imperial; un duque, creo. Perseguían a dos rufianes y creo que marcharon con una decena de tritónidos. Los tritónidos siempre andan subiendo y bajando el río.



—Mejor los tritónidos que fiarse de los patos —resopló Ukranio.

—Será lo menos malo —murmuró el Albino para sí mismo.

Al salir de la taberna no tardaron en cruzarse de nuevo con el pato que el posadero había expulsado de su local la noche anterior.

—Señores, ¿cuál es su camino? ¿Necesitan al mejor guía de la zona? Soy el...

—Piérdete si no quieres que te arranque las plumas— le cortó Ukranio tajante.

Un instante después, los orlanthis tropezaron con el buhonero mientras

cargaba unos fardos parduzcos sobre una barcaza. Mascaba una pajita. Esta vez, el buhonero no les prestó atención enredado en su quehacer. Los orlanthis se dirigieron con rapidez al lugar donde el día anterior habían encontrado varios tritónidos. Quizá no se hubieran marchado de la zona.

Tuvieron suerte, efectivamente los tritónidos aún se hallaban allí. Sobre una canoa de juncos habían alzado el cadáver de siete de los suyos. Los habían velado durante toda la noche y ahora, con el sol iluminando el cielo, estaban concluyendo una ceremonia funeraria. Los tres anfibios supervivientes despedían entre lágrimas la canoa deslizándose río abajo. Ukranio

se acercó a ellos, mojándose las botas hasta los tobillos, y oró una sonora letanía por los muertos. Los tritónidos lo miraron sin hablar. Cuando la plegaria por el alma de los muertos concluyó, el hombretón se dirigió a los tímidos anfibios—: Necesitamos un guía para adentrarnos en el Pantano.

Los tritones se miraron y hablaron utilizando esa sonora lengua tan peculiar y que solamente ellos entendían. Finalmente, de los tres, dos se adelantaron.

—Yo Lenguaverde, él Cazamoscas. Somos buenos guías, conocer Pantano.

El tercero de los anfibios desapareció río arriba. Los otros dos seres verdes

prepararon rápidamente una humilde balsa de juncos para los viajeros. A Roy no le parecía demasiado segura. Los tritones pusieron rumbo río abajo dejándose llevar por el rumor de la corriente. Lenta pero inexorable, la canoa se alejó de la aldea para adentrarse a los territorios del Pantano Elevado. Los anfibios impulsaban la canoa con pértigas. Uno de los guías preguntó al gigante tuerto, tras haber reunido el valor necesario—: ¿Dónde ir dentro de Pantano de Tierras Altas?

—Buscamos al Demonio de Hierro. —  
Ukranio suspiró antes de hablar.

Hubo unos segundos de absoluto silencio, incluso los pájaros que

anidaban en la ribera del río, o los que sobrevolaban la canoa, se volvieron mudos. De haber tenido manos, los juncos y helechos se hubieran tapado los oídos. Sólo el constante rumor de la corriente continuó silbando impertérrito. La expresión de los tritónidos cambió de la timidez al miedo.

Discutieron en su idioma, ininteligible. Los ojos saltones de los guías se mostraron dubitativos. Finalmente parecieron ponerse de acuerdo:

—¿La Montaña de Metal con Forma de Demonio?

Ukranio asintió.

Al llegar a las inmediaciones del Pantano, el sol casi había descendido completamente tras la línea del horizonte. El canto de los grillos acompañaba al rumor del riachuelo que se adentraba viscosamente en las aguas cenagosas. También el aullido de algún lobo hambriento daba la bienvenida. Roy sintió erizarse el bello de los brazos. La corriente del río feneció en la quietud del Pantano. Un vapor espeso como niebla emergía del lodazal, un hedor pútrido se instalaba en la pituitaria. La canoa avanzaba lentamente impulsada por las pértigas de los tritónidos. Más aullidos de lobos, más numerosos y cercanos, cubrían todos los demás ruidos, los chasquidos y los

murmullos. Cuando la noche se cerró, los guías tritónidos ya habían encontrado una amplia loma, que hacía las veces de islote, como lugar donde acampar. No encenderían ninguna hoguera y la noche al raso sería fría.

No habían pasado más de unos pocos minutos cuando varios puntos de luz aparecieron en la oscuridad. Eran tres titilantes fuegos fatuos que paulatinamente se iban acercando a los orlanthis. Eran tres lámparas de aceite que iluminaban el avance de una pequeña caravana de embarcaciones. La primera de las gabarras, una dorna con una lona que tapaba su carga, varó su quilla en el montículo donde los orlanthis estaban acampados. De ella

bajó un fornido hombretón, cubierto del frío nocturno por una gruesa capa de viaje. Se acercó a los acampados.

—Buenas noches, mi nombre es Aldair Chan. Supongo que no tendrán problema en compartir este trocito de roca firme donde pasar la noche. Mis hombres merecen un descanso.

Los orlanthis aceptaron compartir el islote. Un par de hombres por dorna, casi invisibles entre la niebla y la noche, amarraron en silencio las naves. El resuelto Aldair Chan hablaba a su tripulación en un idioma desconocido. Los recién llegados desaparecieron en el interior de las embarcaciones con absoluto mutismo.



Aldair regresó pocos minutos después junto a los orlanthis.

—Perdonad mi descortesía por no haber brindado trago alguno.

El misterioso ofreció un oscuro pellejo abultado. Roy lo agarró sin pensarlo, lo levantó frente a su boca y como había visto tantas veces a su tío, lo apretó para hacer salir la bebida de su interior. El vino era rojizo. El muchacho lo notó caer por la comisura de sus labios y llegar a la barbilla. Roy tendió el pellejo al Lince, Ukranio, pero éste negó con la cabeza. La oferta pasó al Albino, que también la declinó.

—No, gracias, nunca he probado el vino.

—¿Estás seguro que no quieres, muchacho blanco? Dale un trago, te gustará.

—El chico ha dicho que no. —  
La voz de Ukranio resonó rotunda.

—Bueno, si al amanecer os apetece un trago, sólo habéis de pedírmelo. Buenas noches os acompañen.

El extraño recuperó la bota de vino de entre las manos de Roy. Sonriente, se marchó hacia las tres dornas amarradas. Sus tripulantes seguían todos en el interior.

Los tritónidos habían desaparecido hacía rato sumergidos en la orilla de las aguas junto a las enneas.

—¿Por qué no habéis querido tomar vino? Estaba sabroso.

—Ese hombre me da mala espina. He sentido un escalofrío — aseguró el Albino.

—Vosotros dos dormid — ordenó Ukranio—, yo vigilaré el campamento. Tampoco yo me fío.

Roy hizo caso sin objeción. El vino le estaba produciendo una agradable sensación de confort; un calorcillo que subía por su pecho. Anxo, sin embargo, no pudo conciliar el sueño. El picor de la espalda se volvía por momentos inaguantable. Sin decir una palabra se levantó en busca de una rama o un manojo de hierbas con el que

rascarse. Husmeó por el suelo. Ukranio no le quitaba ojo de encima. Tanto se acercó el muchacho a las dornas varadas, que de bruces se encontró con uno de los hombres de Aldair. Olía mucho a alcohol. El vigilante agitó los brazos con vehemencia. Abrió la boca pero no articuló palabra: de su laringe surgió algo más parecido al mugido de una res que a la voz de una persona, como un quejido somnoliento. Rápidamente se abrió la lona de una de las dornas. Sonriente, apareció el rostro de Aldair.

—No te asustes, chico, es mudo. No te hará daño. Entra si lo que quieres es vino.

Ukranio, en la misma postura, deslizó su mano a la empuñadura de su espada. Aldair mostró el pellejo relleno de vino. Anxo negó con la cabeza.

—No, gracias —recogió un palo del suelo—, sólo buscaba una rama.

—Como quieras —contestó el extraño. Después se ocultó bajo la lona.

Ukranio soltó la empuñadura de su espada. Aquella noche la pasó en vela vigilando a sus dos acompañantes. Roy dormía como un lirón, ayudado sin duda por los efectos del vino. Anxo creyó guarecerse de la mirada del Lince y con la rama que había cogido, se rascó la espalda hasta hacerse heridas. Los bultos de los omóplatos habían crecido.

En su interior, el picor era ardiente. En su cabeza, el miedo por saber qué le sucedía era peor. Finalmente el agotamiento pudo con él y cayó rendido. Ninguna voz alteró la paz de ambos campamentos; sólo, algunos mandatos del hombre que hacía llamarse Aldair a los que sus siervos contestaron con gruñidos. ¿Serían todos mudos?

Ukranio musitaba un repetitivo verso. Se quitó el parche revelando el ojo que ocultaba debajo. El globo era más grande que su ojo normal, parecía querer salirse de la cuenca; y sin embargo, la pupila era una pequeña muesca roja y brillante. Un punto rojo iluminado. Se movía en todas direcciones independientemente del

otro. Cerró su ojo normal. Ukranio no dejaba de murmurar su mantra. El graznido de un cuervo resonó en el cielo. Era grande, negro, como la noche que los envolvía. Descendió vertiginoso, imantado por el resplandor del ojo. El globo de pupila roja observaba las dornas. El cuervo extendió sus garras hacia el brillante globo. *La perla del alma*. Pero el Lince tapó su resplandor antes de que el ave llegara, colocándose de nuevo el parche. El cuervo esquivó hábilmente el rostro del gigante tatuado e inició el ascenso aleteando con fuerza. Lo que Ukranio había visto en el interior de las dornas no le gustó. Era más que suficiente para mantenerse en alerta. El alma de Aldair

no era un alma limpia ni pura, lo había visto, quizá ni siquiera fuese un alma humana. Ukranio permaneció atento toda la noche a cualquier movimiento de sus vecinos.

Un sospechoso cargamento con toneles de alcohol y sacos de sal.

El gigante despertó a los chicos al despuntar el alba.

—Levantad rápido. Nos vamos de aquí, hay que seguir adelante.

Cuando Roy y Anxo abrieron los ojos no vieron rastro de las dornas. Los dos guías tritónidos, Lenguaverde y Cazamoscas, habían preparado la canoa y ya se encontraban en ella con sus pértigas. Ukranio recitaba una oración



de rodillas. Guardó su espada al levantarse. Roy tenía dolor de cabeza. Era demasiado fuerte para el poco vino que había bebido.

—¿Cuándo se marcharon los mercaderes? No me enteré de nada.

—Has dormido mucho — contestó Ukranio—. Ese vino no era tan bueno como pensabas.

—Podíamos haber ido con ellos. En sus barcos podríamos haber viajado más rápidamente. —Roy rezongaba entre bostezos.

—Su compañía no era grata, ni su vino. Aquí hay ya demasiados peligros para buscarnos más. Ese mercader no era quien fingía ser.

—Montaña de Metal con Forma de Demonio —recordó uno de los guías anfibios.

Pocas horas más tarde, unas ruinas hundidas en medio del cenagal aparecieron frente a la canoa. Trataron de evitarlas dando un rodeo. Pero súbitamente, desde el cielo, comenzaron a llover piedras, maderos..., y heces, apestosas heces de arpía. Dos de estos infectos monstruos sobrevolaban la canoa como buitres hambrientos sobre moribundos en el desierto. Las dos arpías, mitad ave de rapiña con rostro humano, mitad criatura repugnante portadora de un hedor inaguantable,

defecaban desde las alturas a la vez que arrojaban piedras o maderos. Ukranio ordenó protegerse en el interior de las ruinas. Los tritones impulsaron la canoa hacia las enmohecidas piedras cubiertas de verdín. Nada más fondear corrieron a su interior. Los tritónidos se ocultaron bajo el agua. Anxo se refugió tras una gran roca en la entrada. Ukranio se encaramó a ella. Roy penetró en el interior de las ruinas, espantado por la presencia de las arpías. El Lince lanzaba gritos al aire para atraer a las bestias. Lo primero era acabar con las aves del averno, sin ser alcanzado por sus hediondos proyectiles.

En el interior de las ruinas Roy tropezó con una rama. Cayó al suelo embarrado. Intentó recuperar el resuello. El corazón le latía intensamente. Notaba el bombeo de la sangre en su cabeza. Una voz le llamaba dulcemente:

—Ven aquí, muchacho.  
Sumérgete en mis aguas.

Las arpías rodeaban a Ukranio. Acabada su munición, las desagradables criaturas comenzaron a alternarse, con vuelos rasantes, amenazando con sus garras de rapaz. Ukranio se defendía tras su escudo y blandiendo su espada con energía.

Roy siguió a la voz. En el fondo de un estanque, en el interior más recóndito de las ruinas, el granjero contempló el pálido rostro de una bella joven de cabellos dorados y mirada celeste, dulce y frágil, que extendía los brazos hacia él.

—Ven a mí y sumérgete en el fondo de mi lago. Ven aquí, junto a mí.

¿Qué hacía allí esa joven tan bella?

Una arpía se lanzó en picado sobre Ukranio y éste, a su vez, saltó hacia ella blandiendo la espada en el aire. El arma tajó las garras del asqueroso ser haciendo que perdiera el

equilibrio. Ambos cayeron junto a la roca. Ukranio aterrizó sin demasiado decoro pero sin sufrir más que rasguño. La arpía se quedó pataleando bocarriba. Desde su escondite apareció la macilenta figura del Albino. Su largo machete para cortar y pelar ramas se clavó sin contemplaciones en el cuello del monstruo.

Roy sentía que la fuerte pulsión que lo atraía inexorablemente hacia el interior del estanque era una atracción irracional. El joven trataba de resistirse.

—¡No intentes engañarme! ¡No eres más que un espectro! ¡No eres real!

Desde el fondo del agua emergió la figura fantasmal de la joven. Se deshizo

en jirones de humo mientras volaba dando vueltas alrededor del muchacho.

Roy sintió que un escalofrío paralizaba su espalda.

El golpe de Ukranio fue certero, rebanó el ala de la segunda arpía cuando ésta trataba de arañarlo en la cara. El monstruo cayó al barro. Ukranio se precipitó sobre la criatura usando su escudo como parapeto, aplastándola bajo su cuerpo. Cuando por un borde del escudo asomó el feo rostro de la criatura, el orlanthi le hundió su filo.

Sin tiempo para respirar, desde el interior de las ruinas se escuchó un horrendo chillido. Anxo salió de su

embelesamiento. Se había quedado absorto observando el feo cadáver de la arpía con el pescuezo rebanado. ¿Era él tan feo para los demás? ¿Por qué la gente decía si no que estaba embrujado? ¿Eran las arpías hijas de un demonio? Ukranio ya había salido corriendo hacia el interior de las ruinas. Anxo lo alcanzó al llegar al estanque. Roy estaba arrodillado. El sobrino del granjero cerraba los ojos con fuerza, y con la misma tensión apretaba sus manos sobre la cabeza. Temblaba. Sudaba. Sobre él, un ente fantasmal, un cúmulo traslucido de materia etérea giraba huracanado dejando al joven orlanthi en su vórtice. Ukranio besó la cruceta de su espada y murmuró un salmo usado para expulsar



ánimas hostiles. Anxo contemplaba la escena petrificado. Roy tiritaba, su rostro había empalidecido. La oración del Lince, del ahora fiel de Humakt, subía en fuerza e intensidad. El rezo se convirtió en mandato. El espectro comenzó a relucir y relampaguear. Roy aguantaba la presión sobre su cabeza, sus sienes y su nuca. El espíritu se resistía a abandonar su calor.

Ukranio sintió un gran vacío, como si su oración no fuera suficiente, como si su dios no escuchara. Levantó su espada y atacó al espectro. Roy abrió los ojos y, apretando los puños, expulsó un alarido lleno de rabia. En ese momento, el espectro pareció menguar, perder velocidad, y caer de nuevo al estanque

sumergiéndose en sus profundidades. El silencio se hizo incómodo. Anxo y Ukranio se detuvieron junto a Roy. Lo pusieron en pie. El chico respiraba con dificultad. Le temblaban las rodillas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó atontado.

—Un fantasma te atacó. Era demasiado fuerte para mis oraciones. Lo has expulsado tú, Roy, ¿pero cómo? ¿Cómo lo has hecho? ¿Seguro que estás bien?

—No lo sé... no recuerdo nada.  
—Roy se sentía terriblemente mareado.

—Has sido más fuerte que él, has impedido que te poseyera. No obstante, si sientes algo extraño dímelo.

Lo has expulsado, pero hay que seguir alerta.

Se pusieron en marcha en cuanto sacaron a los guías tritónidos de sus escondites bajo las charcas. Querían estar muy lejos de aquellas ruinas fantasmagóricas para cuando llegara la noche. Afortunadamente, aquellos días del estío eran muy largos. Antes de encontrar el lugar idóneo donde pasar la segunda noche dentro del Pantano Elevado, o de las Tierras Altas como decían los guías tritones, éstos repitieron en varias ocasiones la misma frase, una y otra vez:

—Mañana nosotros llegar. La

Montaña de Metal con forma de Demonio.

Acamparon. Tampoco harían fuego esa noche. Los muchachos estaban cansados, inquietos; también los tritónidos. Ukranio se sentó en la misma postura que el día anterior velando el descanso de los jóvenes. Roy no dejaba de dar vueltas, se incorporó y se dirigió nervioso hacia el Lince.

—Señor, quería preguntar por qué hemos venido hasta aquí. ¿Qué es lo que hay en esa Montaña de Metal?

—Hay algo que por herencia te pertenece.

—¿A mí? Pero si todo lo que me corresponde está en la granja de tío

Athor.

—No pertenecía a tu tío, sino a tu padre.

—¿A mi padre? ¿Usted lo conocía?

—Podría decirse que sí...

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? ¿Con mi padre? Últimamente en la aldea oigo hablar a la gente. ¿No fue mi padre un granjero como mi tío Athor?

—Tu padre fue algo más que un granjero. Pereció dando muerte al Demonio de Hierro que estamos buscando. Fue un honor para mí luchar a su lado.

Roy apenas podía daba crédito a lo oído. El Albino escuchaba haciéndose el dormido. El Lince se sacó su polvorienta parca de viajero. Bajo ella vestía una pechera de cuero con anillos de metal cosidos y la insignia de *Hu*, La Espada. Se remangó los anillos metálicos mostrando al muchacho sus dos brazos, forrados de tatuajes hasta el último poro de piel. Runas, héroes, batallas, glifos, fechas, soldados.

Los dos brazos eran completos murales bélicos.

—Mira estas tres cicatrices, son marcas de esclavo. Yo luché junto a tu padre en la revuelta de 1613. Cuando él murió, yo fui hecho prisionero. Los

esclavistas me llamaron Sartarius por mi procedencia. En el idioma del Imperio Lunar quiere decir «hombre de Sartar». Escapé. Me arranqué las tres bandas que me tatuaron. Me las arranque solo, sin ayuda, para que no me quedara señal alguna de esclavitud.

Tres grandes cicatrices cruzaban su antebrazo. Sobre ellas había runas tatuadas.

Aquella noche los muchachos no pudieron dormir.

Ukranio se mantuvo alerta.

Al día siguiente, cuando el sol estaba ya alto, los orlanthis pudieron ver el Demonio de Hierro, La Montaña de Metal con Forma de Demonio. Desde la

distancia, y a pesar de la bruma persistente que flotaba sobre las aguas estancadas, su visión era espectacular. La canoa se aproximaba con sumo cuidado. Los guías anfibios olvidaron por un momento sus pértigas y se quedaron pasmados. Roy contempló absorto lo que en realidad parecía un gigante tendido sobre el pantano. Tumbado, bocarriba, con las piernas y los brazos estirados. No era de extrañar que los tritones lo llamasen «montaña»: si se hubiera puesto en pie, su altura hubiese sido demasiada para ser medida a ojo. Estaba cubierto por el verdín, el musgo y los helechos. Madreselvas, frondas y enredaderas envolvían el cuerpo con una capa de residuo vegetal.



Montaña sí, pero también «demonio». Los rayos solares, que caían verticales desde el cielo se reflejaban en su piel y eran devueltos con destellos rojizos. «Claro, rojo tenía que ser. ¿Y de qué otro color sería un demonio?». Cuando la canoa estuvo más cerca pudieron verlo mejor. No era piel, sino metal. Quizá bronce rojizo. Hu-metal, según la denominación que le daban los sabios estudiosos de Lhankor Mhy. ¿Sería una armadura? ¿Sería piel de bronce? ¿Sería un gigante hecho de hu-metal?

—¿Y ahora qué? —preguntó Roy.

—Ahora hay que subir. Es el único modo que conozco para entrar.

Los tritónidos esperarían abajo. Los tres

orlantis se encaramaron por una gran pared metálica, carcomida por el óxido, en lo que debería haber sido la cabeza. Con los escudos a la espalda, Ukranio y Roy ascendían seguidos por el Albino, agarrando corroídos salientes metálicos e incrustaciones oxidadas que unían las planchas del coloso de metal, de humetal. Apartando las ortigas, los cardos y todas las malas hierbas que habían crecido en estos siete años, ascendieron no sin dificultades. Ukranio trepaba protegiendo el zurrón en el que guardaba su misterioso libro del que los muchachos nada sabían. Los tres orlantis se alzaron sobre lo que debía haber sido la cabeza del gigante. Vista desde arriba no cabía la menor duda.

Dos oquedades sobre una protuberancia debían ser los ojos. Ahora eran cuencas vacías y apenas conservaban parte del vidrio que los recubría. Ukranio rompió las cortantes esquirlas con sendos pisotones. Unos pasos a su derecha había una fosa amplia, justo antes del precipicio que debía haber sido la barbilla. Una ojeada fue suficiente para convencerse de que la boca no era el mejor sitio por el que penetrar en el coloso. Varias hileras de dientes, todavía afilados, desaconsejaban el descenso por aquella hendidura.

Primero desenrolló la cuerda que había cargado y luego, el propio Lince, hizo un nudo alrededor de la cintura de Roy.

—Tú primero.

El joven granjero lo miró desconcertado. El Lince terminó de atar la cuerda en la cintura de Roy y rebuscó con prisa bajo su capa.

—Toma esto.

El muchacho cogió la gargantilla, una fina cadena que sujetaba una pequeña piedra amarilla. El Lince hizo un gesto para que se la pusiera.

—Es una amatista-luciérnaga. En cuanto estés a oscuras, se iluminará.

—De acuerdo —asintió Roy algo nervioso—. Sujetadme bien.

—No te preocupes. Pero si algo va mal, grita.

Poco a poco Ukranio y Anxo descolgaron a Roy. Como había prometido el Lince, la amatista del colgante se iluminó con una suave luz ambarina, un cálido haz del color de la paja. La luz era suficiente para ver el interior de la cabeza de aquel monstruo de metal. Estaba completamente hueca. La atmósfera era húmeda y el metal se había corroído. Quizá no fuese hu-metal, y el óxido le había dado aquel tono anaranjado. Las malas hierbas ocupaban el interior compartiendo espacio con las telas de las arañas, muchas, de diferentes tamaños, grosores... Al poner un pie en el fondo Roy tropezó con un animal muerto, mordisqueado, un pequeño zorro con las entrañas a medio

carcomer. Alguna serpiente había mudado su piel en aquel lugar. Un poco más lejos, un ave de pico alargado había encontrado la muerte y ahora estaba adherida a una de las grandes telas de araña. El suelo estaba encharcado. Debía tener cuidado para no tropezar. Alzó la voz para llamar a los otros.

—¿Por qué estamos aquí? —Roy se acercó a Ukranio en cuanto descendió.

—Gólem, lo llamaban Gólem y lo enviaron para destruir a nuestra gente. Tu padre murió luchando contra él. Murió, pero acabó con él. Fue una gran hazaña. Tu padre lo expulsó de nuestras tierras y lo envió aquí. Vamos a buscar

lo que se dejó aquí.

Cuando el Albino se reunió con ellos dos en el interior de la cabeza, los tres continuaron a través del oscuro pasillo que debía ser el cuello. Más adelante se abría una gran cavidad, quizá el pecho. Al caminar, Roy hundía los pies en charcos viscosos. El aire que respiraba se iba recalentado. El cristal de ámbar se iluminaba más.

Telas de araña. Animales muertos a medio comer, mordisqueados, abandonados, tirados. Un cervatillo, algunas ovejas, un venado... Eran animales que sin duda no pertenecían a aquel lugar. Alguien o algo los había cazado y traído hasta allí. No eran

animales perdidos. ¡Aquello era la madriguera de un depredador! ¡La guarida de un cazador! La despensa de un carnívoro.

En aquel momento, mientras Roy aguantaba la respiración por la viciada pestilencia de los cuerpos muertos y la sorpresa de su descubrimiento, un acongojante berrido reverberó en las metálicas paredes de la guarida. Monumental. Aterrador. La enorme figura de un monstruoso ser se abalanzó sobre él desde la oscuridad. Era un gran simio pelado de más de tres metros de altura, un enorme gorila lampiño de piel violácea, amoratada. La criatura estaba manchada por el Caos, sin duda, y un gran octópodo, con un resplandor entre



púrpura, le crecía sobre los hombros en el lugar donde debería tener la cabeza. Un humanoide con cabeza de molusco. Los ocho tentáculos, con sus incontables ventosas, se lanzaron hacia el joven orlanthi.

Era la criatura más horrenda que había visto jamás.

—¡*Walktopus*! —gritó el Lince—. ¡Apártate! ¡Rápido, prended un fuego! ¡Rápido! ¡Un fuego! ¡Por lo que más quieras!

Ukranio se interpuso frente al monstruo esgrimiendo su espada. Dos tentáculos cayeron seccionados. Un aullido. La bestia se detuvo. Al caer en los charcos, las salpicaduras de su sangre hicieron

hervir el agua.

—¡Atrás! ¡No os acerquéis! ¡Prended un fuego!

Una hedionda nube de vapor manaba de las glándulas del monstruo. Ukranio tosió tratando de aguantar la respiración mientras descargaba su espada contra otro tentáculo. La nube escocía en los ojos. Lo estaba cegando.

Roy no fue consciente de que su siguiente movimiento estuvo a la altura del héroe que estaba destinado a ser. Sin dejar que el miedo lo atenazase se sacó el capuz y lo enrolló en el asta de su lanza. Hizo chascar el filo de su espada contra la pared herrumbrosa. Del primer golpe saltó la chispa que necesitaba

para prender la ropa.

Golpeando a tuestas, la espada de Ukranio amputó otro tentáculo; sin embargo, otros dos se le enrollaron constriñendo su brazo derecho. El gigantesco ser lo atrajo hacia sí. Ukranio trató de aguantar la respiración dentro de la nube tóxica producida por la criatura. No podría resistirlo mucho más. El vapor llegó hasta los muchachos, a sus ojos y a sus gargantas. Anxo, mareado, tropezó a los pies de la criatura. Ukranio arremetía contra los tentáculos que lo tenían prisionero usando su escudo. Liberó el brazo y volvió a usar la espada tajando con virulencia otro de los tentáculos. La figura de Roy irrumpió dentro de la

mefítica humareda glandular. Apareció como una exhalación, como una estocada. Había cogido impulso saltando sobre un montón de chatarra y piezas metálicas, desde donde alcanzó la cabeza tentaculada de la bestia. La ardiente lanza, convertida en tea por la ropa prendida, se clavó en el rostro y el fuego hizo que comenzara a arder. El monstruo cayó. Roy y Anxo se apartaron entre toses.

—¡No está muerto! —exclamó Ukranio sin separarse de la bestia—. Nunca se mueren. El fuego lo retrasa, pero volverá a levantarse.

El Lince señaló el suelo bajo los pies de la bestia caída. Los tentáculos

seccionados, amputados a filo de espada se retorcían, serpenteaban, y se acercaban de nuevo a la cabeza del ser.

—¡Hay que hacerlo pedazos y prenderlo fuego! Y aun así, sólo conseguiremos retrasarlo.

El veterano guerrero comenzó a trocear los tentáculos y a alejarlos a patadas. Los dos jóvenes seguían sus dictados a pies juntillas. Anxo se ensañó con la cabeza del ser, con el cuello. Las palabras del Lince resonaban atemorizantes en su cabeza: «No podemos destruirlo, sólo retrasarlo». Roy extendió el fuego de su jubón por todo el cuerpo caído. El muchacho se quedó embelesado mirando cómo el

cadáver se calcinaba. Aquella visión lo abstraigo momentáneamente. Observó a su alrededor, al interior de aquel gigante de metal, tan colosal como herrumbroso, tan temido en el pasado como ruinoso en el presente. ¿Aquello donde se encontraban había sido un gigante vivo? Ukranio lo había llamado «gólem». El olor y el humo se hicieron inaguantables.

Anxo dejó el cuello del monstruo en paz; apenas podía respirar. Buscó resuello y una arcada le sobrevino debido al aire insalubre. Roy volvió junto a Ukranio.

—¿Por qué hemos venido aquí? — Estaba asustado. No quería saberlo, realmente sólo quería salir de aquel infierno.

—Una espada —contestó Ukranio secándose el sudor de la frente. Tosió. Dejó de trocear los brazos del ser y echó un vistazo en rededor. Por primera vez su tono de voz estaba ausente de todo signo de misterio encriptado—: Buscamos un espada.

—¡Pues aquí hay una! —chilló Anxo que se había apartado buscando asiento.

El muchacho albino intentó levantar el arma, tirada entre una montaña de desperdicios. Pesaba mucho para sus enclenques brazos. Ukranio se acercó rápido y agarró la empuñadura haciéndole a un lado. Los tentáculos del monstruo casi se habían adherido de nuevo a su rostro. Ukranio levantó la

espada. Estaba sucia, tiznada, pero la aleación noble de su forja en acero, *ur-metal* dirían los sabios y los herreros, hacía que conservase un filo excelente. La bestia se regeneraba a una velocidad espeluznante.

—¡Hay que salir de aquí, ya!

Ukranio dio la orden, envolvió la hoja con harapos y empujó a los chicos para que corrieran. Afortunadamente no tendrían que volver a la cabeza y trepar por la cuerda hasta las cuencas de los ojos. Más abajo del lugar donde se encontraba el estómago del gigante de metal había una tenue luz. Corrieron hacia ella.

Aquella luz crecía hasta que se hizo una



abertura por la cual salieron. La pequeña rendija se encontraba al final de la espalda del gigante, entre sus piernas. Regresaron veloces al lugar donde esperaba la canoa. A Roy le faltaba el resuello, le ardía el pecho y le dolían las piernas. El sudor se le metía en los ojos. Cuando llegó junto a los guías tritónidos, a lo lejos, vio aparecer el descomunal cuerpo de la bestia totalmente regenerada. Ukranio sólo gruñó una palabra: «*walktopus*» y los anfibios usaron sus pértigas con una velocidad hasta el momento desconocida.

Roy vomitó. Aún temblaba. Su rostro estaba enrojecido tanto por el miedo, como por la carrera entre el fango.

—¿Pensabais que los pulpandantes sólo pertenecían a los cuentos para asustar a los niños? —El Lince inspiraba con profundidad—. Los pulpandantes existen. Así es como se les recuerda en Sartar, donde antes eran más comunes.

—Pero tú lo llamaste...

—*Walktopus*. Ése es el nombre que los adoradores de Issaries dan a esos demonios en el idioma comercial.

—¿Comercial? —Ahora era Anxo el que preguntaba, menos acostumbrado al trato con personas.

—El lenguaje que utilizan los mercaderes para tratar con extranjeros al viajar de un país a otro, el idioma que usan los peregrinos y los tratantes de

esclavos.

Roy no lo podía creer. Los pulpandantes no eran sólo una leyenda.

Los tritónidos no dejaron de usar sus pértigas, sin cesar, hasta que el sol comenzó a ocultarse. Tenían que buscar un buen sitio donde amarrar la canoa.

Antes de que el sol se marchara, Ukranio deslió el hatillo de lino con el que había cubierto la espada. La sacó con cuidado y le pasó el trapo, primero por la empuñadura y después por el filo.

—Tómala, es tuya. —El Lince se la ofreció a Roy—. Te pertenece.

—¿Cómo? ¿Qué me pertenece? ¿A mí? Pero si yo... Pero Tío Athor...

—Tu padre era el dueño de esta espada. Ahora es a ti a quien corresponde llevarla.

—¿A mí? Pero yo no... Yo sólo... ¿La espada de mi padre?

—Tu padre fue un Lince, pero tu tío trató de ocultarlo para darte una infancia segura. En aquella época hubo muchas represalias. Por eso nunca supiste nada. Cuando la Luna Roja invadió el cielo y sus tropas nuestras colinas, los brujos lunares, los que veneran al Caos, enviaron a ese... gólem. Los Lince salimos a su encuentro. Lo expulsamos hacia el interior de este pantano. Tu padre se introdujo en el interior del gólem y acabó con él destruyéndolo

desde dentro. Era un artefacto, no una criatura viva.

—No puedo creerlo —Roy contemplaba la espada sin tocarla. Ukranio se levantó y depositó el arma junto al muchacho. Se separó unos pasos. A su lado, el Albino se mordía las uñas esperando que Roy recogiera la espada. Era lo más cercano a una familia que había tenido en mucho tiempo.

—¿Luchaste junto a mi padre en contra del gólem? —Roy tentó la empuñadura.

—Sí; lamentablemente él murió y yo fui hecho prisionero, esclavo, durante siete años.

Roy pasó los dedos por el filo del arma; aún sin agarrarla. Anxo se levantó

discretamente. El tímido albino, tantas veces rechazado, se atrevió a dirigirse al Lince venciendo sus temores:

—¿Y yo? ¿Por qué estoy aquí? Yo no tengo espada. No soy fuerte. ¿Por qué yo? Yo tampoco conozco el origen de mi padre. ¿Usted lo conocía? ¿Era un demonio?

—No conozco a tu padre, pero ten claro que yo no os he elegido a ninguno de los dos, sino que vosotros vinisteis a mí. Un cuervo me habló en sueños y me dijo lo que debía buscar. Al poco tiempo aparecisteis vosotros.

—¿Un cuervo?

—Sé paciente, todos hemos de tener paciencia y fe. El cometido que nos

espera requiere de un esfuerzo mucho mayor.

Y así continuaron navegando por las hediondas y viscosas aguas del Pantano Elevado. Héroes silenciados, fundidos, torbellinos que agitaban el pasado. Durante un tiempo sólo escucharon el traqueteo de las pértigas de los tritónidos. Todo cuanto Roy había creído perenne e inquebrantable se desmoronaba a la velocidad a la que las tropas de la Luna Roja tomaron las colinas de Sartar. Demasiadas emociones en un periodo de tiempo tan escueto. Y aún restaba la parte más complicada: la de guiar a Yinkin en la ceremonia del Ratonero. El cansancio hacía mella en el sobrino del granjero

que empezaba a cabecear. Postrado en el fondo de la canoa, Anxo se había quedado dormido. El disco dorado del sol había desaparecido por poniente. Y entre la sombra apareció una pequeña luz titilante.

—Allí. —Los ojos de Roy se abrieron del todo—. ¡Una luz! ¿Será una barcaza? ¡No! ¡Hay muchas más! Quizá sea una caravana de mercaderes.

—No, no se mueven. Están quietas. Es una aldea —observó Ukranio.

—Quizá podríamos buscar cobijo para esta noche —sugirió Roy.

—¡Ni hablar! No hemos de acercarnos; nunca se sabe dónde habita el Malvado.



Pero ni el propio Ukranio podía mantener los ojos abiertos. Se encontraba muy fatigado tras varios días sin dormir, viajando y luchando, además de intoxicado por la nube venenosa del pulpandante. Era demasiado incluso para él. Los guías anfibios también notaban el paso de las horas. Cazamoscas dejó caer su pértiga, se quedó mirando mientras se hundía en el fango viscoso. El tritónido formuló una pequeña maldición. El Lince bostezó largamente.

—¡No se duerma! —La voz de Roy despertó también a Anxo—. ¿Qué haremos si aparece otro pulpandante?

—O algo peor —El Albino se estiraba

entre bostezos—. Los muertos deambulan y cazan a sus anchas.

—Esas luces deben ser una aldea, ¿a que tu prefieres ir allá a quedarnos deambulando? —La mirada de Roy buscaba la complicidad del Albino.

—En las aldeas hay forajidos, pero al menos ellos son hombres. Creo que seguir vagando, cansados y en tinieblas, no es la mejor opción.

—Estoy de acuerdo. Orlanth escuchará nuestras plegarias.

—Poned rumbo a la aldea —resopló Ukranio—. ¡Y que *Hu* vele por nosotros!

A pesar de contar con una sola pértiga,

no tardaron en arribar a la pequeña aldea. La noche casi cerraba el firmamento, el velo de las tinieblas lo abrazaba. Con semejante penumbra el lugar resultaba triste. Hasta donde la vista de los viajeros llegaba, el asentamiento estaba compuesto por un exiguo montón de chozas arremolinadas, iluminadas por el danzante baile del fuego. Aquí y allá, había algunas velas dispersas. Las chozas no parecían muy firmes, apenas unos tablones de madera torpemente colocados. No era de extrañar. Las aguas del Pantano Elevado solían inundar y desmoronar cíclicamente cualquier construcción. Nadie sabía por qué subían. ¿La magia del Nigromante? Ninguno de los

asentamientos forajidos de las Tierras Elevadas perduraba más de tres o cuatro estaciones, un año a lo sumo.

Roy hundió un pie en el barro. El viento nocturno ululante, la espesa niebla lechosa, una repentina bajada de temperatura..., no era la mejor de las bienvenidas. Las manos le temblaban, mitad por el frío mitad por el miedo. Ukranio arrastró los pies fuera de la canoa detrás de él.

—No me fio de lugares como éste, mantened los ojos abiertos.

Ningún alma pululaba por allí. Los viajeros se adentraron. Anxo no apartaba la vista de las marismas que dejaban atrás, como si algo pudiera

saltar sobre sus espaldas en cualquier momento. A punto estuvo de chocar con la figura de un hombre que salió súbitamente de la nada. Olía fuertemente a alcohol. Una pesada capa, como el hábito de un monje, lo envolvía. La noche en el Pantano Elevado ofrecía demasiado frío y humedad. Ukranio, Roy y los tritónidos se volvieron al escuchar al Albino gritar.

—Sed bienvenidos a nuestra aldea, viajeros..., si llegáis en paz.

—Así es cómo viajamos. Hospitalidad pedimos para esta noche.

—Esperad aquí un momento, a ver qué puedo hacer —La voz sonaba con un timbre apagado. El aldeano los dejó allí,

esperando; apenas hacía ruido al andar.

—No lo vi llegar —Anxo bostezó—. Estoy mareado; aún huelo a pulpandante.

—Es un olor que se te pega... —tosió Ukranio—. ¡Maldito pulpandante! Pero en cuanto hayamos descansado un poco, nos marchamos.

—Sólo le pido a Orlanth que no me haga dormir de pie —Roy elevó la vista al cielo. Junto al sobrino del granjero apareció el aldeano, saliendo de entre las sombras sin hacer ruido alguno. Roy se sobresaltó y llevó su mano al pomo de la espada.

—Podéis quedaros en el cobertizo, si no molestáis a las gentes de la aldea.

Ukranio hacía un esfuerzo superlativo por mantenerse en pie. Sentía los ojos hinchados. El cansancio y los vapores del pulpendante le estaban provocando un fuerte mareo. Pero una idea prevalecía en su mente por encima de las demás: algo no encajaba en aquel lugar. El aldeano señaló el camino con un candelabro que sostenía dos goteantes velas de sebo. Con paso silencioso, los condujo a través de la aldea. Nadie se asomó a ver a los recién llegados.

—Aquí es. —El aldeano señaló un pequeño cobertizo marcado con algunas runas grabadas de manera muy rudimentaria—. Aquí almacenamos avena y rezamos a la diosa que la hace

crecer.

—Un altar de Esrola. —Roy conocía bien a esa diosa..

Ukranio rumiaba para sí. ¿En el Pantano Elevado podía haber un altar de Esrola? ¿Cómo iba a crecer avena en aguas tan pútridas?

Los muchachos ya habían entrado en el cobertizo, los tritónidos también.

—Descansad en paz. —El aldeano desapareció en la oscuridad.

El lugar sí parecía un granero. Ukranio distinguió al fondo un altar no demasiado grande. Apenas estaba iluminado por una única vela. Se acercó con paso vacilante.



—Roy, ilumina estas runas. —El gigante tatuado palpaba el altar mientras el joven acercó su collar de luz ambarina — ¡Por Humakt! Conozco bien estos glifos. Esta runa es la Muerte, y no creo que la avena de Esrola necesite su poder para crecer. Y ésta otra es la Oscuridad. ¡Mil demonios! ¡Hay que salir de aquí! Esto no es un altar de Esrola, sino uno de Thanatar, el Dios Dividido.

—¿De quién? —Roy exclamó asustado.

—Thanatar, el Dios Dividido, un antiguo demonio al que le fue separada la cabeza del cuerpo. Cada parte sobrevivió separada y siglos después ambas se reencontraron. Es adorado sólo por los muertos que, como él,

caminan de nuevo.

—¿Salir de aquí? —tartamudeó Anxo mirando al exterior con angustia—. Con esta oscuridad no tenemos donde ir.

—Oigo ruidos, alguien se acerca —Roy susurró agarrando la mano de Ukranio.

—¡Pues cerrad la puerta! No vamos a permitir que entren por nosotros.

Ukranio hizo un último esfuerzo para mover el altar y atrancar la entrada al granero. Roy trataba de ayudarle con más empeño que fuerza. Los tritónidos se abrazaron. Anxo no se movía, paralizado por el terror.

—¡Deprisa! Hay que colocar esos sacos delante de la entrada —Los músculos de

Ukranio se resentían, aplastados por toneladas de cansancio.

Anxo no reaccionaba. Los tritónidos comenzaron a sollozar.

—¡Rápido! ¡Moveos! Es la única opción que tenemos.

Ukranio siguió amontonando todo cuanto contenía el granero delante de la puerta. Fuera se oía un traqueteo agitado. Roy no podía cargar un saco más y se dejó caer pegando la oreja a la madera. Suplicó a Orlanth para que el viento llevara a sus oídos los murmullos del exterior. Las corrientes de aire obedecieron a su señor, Orlanth. La Voz del Viento trajo los ecos de una difusa conversación hasta los oídos bendecidos

del muchacho.

—¿Por qué no puedo abrir el almacén?

—preguntaba una voz—. Tengo que descargar la mercancía de las barcazas.

—Está ocupado —contestó la triste y conocida voz del aldeano con olor a alcohol.

—Tengo que descargar las dornas. —La otra voz no resultaba del todo desconocida para Roy—. ¡Tened cuidado con eso! ¡Dejadlo en el suelo! Idiotas.

—Tus siervos podrán usar el granero después, ahora está ocupado. Acompañadnos al campo santo. Vamos a levantar a los fieles para que sean alimentados. Después te pagaremos por

el alcohol y la sal.

—De acuerdo, vamos. A todos nos sentará bien un festín de carne fresca — Roy intentaba recordar aquel timbre; le resultaba familiar, seguro que lo había escuchado antes.

—Ten cuidado con ese barril, estúpido, déjalo ahí, aún no podemos usar el almacén. Menos mal que no todos los mudos son tan idiotas como tú.

— Es aquel mercader — Roy dio gracias a Orlanth por haber traído las palabras a sus oídos—, que llevaba los toneles de vino.

—No te muevas ni hagas ruido —le espetó Ukranio—. Que sea ese tipo sólo empeora las cosas. No saldremos del

cobertizo hasta que amanezca.

Poco después los ajetreos cesaron en el exterior. Era una noche sin grillos. En los alrededores del almacén, silencio. Dentro, Roy sí escuchaba las respiraciones entrecortadas de los demás mientras sentía la sangre agolpada en sus sienes.

—No pensé que estuviéramos tan adentro del pantano —Ukranio rompió el silencio. A pesar de la oscuridad, una gran ojera remarcaba la expresión de su único ojo.

A Anxo la espera se le hacía eterna. Durante un largo periodo de tiempo no sucedió nada en absoluto. A lo lejos se intuía algún aullido de lobo. No sabía

cuánto tiempo habría transcurrido desde la llegada del mercader de vinos cuando el silencio se quebró. Una pesada letanía comenzó a mancillar, con discontinuas pinceladas, la pulcritud sorda de la noche. Un creciente murmullo de pies arrastrándose por la tierra. En el exterior del cobertizo crecía el arrullo de decenas de gemidos. Arena removida. Lamentos. Quizá fueran centenares de pies los que ya se arrastraban cuando en la puerta atrancada del cobertizo se sintió una tremenda sacudida.

El altar de Thanatar casi volcó; los sacos lo sujetaron. La puerta aguantó. Roy empujó el macabro altar que atrancaba de la entrada. Otra sacudida

hizo temblar las paredes. El techo dejó caer una fina capa de polvo. La presión sobre la puerta fue creciendo. Anxo también empujó con todas sus fuerzas. La tensión de sus músculos iba a terminar por desgarrarlos. No podía respirar. Sacudidas, empuje, contención. Algunos tablones de las paredes y del techo fueron arrancados. Algunos brazos, cabezas y manos, se asomaron al interior del granero. Los tritónidos recolocaban sacos y maderos frente a la puerta. Golpeaban a los invasores que intentaban colarse. Otra gran sacudida. Un brazo huesudo y maloliente a punto estuvo de prender a Cazamoscas. Ukranio lo seccionó con su espada. Entonces se escuchó el penetrante



sonido de un cuerno. Se oyó por segunda vez. Después, una tercera. ¿Qué quería decir el sonido de ese cuerno?

—Un cuerno de guerra —aseguró Ukranio apoyando todo su peso en el altar—, pero nunca escuché uno semejante.

Del exterior llegaron docenas de gritos, bramidos, entrechocar de metales, pisadas aplastantes... algo brutal. El cuerno de guerra volvió a rugir. Los envites contra la puerta del granero cedieron. Las intrusiones de manos descarnadas por los huecos en tablones arrancados desaparecieron. Y los rugidos atronadores de unas bestias desconocidas se alzaron por encima de

los lamentos.

—¿Qué sucede fuera? —preguntó Roy resoplando, apoyado contra el altar.

Ukranio se tiró al suelo, buscó uno de los recovecos y asomó la cabeza. Del exterior penetraban rugidos feroces, chillidos y el acongojante silbido del cuerno. Volvió a ponerse en pie. Tenía el rostro blanco.

—No hagáis ningún ruido.

—Pero, ¿qué es lo que hay? —Roy arrugó la frente.

—He dicho que no hagas ningún ruido. Los trolls está asaltando la aldea. Señores de la Muerte de Zorak Zoran. Están arrasando el poblado.

—¿Los trolls están matando a los aldeanos?

—Los aldeanos ya estaban muertos antes de que llegaran; no tenían que haberse levantado. Zorak Zoran tiene algún tipo de compromiso que desconozco con la Runa de la Muerte para devolver a los muertos a su lugar. Los trolls han venido para ellos.

—Pero Zorak Zoran levanta ejércitos de muertos; eso se sabe —Anxo recordaba alguna vieja leyenda escuchada alrededor de una hoguera.

—Y también se sabe que es enemigo del Caos, y en especial de Thanatar.

—¡Nunca he visto a un troll! —Roy no podía controlar el temblor de sus manos.

—Y es mejor así, te lo aseguro. —La voz de Ukranio hizo que el chico se mordiera la lengua—. No quieres ver a las bestias de Zorak Zoran.

—¿Qué pasará si tiran las paredes?

—Si nos encuentran aquí, nos destruirán igualmente. No tendremos tiempo de explicar que no somos muertos vivientes.

—¡Hay que salir de aquí y llegar a la canoa!

—¡Rezad!

Anxo consiguió que los aterrorizados tritónidos lo siguieran. Roy ya había salido del cobertizo en dirección a la canoa. El sobrino del granjero corría a

tientas, iluminado vagamente por el colgante que le había dado Ukranio. La espada de su padre también emitía una leve luminiscencia.

El espectáculo era dantesco. Cientos de cuerpos mutilados cubrían el suelo.

Roy era incapaz de distinguir quién era troll y quién no lo era. Sólo veía bultos, figuras que se abrazaban, se alzaban y caían. Los trolls se estaban regocijando. Una carnicería. Los asaltantes eran muchos más de los que Ukranio supuso. Ojos inyectados en sangre. Fauces, repletas de colmillos, salivando de placer. Aquellos trolls disfrutaban con la carnicería de muertos. El chico corría y a la vez rezaba. Un troll gigantesco se

plantó delante, pero Orlanth le había escuchado. Cuando el inmenso troll elevó su reluciente maza para estrellarla contra la del muchacho, un inesperado soplido de viento lo impulsó por el barro bajo las piernas del monstruo. Varios aldeanos y algún troll más cayeron de espaldas, empujados por la repentina ventisca. Ese mismo empujón precipitó a Roy hacia delante para dejarlo indemne sobre la canoa.

Eran pocos los pasos que separaban a Ukranio de la canoa. Pero el veterano orlanthi se vio rodeado por una turba de cuerpos en descomposición. El olor que desprendían le mareaba. Cuencas oculares vacías. Pieles amoratadas y eccematosas. Liendres y lombrices

pululantes. Antes de dejarse atrapar por el pánico y los cientos de dedos mugrientos que se abalanzaban sobre su cuello Ukranio se protegió tras su escudo y avanzó, abriéndose paso entre el enjambre hasta llegar a la canoa. Eran demasiados. Pero la fuerza de Humakt estaba de su lado.

De los guías, sólo Lenguaverde lo había conseguido. Anxo lloriqueaba a su lado.

—¡Vámonos de aquí! ¡Deprisa! —  
espetó Ukranio al pisar la canoa.

El guía tritónido agarró su pértiga y la hundió en el fondo de la charca. La canoa fue desplazándose gradualmente con calma pero sin detenerse.

—Tritónido conoce la charca. Tritónido

conoce camino.

Cuando los ecos de la batalla, de la masacre, se perdieron en la oscuridad de la noche, el guía tritónido fue el único que se atrevió de nuevo a abrir la boca:

—Aquí peligro. Mucho peligro. Zona de dragones muertos. Zona de lagartos muertos que andan otra vez. Lagartos gigantes.

—Dinosaurios —susurró Ukranio.

—Lo que nos faltaba —se lamentó Roy —, encontrarnos con el cadáver de un dinosaurio que anda.

Pero nada de eso sucedió. Tan sólo



algunos mugidos lejanos. Algunas sombras recortadas por la luz rojiza de la luna. Pero todo aquello ocurría en el horizonte y los héroes no tuvieron que volver a lidiar con ningún otro peligro. Se retiraban camino a casa. Tan sólo los acompañaba el silencioso avance de la canoa. Sin embargo, un nombre pronunciado por el guía tritónido vino a perturbar la mente de Ukranio durante el resto de la noche y del día siguiente: Laguna Negra.

—Qué silencioso está todo aquí —había comentado Roy con ánimo de romper el incómodo mutismo—. Ni siquiera se oye aullar a los lobos. Ni los rugidos lejanos de esos dinosaurios muertos.

—Aquí no bestias, aquí no muertos. Canoa estar cerca de Laguna Negra. Hogar de Delecti estar cerca.

—Pues será mejor que nos alejemos aquí cuanto antes. —La sola mención del Nigromante provocó un escalofrío en la espalda de Roy que le hizo estremecerse—. ¿Cuándo saldremos de aquí?

—Bola Amarilla volver al cielo en pocas horas; cuando marchar otra vez, canoa estar en Montepato.

Ukranio se había quedado paralizado. No podía decir nada, no hacer nada, ni siquiera intentó mover un músculo. Solamente dudó. Se mordió un labio. Demasiado dependía de aquello. La

Laguna Negra es una puerta permanente hacia el Otro Lado. A través de ella llegaremos directamente al Inframundo sin necesidad de arriesgar a los chicos en la búsqueda de Yinkin el Ratonero.

» Pero he jurado llevar a cabo la búsqueda de Yinkin. El clan tiene toda su fe depositada en mí, pero mi propia búsqueda es más importante. La Laguna Negra es un viaje más rápido... El Ratonero es una ceremonia que implica demasiados riesgos. He de conducir a los chicos sanos y salvos. Pero tampoco puedo fallar al clan.

Ukranio pasó el siguiente día en silencio, sopesando los pros y los contras de ambas opciones. Taciturno.

Inclinándose una y otra vez hacia cada una de las posibilidades. Sobre mis hombros llevo la Runa de la Verdad, entre mis dotes está el Honor. El Ratonero es importante para los Trescuervos, pero si a los chicos les pasara algo durante la búsqueda, los Trescuervos no serán los únicos en desaparecer. Los Robles Negros, los Cyrlingas, los Varmandi. El futuro de los hijos de Orlanth depende de nosotros.

»He vuelto a tener el sueño. He visto Murallas Blancas libre del yugo lunar. He visto el regreso de Hu al mundo. La Espada de Humakt debe ser forjada de nuevo.

*Las Guerras de los Héroes supondrán un cataclismo sin precedentes en Glorantha.*

Incluso los eruditos de otras épocas, como los Aprendices de Dios de la segunda edad, se habían hecho eco de estas profecías.

## Capítulo VI. «Narrando el mito, escribiendo la leyenda»

*De cómo el Hijo del Sol ascendió hasta la Colina Dorada.*

*Los homenajes a la vuelta del Rey durarían tres días.*

Los exploradores habían regresado con la *Niña Joya* sana y salva, habían enterrado el cadáver del rey Hiraclís y habían acabado con la maldición del gobernador y la dragona submarina. No obstante, una duda había ensombrecido el camino de regreso: ¿habían encontrado realmente el primero de los

Soles? Los buscadores habían regresado sin orbes divinos ni armas doradas, solamente con una experiencia mística vivida con frenesí. Algunos no parecían muy convencidos. ¿Era una locura pensar que la propia Yun–Xu fuese el primero de los Soles? ¿Qué ganaban los adoradores de Yelmalio por haber salvado a una niña con espíritu de dragón? Cráteros se mostraba contrariado, no por este motivo, sino porque había soñado retornar con algún arma perteneciente al propio Yelmalio. Las escrituras decían que el Hijo del Sol, tras la muerte de su padre, había llevado sus *Ayudas* para unir a un ejército de deidades en contra del Caos. Cráteros se preguntaba de qué manera

les serviría haber ayudado a Yun-Xu.

¿Debían empezar los preparativos para conseguir el segundo de los Soles? ¿Y si no habían logrado el primero? Todavía restaban casi seis semanas hasta la pascua yelmalita. Ese día, los fieles conmemoraban la ascensión de Yelmalio a la Cima del Mundo, era el momento señalado para rogar por el segundo Sol: *La Ayuda que se recibe*. Hasta entonces, los buscadores tendrían que prepararse duramente y adquirir los conocimientos necesarios para sobrevivir al ritual, pero antes, tres serían los días de fiesta que festejarían el triunfo del nuevo rey sobre la cima del Pico Solitario.



Tres días donde los ciudadanos yelmalitas, tanto indígenas conversos como las segundas generaciones, pudieron disfrutar de las competiciones atléticas. Lanzamiento de peso y jabalina, donde destacó la figura de Quirísofos; tiro con arco; carreras de fondo y de velocidad, siempre con la armadura puesta y el escudo embrazado; competiciones de lucha; exhibiciones de cetrería..., y el juego preferido del Mariscal: el *escudo-derribo*. En este juego, dos falanges de hoplitas debían enfrentarse en formación cerrada empujando con sus escudos hasta derribar a sus oponentes o sacarlos de la zona acotada para la competición. El

vino, la sopa negra y el cabrito, también formaron parte de las celebraciones. El Mariscal disfrutó de las competiciones en su honor. También se sentía mejor por ver a la bella Shen menos arisca hacia él.

El monarca la encontró depositando flores sobre la tumba de Zishla.

—No pensé que al final la fueses a echar tanto de menos.

—Las flores nos muestran la belleza de lo que no perdura entre nosotros, como el alma de Zishla.

Desde que habían regresado a la polis, era habitual verla junto a Yun–Xu en las proximidades de la tumba de la aldryani.

—Tu belleza supera la de todas las flores. —Las palabras de Cráteros salieron espontáneas y hasta él mismo se sorprendió.

—Somos flores de un mismo ramo y, algún día, yo también me marchitaré.

—¿Has pensado ya cuando volverás junto a los tuyos? Podrías permanecer en Edesia, conmigo, hasta que mi hermano Brito tome la regencia el próximo año. Después volveríamos juntos al continente.

—Tan pronto como florezcan los Soles, partiré de nuevo al Bosque. No quiero marchitarme lejos de los míos. Estos jardines no son mi lugar.

—No digas bobadas —insistió

el Rey—. Llevamos mucho tiempo viajando juntos. ¡A mi lado siempre tendrás un sitio! No tienes motivos para marcharte apresuradamente.

—Siento que junto a los hombres no está el sitio de los aldryami.

—A mi lado siempre tendrás un sitio, Flor Perdida. —Cráteros no solía traducir el nombre de Shen a idioma comercial. ¿Sería el vino?

—Desde aquí puedo escuchar La Canción de Aldrya reclamando mi presencia en su seno. Los hombres nunca podréis oírla. Pero todavía hay algo que me inquieta y que debemos solucionar antes de la liturgia conmemorativa de Aldrya y Halamalao: aún no sabemos

qué ocurrió la noche que murió Zishla.

Y ése fue el primer asunto que el consejo de Edesia trató al cuarto día.

—¿Estáis seguros que no habrá más asesinatos nocturnos? —preguntó el Rey a Jenofonte.

—Nunca se puede estar seguro de algo así, Majestad. Lo cierto es que la laceremonia de Revelación, y los espíritus que invocó el druida elfo, aseguraron que el íncubo que asaltó a Zishla durante la noche fue exorcizado. Para ejecutar su plan, el íncubo había poseído el cuerpo de la concubina de su consejero, el señor Jan Paolo.

El falso cónsul del Imperio Lunar tragó saliva. Llevaba un largo rato respirando con dificultad. En silencio escuchaba cómo esos idiotas aseguraban que su concubina, poseída por un espíritu íncubo, había sido la asesina de la elfa verde. Idiotas. Él no había ordenado nada semejante. Pero desde que había vuelto a la ciudad no había tenido noticias de Tesa. No la había visto por ningún sitio e incluso parecía no escuchar sus reclamos mentales, sus llamadas telepáticas. Había desaparecido.

—Quizá el consejero tenga algo que decir respecto a su esbirra —añadió Shen.

—Puedo asegurar que Tesa no asesinó a Zishla por su propia voluntad.

Jan Paolo escuchaba con los labios apretados.

La gente comenzó a murmurar.

—No está acusando a tu concubina de querer hacerlo, amigo. —intervino el Rey—. ¿Por qué iba a querer? Están diciendo que fue poseída por un espectro para cometer el crimen.

—Eso mismo estoy diciendo. —La voz de Jenofonte titiló trémula—. La demoníaca aberración submarina, la dragona que gobernaba la Isla, dominaba a un enjambre de íncubos. Con su muerte, no habrá más visitas de demonios nocturnos.

Cráteros sentía su corazón acelerado. Intentaba disimular. No sabía si quien le había visitado en sueños la noche que murió Zishla podía ser también un espíritu íncubo. ¿Tenía algo que ver el asesinato de Zishla con sus sueños eróticos?

—¿Y dónde se encuentra ahora mi concubina? —Jan Paolo enarcó las cejas, y en su rostro se vio reflejada una mirada de ira.

—Realizar un exorcismo no es una ceremonia sencilla. —Jenofonte bebió agua.

—Tuvimos que purificar el cuerpo que contenía al espectro. —La intervención de Brito, el hermano del Rey, acalló los



susurros surgidos momentos antes—. El fuego ha purificado su alma y su cuerpo de pecado. Era lo único que podíamos hacer por ella.

—El chamán elfo aseguró que el espíritu de Zishla encontraría la paz cuando el íncubo fuese exorcizado. —Las palabras de Aristarcos llevaban un cierto aire revanchista. Jan Paolo lo atravesó con una mirada fulminante. Tenía los puños cerrados.

—Espero que el alma de la aldryani descansé en paz —deseó el Rey sin percibir el desafío que se había desatado entre su consejero y su senescal.

—Su espíritu reposa junto a Aldrya, las

plantas me lo han dicho. Las flores de su tumba lo susurran, y yo rezo por ello cada noche —añadió Shen, cabizbaja.

—Todos hemos rezado por ello, Shen. Pero ahora debemos prepararnos para la liturgia del Día de Pascua, el día en que traspasaremos el Velo de los planos y caminaremos junto a Yelmalio por el Otro Lado.

—Majestad —Aristarcos intervino con aspereza—, técnicamente Edesia tiene nuevo regente, pero como hizo su padre, que a la luz de Yelmalio descansa abrigado, el Rey debe buscar una consorte antes de emplearse en ninguna otra tarea.

—Bueno —Cráteros miró de

soslayo a Shen—, creo que mi caso es excepcional. Soy fiel conocedor de nuestras leyes y tradiciones pero, precisamente, uno de mis votos, al ser ordenado Hijo de la Luz, fue la imposibilidad de contraer nupcias. Además, por lo apremiante de nuestra búsqueda, creo que lo primero es acordar quiénes serán los héroes que traspasarán la barrera de este mundo durante la celebración. ¿Quiénes serán los valientes en caminar por el Otro Lado? ¿Con quién cuento para acompañar a Yelmalio hasta la Cima del Mundo?

—Yo deseo cruzar el Velo junto a mi hermano. —El joven Brito se levantó con una luz sobre su rostro—. Estoy

preparado para ser un héroe.

—Y nuestro padre estará orgulloso por ello —respondió Cráteros sonriente—. La sangre de los Parthenonas corre por tus venas, serás un heroico guerrero. Brito recreará conmigo las andanzas de Yelmalio en la Cima del Mundo.

—Señor, creo que eso no será posible —negó Aristarcos meneando la cabeza a ambos lados—. Ninguna familia yelmalita debe enviar a todos sus varones al campo de batalla. Uno de los Parthenonas debe aguardar aquí por si el otro no regresara. ¿Quién tomaría las riendas de la ciudad de desaparecer vuestra casa? De ninguna de las maneras debéis ir los dos juntos.

—Majestad —añadió Quirísofos masticando una pera—, usted conoce mejor que nadie la ley yelmalita, el pequeño de los hermanos debe permanecer aquí. Recrear un mito es un hecho extraordinariamente peligroso.

—Cráteros —Jenofonte palmeó al monarca en el hombro—, el día del ritual los fieles vislumbrarán una de las mayores hazañas logradas por nuestro dios Yelmalio. Aquellos que sean más devotos percibirán el milagro como si sucediera ante sus ojos. Los buscadores heroicos que traspaséis el Velo mediante rezos y fe, abandonaréis este mundo y os veréis caminando al lado de Yelmalio, inmersos en su odisea hacia la Cima del Mundo. Acorde con lo que

sucedió entonces, sólo los supervivientes serán rescatados por la musa de la naturaleza conocida entre los elfos como Aldrya. Al igual que Yelmalio, recibiréis su *Ayuda*, el segundo de los Tres Soles. Es esencial que los buscadores conozcan bien todo cuanto os espera. Recrear la leyenda de la alianza de Yelmalio y Aldrya no será tarea fácil.

Un búho de blanco plumaje se había posado sobre el friso que dintelaba el atrio.

—¡Escuchadme bien! —la entregada audiencia esperaba oír de nuevo el mito —. Quienes acompañen al rey Cráteros a la Cima del Mundo tendrán que

conocer los peligros de semejante hazaña. Ascender junto a Yelmalio puede costaros la vida. Debéis saber que al amparo de nuestro Señor, sólo la fe verdadera será fuente de poder. En ese sagrado día, en el cual seremos dignos de escalar las laderas de La Madre de Todas las Montañas, los buscadores experimentarán una práctica religiosa sin precedente en sus vidas. Da lo mismo cuanto hayáis vivido hasta ahora. Cuando se inicie la ceremonia, ya nada será igual.

—¿Qué hemos de hacer? —Cráteros estaba impaciente.

—Primero aprenderéis los mantras y versículos que catapultarán vuestras

almas al amparo de Yelmalio. Luego, a su lado, recrearéis su traumática lucha contra los peores de sus enemigos tras la Gran Oscuridad, cuando el cielo ennegreció. Yelm había caído traicionado. Yelmalio era la última esperanza. Ascendió hasta la cumbre de la Cima del Mundo con la intención de acabar con la malvada bruja Inora, la gélida Señora del Invierno que había extendido su blanco manto de frío glacial sobre la superficie de un mundo que sucumbía famélico y congelado. Yelmalio trajo calor y esperanza. Ascendió hasta las cumbres nevadas donde Inora tenía su reino, pero otros dioses acechaban con desiguales intenciones. Yelmalio sobrevivió a la



emboscada que le tendió Orlanth, el cruel señor de las tormentas; después tuvo que escapar de las garras del demonio troll conocido como Zorak Zoran, quien le arrebató su corazón ígneo de la forma más sucia y vil. Pero el moribundo Yelmalio resistió todos los ataques. Su fuerza y belleza conmovieron a la bruja Inora, y fue ella quien sucumbió ante el pundonor de Yelmalio e intentó engatusarlo para que se unieran. La voluntad, la virtud y la castidad sin parangón de Yelmalio le mantuvieron fiel a sus votos castrenses.

»Aun moribundo y agonizante no cedió a la tentación. Inora abandonó su intento de seducción y lloró despechada. ¡La virtud triunfó sobre la perversión! Y fue

al descender, que Yelmalio encontró un mundo oscuro donde el Caos pululaba a sus anchas. Se enfrentó a la Mancha en aquellas condiciones. Consiguió derrotarla, aun desarmado y agotado, y fue entonces cuando Aldrya se apiadó de su cuerpo. Yelmalio había devuelto la luz y el calor al mundo y ésta lo recompensó curando sus heridas.

»Así es cómo Yelmalio obtuvo de manos de Aldrya *La Ayuda que se recibe*, el segundo de los Soles. Junto a la Señora de los Bosques selló la segunda alianza, el segundo Sol. Es por eso que nuestras lanzas siempre marcharán prestas al auxilio de nuestros aliados aldryami.

Shen sonreía encandilada por la historia. Junto a ella se sentaba Tascamarnon, quien atendía más serio a la explicación de los humanos.

—No es tarea para débiles o impuros alcanzar la gloria de Yelmalio — intervino Quirísofos levantándose de la silla—. Mis votos son intachables y mi pica poderosa. Si me concede el privilegio, yo partiré a su lado y compartiré su destino.

—Estaré encantado de contar contigo — Cráteros asintió—. Pero pienso que por hoy ya hemos dialogado bastante. Esta noche descansad y reflexionad sobre los peligros de recrear los milagros de los dioses. Mañana al amanecer quedarán

aquí emplazados quienes pretendan ser voluntarios de semejante odisea. Sólo los héroes regresarán victoriosos. *La Ayuda que se recibe* es aún más peligrosa de lograr...

Cuando todos se marchaban a sus aposentos, Cráteros fue directamente a los jardines donde sabía que encontraría a Shen.

—Puedes permanecer en palacio. No tienes que marcharte al continente.

—¿Acaso el riesgo me asustó antes? —  
La voz de Shen sonó retadora.

—No quiero que te suceda nada —  
Los ojos de Cráteros eran tan elocuentes

como sus palabras. Shen percibió que aquel hombre nunca la había mirado así —. Quiero que permanezcas aquí, y que a mi vuelta...

—Cráteros, no voy a esperar a tu vuelta. Deseo visitar al druida. Él me aseguró que nada tuviste que ver con la muerte de Zishla, y sólo por eso no me he marchado ya. Quiero que me muestre los caminos para salvar almas. Quiero ser druida. Pero antes prometí a la pequeña Yun—Xu que la acompañaría de nuevo al continente. Voy a llevarla junto a su madre.

—¡Pero es un viaje peligrosísimo para dos hembras solas!

—Sabremos superar cualquier

inconveniente.

—¡Deseo que te quedes junto a mí!  
Necesito tu sensatez, tu cordura...

—Esta vez no. —Shen apartó la mirada  
y se marchó.

Cráteros supo entonces lo que la  
necesitaba realmente. Más de lo que  
jamás había imaginado. Era el alma más  
pura y bondadosa que había conocido  
nunca.

A la mañana siguiente, cuando los  
primeros buscadores llegaron al atrio,  
Cráteros ya se encontraba sentado en su  
trono, meditabundo. Junto a él, su  
consejero Jan Paolo le cuchicheaba al

oído. En las escaleras que rodeaban la sala descubierta se aglomeraba la gente expectante por conocer quiénes serían los campeones de Edesia para recrear el mito de laCima del Mundo. Los lanceros congregados formaron firmes y armados frente al monarca.

—Siguiendo los consejos de mi sabio preceptor, maestro Jan Paolo, voy a elegir en esta mañana a los héroes que me acompañarán al lado de nuestro soberano Yelmalio para recrear su ascensión a laCima del Mundo. Quirísofos, de brazo fuerte y experto cetrero, serás un apoyo en el plano de los dioses. Aristarcos, tú ya eres decano para tal cometido, pero conoces mejor que nadie a los jóvenes lanceros que

desde hace años has entrenado en esta isla. Dime, ¿quiénes de entre todos estos muchachos es digno de traspasar el Velo de los planos?

—Los nativos que ve, Majestad —respondió Aristarcos—, son yelmalitas de pleno derecho. Son conversos que han abrazado nuestra fe con devoción. Dejadme pensar un momento...

—Majestad —intervino repentinamente el elfo de nombre Tascamarnon—. Desde muy lejos he venido persiguiendo este objetivo. Como representante del Pueblo de los Bosques pido marchar junto a vos en pos del néctar del Halamalao.

—No pensé que estuvieras dispuesto,



tras lo ocurrido en la gruta de la montaña.

—Doy mi palabra que no volverá a ocurrir. —El aldryani estaba avergonzado—. No pude continuar... Pero esta vez será distinto. Conozco perfectamente el mito que narra cómo Aldrya salvó de la muerte a Halamalao con su fruto de ambrosía. Conozco sus poderes y soy capaz de dominarlos a ambos, al Hijo del Sol y a la Dama del Bosque. Yo mejor que nadie sé lo que Halamalao padeció.

—De acuerdo —Cráteros echó una furtiva mirada al esquivo rostro de Shen—. Me temo que serás el único representante de tu pueblo entre los

héroes.

Aristarcos había ordenado a los lanceros más fornidos que se desprendieran de sus pecheras de bronce mostali. Agarró un látigo de tres fustas y, uno a uno, los fue golpeando hasta que la sangre comenzó a manchar el suelo del atrio. Gritaban proclamas sobre el honor, la fuerza, la heroicidad y la perseverancia. Muchos de los jóvenes claudicaron ante los latigazos y doblaron las rodillas. Fue un espectáculo macabro que Shen nunca llegaría a comprender. El suelo del atrio teñido de rojo. Cuando sólo cuatro lanceros aguantaban en pie la tunda de

verdugazos, Aristarcos detuvo el espectáculo.

—Estoy seguro que estos lanceros serán los más fieles guerreros. Acaban de demostrar su intención de marchar a su lado. Yo mismo los he adiestrado. Abrazaron con devoción el credo de Yelmalio. Tesalio, Talos, Andrómakos y Anaximandros.

Los cuatro muchachos oriundos de la isla, y conversos a la religión solar, habían cambiado sus nombres por otros más apropiados a su nueva fe.

Se acercaron al trono. El monarca se levantó.

—Elevad el escudo. ¡Más arriba! ¡Más alto! —ordenó golpeando los broqueles

con el asta de su lanza—. Bien, los héroes de Edesia quedan así conformados. En cinco semanas hemos de estar preparados para el Martirio de Yelmalio. Compartiremos su dolor, su sufrimiento, y lo afrontaremos con la mayor entereza. Tascamarnon, del pueblo de los elfos, caminará junto a los hombres libres de Edesia. Quirísofos será mi mano derecha y estos cuatro lanceros serán nuestra escolta. Y mi fiel consejero, maese Jan Paolo, nos aportará la erudición necesaria para no errar. Su sapiencia será más que imperiosa para recoger el Sol de los elfos: *La Ayuda que se recibe*.

Aquella última frase rechinó en los oídos de Shen. ¿Aquel hombre era

malvado recogería la alianza entre Aldrya y Halamalao? Shen sintió la boca seca. No podía permitir que el infame siervo de la Luna Roja se acercase al Jardín o a los frutos de Aldrya. Si el hediondo Jan Paolo iba a viajar al plano divino en el momento en el que Aldrya salvó la vida a Halamalao, ella debía vigilarlo de cerca para que no urdiera ninguna fechoría. Shen se levantó y avanzó hacia Cráteros.

—Yo iré también —aseguró convincentemente—. Soy una con Aldrya, cuyo milagro os dirigís a contemplar. Nadie mejor que yo es conocedora de su fe.

—¡Pero yo pensé que tú...! —La

sorpresa de Cráteros era notable—. Yo creía...

—He cambiado de idea. Si marcháis al encuentro del Halamalao y Aldrya, yo debo estar ahí.

Jan Paolo clavó sus ojos saltones en la elfa, tan abiertos y sorprendidos que parecían a punto de estallar. Con rapidez, el consejero se acercó al Rey y tiró de su túnica para que se agachara. Le susurró al oído. El monarca frunció el ceño y la miró contrariado. En el rostro de Cráteros se podía contemplar la duda. Jan Paolo siguió murmurando al oído del Rey mientras éste negaba con la cabeza. Shen reparó en que, mientras hablaba, el cónsul movía los dedos de

una mano de una forma peculiar, como si siguieran un patrón, el tamborileo rítmico propio de un sortilegio. Cráteros se irguió y dijo:

—Creo que no has comprendido la peligrosidad mortal que supone adentrarse en el plano de los dioses. Es demasiado para ti... y tú misma dijiste anoche que no tenías intención de seguir a mi lado.

—Y ahora digo que he cambiado de opinión. ¡Eres tú quien parece haber perdido su palabra! Me aseguraste que yo siempre seguiría a tu lado, que había demostrado sobradamente mi coraje y mi valía. ¡Mantén tu palabra! Si eres fiel a tus votos, debes permitir que me una a

la búsqueda.

Cráteros parecía aturdido. Mientras la totalidad de la sala observaba esperando las palabras del Rey, Shen no quitaba ojo de su consejero. Jan Paolo seguía murmurando a su lado, aunque ya no lo hacía a oídos del monarca, sino para sí mismo. «Así que es eso: brujería». La aldryani agarró una copa de bronce y arrojó su contenido sobre el antiguo cónsul. El vino derramado fue suficiente para sacarlo de su concentración. Los ojos del diplomático se encendieron furiosos, sus labios se apretaron constriñendo su rostro. Cráteros recuperó la claridad de su mirada.



—Espero una respuesta —insistió Shen mirando a los ojos del yelmalita.

Jan Paolo meneó levemente la cabeza indicando al monarca su negativa. Ahora, con todos los ojos puestos sobre él, no le sería tan fácil utilizar alguna artimaña mágica.

Cráteros no volvió a negarse. Shen seguiría a su lado.

Durante las siguientes cinco semanas la actividad fue frenética. Los buscadores se preparaban para ser héroes. Cada día dedicaban todo su tiempo y su esfuerzo a conocer mejor el mito que habrían de representar. Se prepararon físicamente para el combate y la ascensión a la

montaña, mentalmente para soportar las maravillas y milagros que contemplarían, y espiritualmente para resistir las tentaciones que los llevarían a la calamidad. Cuando el momento llegase y sus almas se despegasen de sus cuerpos, serían trasportados por la liturgia de los sacerdotes al mismo lugar y al mismo momento en el que Yelmalio inició su ascensión a la Cima del Mundo. Como su dios, los héroes recrearían aquel acontecimiento excepcional.

—Los dos rubios son hermanos — explicaba Quirísofos al monarca durante un entrenamiento—. El del pelo largo es Talos, y el otro Tesalio. Ambos son muy rápidos con la lanza y buenos estrategas, sobre todo Talos. Ellos dos fueron los

que rescataron a las niñas que se habían caído por el acantilado de Piedrárída. El que está con ellos, el moreno, es Anaximandros. Buena anticipación en el cuerpo a cuerpo. Si no se despista, es capaz de contener las acometidas de los otros dos.

—Tiene buena talla —observó el Rey.

—Sí, además es muy voluntarioso y no le importa hacer los trabajos más duros. El que entrena solo es Anaxágoras. Siempre le ordeno que se desfogue antes de luchar contra los demás. No mide bien sus fuerzas y alguien puede salir malparado. Es buen cazador. Créame si le digo que lo he visto atrapar a un jabalí con sus propias manos.

Todos los buscadores se preparaban con esmero. Durante semanas, los héroes fueron ilustrados en cada pasaje. Aprendieron cada oración, cada verso, qué rezos podrían invocar allá donde sólo la fe en Yelmalio era plausible. Cuando llegase el día, y en completo ayuno, mientras los sacerdotes declamaran los versículos de semejante hazaña frente a sus feligreses, los héroes arriesgarían sus vidas para inmortalizar su camino mitológico.

Uno tras otro, los buscadores deberían vivenciar los retos con los que Yelmalio tuvo que lidiar. Afortunadamente no tendrían que morir. Pues Yelmalio sobrevivió a cada uno de los encuentros.

Llegó el único día del año en el que la luz del ocaso se colaba en el templo por una pequeña ranura y golpeaba frontalmente sobre la efigie levantada a Yelmalio. Las hogueras habían ardido durante todo el día y, al anochecer, sólo quedaban encendidas sus ascuas azuladas. Desde muy temprano, los héroes recitaban las oraciones del más sagrado de los escritos yelmalís, el que acercaría sus almas a los pies del mismo Yelmalio. Así comenzaba la plegaria conocida como «Oh, Yelmalio dorado»

¡Oh! Yelmalio dorado

Brillante sea tu luz y radiante tu reinado

Alabado santo y seña, paradigma del

honor

Que tu fulgor guarde nuestras almas

Y nos dé su bendición

Nuestro hogar a buen recaudo

¡Oh! Señor, Hijo del Sol

Alejad el frío y la noche

Próximo esté el destello de tu albor

Arrodillados y en actitud jaculatoria, los buscadores repetían armoniosamente las estrofas de la oración y el malita mientras subían y bajaban la cabeza y el tronco

rítmicamente. Cuando la luz del crepúsculo se reflejó en el bronce de la estatua de Yelmalio, los héroes entraron en estado de trance.

Los acólitos fueron acomodando a los fieles que, fervorosos, penetraban en la austera y espartana basílica de Edesia donde tendría lugar la recreación. El sacerdote, Jenofonte, comenzó las protocolarias preces entre ascuas ardientes. A su espalda, los héroes de Edesia continuaban absortos con sus oraciones, abstraídos completamente del murmullo de fieles arremolinados.

Cuando todo estuvo dispuesto, Jenofonte comenzó el sermón con el pasaje inicial del ascenso de Yelmalio a la Cima del

Mundo:

—Y Yelmalio, solitario y angustiado por las tinieblas que asolaban la faz del mundo, intentó remediar con su luz la penuria provocada por la Gran Oscuridad. Dirigió sus pasos a lo más alto de la más alta de las montañas, hacia el Pico de Hielo que coronaba la Cima del Mundo, hogar de la diosa del invierno, Inora, hija de Valind el Glaciar, Señora de las Nieves Perpetuas y Reina de la Escarcha. Armado con su *Lanza dorada* y su *Armadura de luz*, el joven y bello Yelmalio comenzó el ascenso a la montaña más alta del mundo...



El incienso y la mirra inundaban la basílica. Las hogueras agonizaban. El crepúsculo. Muchos de los fieles, amontonados, comenzaron a llorar debido a las palabras del sacerdote. Algunos caerían inconscientes durante la liturgia por la emoción del hecho narrado; algunos contemplarían, en estado de éxtasis absoluto, el Milagro, asegurando que pudieron ver al propio Yelmalio ascendiendo por la montaña. Pero menos serían los que conseguirían distinguir, a los pies de la brillante deidad, a varias formas diminutas que avanzarían al paso de Yelmalio.

Jenofonte y Aristarcos sabían que aquellas figuras pequeñas eran las sombras de los buscadores heroicos

atravesando el plano de los dioses.

Los buscadores habían traspasado la frontera que separaba el mundo de los mortales y el transitado por los dioses. Sus cuerpos seguían arrodillados en la basílica, en un estado de trance absoluto, mientras que sus almas se encontraban en otro sitio y en otro momento. La ceremonia los había catapultado al lado de Yelmalio. Iban a ser almas mortales cruzando un plano reservado a los inmortales.

Cuando Cráteros sintió desentumecerse sus sentidos, pudo observar absorto al propio Yelmalio aproximándose a través de un mundo desolado.

Antes de poder siquiera abrir los ojos, había creído estar bajo el agua. Pronto se dio cuenta de su error, podía respirar aunque con dificultad. Todos sus sentidos estaban abotagados como si, efectivamente, le hubieran sumergido la cabeza. Le costaba moverse, pero no era debido a una inmersión. Se percató de que era el propio aire el que parecía ser más espeso, más pesado y denso. Paulatinamente fue recuperando la vista, el tacto, el oído... Se encontraba bien, pero el mundo que lo rodeaba era un espanto desolado por el frío, el hielo y la nieve. El universo a su alrededor estaba arrasado por los poderes del perpetuo invierno. Los bosques morían, desnudos de hojarasca, y las criaturas de

la oscuridad vagaban impunemente bajo la Noche Eterna. Pero frente a sus ojos, dispuesto a escalar las paredes de roca y hielo de la Gran Montaña y expulsar al invierno, contempló a Yelmalio, la última esperanza de los poderes de la luz, envuelto en su *Capa del Esplendor*.

Algo no andaba bien. El Mariscal sabía que al realizar una búsqueda heroica, al viajar al plano de los dioses mediante una ceremonia, los buscadores se convertían en el dios que representaban. Sin embargo, él estaba viendo a Yelmalio. No se había convertido en Yelmalio sino que estaba frente a él. Algo debía estar perturbando la magia divina.

*En realidad existían muchos tipos de búsquedas heroicas y no siempre era necesario viajar al plano de los dioses. Bastaba con salirse de los confines del mundo, por ejemplo, navegando más allá de Kahar. Las ceremonias que realizaban los cultos catapultando a los fieles al momento y al lugar en el que un dios hacía un milagro (al plano divino) sí que convertían a los buscadores en sus dioses, o al menos en una parte de ellos. En el mismo sitio y en el mismo instante que un dios obraba sus milagros, el buscador, reencarnado en divinidad, debía reproducir su conducta. Sin embargo, no siempre era así, y menos en una*

*ceremonia realizada en un lugar extraordinario como era una isla perdida en el remoto océano de Kahar...*

No obstante, aquella visión emocionó al todavía perplejo Cráteros. Frente a él estaba Yelmalio. La gigantesca deidad mediría entre cuarenta y cincuenta metros desde los talones hasta la crin de su yelmo. Era un titán de oro y luz, fuente de un confortable calor. El aura dorada que lo rodeaba era la única esperanza en aquel mundo desangelado y fuera de ella sólo se intuía muerte, hielo y oscuridad. Cráteros sabía que debían seguir a la brillante figura divina o

perecer congelados en aquel mundo de tinieblas.

El Mariscal fue encontrando los cuerpos aún entumecidos de sus compañeros y los abrazó con su calor, alentándolos para seguir al brillante Yelmalio. ¡Quedarse rezagado en aquel paisaje desolador suponía una muerte desafortunada!

Desde cualquier rincón se veía la altísima cumbre adonde tendrían que subir, lejana y perdida por encima de nubes y del propio cielo. La leyenda decía que el palacio de Inora en el Pico de Hielo se encontraba a doce mil metros de altitud. Tan lejano, tan inaccesible.

A grandes zancadas, la colosal y brillante deidad se aproximó a la base de la montaña. Con cada tranco, Yelmalio dejaba tras de sí estepas, selvas y ríos desolados. Los buscadores marcharon tras él, alentados por su aura de luz y calor, asombrados por seguirlo sin quedarse atrás, a pesar de tener todavía los músculos de las piernas agarrotados. Contemplaban el mundo de los dioses y cada rincón parecía dibujado por una mano divina: la roca parecía más roca, las colinas más colinas; el río era más río. Aquello era sin duda el lugar del que hablaba un maestro dara happano de nombre Plátonas, quien aseguraba haber visitado en varias ocasiones el plano de los



dioses. Con cada paso, los héroes dejaban atrás praderas desoladas, árboles marchitos. En pocos minutos habían recorrido el mundo entero y se hallaban en las faldas heladas de la montaña.

*»... y el Embaucador, transformado en un conejo blanco, distrajo a Yelmalio para que fuese emboscado por Orlanth, el asesino de Yelm —relataba Jenofonte a la concurrencia.*

—¡En formación! ¡Allí debe estar el conejo blanco! —Cráteros señaló a la ladera. Todos sus movimientos encontraban la resistencia de la pesada

atmósfera.

Ante los, aún entumecidos, ojos de los buscadores, las paredes de hielo y nieve que cubrían las faldas de la montaña estallaron con un resquebrajar atronador. Escondido bajo las capas de escarcha apareció la poderosa figura de Orlanth. Ningún conejo blanco avisó de su llegada. Alrededor del gigante se desató la más espectacular de las tormentas que los buscadores habían contemplado: truenos, lluvia, viento incontrolado, meteoros de granizo, relámpagos que flagelaban el cielo... Yelmalio parecía un niño al lado del poderoso y violento Orlanth, Señor de las Tormentas. De un tremendo sablazo, Orlanth partió en dos la *Lanza Dorada*

de Yelmalio. Volvió a golpearlo, abriéndole una hendidura en la pechera de la coraza.

Los mortales corrieron a cubrirse de la espectacular tormenta a las faldas de la montaña. Relámpagos iluminaban el cielo, rayos centelleantes, granizo demoledor. El cielo se rompía y vertía su odio sobre ellos. No todos llegaron a cubrirse bajo las rocas de la ladera. Uno de los muchachos de la escolta, Tesalio, cayó por la explosión de un rayo sobre su cabeza. Su cuerpo quedó tendido, calcinado. Su hermano, Talos, miraba paralizado el cuerpo exánime de su hermano. Así de fácil. Un momento creías ser un héroe y al siguiente eras un muerto. Ya está. Acabado.

—¡No te pares! —Anaximandros le tiraba del brazo.

Los buscadores debían ascender por la ladera de la montaña para escapar, como el propio Yelmalio, de la furia asesina de Orlanth.

Desarmado, humillado y vencido.

El hijo de Yelm no era rival para Orlanth. El Señor de las Tormentas se aburrió pronto del muchacho y dejó que marchara, carcajeándose con la seguridad de que el frío acabaría con la vida del hijo de Yelm, uno de sus enemigos.

Oyendo las risotadas del coloso, los buscadores huyeron escalando la montaña en pos de Yelmalio, tratando de

protegerse de la tormenta. Se encaramaban por riscos y peñascos bajo el torrencial aguacero. Cada paso al lado de Yelmalio, única fuente de luz y calor en aquel mundo desolado, eran cientos de metros ascendidos.

Shen se detuvo sin resuello.

—No puedo más. —La aldryani jadeaba completamente exhausta.

A su lado, Tascamarnon, le habló en idioma aldryani:

—Vamos, debemos continuar junto al calor de Halamalao.

—¡No os detengáis! —Cráteros rugía desde un risco más arriba—. ¡No podemos perder su estela! ¡Continuad!

Shen resopló, extenuada, era imposible dar otro paso más. Tascamarnon intentó ayudarla. De pronto, desde los nubarrones negros que cubrían el cielo, otro de los cientos de rayos centelleantes restalló junto a los aldryami. La explosión hizo que ambos se tambalearan. La agotada Shen se aferró a una roca. Tascamarnon se balanceó cegado por el destello del rayo, aturdido, pero no pudo asirse a agarradero alguno. El aldryani se precipitó montaña abajo.

Shen contempló espantada cómo desaparecía engullido por la oscuridad, allá donde la luz de Halamalao no alumbraba. Absorta e inmóvil como una estatua, la pequeña quedó contemplando

la caída. No podía ser verdad. Otro muerto.

Una vez más sería la única aldryani, la única representante del pueblo del Bosque. El cielo se fragmentaba sobre sus cabezas.

Sintió junto a ella la presencia de Cráteros. Lo miró con lágrimas en los ojos.

—Vamos, pequeña. No te pierdas en la tormenta. No debemos alejarnos de la luz de Yelmalio. Rezaremos por su alma cuando todo esto acabe.

Y con una fuerza hercúlea, el hombretón agarró a la exhausta aldryani por la cintura, la sujetó en volandas, y comenzó a ascender tras el fulgor de su adalid, el

brillante Yelmalio. Shen se dejó llevar con indolencia. Otro aldryani había muerto. Su mirada se perdía en el negro infinito que se cerraba a los pies de la montaña.

Miles de rayos y truenos resquebrajaban el cielo sobre sus cabezas.

*»...pero Yelmalio no cejó en su empeño y ascendió sobre las nubes. Sin embargo, nunca hubiera esperado que tan arriba encontraría al diablo Zorak Zoran, el demonio troll del odio.*

Cráteros nunca había sentido que el Infierno se materializara de ese modo.



Los héroes mortales seguían la Luz de Yelmalio montaña arriba, entre glaciares y simas, grietas gigantescas y paredes de roca y hielo. En la cumbre, a la vista de los buscadores, el Palacio de Hielo de Inora reflejaba en sus vidriosos muros los fogonazos de la tormenta.

—¡Estoy deseando encontrarme con el demonio troll! —aseguró Anaxágoras.

—No creo que *deseo* sea la palabra más indicada. —Talos, entre resoplidos, observaba temeroso el macizo de nieve y hielo.

—¡Atención! —clamó el Mariscal silenciándolos—. ¡En formación! ¡Preparados para la llegada del troll!

Usted, maestro Jan Paolo, necesitamos que...

Una enorme sombra eclipsó los destellos que iluminaban el cielo. Por la ladera de la montaña descendía el demonio Zorak Zoran, despechado al igual que Orlanth, por la negativa de Inora. El gigantesco Señor de la Guerra de los uz se abalanzó sobre Yelmalio. El hijo de Yelm pagaría tanto por la negativa de Inora como por los años de luz dañina a los que su padre había sometido al pueblo de los uz.

La sombra que proyectaba la colosal figura del demonio se retorció sin seguir la lógica de la luz, como un ente autónomo, como si quisiera

desprenderse y emprender su propio camino. Aquella sombra estaba viva. Era una mancha de oscuridad palpitante.

Cuando la sombra se emancipó del demonio troll, Los dientes de Cráteros empezaron a castañetear sin control.

—¡Aguantad! —Las palabras del Mariscal no sólo iban dirigidas a sus hombres... sino que las pronunciaba para él mismo, en un intento por evitar que el pánico creciese en su interior.

Como ocurría en cualquier senda mitológica, el buscador sentía las mismas emociones que su dios. Lo que Yelmalio padeciera frente a Zorak Zoran, los buscadores padecerían frente a su sombra. La peor de las pesadillas

inimaginables.

—¡Oh, Yelmalio! Fuente esplendorosa de luz y virtud —Quirísofos rogaba tras la pared de picas que habían levantado los lanceros—. ¡Ilumina nuestro camino! Necesitamos tu luz. No permitas que el terror surgido de las profundidades pueda quebrar el valor de nuestros corazones...

Zorak Zoran hundió su descomunal garra negra en el pecho de Yelmalio y le arrancó el corazón, el cual dotaba a Yelmalio de su poder ígneo, arrebatándole también el dominio y uso de la Runa del Fuego.

*Aquella antigua pelea era la causa de que los trolls fueran los poseedores de la Runa del Fuego.*

El hijo de Yelm aulló con un alarido terrible. La montaña retumbó, y un alud de nieve y hielo se dispuso a arrasar toda la vertiente en la que los colosos luchaban. Zorak Zoran aferró el cuerpo mutilado de Yelmalio para asestarle el golpe de gracia. El rugido del demonio se quebró cuando del interior de la herida del pecho, el rubio Yelmalio dejó escapar el Resplandor de su Alma, la máxima expresión de la Runa de la Luz.

Un brillo puro y deslumbrante cegó al demonio oscuro y le abrasó el rostro

haciendo que soltase a Yelmalio y que cayera por un repecho distinto de la montaña.

Gracias a este hecho los yelmalitas conservaban el poder sobre la Runa de la Luz. Los uz aborrecerían la luz por toda la eternidad.

Los buscadores pudieron sentir que su afinidad con dicha runa se amplificaba.

El alud los sepultó bajo su manto de nieve.

Cuando dejó de girar, envuelto en el torbellino, Cráteros trató de escapar de la tumba blanca que lo había sepultado. Escupió la nieve que llenaba su boca y excavó como un cachorro desamparado, helado y magullado. Tiritaba sin control.

Halló la superficie con las manos en carne viva. Resoplando en busca de aliento. El frío se había vuelto más intenso y ni siquiera el cuerpo tendido e inconsciente de Yelmalio era fuente de calor, el poder sobre el fuego le había sido arrebatado.

El viento soplaba helado, esgrimiendo pequeñas dagas de cristal y hielo.

Cráteros comenzó a escarbar buscando supervivientes.

Una espesa niebla descendía desde lo alto de la montaña.

El Mariscal buscó desesperado bajo el manto blanco, pero sólo encontraba nieve y más nieve. Continuó hasta que sus manos se volvieron azules y dejó de

sentir el dolor de sus dedos. Estaba a punto de desistir cuando uno de los muchachos de la escolta apareció dando tumbos y cayó a su lado.

—¿Dónde están los demás? —preguntó al joven llamado Talos.

El muchacho estaba aterido por el frío. Su larga melena dorada estaba muy revuelta y el flequillo se le pegaba a la frente. Había tragado mucha nieve en el alud. No contestaba. Cráteros lo zarandeó hasta que, por detrás el muchacho, vio aproximarse a la figura de Jan Paolo. El cónsul carraspeaba atusándose la túnica para quitarse la nieve de encima.

—¡Alabado sea el Fulgurante! —



exclamó Cráteros—. Pensé que sólo nosotros dos habíamos sobrevivido. ¿Has visto a los otros?

—Desgraciadamente no. Majestad, debería dejar de excavar antes de que se le caigan los dedos. Tenemos que estar dispuestos para el siguiente pasaje del mito.

Una gélida capa de rocío se había condensado en torno al cuerpo de Yelmalio y de los tres héroes supervivientes. El viento se colaba entre los pliegues de sus mantos.

Desde lo alto de la montaña descendía el esbelto cuerpo de la diosa Inora. Cuando llegó junto a Yelmalio, con

delicadeza, la gélida Señora de la Escarcha le sujetó la cabeza. Con una brillante daga plateada, la bruja se dispuso a rajar el pescuezo del Hijo del Sol.

Los buscadores observaban la escena a sabiendas de que eso jamás ocurriría. Inora nunca llegaría a degollar a Yelmalio con su daga de hielo.

La diosa que había rechazado casarse con Orlanth, Caudillo de las Tormentas, y con Zorak Zoran, Señor uz de la Guerra, se quedó prendada de la belleza del Hijo del Sol. Contempló su rostro de tez delicada y sus cabellos rubios.

El moribundo y agonizante Yelmalio abrió sus ojos azules arrebatando el

corazón de Inora. Entonces ella intentó besarlo...

Cráteros gritó desesperado a Jan Paolo y al todavía aturdido Talos.

—¡Hay que encontrar a los otros! ¡Hay que encontrarlos antes de que los encuentre *El beso de Inora*! Ya sabéis lo que hay que hacer, no os dejéis seducir.

De entre los jirones de niebla aparecieron, gráciles y sensuales, varias ninfas de tez pálida y cabellos albinos. Su piel resplandecía más que la propia nieve. Mirarlas directamente hacía daño a los ojos. Las hadas se aproximaron revoloteando sobre los ventisqueros. Con susurros acaramelados los avatares

níveos de Inora envolvían entre abrazos y carantoñas a los tiritones cuerpos de los buscadores. Eran tan sensuales, tan cariñosas... Y sólo pedían un beso. ¡Sólo querían un beso! ¿Qué había de malo?

—¡No caigáis en la tentación! —Cráteros seguía escarbando procurando ignorar a las ninfas—. ¡Somos templarios de la Cúpula Solar! ¡Lanceros yelmalitas!

—¡Majestad! —alertó el joven Talos—, sobre aquella montaña de nieve revolotean multitud de hadas blancas.

—Vamos hacia allí, quizá ellas encontraron a nuestros compañeros.

*»Yelmalio, desarmado, apenas podía defenderse del cuchillo asesino de la Bruja del Invierno.*

El Hijo del Sol reposaba aún entre los brazos de Inora quien, sensual y provocadora, le acariciaba la melena dorada.

El cadáver azulado del joven Anaximandros abrazaba sin vida a una de las ninfas blancas. Era el más alto de los cuatro lanceros que formaban la escolta del Rey. Su compañero, Talos, se arrodilló junto al cuerpo y golpeó con furia a la ninfa, que se resquebrajó como un témpano de hielo. Su melena se agitaba tan delirante como sus puños.

Cráteros posó una mano sobre el hombro del muchacho.

—Le honraremos como es nuestra costumbre, pero ahora ayúdame a buscar supervivientes.

Tembloroso y amortajado encontraron el cuerpo Quirísofos, envuelto por el gélido abrazo de otra ninfa del hielo. El muchacho de melena clara se acercó al cuerpo tendido de su oficial.

Cráteros halló completamente recubierto de escarcha el cuerpo de Shen. La pequeña elfa estaba completamente congelada. La levantó entre temblores.

—¡Aguanta! ¡Vamos, pequeña! ¡Eres fuerte! ¡Tú eres mucho más fuerte!

—¡Majestad! —gritaba Talos apartándose el pelo de la cara—. Junto al oficial Quirísofos está también el lancero Anaxágoras. No sé si podré reanimarlos a ambos.

El Rey, entre lamentos, no escuchaba a su soldado.

—Shen, aguanta, ¡no puedes abandonarme ahora! ¡Tú eres mi...!

Una lágrima resbaló por la mejilla del Mariscal y fue a caer sobre el rostro de la elfa. La lágrima se hundió derritiendo la fina capa de escarcha e inmediatamente la aldryani hizo un gesto con el mentón. Estaba viva. Cráteros no cabía de gozo. Y sin pensarlo, besó arrebatado aquellos labios. «Qué estoy

haciendo, Yelmalio nunca besó. No debo hacerlo. Un simple beso podría hacernos fracasar».

Pero con ese beso el Mariscal había traspasado su calor y su fuerza a la aldryani. Shen abrió lentamente los ojos. Sorprendida, se encontró al hombre con su rostro pegado al suyo.

—¿Qué haces? —exclamó separando sus labios de los del Mariscal.

—Salvarte de morir congelada, aunque temo haber estropeado este pasaje del mito. Caíste presa de una ninfa del invierno... y te besé.

Inora intentaba besar los labios agónicos



de Yelmalio, pero el dorado dios del Crepúsculo Solar se revolvió para deshacerse del embrujado abrazo. Inora, atónita, rompió a llorar ocultando su rostro lacrimoso entre las manos. Se alejó de quien la había despreciado y corrió hacia la cumbre de la montaña.

Una lágrima de la diosa creó en ese preciso instante la primera gota de rocío que desde entonces aparecería cada mañana humedeciendo los campos. El joven Yelmalio había rechazado la tentación, impulsado por el último estertor de sus fuerzas. Gateando ensangrentado, derrotado y desgarrado inició el descenso de la montaña.

Junto a Cráteros y a Shen apareció el

otro muchacho de su escolta, Anaxágoras, de corta estatura y anchas espaldas. No podía dejar de temblar. El castañeteo de sus muelas chocando era incontrolable.

—Majestad, sus manos...

Cráteros vio que tenía los dedos de un tono azulado. Apenas los sentía. «Es mi penitencia. Quizá deba perderlos por haber estropeado esta estación del mito. No he sido fiel a la castidad de Yelmalio».

—Debemos seguir —respondió simplemente quitándole importancia—, esto es sólo un rasguño, se me pasará. Yelmalio está a punto de encontrar a Aldrya.

—Pero están congelados. —Shen sostuvo las manos del Mariscal entre las suyas y exhaló sobre ellas el vaho de su boca. El tacto de la aldryani estaba helado, pero su aliento no. El resuello tibio reconfortó los entumecidos dedos del Mariscal. Las manos lo agradecieron, pero por dentro se sentía igual de mal. En el pecho notaba que los pulmones se constreñían y, bajo ellos, las costillas repicaban junto a sus tripas.

—¿Dónde está Jan Paolo? —preguntó Cráteros oteando a su alrededor.

El falso cónsul del Imperio Lunar se atusaba las vestiduras sobre un ventisquero de nieve, junto al que se arrastraba el moribundo Yelmalio.

—¡Estoy aquí, esperando! ¡Vamos!  
¡Vuestro dios dorado se dispone a  
descender la montaña!

*»Aun despedazado, el virtuoso Yelmalio tuvo la entereza, el valor y la casta de rechazar a la malvada Inora dentro de su propio reino. Una victoria moral que alejó el invierno de aquellos parajes. Sin embargo, a los pies de la montaña, el mundo moría presa del Caos que las fuerzas de la oscuridad habían liberado con el atroz asesinato de Yelm. El Caos corría libre y voraz, engullendo la escasa vida que aún quedaba sobre la faz del mundo...*

Los buscadores siguieron al rendido Yelmalio montaña abajo. Un dios que, a pesar de estar vencido y al borde de la muerte, se había mantenido íntegro en sus votos. Esta templanza había provocado que la malvada Inora abandonase aquellas tierras dando paso a la primavera. A partir de entonces, la primavera sucedería al invierno. Yelmalio había fracasado en su intento de matar a la Bruja de Hielo, pero gracias a su castidad, nunca antes una derrota había supuesto una victoria tan importante. Yelmalio traía una nueva esperanza, un nuevo brote de vida surgida desde el interior del corazón.

Cráteros, sin embargo, sentía que había fallado al besar a Shen.

Arrastrándose, mortificado por innumerables heridas, Yelmalio consiguió llegar seminconsciente a las faldas de la montaña. El palacio de la cumbre no era ya más que un lejano recuerdo recubierto de escarcha. Una tibia esperanza había resurgido con la marcha de Inora. No obstante, allí abajo, el mundo estaba siendo mutilado por el Caos. El Caos, como era su costumbre, acudía presto al olor de la sangre de los moribundos.

Yelmalio sacó fuerzas de donde ya nada podía quedar y se irguió desafiante. Había perdido sus armas, su fulgor, su fuerza, su corazón..., pero aun así, permanecía retador frente al Caos. El monstruo carroñero comenzó a rondar en

círculos a su presa. El Caos era una masa amorfa de lógamo glutinoso compuesto por cientos de millones de gusanos, larvas y lombrices devoradoras; era un torrente contenido a punto de desbordarse.

Los héroes se agolparon junto al talón izquierdo de su dios.

—¡En formación! —ordenó Cráteros a los pies de Yelmalio—. ¡Muro de contención! ¡Ya sabéis lo que nos toca! ¡Levantad las picas! ¡Ar!

Los dos muchachos yelmalitas supervivientes se cerraron, tan veloces como la densa atmósfera permitía, junto al Rey y al entumecido Quirísofos. Cerraron los escudos dejando asomar

solamente las puntas de sus picas. Para guardar su retaguardia, confiaban que el talón de su dios fuese suficiente protección. Shen se apostó junto al Mariscal. Tensó su arco con rapidez y sacó una flecha de su carcaj a la que silbó una melodía mientras la acariciaba. El nauseabundo nimbo de gusanos se fue cerrando constreñido en torno a sus víctimas.

Desde detrás del pequeño muro yelmalita apareció la figura de Jan Paolo avanzando decidido hacia el engendro.

—¿Pero qué hace? —gritó Cráteros desde la cobertura de su escudo—. ¡Vuelva aquí, Jan Paolo! ¡Eso no es un



simple broo con cabeza de cabra!

El Mariscal hizo un ademán por abandonar la formación y salir tras el cónsul.

—¡Majestad! —Quirísofos lo sujetó del brazo—. ¡Debemos mantener la pared compacta! ¡Sin fisuras! ¡Debemos hacer una pared de luz, como Yelmalio!

—¡Vuelva aquí, Jan Paolo! ¡Es una orden! —chilló Cráteros acoplando de nuevo la égida de su escudo a la de Talos, a quien debía proteger la pierna derecha. Ambos temblaban.

—Majestad, ¿cómo es posible que con una pared de luz podamos detenerlo?

—Si mantenemos la fe, Yelmalio nos

mostrará el modo.

Jan Paolo llegó hasta la abominación caótica. Frente a él, el conjunto de larvas, cieno e inmundicias palpitaba arrítmicamente como si se tratara de un corazón arrancado del pecho. Era un único ser vivo, con una sola conciencia y no cientos de miles de bichos repugnantes. Se movían a la par, como un banco de peces en mar abierto, formando figuras, contornos y siluetas que rápidamente se deshacían y volvían a agruparse con formas diferentes. Jan Paolo se quedó a un paso. Justo delante de su cara, el muro de limo adoptó la forma de su propio rostro. ¡Los bichos habían formado una ponzoñosa imitación de Jan Paolo! Centenares de larvas

mugrientas se estremecían provocando atroces muecas y gestos terroríficos en el reflejo infecto del cónsul.

El diplomático lunar apenas se inmutó; parecía absorto en sus murmullos.

—Debe haber alguna cosa que podamos hacer para ayudarle —se lamentó Cráteros desde detrás de su escudo.

—Ya lo sabe —Talos levantó su pica hasta apuntar a su dios—. Yelmalio usó la Runa de la Luz para repeler al Caos. Debemos hacer lo mismo...

El lancero yelmalita no pudo terminar sus palabras. Una fuerte luz blanca lo deslumbró. Un brillo iluminó el cielo sobre su cabeza.

Yelmalio, desnudo y desarmado, se había abalanzado sobre las miles de bocas del amorfo engendro caótico. El Hijo del Sol, en un último arrebatado desesperado, lo golpeaba con sus puños desnudos. Una deslumbrante luz blanca envolvía sus puños. Tan tremendo fue el ataque que el cenagoso enemigo se descompuso. Millones de gusanos, viscoso limo, negro sedimento... La criatura se desmoronaba, licuada en millones de gotas negras, saltarinas y alocadas. El colosal Yelmalio despiazaba a su enemigo con sus puños relucientes.

La inmensa marea de podredumbre, dolor y hambre se precipitaba sobre los buscadores, desbordada e imparable,

como un río de aguas rápidas, una catarata, una esclusa abierta sin previo aviso. Cientos de garras surgidas del lodo y miles de lombrices formando decenas de bocas y prestas a devorar sus carnes.

—¡Que Yelmalio nos ampare! — exclamó el joven Anaxágoras encomendándose a su dios. Temblaba, y esta vez no era por la escarcha de Inora.

—¡Es su luz la que nos tiene que amparar! —clamó Quirísofos.

En ese momento, los yelmalitas unieron sus voces en la sonora plegaria que debía ser utilizada para invocar la Luz de Yelmalio. Antes de que el lodazal de inmundicia caótica los cubriera, los

yelmalitas declamaron en lengua vernácula la «*Fos Tijus*» o «Pared de Luz».

*Siempre reluciente, brillo de mi alma.*

*Ahora más que nunca expulsa a la  
Maldad.*

*¡Que la Oscuridad no apague nuestras  
vidas con su sombra!*

*¡Que el cielo se ilumine con el  
resplandor de tu claridad!*

En el preciso instante en que sus cuerpos iban a ser devorados por la maraña caótica, de sus escudos emanó un refulgente esplendor dorado que formó

una barrera. Cráteros sintió que algo no funcionaba, su escudo no estaba contribuyendo. Apenas se iluminaba. ¿Quizá el beso que le había dado a Shen lo había condenado? Era incapaz de invocar una pared de luz. Sus dedos seguían helados, ateridos, por el frío de las ninfas de Inora. «Maldición, nos he condenado a todos». Quirísofos y los dos chicos que guardaban los flancos habían despertado el poder de la Runa de la Luz y cubrían con la luz de sus escudos el cuerpo del Rey y el de la aterrada elfa que temblaba a su espalda. «Yelmalio, mantenlos fuertes». La Runa relumbraba pletórica. Potenciada por la proximidad de Yelmalio. Su brillo los aislaba, repeliendo la tromba caótica.

Alrededor de los broqueles, que no parecían de bronce sino de oro, una pequeña isla sobrevivía al torrente maligno. Fuera de su luz, el fluido mezquino lo arrasaba todo.

Cuando el torrente negro pasó sin siquiera tocarlos, protegidos por el *Fos Tijus*, los buscadores supervivientes gritaron de alegría.

—¡Brillante sea Yelmalio! ¡Lo hemos logrado! —Cráteros levantó la lanza.

—¡Estamos vivos! —Shen reía a carcajadas.

—¿Dónde está Anaximandro? —Talos les hizo enmudecer.

—Su alma ha vuelto a la luz —



Quirísofos miraba perplejo la runa dibujada en su escudo. Respiraba ruidosamente y su torso se agitaba como un fuelle.

—¿Y su cuerpo también? ¿Se ha convertido en luz? ¿Ha desaparecido?

—Debemos estar orgullosos. Sin él, nunca hubiésemos podido levantar el muro.

—A veces, cuando los dioses así lo requieren, se llevan el alma de los fieles más entregados —intervino Shen con voz trémula.

Anaxágoras no había aguantado la invocación. Había sido absorbido por la propia luminosidad. Su cuerpo se desvaneció relampagueante, convertido

en luz. Su espíritu era ahora parte de la Runa. Ni siquiera se podía decir que muriera, simplemente que fue absorbido por la Runa de la Luz.

—¿Y Jan Paolo? —se preguntó de pronto Cráteros—. El insensato ha sido arrastrado.

—Estoy aquí, señor —respondió la voz del falso cónsul, quien aparecía de entre los restos del torrente malvado sin rasguños ni señales. Ni siquiera estaba manchado—. Debemos apresurarnos si no queremos que nadie llore por nosotros. Vuestro dios se ha puesto en movimiento y se aleja. ¡Rápido, no hay tiempo que perder!

—Pero, ¿cómo lo ha hecho? —musitó

Shen para sí, de modo casi imperceptible.

—Aprendo muy rápido, Hoja de Remolacha —Jan Paolo ni siquiera la miró mientras se atusaba las mangas negras de su zamarra de cuero. ¿Cómo la había oído?

Lo que los buscadores no habían visto, parapetados por la protección de sus broqueles y deslumbrados por el milagro de luz, era que Jan Paolo había obrado el mismo milagro que los yelmalitas. El falso cónsul lunar sabía que al recrear el mito de Yelmalio, y sentir sus mismos miedos y aflicciones, también se beneficiaban de sus mismas

runas y sus mismos poderes. Sólo había una manera de superar esa estación del mito.

Jan Paolo sabía, tal y como Jenofonte les había explicado, que Yelmalio evitó caer devorado frente al Caos gracias a la luz que emanó de su interior, envolviendo sus puños con un halo radiante de poder. Aquélla era la clave: la Luz de Yelmalio. El cónsul lunar sabía que al formar parte del mito, al representar la búsqueda de Yelmalio, él también podría invocar los poderes del Hijo del Sol.

El Caos era la última dificultad antes de culminar triunfante los pasajes del mito. «Es la hora de continuar en solitario».

El falso cónsul se había separado del resto de buscadores para ser el único beneficiado por sus propios rezos y plegarias. A continuación, orando como un auténtico yelmalita, rogó para que la luz deslumbrara y ahuyentara al Caos imitando la conducta de Yelmalio. El cónsul formuló oraciones y pidió que la Runa de la Luz lo salvaguardara. Si él representaba a Yelmalio, él tenía poder sobre sus runas. Sabía lo que tenía que hacer para aprehender ese poder; lo había leído en los grimorios escritos por los Aprendices de Dios. ¡Fue muy fácil utilizar la Runa de la Luz! ¡Se quedaría con su poder para siempre! Su cuerpo se iluminó tanto como el escudo de Quirísofos o los puños de Yelmalio. El

brillo fue tan radiante que cuando la ola de maldad caótica lo cubrió, ni una sola de las garras babeantes, de los millones de gusanos hambrientos o de los millones de colmillos afilados, le rozaron. Jan Paolo sintió gran decepción cuando al levantar la vista contempló que Cráteros, Quirísofos y la mortaja de la elfita habían sobrevivido. Tendría que posponer el momento de deshacerse de ellos.

Los buscadores siguieron el paso vacilante y débil de Yelmalio, quien avanzaba zigzagueante, a trompicones, dejando un abundante rastro de sangre a su paso. Agotado. A punto de

desplomarse con cada traspie.

*»Y fue la propia Aldrya, Señora de la Naturaleza, personificada en la figura del Gran Rey Élfico, quien salvó la vida de nuestro patrón, Yelmalio el Refulgente, mediante La Ayuda que se Recibe, el segundo de los Soles, uniendo así a dos pueblos para siempre. Desde entonces, aldryami y yelmalitas...*

Los héroes siguieron a Yelmalio hasta que el gigante rubio cayó en la linde de un esquelético bosque que había sido esquilado de toda vida por el paso del Caos.

Sin embargo, el mundo no era el mismo. La diosa Inora había dejado aquellos lares permitiendo que la primavera apareciese. Había abandonado despechada las nieves que poco a poco iban derritiéndose. El gélido frío había sido sustituido por una leve brisa fresca. Aún sin su calor, arrancado con su corazón, las manos de Yelmalio seguían iluminadas por aquel destello de esperanza que había hecho desmoronarse al Caos. Ese fulgor sería suficiente para atraer la atención de la única criatura que había sobrevivido a la muerte de los bosques. El hijo de Yelm se quedó tendido tan pronto como sintió el arropo de los primeros árboles. Los héroes humanos no sabían distinguir



si aquel ente translucido que se personificaba ante Yelmalio era el avatar gigante de una ninfa o de un elfo, de un aldryani o de otro ser del bosque; sólo sabían que aquella gigantesca aparición era poseedora de un inconmensurable poder.

Para Shen todo era distinto. Ella era consciente de todo. Empapó de lágrimas su rostro. Estaba presenciando semejante milagro. Aquel ser aparecido no era ni ninfa ni aldryani, sino la propia Aldrya, personificada en la figura del Gran Rey Élfico, quien se apresuraba a rescatar de la muerte al caído Halamalao. Era la última esperanza de rescatar sus cenizas, de rescatar la luz y el calor para el Bosque. Shen palideció

enmudecida al ver con sus plateados ojos, carentes de pupilas, la imagen personificada de Aldrya. La pequeña mrelí cayó arrodillada. El milagro estaba a punto de obrarse, Aldrya salvaría al moribundo Halamalao y le otorgaría *La Ayuda que se recibe*, el segundo de los Tres Soles.

¿Cómo se harían con semejante poder?

—Brillante luz del ocaso —balbuceó Cráteros.

—Arrodillaos —Shen habló con un tono desconocido en ella—, no veis que estáis en presencia de la Madre de la Vida. Contemplad con vuestros ojos a la Señora de los Bosques, quien engendró el Milagro del Nuevo Brote y salvó el

Calor de Halamalao replantando nuevas esperanzas.

Los buscadores sintieron temblar el suelo bajo sus pies.

La tierra latía, bombeaba, con fuertes sacudidas bajo la superficie. Estaba furiosa, como si millaradas de gnomos (los espíritus elementales que conforman la tierra) estuvieran escarbando alocadamente las venas necesarias para irrigar de vida el subsuelo. Miles de surcos cruzaban bajo sus pies. Las raíces de todos los árboles del mundo confluían en aquel punto, removían la tierra y agitaban la superficie como las lombrices tras las tormentas. Desde el interior de la tierra surgía una maraña de

raíces en el lugar donde había caído el cuerpo del gigante Halamalao y había aparecido la imagen de Aldrya. Los buscadores observaban con sus propios ojos el milagro que tantas veces habían escuchado contar a los sacerdotes.

Yelmalio no reaccionaba a pesar de que la tierra bajo su cuerpo temblaba convulsa.

Los héroes de Edesia se sujetaban a las gigantescas ramas y troncos de los árboles muertos para no caer por las convulsiones. Una enorme raíz dorada surgió del suelo y, con ella, el mundo pareció liberarse de temblores. La tierra descansó. El tallo creció, verdeó y le brotaron, en sus ya frondosas ramas,

varios frutos dorados. La translúcida imagen de Aldrya recogió el más grande de los frutos: la ambrosía. Espléndido, redondeado y hermoso.

El milagro estaba a punto de suceder.

El jugo del fruto de la ambrosía, ya maduro en ese instante, cayó sobre los labios del maltrecho Yelmalio. Éste lo agarró a pesar de su agonía; lo agarró como quien se sujeta a su última posibilidad de sobrevivir. Como un bebé mama del pezón de su madre. Yelmalio mordió la pulposa carne del fruto dorado. La Ambrosía de Aldrya. Lo estrujó entre sus labios, sorbió todo su jugo y masticó la pulpa con ansia.

Una brillantísima luz turquesa iluminó el

cielo. El haz procedía del joven dios de cabellos dorados. La luz manaba por igual del interior de su boca y de la pulpa masticada y rebosante de doradas semillas.

Los buscadores contemplaban un hecho que sería historia. La leyenda concluía así y, en unos instantes, los héroes volverían a su realidad. Sus consciencias, o sus almas, volverían a poseer sus cuerpos de carne y hueso, abandonados en el santuario de Edesia, donde permanecían en trance repitiendo una y otra vez el mismo mantra.

*Éste era el fenómeno por el cual los fieles de Yelmalio aprendían magia*

*curativa y reponedora, concedida por Aldrya. De su mano, a cambio, los fogosos lanceros defenderían para toda la posteridad los reinos vegetales de la diosa.*

Cráteros se agachó a recoger una de las numerosas florecillas que por momentos crecían en lo que se había transformado en un bello jardín. El Mariscal eligió un capullo de color rosa y enormes pétalos. Shen se agachó junta a él.

—No debemos arrancar nada del Jardín de Aldrya.

—Sólo quería una flor —se disculpó dejando el capullo en el suelo y mirándola con ternura—, para

entregársela a otra.

De pronto, Jan Paolo corrió hasta alcanzar el tallo surgido del subsuelo. Un poco más arriba crecían cientos de los frutos dorados. Con agilidad se encaramó al tronco. «Es mi turno». De un brinco ascendió hasta sujetarse de las hojas inferiores. Shen exhaló un gemido suponiendo las intenciones del malvado humano.

—¿Pero qué demonios crees que haces? ¡Baja de la planta sagrada! ¡No tienes derecho a tocarla!

Jan Paolo ni siquiera miró a la elfa. Toda su atención estaba puesta en los dorados frutos relucientes que tenía delante. No quedaba tiempo, Yelmalio



estaba a punto de engullir por completo el fruto de Aldrya. Después, ya no tendría otra oportunidad. Cráteros y Quirísofos corrieron hasta el tallo de la planta sagrada.

—Maese consejero, no debe tocar nada. ¡Ya tenemos el segundo de los soles! ¡No son los frutos de ambrosía! ¡Es la alianza con Aldrya! ¿No lo entiende? Shen es la muestra de nuestra alianza. No debemos llevarnos las ambrosías; son necesarias para que el mundo reviva. Yelmalio llevó su amistad con los aldryani, no sus frutos, para que Arachne Solara tejiera el Pacto Divino.

—Voy a recoger lo que crea conveniente

—Jan Paolo se sacó uno de sus guantes

de cuero y lo tiró al suelo—. Ya perdiste el primero de los Soles. No permitiré que ocurra lo mismo con el segundo.

—No perdimos nada. Yun–Xu es nuestra alianza con los dragones. Fui muy estúpido al no darme cuenta de que Shen lo era con los elfos.

—¡No entiendes nada! —Shen chillaba desesperada—. La fruta de la ambrosía no es *La Ayuda que se recibe*.

—Pamplinas —contestó el cónsul deslumbrado por el fulgor que manaba de la boca de Yelmalio. El mito concluía. Estaban a punto de volver a Edesia.

—La amistad de los aldryami es el

segundo de los Soles. ¡Ella es el segundo Sol! —Cráteros señalaba a Shen.

—No digas sandeces, ella es sólo una planta que habla —Jan Paolo reptaba por una rama hacia el fruto que se encontraba más cerca—. Voy a recoger el néctar de la vida eterna.

—No puedes arrancarlo —Shen lloriqueaba histérica—. Es el semillero del que se alimentará la tierra tras la Gran Oscuridad.

—¡Voy a subir por él! —Quirísofos desenvainó su espada.

Jan Paolo tenía uno de los frutos dorados a su alcance y, sin embargo, dirigió su mano bajo la túnica. Palpó la

raíz succionadora que había arrebatado al gobernador kralorí de la isla, aquel tacto le reconforta, y miró a Quirísofos. «Acércate si te atreves, mequetrefe».

—¡Jan Paolo, le ordeno que baje inmediatamente! —La voz de Cráteros resonó tan imponente que hizo dudar al falso cónsul. Miró hacia abajo y vio que Cráteros tenía su jabalina de punta negra presta a ser lanzada. A su lado, el joven Talos también estaba preparado para arrojar su arma. Entre ambos, Shen había tensado su arco y le apuntaba con los ojos llorosos y respirando congestionada. Jan Paolo, dubitativo, miró al fruto que tenía frente a él, después volvió a mirar hacia abajo donde los buscadores enarbolaban sus

armas amenazantes. El cónsul lunar tragó saliva y miró de nuevo al fruto, lo alcanzaría con estirar la mano. Volvió a mirar abajo una vez más.

Mascullando entre dientes reuló hacia atrás.

—De acuerdo —dijo sin perder su expresión altiva—, pero creo que os equivocáis dejando aquí manjares tan apetitosos...

Jan Paolo no pudo terminar su frase. El resplandor que emanaba de Yelmalio era tan cegador que los buscadores tuvieron que taparse el rostro con las manos y cerrar los ojos para no quedarse ciegos.

Cuando volvieron a abrirlos ya no se encontraban en el vergel de Aldrya. Ahora, a su alrededor, todo parecía más pequeño, más oscuro, más normal..., menos mágico. Habían vuelto a la realidad del santuario de Edesia. Podían respirar sin la dificultad de soportar la opresiva y pesada atmósfera divina. El aire no pesaba. Jenofonte fue el primero en recibirlos entre el clamor de todos los fieles congregados:

—¡Lo habéis conseguido! —La sonrisa del sacerdote le cubría toda la cara—. Cráteros, tu padre se sentirá orgulloso viéndote desde Los Salones de la Verdad.

—¿Dónde está *La Ayuda que se recibe*?

—preguntó Aristarcos con gesto ceñudo.  
Cráteros y Shen se miraron el uno al otro.

*Lo que los buscadores no sabían era que esa misma sensación de ahogo, de presión, y de acuosidad del aire que habían experimentado al penetrar en el plano de los dioses, se estaba trasladando al plano de los mortales. Cada vez eran más los lugares en los que los pastos no crecían, sino que eran aplastados por la pesadez de la atmósfera. Los árboles se encorvaban. En algunas regiones del lejano continente el aire se volvía sólido. Gelatinoso. En algunos lugares hacía*

*semanas que nadie podía caminar ya erguido, como si una voluntad suprema les obligara a doblegarse ante su presencia. El mundo estaba cambiando. El Caos traía los cambios.*



## Capítulo VII. «Descenso a los infiernos I»

*De cómo el final se vuelve principio y lo pequeño se hace grande.*

*La cabeza de Ukranio era un hervidero de dudas y contradicciones.*

La Laguna Negra era un modo de llegar al inframundo mucho más rápido que recrear la búsqueda del Ratonero. Pero sus profundas convicciones, su arraigado sentido del honor y la Runa de la Verdad grabada en su piel, le hicieron desechar el camino rápido a través del portal que se hallaba en el Pantano

Elevado. Ukranio eligió volver a la aldea con la intención de recrear el mito de Yinkin Ratonero, como había prometido.

De regreso a las tierras del clan Trescuervos un hecho asombroso lo sorprendió.

Desde aquel punto del Pantano Elevado el camino más rápido para llegar a la aldea era remontando el Arroyo. Sin embargo, cuando los orlanthis llegaron a la desembocadura del río en el pantano, frente a ellos sólo se hallaba un cauce seco. Algo desastroso debía haber ocurrido río arriba, sin duda; de otro modo, Heler, el leal amigo de Orlanth, Señor de las Aguas, no habría permitido

que el Arroyo se secara. Ni una gota de agua. Ni un solo pez había sobrevivido.

Los orlanthis ascendieron caminando por el cauce seco.

Ukranio no dijo una sola palabra durante el resto del trayecto.

El mundo estaba cambiando. El Caos provocaba los cambios.

El Lince se reunió con los tañes del clan nada más llegar. En la aldea ya se habían hecho eco de lo sucedido inexplicablemente con las aguas del Arroyo. Las cosechas iban a sufrir más de lo previsto si no se ponía remedio. La ceremonia para librarlas de las

plagas se celebraría en dos días.

Algunas familias habían abandonado la aldea. Los terremotos eran más frecuentes desde lo ocurrido en el festival de las cometas. La gente se marchaba buscando la protección de Murallas Blancas.

Lo primero que Ukranio pidió para realizar el ritual fue un gran hórreo de madera sobre un cadalso. Los leñadores del clan se pusieron a trabajar. Tenían mucho trabajo que hacer.

Roy marchó al centro de la aldea. Quería volver a ver a Dorna, la sobrina de Ukranio.

La pelirroja esquilaba la lana de las ovejas, distraída en su quehacer,

silbando una bonita melodía sin percatarse que el Albino se dirigía hacia ella. Roy se quedó sorprendido al encontrarlo allí. Pensaba que el muchacho de pelo blanco habría ido a ocultarse en el bosque; sabía que no le gustaban los poblados. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué observaba a Dorna de esa manera? Roy se sintió incómodo, observando al chico de pelo blanco que caminaba decidido hacia la pelirroja. En la mano derecha, el Albino portaba dos flores rojas. En sus pálidas manos el rojo resaltaba aún más. El Albino ofreció las flores a Dorna. Una enorme sonrisa llevaba en sus labios. La muchacha se colocó una de las flores rojas sobre el cabello. Le devolvió la

otra. ¡Le cogió la mano! Roy se quedó petrificado. La chica sonrió le dijo algo y Anxo se alejó sujetando con ternura su flor roja.

«Quiero que esta otra flor la guardes tú. Te dará fuerza en la búsqueda que tienes por delante».

Roy desapareció del lugar sin dirigirse a ninguno de los dos.

Fue directo a ver a su tío. Éste se encontraba recogiendo berzas en la parte trasera de la granja. Roy llegó corriendo a su lado. Pero su tío se mostró molesto, y no le hizo caso. Fingía prestar más atención a los destrozos que los roedores habían ocasionado en el huerto. Tío Athor hizo que su sobrino se

sintiera culpable por dejarlo solo con la cosecha. El muchacho lloró en la soledad de su habitación.

Roy ni siquiera miró a Anxo. Y menos aún le dirigió una palabra. El Albino no entendía por qué había tanta hostilidad en la mirada del granjero.

—Espero que hayáis descansado. —Ukranio había citado a los muchachos cuando el sol, Elmal para los orlantis, empezara a decaer—. Vamos de caza.

—¿De caza? ¿Pero a dónde? —Roy no podía disimular su gesto de enfado.

—Quitaos la ropa y lavaos en el

río; salimos enseguida.

Los muchachos obedecieron sin rechistar. Las aguas del riachuelo estaban gélidas. El Lince se quitó la armadura. Como los chicos, se metió desnudo en el río. Los muchachos se quedaron mudos al contemplar el cuerpo del guerrero, sembrado de cicatrices y tatuajes por igual. Un torso grueso, como los troncos blancos de las hayas que los rodeaban, y por completo dibujado y horadado por numerosas marcas de guerra.

—Poneos esto — El Lince les tendió dos escuetos taparrabos.

—¿Qué vamos a hacer? —Anxo sabía que a Roy le pasaba algo; había llorado.



—Vamos a cazar, y así hemos de hacerlo, como cazadores.

—¿Y qué cazaremos?

—Vamos a cazar un guardián que nos guíe en la búsqueda del Ratonero. Roy, dejarás aquí tu espada. He traído tres lanzas, una para cada uno. La espada es un arma innoble para la caza. La lanza es el arma sagrada del cazador.

El muchacho asintió con la cabeza pero sus ojos mantuvieron la misma ira.

Allí dejaron tanto las armas como las ropas. Vestidos sólo con el taparrabos, los dos muchachos siguieron al Lince a través del bosque de hayas.

Siguieron el curso del riachuelo por un sendero angosto, entre matorrales de espinas puntiagudas. Hayas blancas y esbeltas, enneas y helechos frondosos. Los muchachos seguían en silencio a su guía. Roy apretaba los labios y fruncía el ceño. Anxo se preguntaba por qué. Se podía oír cómo el agua caía por una cascada próxima. Ukranio se adelantó. Volvió por ellos y ordenó silencio absoluto.

Tras unos arbustos el riachuelo se precipitaba una docena de metros. A sus pies se formaba un estanque de aguas esmeraldas. Los cazadores se asomaron con cautela.

Había            cinco            figuras            felinas

refrescándose y bebiendo en la orilla del estanque. De piel parda, ligeramente rojiza, mirada profunda y unas grandes orejas acabadas en picos de color azabache. También era negro el mechón final de pelo que exhibían en la punta de sus cortos rabos. ¡Eran cinco lince animales! No todos los lince se habían extinguido en las tierras del clan. Aún quedaban algunos vivos tras la matanza de 1613. Los cinco felinos bebían plácidamente. Eran animales fuera de lo común, la personificación de alguna esencia o una representación celestial. Roy se le olvidó su enfado contemplando estupefacto a los animales.

Ukranio había llegado hasta allí sin

vacilar.

—Esperad aquí —susurró.

Los lincees se agitaron alarmados. Levantaron sus hocicos del agua y dirigieron la mirada a los arbustos donde se escondían los orlanthis. Los felinos adoptaron una postura de alerta, un semblante tenso, expectante. Ukranio salió por entre los matorrales. Sus pisadas no hacían ruido ni dejaban huella. El hombre se acercó hasta quedarse a pocos pasos. Se detuvo y depositó su lanza en el suelo. Los cinco lincees lo rodearon caminando con elegancia, husmeando el aire... y se dejaron acariciar. El hombre tatuado se arrodilló y los felinos comenzaron a

ronronear a su alrededor. Así permanecieron varios minutos. Roy y Anxo miraban asombrados.

Finalmente cuatro de ellos se alejaron saltando entre las eneas. Tan solo hizo falta un leve pestañeo, una sombra oscurecida, o el paso tras el tronco de un haya para que los felinos desaparecieran. ¡En un abrir y cerrar de ojos ya no quedaba ninguno!

Ukranio se quedó acariciando la piel moteada del quinto.

—Acercaos —Ukranio levantó la voz.

El lince animal contemplaba con una mirada pícara a los dos muchachos que aparecieron de entre los matorrales. El felino era más grande que un gato

normal y tenía la piel moteada. Pero lo más característico de su ser eran los largos penachos que rodeaban su mejilla dándole un porte sabio y distinguido.

—Os presento a Ashra. —  
Ukranio acariciaba el lomo del lince mientras éste se lamía las pezuñas—. Será nuestro guardián.

—¿Nuestro guardián? —Roy había recuperado su mirada curiosa—. No lo entiendo.

—Todas las búsquedas mitológicas necesitan un guardián. Él será el wyter de nuestro grupo en la búsqueda del Ratonero. Es un auténtico lince, no un simple gato montés. Es un animal sagrado para nuestro pueblo.

Tres fueron los cuervos que guiaron a Yinkin a través de los infiernos. Nosotros seremos los cuervos y él será Yinkin.

—¿Cómo representará a Yinkin?

—Los hombres Lince siempre tuvimos un lince animal como guía totémico y guardián de nuestros pasos.

—Pero nosotros no somos Linces, tú eres el último. ¿Para qué nos has traído?

—Te equivocas, yo ya no soy el último de los Linces. Ahora, tanto Ashra como yo os hemos aceptado en nuestra manada. Vosotros seréis los nuevos Linces.

—Vosotros seréis los nuevos Linces —repitió Anxo como si fuera el eco.

El amanecer fue un bello momento. Los tres cazadores volviendo a la aldea al paso que marcaba Ashra. El lince abría la comitiva. Era un animal realmente orgulloso. Roy estaba pletórico, su enfado había quedado aparcado. Cuando se adentraron entre las primeras granjas, los agricultores, hortelanos, ganaderos y porquerizos salieron a contemplar, entre murmullos, al magnífico animal. Elnor el Firme, el antiguo nombre de Ukranio, había vuelto, y con él, uno de los linces totémicos. La admiración de las gentes para con el felino era absoluta. Un lince



había regresado a las tierras del clan Trescuervos y aquello era el mejor augurio para la ceremonia de Yinkin Ratonero.

Ashra sabía de la devoción que despertaba en la gente y esto hacía que caminase aún más altivo.

Lo que quedaba de día, y todo el siguiente, fue empleado en preparar la ceremonia. El hórreo de madera construido para la ocasión había sido tallado con cenefas repletas de runas orlanthis. El lugar se bendijo con agua traída desde una acequia secreta, en el nacimiento del riachuelo que cruzaba las tierras del clan. De la techumbre de madera se colgó, entre ajos y patas de

conejo, la mayor de las reliquias que el clan conservaba: un mechón de pelo del propio Yinkin. Era un mechón parduzco, supuestamente del lomo del primero de los lince. La reliquia había pertenecido al clan durante siglos.

Esa misma tarde los muchachos escucharon el mito que se disponían a representar en palabras de un *skald*, que así era como se conocían a los bardos orlanthis.

—Esrola pidió ayuda a Orlanth para averiguar quién era el ladrón que robaba el grano de su silo. Orlanth se escondió en el granero toda la noche sin ver nada, pero a la mañana siguiente habían vuelto a robarlo. Se habían llevado el grano

delante de sus narices, y él, Rey de Reyes, no había sido capaz de atrapar al ladrón. Pidió consejo al más sabio de entre los dioses, Lhankor Mhy, pero ni éste sabía quién era el ladrón que no dejaba rastro alguno. Sin embargo, el sabio aconsejó a Orlanth que pusiera a vigilar a su hermano Humakt, el más fiero de los luchadores de la tribu. Así lo hizo Orlanth y Humakt pasó la noche en el silo de Esrola, con su espada *Hu* en la mano. Pero, a la mañana siguiente, el ladrón había vuelto a llevarse todo el grano sin que lo descubrieran. Pidieron entonces ayuda a Odayla, el Cazador. Tampoco éste pudo hallar rastros del ladrón. No obstante, Odayla recordó a Orlanth que su medio hermano, Yinkin,

nacido de su misma madre, poseía unos sentidos mucho más agudos y era capaz de moverse en la oscuridad con mucha más soltura. Orlanth pidió ayuda a Yinkin, el ancestro de todos los lince, y éste se encaminó al silo de Esrola. Yinkin se escondió en la oscuridad y al anochecer escuchó un sonido proveniente del subsuelo. Decenas de roedores entraban en el silo y se apoderaban del grano. A la cabeza de todos iba el pérfido Velet Bolder, el cabecilla de los roedores. Yinkin saltó desde su escondite y comenzó a cazar ratones. Velet Bolder huyó junto a muchos de los suyos por los agujeros que habían excavado, descendiendo primero al Inframundo y después al

Averno. Yinkin los persiguió acompañado de tres cuervos enviados por su hermano Orlanth. Pasaron mil calamidades. Llegaron a la guarida de los roedores y acabaron con todos. Algunos dicen que los cuervos no fueron enviados por Orlanth, sino por Humakt, y otros dicen que fueron enviados por Eurmal. Quizás cada una de las aves fuera enviada por un dios diferente. Lo que es cierto, es que desde entonces Orlanth acoge a Yinkin en su casa mientras el padre de los lince la guarda de las ratas.

—Yo soy el cuervo enviado por Humakt. —Ukranio esperó a que el público aplaudiera al bardo por su relato—. Roy es el enviado por Orlanth.

Y el chico albino, sin duda, es enviado por Eurmal. Su piel es la broma que así lo demuestra.

Roy escuchaba estas palabras, pero su cabeza estaba en busca del motivo por el que su tío se había mostrado tan ofendido con él. Sin contar con que Dorna parecía que prestaba más atención al Apestado Blanco...

Al atardecer del día siguiente se inició la procesión previa a la ceremonia. Comenzaba en el hórreo y concluía, tras recorrer los alrededores de la aldea, en el mismo lugar. Todo el mundo quería contemplar a los campeones. Estaba en disputa la cosecha de todo el clan. Un acontecimiento del que dependía que la

plaga de roedores desapareciera durante los próximos años.

Enfrente del hórreo se congregó una gran multitud. Roy vestía sus mejores galas, la pechera de cuero, el escudo de su tío y la espada fulgurante de su padre. La gente la miraba con admiración.

Ukranio apareció con su coraza de anillos relucientes, su arma envainada y el escudo en la espalda. Había sustituido su polvoriento mantón de viaje por una espectacular capa curtida con piel de lince que lo cubría por completo. Una cabeza disecada, con las fauces abiertas, le servía de capucha. El nuevo guardián de los Linces, Ashra, caminaba junto a

él. Ukranio se descubrió la cabeza. Tenía la testa recién rasurada en señal de profundo respeto por la ceremonia.

Roy miró con celo al Albino cuando apareció en compañía de Dorna. El muchacho de blancos cabellos vestía un capuz blanco, de lino, limpio y nuevo. Bajo la capa sólo llevaba el taparrabos que el Lince le había dado junto al río. Sus andrajosas ropas de marginado habían desaparecido. Anudaba la caperuza en su cuello con un prendedor que sujetaba una de las flores rojas que había regalado a Dorna. Roy lo observó furioso. Estaba seguro de que la capa había sido tejida por la propia Dorna.

El sobrino del granjero nunca supo que



Anxo había llegado mucho antes y que fue Ukranio, contrariado por su indumentaria, quien lo había mandado junto a Dorna para que ésta se ocupara de vestirlo con el decoro apropiado a la ceremonia.

Cuando los tres buscadores estuvieron reunidos, comenzó la procesión portando el mechón de Yinkin como reliquia. Los aldeanos acompañaron a sus campeones durante la procesión, adorando a la reliquia capilar de Yinkin, la cual sería finalmente ofrecida a la imagen de Orlanth que estaba tallada en la entrada del silo.

Como la tradición orlanthi demandaba, los buscadores heroicos, al igual que los

guerreros hacían antes de la batalla, se desnudaron al llegar al hogar del curandero. Esa visita resultaba obligatoria. El anciano tenía preparado el pigmento azul que los orlanthis utilizaban antes de cada batalla. El ungüento los protegería de todos los males. Resultaba un potingue viscoso de olor picante. Los tres buscadores sumergieron las manos en la marmita y adornaron sus cuerpos con franjas y runas, glifos de las tormentas, espirales, manos marcadas y líneas zigzagueantes.

Cuando se desnudaron, Roy se percató que, bajo su pechera de anillos metálicos, Ukranio vestía el taparrabos de cazador, al igual que el Albino. Él era el único de los tres que no vestía de

cazador. Aquello no le gustó. ¿Tendría un destino diferente?

Al curandero se les cortó la respiración, como a muchos de los presentes, al ver el tatuaje que cubría la espalda de Ukranio y que, hasta ahora, había permanecido oculto. Una circunferencia partida por la mitad con una raya: símbolo rúnico que representaba el poder de la Luna Roja. No tenía explicación alguna.

—Aún sigo siendo esclavo. Cuando me llevaron a sus tierras, fui enviado a una cantera para extraer el mármol con el que construyen sus templos. A todos nos marcaban con sus runas en la espalda. ¡Yo me arranqué las marcas de los

brazos! ¡Desgarré mi propia piel hecha tiras! La de la espalda, sin embargo, no puedo.

Roy y Anxo ya lo habían visto en el río.

—¿No te la puedes quitar?

—Si pudiera, lo habría hecho. No es tan fácil arrancarte esa marca de la espalda. Esperaré a que todo esto acabe para extirpar semejante maldición.

El olor del olíbano y la canela inundaba el interior del silo. Al volver los buscadores de su procesión, encontraron que el camino había sido señalado por dos filas de velas de sebo para escoltar su paso. También el interior había sido

iluminado. A sus pies, los cadáveres de cuatro vacas y un carnero yacían sacrificados. La gente permanecía fuera del sendero de velas y, ahora sí, los tres cuervos con el lince a la cabeza caminaron en solitario los últimos metros hasta la rampa del hórreo. La música de las gaitas era penetrante, los cánticos y oraciones se alzaron alrededor del silo. Los héroes subieron la rampa. Los orlanthis cantaban, cada vez más fuerte, presentando sus armas. Los héroes colocaron el mechón de pelo de Yinkin sobre la figura votiva de Orlanth que adornaba el parteluz de entrada al hórreo. Las mujeres danzaron. Los hombres danzaron. Las gaitas sonaban más potentes. El incienso del

interior creaba una atmósfera pesada. La puerta del hórreo se cerró. Los tres buscadores se escondieron en las sombras del interior. El lince, Ashra, se relamía los zarpas. Una oleada de viento, quizá enviada por Orlanth, penetró en el interior y apagó todas las velas. Los buscadores se quedaron a oscuras. El tiempo de espera podía ser insoportable.

En el exterior, las voces bailaban junto a las gaitas.

Ukranio encomendaba su espada a Humakt, oró para que su hoja centelleara como *Hu*, en el momento de enfrentarla al Gran Roedor.

Roy llevaba días siendo el más devoto

de entre los fieles de Orlanth. Allí dentro, a oscuras, confiaba su destino al buen hacer del Caudillo de los Cielos.

Anxo no estaba acostumbrado a venerar a nadie. La vida solitaria en el bosque lo había excluido de cualquier credo religioso. Sin embargo, y sin saber muy bien a qué se debía, un impulso irrecusable de rogar a los espíritus de los vientos, a los silfos y a los céfiros, le rondaba. Nunca antes lo había hecho. El muchacho también tuvo tiempo de maldecir a los demonios por ese picor, y ese «algo más», que sentía en su espalda.

La espera se hizo larga, muy larga y tensa, muy tensa. Fuera, las gentes de la

aldea seguían cantando, tocando las gaitas y danzando como poseídos.

En completa oscuridad. Roy sintió sus oídos en comunión con los de Ashra. Mucho más afinados. Escuchaba cómo alguien escarbaba el suelo, bajo el hórreo. La tierra se removía con suavidad. El chico escuchaba, además de los cánticos y las gaitas, cómo decenas de patitas diminutas abrían surcos en el suelo. Centenares de patitas trepaban remontando los maderos del hórreo. Miles de patitas se colaban por las ranuras. Debía que esperar con paciencia felina, escuchando perfectamente cómo los roedores iban, uno a uno, recogiendo la avena acumulada grano a grano. Los ojos de



Ashra relucían amarillos en la oscuridad. Si el lince esperaba, él también esperaba. Los roedores habían formado dos filas, cual hormigas, agilizando el robo del cereal.

Y de repente la explosión. Como una exhalación Ashra saltaba desde la oscuridad. Los roedores, enloquecidos, corrían en todas direcciones. El lince no hacía prisioneros, sus zarpas se teñían de rojo. Los héroes orlanthis copiaron a su guardián, a su lince. Roy vio cómo Ukranio salía de su escondite. Pisotones y espadaos fueron reduciendo el número de ratones. Anxo estaba a su lado pateando. Los ratones huían en desbandada. Ashra los perseguía frenético en todas direcciones. De un

enorme salto el animal traspasó la puerta del silo. El Albino salió detrás. Y Roy lo siguió.

En la aldea del clan Trescuervos vieron salir del hórreo a miles de roedores. Tras ellos salió un lince, pero no el mismo que había entrado, sino uno mayor y más magnífico. Era el mismo Yinkin seguido de tres grandes cuervos de plumaje negro.

Cuando los buscadores dejaron el hórreo persiguiendo a los ratones, la aldea frente a ellos no era la suya. Las personas que los rodeaban les eran familiares pero no eran los suyos. Donde debiera estar el thane Asken se encontraba el mismísimo Orlanth,

cantando un poderoso himno junto a Humakt, Vinga, Lhankor Mhy, Issaries, Destor, Ernalda, Esrola..., y tocando la gaita estaban Donadar y Skovara. Estaban en la Aldea de las Tormentas. Pero no podían detenerse un momento más y recrearse con aquella visión mística. Yinkin había desapareció entre la gente persiguiendo roedores. No podían perder su pista, había que seguirlo.

Los buscadores corrían tras los ratones. Primero entre las viviendas de la aldea. Luego entre las granjas que la circundaban. Siempre siguiendo a Ashra, que ahora era Yinkin. Se internaron en el bosque. Matorrales y helechos, saltos; troncos y ramas, fintas.

La cacería del roedor a toda velocidad. A lo lejos, el rumor del riachuelo. Corriendo a la vera del río. De pronto la vegetación terminó, ¡el suelo terminó allí! Y el riachuelo se caía por un espectacular salto de agua. Los ratones caían. Ashra, detrás. Los buscadores, al igual que el felino, saltaron por encima de la cascada. Volaron. Anxo se arrojó al vacío sin mostrar miedo por la altura. Todos sus complejos habían desaparecido. Se sentía valiente. Temerario. Mientras el aire golpeaba su rostro, se sintió feliz.

Pero por desgracia para él, los vuelos, las caídas y los saltos, no duran para siempre. Se estrelló contra las aguas burbujeantes al pie de la cascada. Se

hundió. Sus pulmones se comprimieron. No podía respirar. Luchaba buscando la superficie, angustiado. Braceó con vehemencia. Debajo del agua todo era confuso. De pronto respiró. Había salido a la superficie. Sin embargo, la atmósfera seguía siendo tan opresiva como si estuviera sumergido. Parecía no haber salido del agua. Respiraba, obviamente se encontraba fuera. Pero apenas veía o escuchaba nada. El aire se había vuelto denso. Le costaba moverse. Usó la boca para seguir respirando. Ya no era solamente la espalda, ahora sentía que le picaba todo el cuerpo, como si el aire le pudiera tocar y tuviera el mismo tacto que la piel de un melocotón. Sintió náuseas y una presión

fuerte en la sien. Poco a poco recuperó la vista. Roy estaba a su lado, igual de desconcertado. Las manazas de Ukranio tiraron de ambos.

—Bienvenidos al Otro Lado. Ya os acostumbraréis, intentad respirar por la nariz. Vamos, no podemos perder a Yinkin.

Aún se encontraban aturdidos. Habían saltado por encima de la cascada y sin embargo se encontraban bajo ella. El salto de agua sobrevolaba sus cabezas techando el cielo y cayendo a sus espaldas. No entendían cuándo lo habían atravesado. Era como penetrar en una caverna y salir a la vez de ella por otro lugar distinto. Frente al agua de la

cascada sólo había roca. Yinkin se había encaramado a un penacho de piedra con un ratón bajo su garra. Sobre él, había una pequeña grieta por la que escapaban cientos de roedores. El felino saltó hacia la brecha. Los tres orlanthis lo siguieron. El lince se lanzó en una alocada persecución a través de la pequeña red de túneles que se abría bajo la cascada. Los buscadores intentaban no perderlo. Anxo era el más ágil, también el que llevaba menos peso. Trepó veloz hasta la abertura siguiendo al felino. El muchacho del pelo albo ejecutaba roedores descarriados con su machete.

La persecución por los corredores era tan veloz que Roy quedó rezagado.

Se encontró perdido en el laberinto de túneles. Y al doblar una esquina, decenas de ratones lo rodearon. Salió corriendo, tratando de deshacerse de cuantos caían sobre él desde paredes y techo. Las ratas saltaban en rededor. Le subían por las pantorrillas, le mordisqueaban los muslos, se colaban entre sus ropas... Cientos de ratas. El muchacho se defendía con bravura. Corría. Saltaba. Los roedores eran cada vez más grandes. Imploró la ayuda de Orlanth golpeando con su espada, con su escudo. Una fuerte brisa le trajo la voz conocida de Ukranio. Roy corrió en esa dirección.



*El guardián compartía sus capacidades con sus seguidores. Los del lince podían ver en la oscuridad como si fueran él. Apenas necesitarían luz. Podían «percibir con sus ojos de Lince»*

Roy llegó desorientado, trastabillado, siguiendo la voz que le había traído el viento. Los otros buscadores ya se encontraban reunidos a un lado de una inmensa sima.

—Estamos en el Zarpazo —indicaba Ukranio a Anxo—. Este abismo separa las cuevas del subsuelo con lo que se conoce como el Inframundo.

El barranco que cortaba la caverna

como un tajo era inmenso. Un precipicio del que no se veía el fondo. No tenía fin. Anxo se asomó y una corriente de aire gélida le golpeó la cara. Ahí no había nada más que caída, una inmensa caída, a la oscuridad, a la nada. La cueva por la que habían llegado terminaba allí. En rededor había otros cientos de cuevas que agujereaban aquella pared del precipicio como un queso de montaña.

Anxo escuchó un maullido. Su guardián los reclamaba. El felino descendió por los salientes de roca. Saltaba con habilidad de una peña a otra. Aprovechaba cualquier oportunidad para caer sobre algún roedor desprevenido. Era elegante, incluso descendiendo por aquella pared que se

asomaba a la más negra de las muertes. El animal se dirigió a una diminuta pasarela que cruzaba el abismo. Un único puente. Del otro lado del abismo sólo había una única gruta abierta en la pared de roca, por encima del delgado puente de piedra. Los orlantis siguieron al gato hasta el borde del precipicio. El lince llegó se dispuso a cruzarlo. Un repentino golpe de viento agitó sus barbas y melenas, su cola y sus bigotes.

—Por eso lo llaman Zarpazo —explicó Ukranio—, por los zarpazos del viento.

Anxo se acercó al puente. Los espíritus del aire le llamaban, tal y como le había sucedido en el hórreo. No tenía miedo. El viento le sacudía y a pesar de la

altura infinita, no sentía ningún temor. Cruzó veloz el puente, sujetando entre los dedos la pluma que colgaba de su melena blanquecina.

Ukranio lo siguió. Su corpachón se zarandeaba sin clemencia por los golpes del viento. La parte central del delgado puente de terracota se deshizo. Ukranio se lanzó, como el felino que era, hacia el otro lado. Golpeó con el estómago en el borde opuesto del abismo. Sus piernas quedaron colgadas. Lo había cruzado.

El problema era para Roy. Más de ocho pasos largos de puente habían caído. El orlanthi tendría que volar sobre el negro e inmenso foso. Una plegaria surgió de sus labios. «Orlanth, concédeme la

fuerza necesaria para saltar, una ráfaga de viento que me lleve a mí destino». El joven tomó tanta carrerilla como pudo y corrió veloz sobre el trozo de puente que aún se mantenía en pie. Saltó. Él no fue consciente pero brincó como un auténtico lince... o voló como un cuervo. En el momento de saltar, apoyó las manos en el suelo como si tuviera cuatro patas. En el aire se estiró, alargó su tronco y sus brazos. Sacó pecho. Incluso aleteó. Una benigna ráfaga de viento favoreció su salto. Y en el pigmento azul que adornaba su pecho, un glifo en espiral que representaba a la Runa del Aire, se agitó convulso. Roy sintió como si una mano inmensa le hubiese dado un empujón divino. Aterrizó de cuclillas,

como un gato apoyado sobre sus cuatro patas, como el lince que era. No podía creerlo, pero había volado sobre el abismo.

Estaban al otro lado. Y la única cueva abierta en esa pared bajaba abruptamente hacia las profundidades del Inframundo.

Durante seis días descendieron por cavernas y corredores. Afortunadamente, Roy y Anxo llevaban comida suficiente para el trayecto en sendos hatillos. Ukranio había ordenado a los chicos que se ocupasen de la comida para los tres. Su morral estaba reservado para algo de lo que no

hablaba. Algo que protegía con celo.

Le punzaba bajo la piel. A Anxo le aterrizzaba esa sensación. Los bultos de sus omóplatos habían crecido. Los mantenía ocultos bajo la caperuza blanca; sin embargo, de los pinchazos no había forma de ocultarse.

Un hediondo olor se fue apoderando del aire. Restos de hongos se descomponían junto a la pútrida basura abandonada por las hordas de ratas en sus rapiñas. El calor, el picor y la porquería iban en aumento. La pestilencia también. Excrementos salpicados con migajas de la bazofia dejada por las ratas. Mugre.

Los buscadores avanzaban con cuidado. Roy deseaba que Ashra no tuviese un

olfato tan desarrollado. Todos sus sentidos se habían proyectado con los del animal, no sólo la vista.

Al despertar el sexto día Anxo buscó su flor roja. Siempre lo hacía. Estaba convencido de que la flor le daba fuerza. ¿Dónde la había puesto? Anxo rebuscó ansioso entre sus cosas: en el capuz, el hatillo (esquilmado ya de comida) y el taparrabos del que colgaba su machete. Nada, no había ni rastro. Perder la flor era un mal augurio, estaba seguro. Seguramente se le había deslizado en algún momento del descenso. Era señal inequívoca de que la mala suerte y los espíritus malvados se cebarían con él.

...



Al finalizar el sexto día de descenso, ante sus ojos iluminados por la bendición felina de su guardián, se abrió una amplia caverna inundada por toneladas y toneladas de desperdicios, un mar de porquerías en cuyo centro se elevaba una isla orgullosa: la mayor montaña de basura que hubiera existido jamás.

Estaban en la guarida de los roedores. En aquel lugar, ni aguantar la respiración o taparse la nariz era suficiente para evitar las náuseas. En la cresta de aquella inmensa pirámide de asquerosidades se encontraba, sin duda, el hogar de Velet Bolder, el lugar desde donde el Gran Roedor se refocilaba de sus dominios y sus rapiñas.

Ashra se lanzó hacia la cumbre de la pirámide saltando montones de basura. Los buscadores se echaron a la carrera sobre el mar roñoso.

De todos y cada uno de los rincones que escondía la pirámide de desechos aparecieron ratas hambrientas. Miles de ratas. De la cumbre descendían en tropel. Pero ninguna podía amedrentar a Yinkin. Los tres buscadores, los tres cuervos, corrieron tras su lince guardián desenvainando sus armas.

Las ratas eran muchas y veloces.

Anxo ascendía tras Ashra como una fugaz centella albina.

Ukranio no era tan rápido. El guerrero tatuado, antiguo cazador y esclavo,

remontaba la pendiente entre la multitud de roedores usando la espada y el escudo para abrirse camino, avanzando como quien lucha contra la corriente de un río de aguas bravas. Las ratas lo rodeaban. Él las apartaba con el escudo o a patadas. Sentía cómo le mordisqueaban las piernas entre golpes y empellones.

Roy también se veía rodeado por decenas de roedores atosigantes. No podía correr tan rápido, el muchacho no estaba acostumbrado a cargar con un escudo y una espada, tampoco a vestir el recio cuero de la milicia. Pesaba demasiado. Se encaramó como buenamente pudo a las paredes de la montaña, apartando roedores con la

espada y pisoteándolos bajo sus botas.

Pestilencia.

Ashra llegó a la cumbre junto al inmenso Rey Ratón. Un obeso roedor, grande como un buey, de piel rasurada y rosácea como la de una cría recién nacida. Ukranio había visto elefantes de menor tamaño en el circo de gladiadores. Tenía dos cabezas, una similar a la de una rata y la otra ciega, como la de un topo. El orondo cuerpo de Velet Bolder se precipitó hacia los buscadores enseñando sus colmillos gigantes como dagas biliosas, y chascando su larga cola como un látigo. Ashra bufó mostrando también sus colmillos y aceptando el desafío.

Los buscadores corrían dispuestos a luchar al lado de su guardián.

Alrededor del fofo cuerpo del Gran Roedor las pestilencias más hediondas tomaban forma vaporosa. Los efluvios parecían hacerse visibles sobre el monarca bicéfalo. Tomaban forma de espíritus apestosos, de ánimas putrefactas, aullantes, crepitantes... Espectros que miraban a través de sus cuencas vacías a los ojos de los vivos, que vomitaban y se estremecían entre alaridos de ultratumba.

El sabor de la bilis ascendió por la garganta de Roy.

Ukranio entonaba una sonora letanía, un himno, un aria solemne. Con voz grave y

paso plumizo atravesaba la nube de fantasmas apestosos. Roy fruncía el ceño con una expresión de asco. Se sumergió en el denso mar de espectros tratando de seguirlo. Anxo había rodeado al monstruo con la intención de encaramarse a su lomo. La altura no le daba miedo. Se había propuesto llegar hasta sus dos cabezas.

Cuchilladas y desgarrones. Las zarpas de Yinkin aferradas a la yugular de la bestia, quien respondía con enormes dentelladas y sacudidas. Ukranio fintó la primera embestida, buscando el hueco donde hender su espada. No sería fácil alcanzar el sonrosado vientre.

Anxo se encaramó al lomo. El Albino

sentía su repugnante tacto, la piel sonrosada excretaba una repulsiva mucosa adhesiva.

El rabo de la bestia se agitaba como una poderosa maza de guerra. Roy estuvo a punto de resbalar y caerse, intentando no ser triturado bajo el alocado y descomunal apéndice. El granjero no soportaba el hedor. Vomitó. La cabeza le daba vueltas. Comenzó a ver borroso... El rabo de la bestia se dividía en innumerables flagelos. Trataba de defenderse alzando la espada. Cayó de rodillas desequilibrado por el peso. Los flagelos de la cola se habían convertido en la cara de un pulpandante.

Ukranio pugnaba contra las dos cabezas sin encontrar el hueco. El sudor se iba acumulando en sus cejas. Estaba incómodo. Se había ajustado demasiado la capa y el peso de su espada comenzaba a ser demasiado... incluso para él.

Sobre el lomo de la criatura, Anxo se sujetaba con fuerza a la piel viscosa. Rodeado por la marea de espectros, empezó a pensar que encaramarse no había sido la mejor de las decisiones. La bestia se agitaba cada vez más colérica. Una montura impetuosa que intentaba expulsar a su jinete. Las convulsiones se habían adueñado de la mole. Una enorme sacudida a punto estuvo de arrojar por los aires a Anxo.



Se aferró con una mano a un pliegue de la piel. Quedó colgado, como un péndulo mostali, con decenas de espíritus malolientes danzando a su alrededor. Le dolían los antebrazos. Le abrasaban los pulmones. Fajaba por reincorporarse sobre la bestia, por no sucumbir ante los espectros. Un calambre le recorrió el espinazo. Se alzó de nuevo sobre el viscoso lomo. Tenía que llegar hasta el cuello y rajarlo. Los fantasmas le rodeaban una y otra vez tratando de poseer su cuerpo.

A sus pies Roy vomitaba arrodillado. La cola del monstruo le rozó con una potente sacudida, agitada como el inmenso y peligroso látigo en el que se había convertido. No lo golpeó de lleno.

El muchacho cayó de espaldas. Las convulsiones de la bestia se detuvieron. Anxo estaba junto al cuello y le había tajado una gran vena rojiza que se dividía hacia sus dos cabezas. Ukranio había aprovechado el instante para hundir su espada en el vientre, perforando su barriga con un tajo mortal. Ashra, encaramado a uno de sus rostros, seguía arañándolo con uñas y dientes a pesar de que la criatura había dejado de moverse. El peso del lince, agarrado a una de sus cabezas, fue suficiente para que Velet Bolder cayera de morros. Un temblor sacudió la pirámide de basura como si hubiese sido erigida sobre gelatina.

Roy se puso en pie. Ukranio acudió a

socorrerlo. Estaban magullados pero satisfechos. Una fuerte corriente de viento recorrió la estancia dispersando la espectral nube maloliente, como si alguien hubiese abierto una puerta o una ventana. Ashra maulló exultante. Velet Bolder yacía a sus pies. Habían completado el mito. De nuevo, tres cuervos habían ayudado a Yinkin a derrotar al hediondo Rey Roedor. La ventolera arreciaba. Las cosechas estarían libres de plagas durante los próximos años. La aldea los recibiría como héroes; como lo que eran. Ahora, y gracias a su guardián, los Lince habían resucitado. Anxo no dejaba de pensar en que por fin sería aceptado en la aldea. Roy se alegró por su tío. El

siguiente pensamiento de ambos chicos fue para Dorna. El viento a su alrededor se arremolinaba. Eran héroes. Gracias a la afinidad que habían adquirido con el lince, iban a ser la pesadilla de las tropas lunares. ¡Los Lince volverían! Tal fue el júbilo y las ensoñaciones que sintieron los dos muchachos que dejaron llevar su imaginación a un cielo nocturno donde sus estrellas eran las que más brillaban. El rostro meditabundo de Ukranio no mostraba tanto júbilo.

El viento era ya un vendaval, un ciclón. En cualquier instante, la fuerza de Orlanth los transportaría de nuevo a la aldea.

Ukranio enarboló la espada y asestó un

tremendo sablazo al aire. Lo partió en dos. Se apartó del vórtice del ciclón. Con voz imperativa se dirigió a los chicos:

—Alejaos del viento, salid de ahí, rápido. ¡No vamos a volver!

Los muchachos se miraron confundidos. ¿Por qué hace eso? Estoy a punto de volver como héroes a mi hogar, ¡de encontrar un hogar!

El aire frenó. El ciclón había desaparecido. La quietud fue absoluta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roy—. ¿Por qué no volvemos a casa?

El viento no volvió a agitarse. Ashra escudriñaba olfateando la oscuridad.

—No vamos a volver.

Los muchachos no sabían qué cara poner, adónde mirar.

Anxo tuvo un presentimiento, una convulsión, un espasmo. Se mareaba. Algo desconocido había estallado dentro de su cabeza. ¿Dónde está el suelo? ¿Y el techo? Algo no andaba bien. Una premonición. La quietud del aire era demasiado elocuente.

—¿Por qué no hemos vuelto? — preguntaba Roy alarmado.

—El viento se ha callado. —El Albino se tambaleaba agarrando su pluma.

—Lo que has sentido ha sido una convulsión en su runa —aseguró

Ukranio—, siéntate. Algo ha sucedido en la ceremonia.

—¿En la ceremonia? ¿Y mi tío? ¿Y Dorna? —Roy agarró el brazo de Ukranio.

—Dorna también estaba en la ceremonia —tartamudeó Ukranio soltándose.

—¿Cómo que estaba? ¿Qué les ha pasado? ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé. No sé qué ha sucedido pero algo ha interrumpido el ritual. No sé qué ha podido ocurrir. De cualquier modo, nuestro destino no era volver a casa.

—¿Cómo que no era volver? —preguntó Roy.

—Estamos aquí por un fin mucho más

importante. La ceremonia del Ratonero era un primer paso para llegar al Inframundo. Pero el fin que perseguimos va más allá del ritual del Ratonero. Ahora nuestro camino es otro, uno más peligroso.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Camino a dónde? ¿Qué ha pasado en la aldea?

—Vamos a cumplir una búsqueda mucho más importante. Mientras Orlanth lucha contra la Luna Roja por gobernar los cielos, hay quien se intenta aprovecharse para volver a la dictadura de Yelm; un hecho que acabaría con la libertad de los hijos de Orlanth. Vamos a impedir que esto ocurra.

Ashra se relamía las garras a



lengüetazos.

—¿Cómo invocar el mito del Ratonero para impedir las plagas? —conjeturó Roy.

—Algo así, pero mucho más importante. No es el mito de una sola tribu. Es algo que incumbe a todos los hijos de Orlanth, ¡a todos los pueblos hermanos! Heortlingas, sartaritas, tarshitas. ¡El mundo entero! Vamos a descender hasta las entrañas del Averno.

El Albino asentía dejando claro que confiaba plenamente en el humakti. Realmente era lo más cercano a un padre que jamás había tenido jamás.

Ashra ronroneaba y se frotaba contra las piernas sus poderosas piernas.

—Si el guardián de este grupo de Lince lo permite —Ukranio acarició el lomo del felino— descenderemos hasta las profundidades del Averno, donde se encuentra La Morada de los Antepasados; vamos al hogar de Daka Fal, El Juez de las Almas.

—¿Daka Fal? ¿El primer chamán que recorrió La Senda de los Muertos?—El Albino no estaba seguro de en torno a qué hoguera había escuchado esa historia.

—¡Por los vientos de Orlanth! —ni después de todo lo ocurrido, Roy había olvidado el resquemor que sentía hacia el Albino—. No digas idioteces. Daka Fal no era un chamán. Fue el primer

hombre que murió, no un chamán que viaja hasta el Infierno.

—¿Y cómo encontraremos ese lugar? —  
El Albino quiso pasar página. Se sentía ruborizado. ¿Por qué Roy la había tomado con él?

—No lo sé —contestó Ukranio mirando a su alrededor; en la guarida de los ratones solamente había porquería—. No tengo la menor idea de por dónde se va al templo de Daka Fal. Pero sí conozco un ritual, invocando otro camino mitológico, que debe guiarnos hasta el Averno. El Camino de Términus.

Ukranio el Lince -Elnor el cazador o Sartarius el esclavo- se desabrochó la capa de piel felina que vestía. Se sacó la

cabeza de lince que cubría la suya propia. La dejó en el suelo. Los anillos metálicos de su armadura humakti relucieron de nuevo al quedar descubiertos. Abrió la correa superior de la cota de malla y extrajo una cofia anillada. Se la colocó sobre la cabeza. La ajustó hasta dejar solamente su cara visible.

—Voy a invocar la ceremonia de Términus para que nos guíe a través del submundo, como Eurmal guió a Humakt.

*La ceremonia del Ratonero había obrado el milagro y las plagas de roedores serían rechazadas durante la siguiente recolecta. No obstante, la*

*huerta no sería el vergel que los orlanthis anhelaban. El mundo estaba cambiando. La vegetación había empezado a secarse en el Paso del Dragón, sin motivo aparente. El verdor de las plantaciones sería sustituido en cuestión de días por un marchito tono marrón. Las plantas se morían. También los bosques.*

*Pero los árboles más antiguos no se marchitaban, simplemente desaparecían. En algunos lugares, donde antes había un frondoso hayedo o un extenso pinar, los troncos habían empezado a volverse transparentes. Desaparecerían por completo, sin dejar rastro. Y sin ellos, los animales empezarían a migrar.*

*La caza sería muy complicada en los años venideros.*

## Epílogo. Capítulo VII. «Elnor el Firme»

Elnor fue apodado el Firme por ser hombre de fuertes principios y arraigadas convicciones. Decidido y de pocas palabras; un niño testarudo de sólidas creencias e imposible de doblegar. En el clan Trescuervos pocos eran los que, naciendo en la casta de los *carls*, abandonaban sus granjas para dedicarse a otros menesteres como la caza. Elnor fue una de esas excepciones. La cosecha, la vendimia o la matanza del puerco no eran sus tareas. Él había nacido cazador.

En tierras del clan, antaño se alimentaban varias familias de escurridizos lince. Era una antigua

tradición adorar al padre de éstos, Yinkin, el medio hermano de Orlanth. Debido a esto, Elnor y algunos cazadores del clan Trescuervos no sólo adoraban a Odayla, el Cazador, sino que sentían una gran devoción por Yinkin, el Felino Sombrío, animal que personificaba todas las cualidades que un gran cazador debía poseer: sigilo, astucia, olfato, sutileza, velocidad... Elnor fue un gran adorador de Yinkin.

En el año 1602 el Imperio de la Luna Roja invadió las tierras de Sartar. El potencial bélico que demostraba no tenía parangón en la historia. Los pueblos orlanthis caían uno tras otro bajo su yugo. Algunos corpúsculos armados se alzaron contra los invasores.



En las colinas del clan Trescuervos, unos pocos cazadores adoradores de Yinkin, se echaron al monte aprovechando su conocimiento de la zona y su destreza en aquel entorno. Pusieron en jaque a la apisonadora imperial. Así surgió el grupo guerrillero conocido como los Linces, quienes durante años apoyaron las revueltas del líder de la resistencia orlanthi en Sartar, KallyrEstrella en la Sien. En el año 1613 estas revueltas insurgentes fueron aplastadas. Estrella en la Sien escapó buscando refugio en Murallas Blancas. Tras años de batallas, sólo el bastión orlanthi aún resistía las embestidas lunares. Los Linces fueron aniquilados por completo... o casi.

Elnor sobrevivió, fue atrapado y llevado como esclavo para trabajar en la cantera del Gran Cráter de Glamour, capital del Imperio Lunar. De esta cantera sacaban la piedra con la que estaba siendo construido un monumental coliseo en honor al Emperador Rojo. Por su procedencia, Elnor fue conocido entre los esclavos como Sartarius, gentilicio con el que en nuevo peloriano se denomina a la gente procedente de Sartar. Pronto también se hizo conocido por su enorme fuerza. Fue marcado como esclavo, con tres bandas en los brazos y una gran runa rojiza en la espalda que representaba su sumisión a la Diosa Lunar. Con el coliseo construido, los esclavos fueron

trasladados a las minas de sal de Peloria. Fue en una caravana que transportaba nuevos cautivos, donde un esclavista sin escrúpulos compró los músculos de Sartarius pensando hacer un provechoso negocio en Glamour. Hasta el circo de gladiadores condujo al esclavo y, allí, lo vendió a uno de los *ludus* por diez veces lo que había pagado en la cantera. Como gladiador fue aleccionado con dureza. A partir de sudor y sangre, su corazón se fue endureciendo como un insensible callo.

En el *ludus*, la escuela de gladiadores, conoció a un loco de remate llamado Víctor. Decía proceder de un lugar lejano, un lugar que pertenecía a otro mundo más allá de las estrellas. Sin

duda, aquel chalado estaba así debido a un golpe recibido en la arena del nuevo coliseo. Allí, en la escuela de gladiadores, Sartarius abrazó una nueva creencia. Su vida había cambiado y su mundo era otro. Cuestión de supervivencia. Allí, entre esclavos orlanthis, aprendió a adorar a Humakt, Señor de la Muerte, y a *Hu*, La Espada, en el altar del *ludus*. Estaba escrito en un pedestal: *lo que iguala a amos y esclavos, a hombres y bestias, es la Muerte*. La Muerte igualaba a orlanthis y lunares. Aprendió a adorarla como única verdad tangible y absoluta. Las metas de Humakt eran las más justas y elevadas. Viktor, el Tarado, rebautizó a Sartarius durante la ceremonia de

iniciación. Su nueva religión era la única que le haría fuerte frente a su destino en la arena. Viktor lo llamó «Ukranio». El tarado estaba seguro que dicho nombre transmitiría su fiereza al portador. «Los sonidos transmiten la fuerza de las palabras. Hay tanta magia en los sonidos de una palabra como en los sentimientos de una plegarias». Viktor le regaló una espada en la que había grabado su nuevo nombre. Y fue así como cambió el nombre del esclavo, Sartarius, por el de gladiador: Ukranio.

Tatuó su cuerpo con runas e iconos en honor a Humakt y a la Muerte. Sus marcas de esclavo perduraron impunes en su piel. La fama de Ukranio alcanzó los cielos en el Circo de Glamour. El

Castigador Ukranio o el Asesino Ukranio fueron dos de los sobrenombres por los que se le conocía y admiraba en los espectáculos de gladiadores.

Hasta que un rico sultán se enamoró de él. Y no fue por sus músculos ni su fama, por su aterradora presencia o su dominio de la espada, por su falta de piedad o su sangre fría a la hora de ejecutar adversarios en la arena..., fue por el modo en que entonaba sus oraciones. Los gladiadores humaktis siempre cantaban, recitaban salmos y loores, antes de acabar con sus rivales. Eran odas al Dios de la Muerte, recitadas con fuerza sublime y entonación aterradora. Ukranio provocaba el lloro y la angustia en sus

víctimas antes de ejecutarlas.

El sultán encaprichado se lo llevó a casa esperando oírle cantar cada noche.

Entonces Humakt mostró a Ukranio cuál era su destino.

Lo vio a través de los ojos de un cuervo.

La noche que escapó de aquella villa de Glamour, Ukranio se arrancó la piel para borrarse las marcas de esclavitud que habían tatuado en sus brazos.

La tierra tembló. «Un dragón se ha estremecido», dijeron, y él aprovechó aquel momento para dejar atrás su pasado. Ningún dragón dormido había provocado el seísmo. Había sido Wakboth, el Demonio, intentando

escapar de su prisión bajo el Bloque de Prax. El final de la Tercera Edad estaba cerca. La Guerra de los Héroeos estaba cerca. El mundo cambiaría irremisiblemente. Sólo había que estar en el bando ganador.

Humakt se lo había mostrado, en un sueño, junto a la ciudad de Murallas Blancas, libre para entonces del acoso del Imperio Lunar. Era un mensaje y él era el mensajero. Cumpliría su destino. De la villa se llevó un precioso libro con tapas de piel, que guardo en un viejo zurrón.



## Capítulo VIII. «Descenso a los infiernos II»

*De cómo descender al infierno es la prueba más dura que un mortal jamás podrá soportar.*

*El vuelo del Guardián del Cielo era veloz y uniforme.*

Una brisa fresca golpeaba el rostro quienes viajaban en la cubierta del navío aéreo. Contemplaban las estrellas, admirando el manto agujereado por miles de puntitos luminosos. Shen abrazaba a Yun–Xu sin hacerse a la idea de viajar en un barco con bandera lunar,

pero aún le resultaba más extraño que el navío circulase por encima del mar, siguiendo las mareas de los cielos y no de las aguas.

Hacía varios días que habían dejado atrás no sólo la niebla de Kahar, sino también las más orientales de las islas conocidas: el archipiélago de Vormain. Hacía días que la travesía sobrevolaba un mar nuevo, desconocido, ausente de nieblas e islas...

Antes de tomar ese barco en la Isla, los buscadores habían discutido largamente sobre el camino a seguir tras haber recreado el camino mítico de Yelmalio y obtenido el favor divino de Aldrya...

La contienda dialéctica había trascendido más allá de la teología.

Que habían peleado, sufrido, luchado e incluso muerto siguiendo los pasos de Yelmalio, no cabía la menor duda, pero como no habían conseguido ningún tesoro, ningún orbe dorado, ninguna arma ígnea u otra prueba fehaciente de sus logros, nadie estaba seguro de haber alcanzado las *Ayudas de Yelmalio*. ¿Era la presencia de la pequeña Yun—Xu y de Shen Flor Perdida la muestra de que las *Ayudas* habían obrado el milagro uniendo diferentes razas como antaño hizo Yelm? «*Los Soles no son herramientas para la guerra, sino para unir a los pueblos contra el desmembramiento del Caos*». Otros

rebatían este argumento con diferentes leyendas y rumores. «*Algo hemos hecho que ha disgustado a los dioses. En la costa se dice que el agua ha cambiado, que ya no es salada sino amarga.*»

A pesar de escucharse semejantes historias, y de la certeza de que el mundo estaba cambiando, lo que realmente perturbaba al rey Cráteros eran las suposiciones sobre el tercer Sol. *El inesperado*. Y decidió que, haciendo caso literal de su nombre, no lo esperarían.

—¿Y qué haremos ahora? —El Rey preguntaba a Jenofonte y Aristarcos—. Del tercero de los Soles nada se sabe.

—Su nombre lo dice todo: *La*

*Ayuda que no se espera*; pues no la espere. Ha de marchar al Inframundo con los dos soles que ya tiene y entregarlos a la diosa tejedora, Arachne Solara, como hizo Yelmalio, para que hilara la Red el Pacto de los Dioses.

—¿Y si ellas no son los dos primeros Soles?

—Sólo si seguimos el camino del Inframundo, sabremos si en realidad lo son.

—Las dos niñas pertenecen a las razas aliadas de Yelmalio, eso no se puede negar. ¿Pero por qué precisamente ellas iban a ser los Soles?

—Encontraremos la respuesta en el lugar donde se tejió la Red del Pacto.

—Entonces partiremos hacia el hogar de la diosa tejedora.

Decidieron que el mejor lugar para encontrar un camino por el que descender a las entrañas del mundo era viajar hacia el este y hallar la puerta por la que cada mañana Yelm, el Sol Emperador, surgía de las tripas de la tierra para surcar el cielo en dirección a poniente. Las Puertas del Alba eran la entrada al Inframundo.

—Partiremos en busca del mercader esclavista, como ha sugerido mi consejero.

—Pero si recuerda bien, Majestad, el esclavista fue expulsado de Edesia. ¿Dónde lo encontraremos?

—De encontrarlo, ya me ocupó yo —  
intervino Jan Paolo interrumpiendo a  
Aristarcos—. Écaroh posee una nave  
capaz de atravesar Kahar y llegar a  
las Puertas del Alba. Supongo que estará  
en Puerto Destino.

—No podemos ir a ese lugar —Shen  
agitaba la cabeza en señal de negación  
—. Puede que Xvarnak todavía nos esté  
esperando allí.

—Llevamos mucho tiempo en la isla, yo  
creo que nos hubiera hecho una visita.  
Pero si está allí, no dudes que  
saldaremos una cuenta pendiente que  
tenemos —repuso el rey Cráteros,  
encantado con la idea de encontrar a  
viejo enemigo.

Pero antes de dejar Edesia, Shen pidió a Cráteros que la acompañase en el viejo ritual aldryani conocido como La Flor de Rico Néctar. El druida rojo, Hansharúlise, el ermitaño aldryani de rojiza hojarasca dejaría bendecido el viaje. El Rey accedió con gusto.

El miope chamán guió a Shen y a Cráteros durante horas, descalzos y desarmados, hacia el sur de los pastizales. Los buscadores permanecieron aquel día en ayunas, ayudando al chamán a encontrar ciertos hongos que crecían en los excrementos de los animales. Esa noche, en medio de ninguna parte, el druida preparó una



papilla con los hongos, un poco de avena y un té de rastrojos secos, a la que añadió nueces y resina de sándalo. Cuando ambos buscadores cayeron dormidos bajo la luz de las estrellas tuvieron pesadillas horribles. El chamán aldryani siempre estaba presente en ellas, observando a los narcotizados por el efecto de los hongos y del té.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, el aldryani aguardaba desnudo rebuscando fantasmas, con sus ojos miopes, en el fondo del cuenco donde la noche anterior había hervido el té. Susurraba en lengua aldryani:

*—El destino de uno será el destino de todos.*

Después levantó la mirada del cuenco y arrastrando los pies se dirigió hacia Cráteros. Hurgaba en los restos de los hongos: —*En la derrota encontrarás la victoria.*

La expedición estaba ahora bendecida, para consuelo de Shen.

Abandonaron Edesia. Cráteros volvió a dejar a Aristarcos al mando de la polis. Pocas eran las semanas que le restaban a Brito para alcanzar la mayoría de edad, pero hasta entonces... El encargado de la guardia, papel desempeñado por Quirísofos, pasaba al joven Talos, héroe de la búsqueda en la Cima del Mundo. Quirísofos viajaría al Inframundo junto

al monarca.

Haciendo caso del consejero Jan Paolo, los buscadores se encaminaron rumbo al único puerto de la isla. Al encontrar al tratante de esclavas, el asombro fue mayúsculo. Su navío reposaba varados en un dique del pequeño puerto de Isla Destino... suspendido a dos palmos sobre la superficie cristalina del agua. ¡El barco se sostenía en el aire! El Rey le ofreció una generosa suma a cambio de la magnífica nave.

Sin embargo, la expedición no pudo partir de inmediato. Tenían que esperar a que la luna estuviera llena para que el barco pudiera elevarse siguiendo las corrientes lunares de luz carmesí.

¿No se suponía que su viejo enemigo, Xvarnak, los esperaba en aquel lugar? De aquel fantasma no quedaba ni rastro, se había esfumado. Shen aún tenía miedo. Cráteros hubiera querido tropezarse con él. La carta que habían hallado en el Rompeolas del Sur aseguraba que Xvarnak los debía interceptar en aquel puerto. Su antiguo enemigo no apareció. «Escondido entre las sombras», seguía pensando la aldryani.

Cráteros quiso comprobar si uno de los rumores que había escuchado era cierto. En el puerto se llevó a los labios un poco de agua salada. Efectivamente, la sal había abandonado las aguas marinas y ahora un sabor amargo las dominaba.

Cráteros se preguntó cuánto tiempo podrían vivir los peces así... y qué harían los pueblos pesqueros.

*Lo que el yelmalita no sabía era que a muchos kilómetros de allí, en el continente, las aguas amargas habían empezado a anegar las costas y destruir poblaciones con su crecida. Y algo todavía más sorprendente: los peces estaban desapareciendo del mar. ¿A qué lugar iban? Al cielo. Varias habían sido las poblaciones sobre las que habían llovido animales marinos. Los peces venían del cielo y no del mar. En algunos lugares del interior del continente, incluso en Sartar, había*

*dejado de llover agua y eran peces lo que caía de las nubes.*

*El mundo estaba cambiando.*

En el puerto de Isla Destino, cuando la luna que reinaba en el cielo creció lo suficiente, el navío se elevó varios metros por medio de su mágica influencia. Y ascendiendo hacia las nubes, y no surcando los mares, los buscadores iniciaron su viaje hacia el este, hacia las Puertas del Alba.

El *Guardián del Cielo* tenía el infinito por delante, un océano nunca transitado por ningún mortal. Un océano de nubes blancas, algodonosas nubes blancas bajo el casco. El recuerdo de la isla se

volvió vago. La Niebla de Kahar los acompañó durante un gran trecho. Pero desde el aire no parecía un monstruo implacable. Sobrevolarla no era lo mismo que adentrarse en ella. Shen no se fiaba. Podía sentir su halo, su pulso, sus vibraciones. Kahar estaba bajo sus pies. Si caían, no tendría misericordia. La aldryani recordaba el infierno vivido en su interior. La bestia neblinosa permanecía acechante bajo el casco de la nave voladora, relamiéndose los labios a la espera de que el barco cayera.

Cráteros evitaba mirar abajo. Procuraba no verla.

Yun—Xu era quien parecía más tranquila.

Sus ojillos rasgados se clavaban en el interior de la espesa y opaca niebla durante horas.

—Sólo hay que saber mirar, Shen. No tengas miedo.

La Niebla de Kahar pronto fue un recuerdo.

La preocupación de los marinos era otra. La antigua maldición conocida como el Bloqueo no había desaparecido completamente de aquellas aguas (¿o habría vuelto a surgir?).

*El Bloqueo impedía a las naves alejarse mar adentro, y siempre las devolvía al puerto del cual habían*



*partido. La única manera conocida para evitarlo era mediante una ceremonia que un antiguo héroe llamado Dormal promulgó a través del mundo.*

Pero Écaroh tenía sus recursos y no fue necesario buscar a ningún explorador de Dormal en el puerto de la isla. El miembro de la tripulación encargado del ritual de apertura del Bloqueo sólo necesitaba un huevo fresco de gallina.

En el interior del navío, en un cuarto llamado Sala de Máquinas, un mostali — un enano— era quien dirigía las operaciones del *Guardián del Cielo*. Écaroh mantuvo oculto a ese miembro

de la tripulación de los nuevos pasajeros, sobre todo de la elfa. Pero Jan Paolo, el único de entre los pasajeros que no tenía reparo en recorrer la nave, había acabado dando por casualidad con el habitáculo del mostali.

—¿Dejas la nave en manos de un enano?

—Es el contramaestre más capaz que he tenido, y un gran timonel. Este cielo no es como el de nuestro imperio, las mareas lunares necesitan un empujoncito para poner esta belleza a volar. Para ayudar a los dos silfos que tengo atados a las velas, el enano ha construido un aparato asombroso. Sígueme.

Jan Paolo se quedó atónito ante la maquinaria que el mostali había diseñado para el interior del carguero. Un gran horno metálico y reluciente, con cientos de llaves y tuberías, en cuyo interior crepitaba un pequeño fuego. Un robusto enano de piel arcillosa se afanaba en echar carbón por una compuerta con una pala ennegrecida.

—Te presento al contraamaestre Eje de Rotación 23-42.

—Es un placer... —La voz de Jan Paolo resonó trémula. El mostali hizo caso omiso y siguió trabajando. El capitán de la nave, Écaroh, carraspeó la garganta. Sin levantar la mirada de la pala y el montón de carbón, el enano dijo:

—No estoy en el periodo de descanso, Capitán. Tengo que alimentar al espíritu de fuego. —El mostali no dejaba de echar paladas de carbón—. El interior de Caldera aún no está lo suficientemente caliente. Debo echar toda esta carne fósil del dios Tierra si queremos conseguir la temperatura adecuada.

—¿Y cuándo terminarás la ceremonia del Bloqueo?

—En cuanto Caldera esté caliente aprovecharé para hervir agua y cocer el huevo. Lo demás está todo preparado, el proceso es muy sencillo.

—De acuerdo, vamos a dejar al contramaestre trabajar en paz.

Jan Paolo tendió una mano al mostali antes de abandonar la sala. No recibió respuesta alguna. En ese momento la maquinaria emitió un fuerte pitido. Una nube de vapor se escapó por una rendija. El enano dejó la pala en el suelo y se apresuró a girar una rueda que sobresalía por un tubo. Antes de volver a coger la pala se detuvo frente a Jan Paolo, quien seguía plantado frente a él con la mano extendida. El enano la estrechó sin mucho entusiasmo. Sabía que era costumbre entre los adoradores de la Luna Roja. Al excónsul le resultó desagradable. El tacto del mostali era arenoso, ¿estaría hecho de tierra? Jan Paolo salió detrás de Écaroh.

—¿Y cómo acabó el enano formando

parte de la tripulación?

—No te lo vas a creer. El tipo trabaja como una mula, como un esclavo, pero cada cierto tiempo deja su labor... y se pone a leer mitología lunar. El enano está chiflado con nuestra religión. Le gustan tanto las historias de la Luna Roja y las Siete Madres que entre los suyos lo declararon hereje. Tuvo que huir. A mí me da igual lo que lea, mientras haga su trabajo y sólo me pida lecturas a cambio.

—Bueno, pues tenlo vigilado. Sobre todo que no lo vea la elfa; es una histérica.

Pero incluso la Niebla de Kahar no es

eterna. Muchos días habían transcurrido y atrás había quedado el infierno nebuloso de Kahar. También el archipiélago de Vormain se volvió una mancha moteada en lontananza. El mar era inmenso, Glorantha interminable, aquel viaje un sueño y el navío aéreo una maravilla sin igual. ¿Cómo estaba semejante artefacto en manos de un mero esclavista como era ese tal Écaroh?

En el interior del *Guardián del Cielo* el zumbido era constante. En la cubierta, y a tanta altura sobre el mar, la brisa era fría y desapacible.

En la cubierta, el misterioso mercader, Écaroh, contemplaba silencioso varios mapas y cartas de navegación, absorto

en complejos y enredados cálculos. Continuamente se recolocaba sobre la nariz un extraño artefacto compuesto por dos lentes unidas mediante una arandela de metal, a través de las cuales miraba. Ni el potente zumbido que surgía del interior de la nave interrumpía su concentración.

—¿Cómo puede volar tu nave tan al este? Nos encontramos muy lejos de la influencia de la Luna Roja —preguntó el rey Cráteros. La Luna Roja era sólo un punto en el horizonte. El monarca se preguntaba de qué manera lo guiarían.

—Para ayudar a las mareas lunares, tengo atados en las velas a dos silfos con un encantamiento de dominación.



—¿Silfos? —se extrañó el yelmalita mirando a las alas sin ver nada.

—Espíritus de aire —Shen apareció a su lado—, como los que invocó el chamán de los hombres pájaro para que empujaran nuestra balsa a través del océano.

—No creo que ningún curandero de una tribu hsunchen pueda controlar unos silfos como estos, capaces de hacer volar una galera —se jactó el mercader colocándose de nuevo los anteojos.

—Los hombres pájaro no son hsunchen, ignorante. La Runa del Aire es más fuerte en ellos que las runas animales —apuntó Jan Paolo—. En realidad me resulta indiferente qué runa los domine.

Todos son seres inferiores que no conocen la verdad.

Shen se mordió el labio y entornó los ojos.

Sobre la cubierta Cráteros se quedó contemplando el océano. Era un impresionante espejo pulido. Jamás había visto tal cantidad de agua junta. Parecía una quimera que en el mundo pudiera existir tanto líquido.

Para el descenso al Inframundo, el Rey había hecho embarcar dos halcones gigantes con los que pensaba penetrar por las Puertas del Alba: Pluma Blanca, su favorito, y Centella, el habitualmente montado por Quirísofos, ahora lugarteniente del soberano y su mano

derecha para la expedición. Junto a los dos militares yelmalitas viajaba Yun—Xu, la pequeña oriental de rostro amarillo procedente de Kralorela, la Tierra del Arroz y Shen Flor Perdida, del pueblo de los aldryami. Completaba la expedición el consejero personal del Rey: el, en otros tiempos, proselitista misionero de la Diosa de la Luna Roja, Jan Paolo de Kanravx.

Según los cálculos, debían encontrarse muy cerca. La última noche, el consejero real se acercó con paso altivo al meditabundo esclavista quien andaba liado entre interminables cartas de navegación, ampolletas, rollos de papiro

y pergaminos, sextantes, cuadrantes y otros aparejos.

—¿Ya has desatinado el rumbo a las Puertas del Alba? ¿Demasiada agua para tan poco seso?

—Ésta es mi nave. ¡No te permito que me hables así en ningún lugar y mucho menos en éste!

—Cuidado, Capitán, no te enojés que se te caen las lupas. Sólo digo que no puede ser tan difícil hallar el agujero por el que Yelm aparece cada mañana. Si tienes algún problema conmigo, deberías hablar primero con mi amigo.

Jan Paolo retiró un pliegue de su túnica mostrando a Écaroh la raíz succionadora que llevaba pendida del cinto. Écaroh

cambió por completo la expresión retadora del rostro.

—Hasta que no amanezca, será imposible encontrar las Puertas del Alba. En cuanto el sol salga por la mañana, él mismo nos iluminará el camino. Tendréis que volar veloces antes de que la entrada se cierre.

—Y algo me dice que un búho blanco seguirá nuestro vuelo.

Écaroh no contestó, se limitó a bajar la vista de nuevo sobre sus papeles.

*En el mar de Kahar, los piratas waertagis habían encontrado la legendaria isla de Brithos y se*

*disponían a realizar una cruzada contra todos los templos de Dormal. Su flota ya estaba barriendo los mares de barcos enemigos. Su intención era volver a ser los únicos dueños del océano. El mundo estaba cambiando.*

*El mar estaba cambiando.*

*La guerra en los mares.*

Habían pasado muchas semanas desde que partieron de Isla Destino, desde que sobrevolaron los confines de Kahar y las islas de Vormain. Esa noche, en un lugar al que ni el resplandor de la Luna Roja llegaba, el vigía de la nave desde lo alto de la cofa atisbó un resplandor dorado en la línea del horizonte. Desde

algún lugar indeterminado, a los oídos de los marineros llegaban melodías celestiales.

—El canto de Theya, la Melodía del Amanecer. —Quirísofos dejó caer la manzana que había empezado a mordisquear. Aquel trino sólo podía venir de la hija de Yelm, Theya, la diosa del alba.

«La misma Aldrya está cantando». Shen apareció corriendo en la cubierta.

El alboroto que se armó fue grande, pero no podía silenciar las melodías.

—Quirísofos, Jan Paolo me ha sugerido que enjalmemos y ataviemos los halcones. Las Puertas del Alba deben estar próximas. El amanecer se acerca.

—Dispondré ambas aves, majestad.

—Tú prepara a Centella para montarla junto a mi consejero, yo llevaré a las dos hembras sobre la grupa de Pluma Blanca.

—Como ordene.

Quirísofos no mostró el desagrado que le producía tener que montar junto a la lengua viperina del consejero real. Pero lo sintió como un puñetazo en la tripa. No se fiaba de él. El estado de excitación producido por la melodía de Theya se rompió. El buen humor del yelmalita se había estropeado como la leche.



*El celibato de los dos militares yelmalitas asumido al ingresar en la Orden de Yelmalio había potenciado la amistad entre Quirísofos y Cráteros. Sus vidas, sus motivos y su pesar habían sido muy diferentes. Cuando la aldea de Quirísofos desapareció pasto de las llamas, sus seres más queridos, sus familiares y amigos, murieron calcinados agonizando entre fagonazos.*

*Que Quirísofos sobreviviera al incendio fue considerado como un milagro por los sacerdotes del Templo de la Cúpula Solar en cuyos dominios se asentaba la aldea. Lo adoptaron y rebautizaron con un nombre yelmalita: Quirísofos. Durante muchos años no*

*fue conocido por ese nombre sino por un apodo: Devorafuegos.*

*Jamás pudo borrar de su memoria el aroma de los cuerpos carbonizados. Quirísofos juró que nunca volvería a comer carne.*

*Fue cuestión de tiempo que pasara al servicio de la casa Parthenonas, en concreto al servicio de Hiraclís, padre de Cráteros.*

*Hasta el incendio, una infancia tranquila en una aldea de colonos dara happanos alejada de las armas y veneración marcial a Yelmalio, hacía que el odio y la animadversión por los trolls -los ladrones de la Runa del Fuego-, así como la desconfianza y el*

*recelo hacia los salvajes bárbaros orlanthis -los fieles del dios que asesinó a Yelm- no estuvieran en él tan arraigados como en Cráteros.*

El Mariscal se aseguró que tanto Shen como Yun—Xu estuvieran bien sujetas a la grupa de Pluma Blanca. Se veía victorioso, volviendo a Edesia sobre un halcón gigante. Fantaseaba. Había otra idea en su mente, aunque sabía que era absurda e infantil. Si los aldryami y los hombres, algún día, quisieran compartir algo más que luchas y batallas, a él le gustaría compartirlo con Shen. ¿Y por qué no? Era una criatura honesta, inteligente, sensata, bella... Aquello era

absurdo, pertenecían a mundos distintos, pero cada vez le cautivaba más esa utopía. Eso nunca sucedería, era irracional pensar en algo así. Era una aldryani. En la cubierta de aquel barco suspendido sobre las aguas, sus ojos reflejaban su tristeza. Cráteros comprobó las bridas del halcón una vez más, quería apartar esas ideas de su mente. Y otra duda lo asaltó de pronto: ¿y si estaba equivocado? ¿Y si los Tres Soles eran realmente tres orbes dorados? ¿Quizá las armas de Yelmalio? Su escudo dorado, su lanza, su espada...

—Recordad, no miréis directamente a Yelm. —Cráteros ya lo había dicho anteriormente, pero no quería estar

callado—. Contemplad su divinidad sin proteger vuestros ojos mortales y quedaréis ciegos para siempre. ¿Lleváis las vendas para taparos los ojos?

En el eterno mar sobre el que navegaban se abrió una gigantesca boca. Una inmensa sima apareció tragándose las aguas como si hubieran levantado un inmenso tapón, como si un dragón tragase desde las profundidades o una gigantesca hacha hubiese propinado un tajo al fondo marino. El océano rugía. Desde las profundidades, un punto de luz titiló refulgente y comenzó a emerger. El sol aparecía desde el fondo del Infierno.

Amanecía en el extremo oriental del

mundo.

Cráteros tenía que contenerse para no mirar a Yelm. ¡Cómo evitarlo! El padre de Yelmalio estaba a punto de surgir del Infierno. El milagro. Quería verlo. ¿Valdría la pena quemar sus ojos y quedarse ciego? Una parte de su alma le pedía que mirase, la otra le rogaba que no lo hiciera. Ver el sol brotar de las entrañas de la tierra. Ver resucitar a Yelm.

Shen sufría. ¿Era el propio Halamalao quien iba a surgir del fondo del mar? ¿Si lo miraba vería sus ramas de fuego? ¿Su tronco en llamas? La aldryani se agarró fuerte a Yun-Xu, excitada ante la proximidad del milagro.

La luz surgió de las entrañas. Una luz prístina. Pura. Un brillo sin corrosión. El ideal de la luz. Incluso con los ojos cerrados, las vendas puestas sobre el rostro, el albor era tan intenso que más de uno de los marineros del *Guardián del Cielo* quedaría ciego desde ese momento. Quirísofos sintió la luz a través de sus párpados cerrados. Yelm renacía con toda su vehemencia. Su luz era un milagro.

—¡Vamos, gandules, maniobra evasiva!  
—Écaroh increpaba a su tripulación con los ojos protegidos por un pañuelo de tela púrpura.

La trayectoria de Yelm se dirigía directamente hacia el casco de la nave.

La maniobra provocó tal sacudida que la nave se estremeció. Varios miembros de la tripulación estuvieron a punto de ser arrojados por la borda. Los buscadores se asieron con fuerza al correa de los halcones mientras éstos desplegaban sus alas y trataban de no resbalar sobre la cubierta, cada vez más inclinada.

El calor se hizo muy intenso. Cráteros sentía las gotas de sudor correr por su espalda. Las bridas del halcón le resbalaban de las manos. El Rey gritó:

—¡Hay que alcanzar la gruta antes de que se cierre!

—¡Estabilizad la proa! —Écaroh no paraba de gesticular—. ¡Hay que salir de la trayectoria del sol! ¡Dejad eso y



corred a estribor! ¡Ayudad a esos inútiles!

Quirísofos fue el primero en elevarse trasportando al consejero real con él. Apenas podía creer que, a través de aquel abismo, se dirigiría al Infierno. El halcón se agitó en el cielo. El yelmalita contenía la respiración; siempre lo hacía cuando estaba nervioso. Dos lágrimas se escurrían por sus mejillas: ¡estaba volando al lado de Yelm!

—¡Vamos, arriba, arriba! —Cráteros veía alejarse al otro halcón.

El ave del monarca se elevó siguiendo a la de su lugarteniente. Cráteros no podía mover el cuello, lo tenía completamente rígido por la tensión. Podía la divinidad

de Yelm. También su calor. A la vez que una risa histérica se apoderaba de su mandíbula, las lágrimas se agolparon de sus ojos.

El sol abandonó el abismo. La luz de la mañana alcanzaba los confines de los mares del Oriente. Los halcones volaban raudos hacia la caverna; el camino que los conducía al Infierno. Habían sorteado a Yelm con pericia. Se aproximaban a la gruta que devoraba las aguas.

Muchos pies más arriba, el *Guardián del Cielo* había desviado su trayectoria evitando el impacto destructor del sol. No obstante la nave se sacudió convulsa por el rebufo de la estela solar. Las

velas entraron en combustión, inflamadas pese a no haber sido alcanzada directamente por Yelm. Los marineros se movían diligentes para apagar el fuego mediante el uso de ondinas, espíritus de agua, que transportaban en barriles.

—¡Vamos, muchachos! —Écaroh arengaba a su tripulación. Después se dirigió a su contramaestre mostali, Eje de Rotación—: Quiero que suspenda el casco en estado de levitación sobre este punto y espere mi vuelta. Voy a cumplir con los mandatos de mi señor, el Emperador Rojo.

Y sin más palabras, y ante la acostumbrada mirada del enano, el

mercader frotó un amuleto de plata con sus dedos antes de transformarse en un búho de plumas blancas y ojos ambarinos. En cuanto la metamorfosis finalizó, el búho se arrojó en picado tras los grandes halcones. Cuando el ave blanca se introducía por la brecha que había partido el mar, ésta era ya apenas visible. Se cerró tras él.

—¿Has visto eso? —preguntó Shen golpeando la espalda de Cráteros.

—Ahora no, Shen, ¡intento que no nos matemos! —El Mariscal trataba de domar a su asustada montura que, en vuelo picado, caía hacia la oscuridad.

Yun—Xu miraba hacia arriba; al igual

que Shen, había visto algo pequeño y blanquecino colándose por la boca de la cueva antes de que se cerrara. Dana graznó revoloteando sobre su amo; también era consciente del intruso. Jan Paolo no sólo lo había visto, sino que además sabía perfectamente de quién se trataba.

Los halcones descendieron barrenando por el pozo, interminable, rodeados por millones de litros de agua salada, engullidos por la garganta. Cráteros se hizo finalmente con las riendas de su ave. Descendía veloz. La cascada que los rodeaba se fue secando; asomaron las paredes del pozo. La piedra, oscura y brillante, estaba salpicada por los restos ígneos del paso de Yelm.

Hogueras esparcidas que ni las aguas del mar podían apagar; manchas de fuego que salpicaban la gruta iluminando sus tinieblas. ¿Cómo sofocar el poder de Yelm? ¡Imposible! Eran los restos de un dios.

Los halcones bajaron y bajaron, y siguieron bajando por aquel pozo húmedo, oscuro y vertical. El túnel se fue encogiendo. Las paredes de pulida obsidiana desaparecieron bajo gigantescas y retorcidas raíces abrasadas por el paso de Yelm, los restos calcinados de cepas enmarañadas, bulbos y zarcillos. Sin embargo, las raíces parecían renacer con fuerza y, de nuevo, ante los atónitos ojos de los buscadores, las raíces iban

ocupando el lugar de la piedra. Los buscadores siguieron descendiendo, leguas y más leguas, hasta que las gigantescas raíces se entrelazaron de tal manera que bloqueaban el pozo. Los halcones no podían descender más. Cráteros ordenó apearse de las monturas.

—Hemos de dejar aquí los halcones, con ellos no podemos seguir descendiendo. Mañana, al amanecer, encontrarán de nuevo el camino de salida.

—O morirán abrasados cuando el fuego vuelva a atravesar esta jungla. —Shen observaba las raíces abrasadas a su alrededor—. Desde luego que vuestro

Yelm nada tiene que ver con nuestro Halamalao. Su calor no haría esto.

—Las aves no pueden seguir descendiendo. Confiemos en que encuentren la salida.

Los buscadores se equipaban presurosos con los enseres traídos para la expedición. Cráteros se dio cuenta que Shen se había alejado del lugar y que, en un trance somnoliento, parecía musitar algún tipo de susurro a la maraña de raíces retorcidas que la rodeaban.

—Vamos, no te separes. Intentaremos descender entre las raíces.

—¡No me interrumpas! Estoy



escuchando sus lamentos.

—¡Ay! ¡Qué sorpresa! ¡Una plantita que habla! —ironizó Jan Paolo provocando un sentimiento de asco en la aldryani; quien, no obstante, se limitó a mirarlo con desprecio—. ¡Vamos ramita, date prisa, que nos vamos sin regarte!

La emoción había embargado a Shen al palpar aquellos bulbos. Había sentido a Aldrya personificada en la Emperatriz de la Tierra. Para los aldryami, aquéllas eran las raíces sobre las que se sujetaba el mundo, las que compactaban la superficie de Gata, las Seis Tierras. Shen se sintió tan unida con Aldrya... palpaba la simbiosis con la Emperatriz y con Gata. Todo lo que era Shen lo era

Aldrya, y todo se sustentaba sobre Gata. Allí abajo podía escuchar su canción.

No obstante, también percibía miedo. Un inquietante temor oscurecía los susurros. Se asustó.

De pronto la tierra se sacudió bajo los pies de la aldryani. El suelo había temblado. Esto la asustó más aún.

Cráteros observaba nervioso a su alrededor.

—Shen, hay que seguir descendiendo... Y hay que hacerlo ya.

—Bajemos por los senderos que alimentan a Gata.

Y para incredulidad de propios y extraños, una de las grandes raíces

subterráneas se arrastró lenta y pesada, dejando un túnel tras de sí. Luego fue otra raíz, y otra más. Shen caminaba delante, susurrando, acariciando y escuchando. Los buscadores descendían siguiendo los orificios que las raíces dejaban al descubierto.

—¿Hemos de fiarnos del espíritu de los bosques? —Quirísofos mordía una pera—. Son aliados cabales pero... ¿y si ahí abajo no hay aire suficiente para respirar?

—Shen es una criatura maravillosa —Cráteros frunció el ceño—, y nos conducirá por los pasajes más seguros hasta el río Estigia. Ayúdala con la luz rúnica de tu escudo. Yo protegeré a

Yun—Xu. Dana iluminará el mío.

—Majestad, corríjame si me equivoco, ¿pero piensa que volveremos con vida a la superficie? —La voz de Jan Paolo sonó altiva mientras arrancaba sin disimulo un trozo de raíz. Tuvo suerte de que Shen no quisiera ni mirarlo; qué hubiera hecho si lo hubiese visto rompiendo la raíz.

A la aldryani le provocaba un gran amargor escuchar esa voz tan cerca de Gata... En silencio, fue guiando la marcha entre los túneles que dejaban las raíces. Transcurrieron las horas. La pequeña mreli siguió ejerciendo de guía.

La temperatura descendía y un vaho helado apareció con cada entrecortada

respiración. Las ramas relucían bajo una fina capa de escarcha. Los expedicionarios siguieron el descenso. Las raíces fueron dejando su lugar a paredes de piedra helada. El hielo fue recubriendo la caverna. Quirísofos prendió una de las antorchas.

—Cuida que las raíces no sufran la furia del fuego —Shen hablaba a los humanos con más osadía.

—Necesitamos las antorchas para dar descanso a la Runa de la Luz. —Cráteros trató de mostrarse conciliador—. Tendremos cuidado con los tuyos, como siempre hemos hecho, pero dejaremos que sea el fuego el que nos ilumine, y no el poder de Yelmalio.

Cráteros quería dar descanso a Dana; la fuerza del ave que le ayudaba a dominar la energía mágica de las runas estaba agotada.

*Dana era un vrok, cuerpo de halcón y alma yelmalita; un ave «despertada» para servir a Yelmalio y unida espiritualmente a uno de sus fieles.*

Quirísofos encabezaba la expedición. Después de la primera antorcha, vino otra, y otras más. Siguieron durante horas, muchas, deteniéndose sólo para reponer fuerzas.

El clima se fue templando y las raíces volvieron a aparecer entre los hielos.

El grupo descansaba. Cráteros se encontraba haciendo guardia. Shen

estaba despierta junto a él, susurraba a un racimo de raíces sobre el que descansaba. Se habían detenido en una encrucijada donde confluían varias cavernas. El Mariscal no recordaba si aquella parada era la cuarta o la quinta.

Un pesado ruido metálico resonó lejano. Una marcha lenta y chirriante.

—Levanta a los otros, no quiero que nada nos coja desprevenidos.

Cráteros recogió una antorcha en una mano y, con *Colmillo Dorado* en la otra, se alejó hacia el mayor túnel del que provenían los ruidos. Shen se apresuró a obedecer lo que le había mandado. Sin embargo Quirísofos ya tenía los ojos abiertos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué son esos ruidos?

—Eso es lo que me propongo averiguar

—Cráteros se asomaba por la boca del túnel.

—Pues permítame sugerirle que deje aquí esa antorcha, no sean los ruidos los que lo cojan desprevenido a usted. En la oscuridad es más fácil merodear. Ya no nos quedan tantas teas y esa luz será más útil aquí, mientras levantamos el campamento.

Cráteros lanzó el fuego junto a su lugarteniente. Desapareció en la oscuridad.

El resto de miembros de la expedición empezó a recoger el campamento.



Shen ayudaba a levantarse a Yun—Xu cuando Quirísofos se arrodilló junto a ellas.

—Prepárate, hay algo que nos está observando desde la boca de aquel túnel.

—Hay que salir de aquí cuanto antes. Antes me pareció ver algo raro, pero no estaba segura... cuando paramos la última vez

—Pues nos ha venido siguiendo. Levantaré al cónsul, debemos marcharnos ya.

Los buscadores se alejaron por el túnel por el que había usado Cráteros. No tardaron en hallarlo un poco más adelante.

—Cráteros, una criatura nos sigue desde que acampamos. —Shen resoplaba.

—No hagáis ruido, hay un batallón troll —el monarca se llevó un dedo a los labios—. Han acampado más adelante. Debe haber veinte o treinta, no estoy seguro. Van bien pertrechados, armados para la batalla. Apestan a las huestes de Zorak Zoran. El hedor a escoria es inconfundible. Por ese túnel no podemos pasar.

—¿Y la criatura que nos sigue? ¿Será otro troll? —preguntó Shen.

—No lo creo, sus ojos no eran los de un troll. —contestó Quirísofos.

—Tiene razón, yo también lo he visto. —El Mariscal asentía—. No quise

alarmaros pero nos lleva siguiendo, por lo menos, desde hace dos o tres paradas.

—O incluso desde antes —apostilló Jan Paolo—. Creo que desde que dejamos a los halcones. Nos viene siguiendo desde muy arriba. Manteneos alerta.

Una repentina sacudida hizo temblar la cueva. El polvo inundó el aire de partículas y pequeñas piedras de roca y hielo se desprendieron del techo.

—Hay que seguir —apremió Cráteros—, pero por este túnel es imposible.

—Majestad —sonrió Jan Paolo— si me lo permitís, y puesto que tan próximos estamos a una partida de sucios troll, quizá yo podría provocar un derrumbamiento en el corredor para

asegurarnos que no nos cruzaremos con ellos más adelante.

—Sabe el refulgente Yelmalio que mi mayor deseo sería acabar con las miserables vidas de esos siervos de la oscuridad; el odio que me producen es sólo comparable con la repulsa que siento hacia la Mancha del Caos. Aun así, estamos en sus dominios y más nos vale ser precavidos y discretos, pasar desapercibidos y salir de este lugar en busca cuanto antes.

—Si los sepulto bajo toneladas de piedra, esos demonios dejarán de respirar.

—He dicho que no, Jan Paolo. Volvamos a la encrucijada y sigamos

nuestra marcha. Pero bien saben los dioses que si nos los encontramos más adelante...

—Los votos de un yelmalita son más sagrados que su propia vida. Eso me enseñó su padre, el rey Hiraclís. Creo que si deja vivir a esos trolls, no estará cumpliendo con los suyos.

El Mariscal no esperaba aquellas frases de Quirísofos. Las sintió como una puñalada. ¿Por qué arremetía contra él? ¿Porque faltaba a sus votos? ¿Estaba faltando realmente? ¿Tendría razón?

—Quirísofos, ahora hay una prioridad mucho más importante que matar uz: llegar a la guarida de Arachne Solara. Es una responsabilidad mayor que

cualesquier voto que hubiésemos jurado nunca. Debemos continuar. Shen, busca un camino alternativo entre las raíces.

Y a la aldryani no le fue complicado hallar recónditos pasajes. Los bulbos se abrían furtivos dejándola paso junto a su cortejo. Por aquellos pasadizos evitarían a las oscuras hordas uz. Racimos de hongos crecían amontonados.

Gateando de nuevo por un angosto pasadizo, y aplastando unos hongos bajo las rodillas, Jan Paolo volvió a insistir en la idea de acabar con los uz.

—Si me permitiese sepultar a los trolls, y créame que soy capaz de eso y mucho más, no sólo evitaríamos encontrarlos

más adelante, sino que además impediríamos que otros de los suyos atravesasen ese túnel y nos sigan...

—Está bien —admitió finalmente el monarca cuando su consejero apoyó la mano en su hombro—. Quirísofos, prepara las viandas. Descansaremos aquí. Y tú, Jan Paolo, el Molesto, retrocede por el túnel y acaba con esos babosos. Por el brillante Yelmalio. Esperaremos a tu regreso, ocultos en este pasadizo, no voy a poner en peligro la vida de nadie.

El antiguo cónsul lunar desapareció reptando entre hongos.

Écaroh, el mercader y capitán del

*Guardián del Cielo*, se metamorfoseó de búho blanco a rollizo humano en medio del campamento troll. La sorpresa fue tal que los uz no lo mataron de inmediato como hubiese sido la norma con cualquier intruso.

La magia era poderosa en alguien que transmutaba de ave a humano.

Más de una veintena de trolls se apresuraron a rodearlo esgrimiendo sus armas con hostilidad expectante, resoplando y gruñendo, enseñando los dientes, golpeando las armas contra el suelo. Prácticamente todos eran de la subespecie «uzko» («la gente dolorida» en su propio vocablo, o «troll negro» para el resto de razas), así como algún



«uzdo» («gente grande» para ellos, o «gran troll» para los hombres). Tres escarabajos gigantes estaban amarrados con correas. El mercader humano lejos de amedrentarse, se colocó sus anteojos, se irguió con su pose más altiva y se dirigió a ellos:

—Hoy es vuestro día de suerte. Tenéis los hados de cara si he dado con vosotros. Estoy aquí para haceros una propuesta que no podéis rechazar. Estoy a punto de encontrar una fuente de inmenso poder que no puedo acarrear solo. Necesito ayuda de la gente más fuerte. ¿Quién guía la expedición? Quiero parlamentar con vuestra líder.

Écaroh no desatinó sus palabras; era

consciente de que, aunque de un batallón de Zorak Zoran se trataba, una sacerdotisa de Kyger Litor ordenaría a los machos (en la sociedad troll solía ser la pauta). Sin embargo, semejante galimatías no significaba nada para muchos de ellos, enormes guerreros, pero desconocedores de cualquier idioma que no fuera el suyo propio: la lengua oscura. ¿Qué diablos decía el pájaro que se había transformado en hombre? ¿A qué sabía su carne? ¿A pájaro o a hombre? ¿Lo calentarían o se lo comerían crudo?

Sin perder de vista al hombre, y golpeando el suelo con sus armas, los machos dejaron paso a su señora. El saludo de la sacerdotisa fue violento,

agresivo; marcaba territorio. Empujó al humano y lo miró enseñándole los colmillos. Écaroh lo interpretó como una buena señal. Si la hembra no hubiese estado interesada en sus palabras ya lo estaría devorando. El mercader pudo oler perfectamente el pútrido aliento de la uz cuando le habló en idioma comercial:

—Dime qué es lo que quieres y por qué motivo no debo devorarte aquí mismo.

*Al poseer un vello espeso por la mayoría de su cuerpo, la lengua era el órgano encargado de regular el calor corporal de los trolls; algo similar a cómo funciona en los perros. Y así les*

*huele el aliento.*

—Estoy en misión especial, en nombre del Emperador Rojo en su Novena reencarnación, Hijo de la Luna Roja y Gobernador del Mundo.

—No me interesa, devoradlo ahora mismo.

—Ey, ey, ey, espera, no pierdas tu tiempo conmigo. Estoy aquí porque ando buscando un antiquísimo tesoro del tiempo de la Gran Oscuridad. He pensado que unos trolls tan poderosos como vosotros también estaríais interesados.

—¿Y por qué ibas a querer compartir

semejante tesoro con nosotros?

—Bueno, yo sólo no puedo alcanzarlo, necesito unos aliados poderosos. Sabed que de donde vengo, los trolls de la Meseta de la Luna Azul colaboran con el Emperador Rojo...

Quizá fue la charlatanería de Écaroh, quizá que los trolls acababan de cenar por segunda vez, pero algo salvó al mercader de morir allí mismo. Por lo menos había conseguido que los trolls lo escuchasen.

—Si me escoltáis, os guiaré hasta las reliquias.

—No tenemos tiempo de escoltarte a ningún lugar. Tenemos nuestros propios asuntos que atender. Si no quieres que te

devoremos aquí y ahora, márchate. No nos hagas perder más el tiempo.

—No es sólo un tesoro, es algo muy importante, algo muy poderoso. ¿Y si os digo que podemos acabar con la vida de todos los elfos?

—¿Todos los elfos muertos? Eres gracioso, quizá no te matemos por el momento, pero no nos tientes. Es una pena que tengamos otra misión que ejecutar. Márchate mientras te damos la oportunidad, nunca dejamos a nadie transitar por nuestros dominios. Ahora tenemos que aplastar a unos malditos *enlos* insurrectos.

Écaroh pudo percibir un cierto deje de vergüenza en el tono que usó la

sacerdotisa. «Así que unos en los insurrectos», pensó. También captaba la peste de su aliento, pocas cosas olían peor que la tibia lengua de un troll.

—De acuerdo, me parece bien. Yo puedo ayudaros con los trollkins y después vosotros me ayudaréis a atravesar vuestro reino hasta el tesoro.

—Yo no he hecho ningún trato contigo, sólo digo que no te devoraremos de momento. Márchate mientras puedas. Nosotros vamos a por los *enlos*.

—Tampoco será para tanto, vamos. ¿Qué habrán hecho esos pobres?

—¿Que qué habrán hecho? ¡Nosotros que les dimos la oportunidad de trabajar honradamente en lugar de ser comida!

¡Así nos lo pagan! Robándonos nuestra propia mina voralana. Vamos a hacer que se arrepientan.

—¿Una mina? ¿Voralana, qué es eso? ¿Un tipo de piedra preciosa?

—Pero qué idiotas son los humanos. Estoy hablando de hongos y setas. ¡Desaparece antes de que me canse de ti y te engulla!

Escondido, un invisible Jan Paolo había pasado desapercibido, incluso para los agudos sentidos que guiaban a los trolls en completa oscuridad, observando la escena, encubierto en su escondite.

—De acuerdo, tú ganas —asintió Écaroh—, yo me encargaré de hacer desaparecer a los trollkins y luego os



daré la oportunidad de acompañarme en mi búsqueda. ¡Yo solo no podría conseguir el tesoro! ¡Qué suerte tengo de que me ayudéis!

—¡Me tomas por idiota! ¡Desaparece de mi presencia! —Justo cuando la sacerdotisa uz se disponía a rugir, un repentino pensamiento cambió su parecer—: ¡Eh! Espera un momento, se me ocurre algo. Irás hasta la mina y avisarás a esos malnacidos. Que sepan que su muerte se aproxima. Que no haremos prisioneros. ¡Sufrirán sólo de pensar que estamos llegando!

—De acuerdo, los haré desaparecer sin hacer un solo prisionero —gritó el mercader a los trolls desde la oscuridad

total del corredor.

A esas alturas de la conversación, el mimetizado en la negrura Jan Paolo volvía, sin hacer un solo ruido, junto al resto de buscadores.

Écaroh también había desaparecido en dirección a la mina voralana.

Jan Paolo, el antiguo misionero de la Luna Roja, no mentó nada concerniente a Écaroh. Simplemente se limitó a explicar lo que había descubierto en voz de los trolls.

—¿Estamos en una mina de hongos? — repitió un sorprendido Cráteros.

—Debemos estar cerca. Los trolls

decían que había trollkins trabajando.

—*Mee Voralá* —susurró Shen muy lentamente.

—Escuché decir a los trolls que venían en busca de una mina de hongos. Dijeron que los esclavos trollkins se habían sublevado. El batallón de castigo se dirige hacia aquí. No pude sepultarlos, su magia es poderosa.

—¡Quirísofos! —Cráteros caminaba con un fuerte dolor en la espalda debido a la tensión—. Hay que alejarse de este lugar. Esto es una apestosa mina trollkin.

—No es una mina —apuntó Shen—, es una plantación voralana.

—Llámalo como quieras, pero el barro

se encuentra plagado de huellas de trollkins —Quirísofos avanzaba con la tea en una mano y la espada en la otra.

Cráteros ordenó a Quirísofos que liderara la comitiva. El yelmalita era buen explorador y, como tal, avanzaría evitando los túneles y corredores donde las huellas de trolls y trollkins abundaran en mayor medida. El yelmalita se adelantó al grupo. Los demás buscadores siguieron sus pasos con cautela, sin penetrar en un pasadizo hasta que lo hubiera explorado. Caminaban por pasadizos cada vez más enfangados y plagados de hongos. El barro les subía por las pantorrillas. Pronto marcharon chapoteando entre charcos de lodo, rodeados del incómodo

frío subterráneo y los apelmazados montones de hongos que crecían aquí y allá de manera aleatoria. Quirísofos seguía adelantado. Cráteros protegía en su regazo a la pequeña Yun–Xu. Shen no quería caminar junto a Jan Paolo, el cónsul lunar la ponía tan nerviosa. Tras doblar un recodo, la aldryani se adelantó alejándose de los demás. Cráteros la llamó.

Encontraron a Shen junto a unos grandes ejemplares de amanita. La aldryani acariciaba las setas a la vez que susurraba palabras con suavidad. Cráteros se acercó dejando a Yun–Xu con Jan Paolo. Shen estuvo un tiempo palpando las caperuzas de los grandes hongos, murmurando a los tallos,

balanceándose con ellos.

La aldryani hizo un gesto al Mariscal para que se detuviera.

—Los humanos los asustan —murmuró casi imperceptiblemente—, pero los he convencido de que vosotros no sois violentos. Son voralanos, mis parientes de las profundidades. Están huyendo de los trolls.

Cráteros depositó con lentitud sus armas en el suelo. Estiró los brazos en señal de paz. Se aproximó con pasos cortos hacia los ¿elfos? Parecían auténticos hongos del tamaño de niños humanos. Temblaban.

—No queremos haceros daño. Sólo estamos buscando el camino del...

Shen tradujo las palabras del Mariscal a los voralanos, llamados «elfos negros» en las leyendas de los hombres.

—Huyen de la plantación donde eran esclavos de los trolls. Cultivaban hongos gigantes. Uno de los recolectores troll, creo que se refiere a un trollkin, mató a uno de los trolls grandes. Los trollkins se rebelaron junto a su compañero. La mayoría de los voralanos han huido durante la revuelta; están buscando un lugar seguro a más profundidad, un lugar donde establecer una nueva colonia y fertilizar una plantación lejos de los trolls.

—Pregúntales si conocen el río Estigia —instó el Mariscal—. Diles que

estaremos siempre agradecidos si nos conducen a ese lugar.

—Naturalmente que lo conocen. Conocen todas las charcas y lagos del Inframundo. Los voralanos conocen cualquier lugar lo suficientemente húmedo como para que crezcan hongos en abundancia.

Los viajeros llegaron a un acuerdo con los elfos negros. Los escoltarían en su búsqueda de un nuevo hogar, a cambio de que los elfos los guiaran hacia el río que separaba el reino donde reposaban los muertos del mundo de los vivos.

Los buscadores continuaron la marcha entre una docena de seres que más



parecían grandes setas con patas que familiares lejanos de Shen. Se alejaron de las plantaciones donde los voralanos habían vivido recogiendo setas para los trolls. Transitaron senderos que sólo ellos, los hijos de Mee Voralá, y ni siquiera los trolls, conocían.

Cráteros volvía a tener frío. El vaho de su respiración se condensaba con rapidez. El camino se había vuelto más embarrado y el Mariscal hundía sus piernas hasta las rodillas con cada paso. Y con cada paso, un resoplido. Cada vez era más difícil transitar por un barrizal que se empeñaba en robarle las sandalias.

El suelo se agitó de nuevo. Vibró.

Cráteros temió que el techo se derrumbara.

*En la superficie, en el bosque de Arstola, las semillas del Árbol Extinto habían germinado ya. Los aldryami marchaban hacia el exterior de sus dominios, preparados para la batalla. La Repoblación había comenzado.*

—Dicen que el agua que separa a los muertos de los vivos no se encuentra lejos —anunció Shen.

Jan Paolo observaba a los elfos negros de los que hasta entonces pensaba que eran sólo leyendas y cuentos. Del hatillo

que guardaba bajo la túnica extrajo un bote con los restos secos de unos champiñones que había llevado consigo desde la lejana Sartar. Mostró un racimo de estos hongos conocidos como «mesitas de sapo» a uno de los voralanos. La asustadiza criatura se sobresaltó, pero tras contemplar minuciosamente, primero al humano y luego a los hongos, los cogió con cuidado. Jan Paolo dejó la mano extendida y una gran sonrisa en el rostro. Tras otro instante de duda, el elfo negro acercó un ramillete de pequeñas setas sonrosadas.

Jan Paolo había establecido su primer trueque comercial con elfos negros.

El búho blanco había sobrevolado la empalizada que los trollkins habían construido para proteger la mina. Los *enlos*, que así es como les gustaba llamarse en su propio idioma, se habían esmerado en fortificar el lugar con parapetos de madera. Habían cavado fosos y los habían rellenado con estacas afiladas. Se apresuraban en amontonar piedras como munición para sus hondas. A todas luces, tan baldío esfuerzo iba a resultar insuficiente para frenar la arrolladora máquina de sembrar cadáveres que se aproximaba. Écaroh sintió lástima por los trollkins. Se fijó en sus rostros mientras trabajaban babeantes y bobalicones. El mercader se

percató de una cuadrilla que dirigía las operaciones. Sin duda, eran los cabecillas. Al menos, su expresión era menos papanatas y su mirada no se perdía en el infinito debido a la escasez de intelecto. ¿Cuál de estos cuatro se habría atrevido a matar a un troll negro? Sabía que el sentido oscuro de los trollkins era menos preciso que el que usaban los trolls o el de los murciélagos para moverse en la oscuridad; aun así, Écaroh se escondió antes de alzar la voz con una letanía que parecía traída por un oscuro mesías.

—¡Habéis desatado la ira de vuestros amos! ¡Abandonad la mina si apreciáis vuestras míseras vidas! ¡Jamás les podréis hacer frente! ¡Abandonad la

mina o moriréis!

Aquella llamada provocó una estampida. Muchos de los trollkins comenzaron a sollozar, a gritar despavoridos, a rogar piedad a Xiola Umbar y a estremecerse entre alaridos. Muchos comenzaron a correr despavoridos, dejando cuanto estaban haciendo y pasando por encima de los que caían. Sólo los cuatro de mirada más aguda mantenían la compostura buscando al intruso invisible entre las sombras.

—¿Quién habla? ¿Dónde estás? Muéstrate.

—Soy amigo y sólo he venido a

avisaros: abandonad la mina y salvaréis la vida.

Los demás trollkins corrían en todas direcciones sembrando un auténtico caos.

—¿Eres un enviado de Kaz, el Feo? ¿Un mercenario? ¿Has venido para ayudarnos? No nos iremos de aquí. Lucharemos. Éste es nuestro hogar.

—Nadie puede ayudaros. ¡Salid de aquí antes de que lleguen!

Écaroh se percató de que la masa de trollkins huía despavorida por todos los túneles excepto por un pozo que había cavado en el suelo; era el único pasadizo que seguía en silencio. Con paso lento y aplomado, el mercader se

personó frente a los cuatro cabecillas, sin quitar ojo del corredor oscuro.

—No soy ningún mercenario ni vengo de parte de nadie, sólo os advierto que los amos vienen a destrozaros. Por cierto, ¿qué hay en ese túnel?

—Es un pozo negro, un hogar de espíritus que está prohibido pisar.

—Qué suerte que no estén los amos. Ahora podéis ayudarme a explorarlo.

Écaroh volvió en solitario del pozo. No había rastro de los cuatro trollkins que lo habían acompañado.

El mercader regresó después al campamento troll justo cuando el



batallón se disponía a asaltar la mina. La sacerdotisa gruñó al detectar la presencia del humano.

—¿Otra vez tú, Pocopelo? Tu presencia es irritante como la luz del sol. ¿No te dije que no eres bienvenido en nuestras tierras?

—Señora sacerdotisa, he cumplido mi parte del trato y he limpiado la mina de esos trollkins indeseables que os habían desafiado. Ahora es vuestro turno de acompañarme hacia el Inframundo a por las reliquias divinas.

—¿Pero qué dices? ¿Dónde están los sublevados de la mina?

—Los he hecho desaparecer. He cumplido mi trato, ya tenéis vuestra

mina.

—Deja de hablar de un trato que no existe, Comidablanda. No te ayudaremos a conseguir ningún tesoro. Nosotros no fuimos enviados a recuperar la mina, sino a disciplinar a los esclavos. Estamos aquí para arrancarles las tripas, despellejarlos y hacerlos sufrir como a elfos. ¡Masticarlos como a piedras! Queremos apercibirles de su error. Ahora dime, ¿dónde están los enlos?

—La mina está desierta, es vuestra. Ahora, acompañadme por el tesoro.

—Nuestro batallón está sediento, Cagaelfos. ¿Qué sangre beberemos ahora? ¿La tuya? No queremos la mina, sino aplastar a los enlos

desagradecidos.

—No entiendes lo que te estoy ofreciendo. ¡Acompáñame a encontrar una fuente de poder divino! El poder que necesitáis para exterminar de una vez por todas a los elfos, para esquilmar sus bosques y para hacer que el sol se apague y nunca más vuelva a quemar vuestra piel. ¡No seas una idiota presuntuosa y sígueme!

—¿Cómo? ¡Me insultas en mi propio reino! ¡Matadlo! ¡Acabad con el humano! ¡No tengáis piedad!

Antes de que la enfurecida sacerdotisa troll terminara sus maldiciones e invocara toda la ira de Zorak Zoran y el poder de Kyger Litor, el mercader

humano ya había transmutado en ave intentando alejarse; sin embargo, no contaba con el portentoso tino de los uz con la honda. Incluso en completa oscuridad, la precisión de la pedrada fue tal que el mercader, o mejor dicho, el búho, dio con sus huesos y plumas en el suelo. El proyectil había impactado con violencia en un ala. Los trolls corrieron como depredadores hacia el ave caída. Écaroh no contaba con aquello. Su corazón bombeaba sangre con estrépito, latía con fuerza desbocada, caballos al galope. Justo antes de que un tremendo garrotazo se estampara a su lado, el ave recuperó el vuelo y se alejó como pájaro que persigue el diablo, el diablo Zorak

Zoran en este caso.

—Tienen miedo de seguir —anunció Shen al resto de la compañía cuando ningún voralano se atrevió a dar un paso más—. Dicen haber descendido lo suficiente como para que ni los trolls los molesten. Aseguran que el agua de los muertos está a menos de una jornada de camino, bajando por ese túnel. Cráteros, no podemos pedirles que continúen.

—¿Y de qué tienen miedo? —El Mariscal observaba el embarrado corredor.

—Es el Camino de los Muertos. Su diosa, Mee Voralá, espera allí abajo para llevarse a los vivos junto a los

muertos.

—Entonces, ése es nuestro camino. Diles que estamos muy agradecidos. Han sido unos magníficos guías.

Y a partir de aquel punto, la comitiva de cinco buscadores continuó en solitario. Si los voralanos estaban en lo cierto y el río Estigia se encontraba a menos de una jornada, no tardarían en encontrarse en sus orillas.

Cuando la última antorcha se consumió, los yelmalitas volvieron a rogar a Yelmalio por el poder de la Runa de la Luz, para que iluminara su camino.

Los buscadores llevaban horas descendiendo, a Jan Paolo le parecían días. No dejaba de jadear, embarrado,

mientras su tripa rugía pidiendo alimento.

Empezaron los siseos, los suspiros, los ruidos ocultos, desconcertantes, intangibles como ilusiones, como engaños del oído. Al principio Jan Paolo pensaba que sólo eran alucinaciones causadas por el agotamiento, por las escasas horas de sueño, pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocados. Los susurros se convirtieron en murmullos y quejidos. Habían encontrado el camino correcto al Infierno y los muertos los llamaban. Estaban en la senda que las almas

utilizaban para dejar la superficie del mundo, del mundo de los vivos. Aparecieron las primeras sombras reflejadas en la luz de los escudos, fugaces destellos, danzantes parpadeos que se desvanecían de inmediato. Los difuntos estaban allí. Hedía a muerte. Las voces ululaban cada vez más nítidas. Las sombras dejaban de ser trémulas y cobraban la forma de los cuerpos que habían dejado atrás. Ellos estaban allí, podían sentirlos.

—Es el calor de los vivos lo que les atrae —balbuceó Jan Paolo—, cualquier estudio de nigromancia lo atestigua. Es nuestro calor.

—Acercaos a mí y no os separéis —



Cráteros acogió a Yun–Xu entre sus brazos, pero Shen se zafó del abrazo. Allí no estaba segura. Sus ojos plateados, acostumbrados a las sombras, distinguían siluetas que lentamente se acercaban. No podía asegurar si caminaban de frente o de espaldas; si eran mreli, vronkali o de otra raza; si simplemente atravesaban el túnel o se acercaban a ella.

—¡Qué vengan a por mí! —La voz de Quirísofos resonó con fuerza tras ella—. Todavía no estoy dispuesto a irme con ellos.

El yelmalita se había desprendido de la toga de lino que le protegía del frío subterráneo. La había rajado en dos

mitades. Con el asta de su jabalina partida por la mitad improvisó dos antorchas. Las sombras se acercaban lentamente. Quirísofos prendió la poca yesca que aún guardaba y encendió las antorchas.

Elevó ambos fuegos sobre su cabeza. El corredor que descendía al río Estigia estaba atestado de almas. Quirísofos no podía decir si eran espíritus translúcidos, ánimas volátiles como el humo o cadáveres de carne y hueso, cuerpos reanimados. La visión era espantosa, cientos de muertos descendiendo en silenciosa peregrinación. Rostros pálidos y amarillentos, bocas desdentadas, oscuras y vacías cuencas oculares, pútrida y

tumefacta carne desprendida, uñas y dentaduras ennegrecidas... La mayoría de los muertos caminaba de espaldas, avanzando lentamente hacia ellos.

Jan Paolo reunió el valor suficiente para mirar a qué se enfrentaba. Una brillante idea, leída en algún viejo manuscrito, le había venido a la cabeza. Se lanzó al barro y comenzó a revolcarse como un puerco, como si fuera una rebanada de pan y el barro fuera la miel para el desayuno. El antiguo diplomático del Imperio Lunar no tardó en estar completamente embadurnado de lodo.

Cráteros imitó a su hombre de confianza. Su amigo Jan Paolo siempre sabía lo que hacía. Sin duda esto serviría para

librarse de los demonios. El rey yelmalita arrastró con él a las dos hembras. Sólo Quirísofos se quedó en pie, con sus antorchas, expectante. El lugarteniente del Rey tenía su propio plan, pero ¿y si no funcionaba?

Mientras los buscadores se cubrían completamente de barro, él se acercó al más próximo de los muertos. ¿De qué estás hecho? ¿Eres un espectro, o un cadáver reanimado mediante brujería? Tembloroso, el yelmalita acercó los nudillos de una de sus manos a la horrible espalda. ¿Carne pútrida o volátil humo? Antes de llegar a rozarlo, recibió una potente descarga. Fue una sensación como ninguna otra anterior. Fue un soplo de calor y frío

concentrado, un segundo abrasador que al instante lo dejó entumecido, una descarga indescriptible y electrizante. Soltó la antorcha. La tea se apagó al ser engullida por el barro. El brazo se le había dormido hasta el codo. La descarga había sido una sensación ignota, pero el cosquilleo que le vino después le resultó conocido, similar a la sensación de haberse quedado dormido sobre un brazo y, al despertar, no poder moverlo. Salió corriendo, evitando tocar los cuerpos de los muertos que se arremolinaban en torno a él como los buitres a la carroña. Se alejó cerca de cuarenta zancadas. Atraídos por el calor de su cuerpo, o algún otro oscuro magnetismo, las decenas de cadáveres

se encaminaron hacia él. ¡Los estaba atrayendo! ¡Los estaba alejando de sus compañeros! Clavó la antorcha que le quedaba en el barro y, sin esperar un instante más, se cubrió de lodo. Esperó un instante hundido por completo. Cuando salió a respirar, parecía que los muertos se habían olvidado de él.

La procesión muda seguía su triste descenso hacia el río.

El flujo de almas era constante. Los buscadores, embarrados, parecían haberse vuelto invisibles. Quirísofos regresaba junto al resto de buscadores cuando una voz hizo que parase. Sobre un promontorio de roca una figura berreaba con estridencia.

—¡Al fin os encuentro! Ha sido un camino muy...

—¿Cómo has llegado hasta aquí? — Quirísofos fruncía el ceño.

—Sabía que te preguntarías qué hago aquí. Bueno, pues he venido a socorreros —aseguró Écaroh sonriente.

—Pero la caída desde el cielo, el descenso por el Inframundo...— Cráteros dejó a las dos muchachas cubiertas de barro, ahora que los muertos se habían olvidado de ellos, y se acercó a la roca—. ¿Cómo nos has encontrado? ¿Cómo has sobrevivido?

—Digamos que tengo mis recursos aparte de una magnífica nave voladora. Yelmalio no es el único que vela por sus

fieles.

—Explícate —amenazó el Rey mientras trepaba a la piedra.

—No iba a dejar que os lanzarais desde mi nave a un agujero tan peligroso y abandonaros sin más.

—¡Me tomas el pelo! —El grito del Mariscal llenó de saliva la cara del mercader. Quirísofos, subido también en la roca, sujetó al monarca por un brazo.

—¿Cómo sabemos que es quién dice ser y no una trampa del Inframundo?

—¿Y cómo consiguió descender detrás de nuestros halcones? —añadió Shen.

El Rey zarandeó al mercader por las solapas de su caro chaleco.



El enjambre de muertos los rodeaban. El mercader se trastabillaba al hablar.

—¿Y si os digo que hay un escuadrón troll que os pisa los talones? Vienen siguiendo vuestra pista. Quizá sea mejor alejarse de aquí antes de que nos alcancen.

—No creo que los trolls nos hayan podido seguir. —Cráteros echó una mirada alrededor y sólo vio las espaldas de los muertos cada vez más próximas—. Pero en algo tienes razón, hemos de seguir descendiendo antes de que los muertos nos alcancen.

—No debemos perder más tiempo. —La voz de Jan Paolo sonó apremiante—. Alejémonos de aquí cuanto antes. Ya

escucharemos después sus explicaciones.

—De acuerdo. —El Rey confiaba en las palabras de su consejero—. Cúbrete de barro si no quieres atraer a los muertos como el polen a las abejas.

Solamente Jan Paolo sabía que Écaroh había mentido. El consejero del Rey lo había visto negociar con los trolls; pero no lo delataría, por lo menos, de momento. No lo haría hasta saber qué se proponía. El mercader podría llegar a ser un aliado valioso.

Los buscadores, seis ahora, descendieron empapados en lodo, evitando tocar a cualquier muerto,

bajando por aquel río de barro fresco que les llegaba por las rodillas.

La aldryani no se había quedado convencida con las explicaciones de Écaroh. Ante su insistencia sobre si el mercader pudiese ser un engaño del inframundo, el Rey se acercó de nuevo al mercader:

—Tenemos una larga caminata por delante. ¿Vas a contarnos cómo llegaste a encontrarnos? ¿De qué manera pudiste seguir el vuelo de los halcones?

—Ya sabe, Majestad, que los elfos son seres desconfiados.

—La aldryani no es la única que se pregunta por ello. ¿Cómo has llegado aquí?

—Etyries, Majestad, la Mensajera de la Luna Roja y Diosa de los Comerciantes, no sólo dota a sus fieles con la capacidad de vigilar senderos o intercambiar conjuros, también nos facilita mecanismos para llegar a los lugares más recónditos.

—No me hables con enigmas, mercader, si quieres salir vivo de aquí.  
—Los músculos del Mariscal estaban tensos; sus nervios, crispados.

—Debe creerle —intervino Jan Paolo posando una mano en el hombro del Rey—. En otro momento yo mismo le enseñaré las ventajas comerciales que proporciona Etyries con respecto a otros dioses, como Issaries. Ahora relájese y

continuemos la marcha. No es momento de desconfianza.

El Rey se relajó al contacto de su consejero. Shen maldijo su falta de reflejos, esta vez no había podido evitar que Jan Paolo manipulara la voluntad de Cráteros. Pero ni siquiera ella se encontraba ahora con fuerza para discutir al cónsul.

Y así, en silencio, continuaron expectantes el camino hasta el Estigia.

Sin embargo, el Estigia no resultó ser un río sino una charca, una laguna subterránea de aguas fangosas y olor deleznable, miasmas de azufre y sulfatos. Era una poza oscura y triste donde iban a parar tanto los barros

como los muertos.

Imantados por un magnetismo sobrenatural, centenares de cuerpos se arremolinaban en torno a la charca que ejercía como epicentro, como vórtice de una enorme atracción gravitacional. Un enjambre en un panal. Los muertos se amontonaban esperando a que los condujeran al Otro Lado, a la Tierra Eterna. Pero aquello era una charca y no un río. ¿Dónde estaba la otra orilla? ¿Dónde estaba el Otro Lado? ¿Cómo dejarían las almas el subsuelo para entrar en el Inframundo?

Evitando tocar a ningún muerto, los buscadores se abrieron paso hasta las orillas.

*Los hijos del viento habían vuelto a repoblar las cumbres de las Montañas Petrificadas. Estaban dispuestos a recuperar todos los territorios que consideraban suyos, bosques aldryami incluidos. Al sur de allí, muy cerca del Condado de la Cúpula Solar de Sartar, centauros, minotauros y faunos danzaban alocadamente en el Valle de las Bestias al compás de la invocación que les devolvería el poder a sus héroes. Los hombres bestia también estaban preparados para la guerra.*

—¿Cómo haremos que venga el Barquero? —Cráteros evitaba tocar

ningún cadáver—. Sólo el Barquero puede atravesar el Estigia.

—Paciencia, hijo. —Aquella voz había sido demasiado familiar—. El Barquero llegará cuando las *danaides* rellenen su tonel agujereado.

Cráteros no daba crédito a sus oídos. Abrió la boca. Tras él, con la coraza brillante y el rostro sonriente, el Mariscal contempló a su padre, Hiraclís. Aquello no era posible. Cráteros buscó con una rápida ojeada a Quirísofos o a Jan Paolo. Sin embargo, se encontraba solo, no veía a ninguno de sus compañeros entre las centenas de muertos.

—Esto no puede ser cierto, ¿qué encanto



o maldición me has lanzado?

—Hijo mío, soy real. Tú me enterraste y por eso es ahora cuando he encontrado el camino, después de vagar durante veinte años como un alma en pena. El funeral que me diste me ha dado la vida eterna. Toma algunas de las monedas mortuorias que me dejaste. El Barquero os las pedirá para cruzar al Otro Lado.

Cráteros dudó un instante ante el ofrecimiento de su padre. ¿Sería en realidad el alma de su progenitor? ¿O un demonio invocado para arrastrarle al fracaso? El veterano templario yelmalita pensó en la manera de hallar una respuesta.

—Dime padre, y no me malinterpretes

pues es la manera de estar seguros y no errar en nuestra misión: revélame un secreto que sólo tú y yo compartamos.

El espíritu suspiró.

—Hijo, extiende los brazos. ¿Ves las cicatrices en los codos? Te las hiciste al caer de un halcón cuando yo te enseñaba a montar. Seis años contabas. ¿Y ese costurón? Te lo hicieron en una reyerta mal pagada. Un bárbaro orlanthi te atravesó el brazo con una lanza. Yo maté al bárbaro y te curé la herida con mis propias manos.

—Padre, ¿eres tú realmente?

—Claro que soy yo. Cráteros, coge las monedas para el Barquero y hazme un favor más. Lleva este colgante de vuelta

a la tumba de tu madre en nuestro Templo de la Cúpula Solar del Paso del Dragón. Entiérralo junto a ella. Es mi muestra de amor eterno hacia tu madre.

—Pero, padre; la mujer de Edesia, mi hermano Brito.

—¿Tu hermano Brito? Todo es una farsa de ese traidor de Aristarcos. En cuanto el viejo vio la posibilidad de hacerse con el poder, usurpó mi trono. Ascendimos juntos el Pico Solitario con nuestra Niña Joya, perdimos esa batalla y el muy cobarde me dejó allí, muriéndome. Engañó a Jenofonte, el cual no sabe nada, y al pobre Quirísofos, que era sólo un niño. Esa mujer se quedó preñada de Aristarcos. Preparó la

sucesión al trono ¡para que me sucediera alguien de su sangre! ¡Su hijo! No el mío. Menos mal que Jenofonte lanzó al mar la botella con el mapa de nuestra expedición. Hijo mío, vuelve al continente para entregarle este colgante a tu madre. Pero antes, haz justicia en Edesia. Si alguien merece ser rey, ése es Quirísofos. Concédele el trono a él. Después de veinte años, la isla es más su hogar que la remota Sartar.

—Cuando acabe la búsqueda te vengaré como mereces.

—¿Dónde está el Rey? ¿Ha visto a Su Majestad, consejero? —Quirísofos buscaba entre los muertos arremolinados

en torno a las orillas de la Estigia.

—Entre esta muchedumbre no hay quien encuentre nada. —Jan Paolo intentaba no tocar a ninguno.

—Ten cuidado. —Shen tenía abrazada a Yun—Xu—. No nos pasará nada. Te echaré más barro sobre la cara; se te está secando.

—No tengo miedo. A mí no me harán nada —contestó la pequeña kralorí.

Jan Paolo se acercó a Écaroh. El mercader contemplaba intrigado una escena en la que varias doncellas, no podía decir si vivas o muertas, se afanaban en llenar un agujereado tonel con las aguas putrefactas de la charca.

—¡Son las danaides! —exclamó Jan Paolo—. Hace tiempo leí algo sobre las ninfas encargadas de llamar al Barquero. Pensé que era sólo un cuento. El caso es que el Barquero nunca aparece antes de que llenen el tonel de agua.

—Para cuando lo llenen, todos los muertos del mundo nos habrán sepultado bajo sus pies. Vamos a llenarlo nosotros para que venga el Barquero. Tanto cadáver empieza a ser incómodo.

Écaroh arrastró por el brazo a Jan Paolo sorteando decenas de muertos. Sin tocar ninguno, llegaron junto a las ninfas, quienes infructuosamente se empeñaban en llenar el barril agujereado.

Demasiados orificios dejaban escapar el agua.

—Hay que cerrar los agujeros antes de que este lugar se llene de muertos, pero ¿cómo lo haremos? —Écaroh levantó las cejas—. ¿Y si lo llenamos de barro? Seguro que no se escapa tan fácil como el agua.

—No digas tonterías —Jan Paolo se rascaba una oreja—, el texto decía que tiene que estar lleno de agua, no de barro. Hay que encontrar con qué taponar los boquetes.

Los dos ciudadanos lunares contemplaban pensativos el trabajo de las ninfas. El falso cónsul lunar dejó de rascarse la oreja y chasqueó los dedos.

—Tengo un plan, pero necesitaremos todas las ropas que...

—Ya estás diciendo sandeces —lo interrumpió Écaroh—, no ves que son demasiados agujeros.

—Callad los dos. —Quirísofos cruzó entre ambos apartándolos y se acercó a las ninfas. El yelmalita les arrebató el tonel y lo sumergió en las aguas negras de la laguna Estigia sin dejarlo salir a flote. El interior del barril se anegó de inmediato—. ¡Ya está! El tonel de las danaides rebosa de agua. ¿Dónde se esconde el Barquero?

La multitud de muertos apelotonados en torno a la orilla se agitaba como corrientes marinas. Desde lo más



profundo del lago, sobre la superficie cenagosa y negra de las aguas, aparecieron dos surcos burbujeantes. Dos enormes reptiles con forma de pez, o quizá peces escamados como reptiles, hocico de cocodrilo y una gran aleta de tiburón, emergieron con estrépito. Las dos criaturas saltaban sobre las pútridas aguas, salpicando con gran estruendo. Arrastraban unas oxidadas y gigantescas cadenas que tiraban a su vez de una titánica tortuga.

Las criaturas volvieron a sumergirse y sobre la superficie quedó flotando la gran tortuga, enorme y adormecida. Parecía muy vieja. Sobre el caparazón, un jinete envuelto en oscuras mortajas asía con fuerza las riendas.

—Ahí está el Barquero —aseguró Jan Paolo recogiendo los faldones de su túnica y acercándose a la tortuga. Los centenares de muertos que ya se amontonaban alrededor de la charca empezaban a encaramarse al transporte.

El Barquero era un gigante de más de dos metros y medio, oculto por completo bajo un hábito que le cubría de pies a cabeza, con una enorme capucha sobre su rostro.

Quirísofos detuvo a Shen y a Yun—Xu.

—No podemos subir sin Cráteros. ¿Dónde se ha metido? Tenemos que encontrarlo. Ayudadme antes de que la tortuga se marche.

El Barquero iba recogiendo las monedas

funerarias bendecidas por Ty Kora Tek, peaje necesario para auparse al caparazón de la tortuga. Cuando llegó el turno de Jan Paolo, el Barquero extendió su enorme manaza para recoger la moneda. Tenía los dedos huesudos; las falanges, en donde debería haber piel y músculo, eran muestrarios putrefactos de carne unida a tendones. El antiguo misionero dejó caer una moneda de un lunar en la mano del Barquero. El gigante husmeó la moneda, se la llevó bajo la oscuridad de su capucha, y la terminó arrojando al fondo del lago.

—Algún día volverás con una moneda auténtica. ¡Márchate de aquí!

—Caballero      —intervino      Écaroh,

completamente embarrado, mientras cientos de muertos esperaban la oportunidad de subir—, creo que no debería despreciar una moneda de cuño tan ornamentado y metal de semejante nobleza. Quizá no sea de las que usted está acostumbrado a hacer acopio, pero su cambio no sería ni mucho menos desdeñable...

—Jeset nunca acepta otra cosa que monedas de cobre bendecidas por Ty Kora Tek. —La cavernosa voz del Barquero no amedrentó a Jan Paolo.

—¿Jeset? Que nombre tan raro para un saco de huesos.

No contaban con demasiado tiempo para

encontrar al Rey. Shen se acercó a Quirísofos entre la muchedumbre. El agudo oído de la aldryani había escuchado la conversación de Jan Paolo y Jeset, el Barquero.

—Necesitamos las monedas. Esos estúpidos han intentado subir sin ellas y no han podido. Tenemos que encontrar algunas y rezar para que Cráteros aparezca antes de que el monstruo se marche de aquí.

—No os mováis, tengo una idea —aseguró Quirísofos—. Voy a conseguir monedas, y de paso, comprobaré de qué están hechos los muertos. Voy a descubrir si son fantasmas o cadáveres.

El templario yelmalita arrancó, con un

golpe de su espada, la cabeza de uno de los muertos. Hasta él mismo se asombró por lo demoledor de su golpe. Al menos, éste no era un ente fantasmal. La cabeza cayó a sus pies y se fue hundiendo en el barro. El yelmalita no reaccionó a tiempo para coger las monedas funerarias que cubrían los ojos del infeliz. La cabeza se había hundido.

De pronto la caverna se agitó. El suelo tembló y los presentes se tambalearon.

La tortuga barritó con un berrido ensordecedor.

Un instante después del seísmo, un graznido alertó a Shen y a Yun—Xu. Era Dana, revoloteando sobre la cabeza de varios muertos. Cráteros apareció

embadurnado en barro, con la mirada resplandeciente.

—¡Deprisa, a la tortuga, tengo monedas suficientes para todos!

—¿Dónde estabas? —el tono de Shen era de reproche—. Tenemos que subir ya.

—Estaba ahí mismo, junto a mi padre. Quirísofos tiene que haberme visto. Estaba ahí, a su lado. ¡No me mires así! ¡Estaba ahí, con mi padre!

—¿Con tu padre? —Los ojos plateados de Shen mostraban su incredulidad.

—No es el momento de discutir ahora. ¿Dónde está mi consejero? ¡Jan Paolo!

Los buscadores lo encontraron en la

orilla de la laguna, junto al barril de las *danaides*. Subió sobre la concha de la tortuga antes de Cráteros, pagando con la moneda que éste le había entregado. Jeset, el Barquero de la Estigia, acopiaba todo el dinero en silencio. Después de Cráteros, Quirísofos se aupó a la concha de la tortuga.

—Majestad, ¿se ha dado cuenta? Jeset es un... Jeset es un... ¡Los sacerdotes nunca nos dijeron que el Barquero fuese el cadáver de un troll!

—Sí, me he dado cuenta. Jeset es un troll, o lo que queda de él. El espíritu de un troll inmortal, sin duda.

—Pero, Majestad, sus votos... Yo pensaba que estaba obligaba a combatir



a...

—Quirísofos, escúchame, ¡ya resulta duro para mí! Lo más importante ahora es llegar al corazón del Inframundo, a la morada de la diosa Arachne Solara, tal y como hizo Yelmalio. No puedo permitir que un voto ponga en peligro esta búsqueda. Este camino es mucho más importante que yo. Si caigo en desdicha o en pecado, lo haré con todas las consecuencias.

—Como usted diga, Majestad, pero para mí, los votos son inquebrantables.

Los muertos se sujetaban con fuerza al caparazón de la tortuga. Los buscadores también. Jeset, sentado a horcajadas sobre el cuello de su montura, agarró las

riendas metálicas con ímpetu, se sujetó a los estribos y silbó con potencia. Los dos reptiles que tiraban de la tortuga lo hicieron con más fuerza. Jan Paolo notaba que el caparazón empezaba a moverse, a coger velocidad. ¿Pero dónde se encontraba la otra orilla? Los giros de la tortuga se aceleraban, inclinándose hacia el interior de la charca.. En el centro de las aguas se fue formando un remolino. La velocidad hacía temer al falso cónsul por una salida precipitada del caparazón. La fuerza del remolino engullía lentamente a la tortuga. Uno de los muertos que buscaba reposo, uno situado al lado de Jan Paolo, no aguantó la presión y salió despedido. Jeset siguió su vuelo con la

mirada.

—Aún no estaba preparado para venir  
—mugió entre carcajadas.

Los buscadores, los muertos, la tortuga encadenada, el troll Jeset... todos fueron devorados por el remolino de la Estigia.

En el interior del torbellino la confusión era proporcional a la velocidad del giro.

El mundo se detuvo. El corazón de Jan Paolo latía desbocado. El viento se calmó. La tortuga barritó con un clamor semejante al de un elefante. Habían llegado.

El falso cónsul creyó estar en la misma laguna, en la misma caverna, sobre la misma tortuga, rodeado de los mismos

muertos. Rápidamente se dio cuenta que no era así. El agua seguía siendo agua, pero también era fuego. La cenagosa Estigia ahora era un caldero de llamas azules, como el alcohol prendido en el aguardiente de los druidas orlanthis. El agua y la llama eran uno. Fuera de la laguna había mucho más fuego, pero ni era azul ni sosegado. El barro y la roca de la caverna se habían convertido en un inmenso mar de llamaradas reverberantes e intranquilas. Los muertos ya no parecían fugaces almas en pena, sino ánimas relucientes y luminosas.

Sólo la tortuga y Jeset eran los mismos.

Las almas abandonaban el caparazón en

desbandada, atravesando un camino, un sendero de adoquines tendido sobre el mar de fuego.

—Debemos haber llegado al Sendero del Silencio. —El cónsul escuchó murmurar a Cráteros.

Sobre el mar de fuego se abría un escarpado monte de negra obsidiana. En su cúspide asomaba un gran templo, destino al que se dirigían los adoquines del Sendero del Silencio. Las almas errantes habían dejado de clamar. En absoluto mutismo ascendían al lugar donde Daka Fal, el Juez, decidiría qué espíritus debían marchar a reposar junto a sus dioses y cuáles serían castigados en uno de los ocho Narakas del Infierno.

Por encima de sus cabezas, más allá de la cúspide del monte negro y el templo, el cielo era también diferente al que los buscadores conocían. Quizá fuese debido a los reflejos del mar de fuego, pero parecía de un intenso rojizo. «¿Será azul el cielo de la superficie porque refleja a los mares de agua azul?», se preguntó Jan Paolo. «¿Será el cielo un enorme cristal que refleja los mares? ¿Cómo se sujeta un cielo de piedra?»

—Fíjate, Cráteros; mira arriba. No es el techo de una caverna, sino el subsuelo de nuestro mundo. Y en donde tendría que haber suelo, a nuestros pies, hay un mar de fuego. Nuestro techo aquí es el suelo de nuestro mundo.

—No es momento de explorar, debemos llegar al templo cuanto antes.

El Mariscal observaba la cumbre de la montaña con el templo de Daka Fal, El Juez de las almas, sin prestar atención a lo que su consejero le advertía.

Estaban en un lugar sagrado, un lugar de confluencia de mitos y deidades, de reposo y descanso de dioses y fieles. Allí, cada fe tenía sus propios dogmas y cada buscador veía el lugar respecto a ellos. Y sobre el templo de Daka Fal, cada uno de los buscadores contemplaba un milagro conforme a sus creencias. El techo de piedra, suspendido en el lugar del cielo, era sostenido por un prodigio diferente según la fe de quien lo

observase.

Shen contemplaba maravillada el bulbo de Gata, del que crecían las raíces que sostenían el mundo de los vivos. Lo estaba viendo con sus propios ojos y sobre él, se sostenía el techo de piedra atravesado por miles de zarcillos.

Los yelmalitas contemplaban al coloso Bimbaros, quien clavaba una rodilla sobre la ladera azabache del monte. Sostenía sobre sus hombros el techo de este mundo que era a su vez, el suelo del otro.

Yun–Xu sentía abrigada la energía de Fu–ts´chan–lung, *el Guardián de los Tesoros Ocultos en la Tierra*. Los ojos de la pequeña kralorí no contemplaban



ningún dragón, como las mentes occidentales pudieran suponer, sino que su percepción respondía a otro tipo de sentido. Aun sin verlo, la presencia del dragón subterráneo era patente. Su poder sostenía la tierra sobre sus cabezas, sin que se desmoronara, pero usando su *chi* de un modo tan complejo que en occidente jamás podrían entenderlo.

Tanto Écaroh como Jan Paolo no veían ninguna figura titánica sosteniendo el mundo, ningún animal legendario, ninguna deidad. Su Diosa de la Luna Roja se encontraba lejos, en los cielos, con toda su corte pujando contra Orlanth por la supremacía absoluta.

Écaroh tenía devoción tanto por Etyries,

la Mensajera de la Luna, como por Las Siete Madres, los instructores de la Diosa.

Jan Paolo ya no veneraba a nadie, ya no sentía fe por nada.

Ninguna deidad lunar venía a perecer al lugar donde perecían los dioses, incluso los orlanthis que se jactaban de vivir en los cielos, así que los dos ciudadanos lunares no contemplaron nada más que unos robustos pilares de obsidiana que sostenían el techo.

—Debemos llegar hasta el Templo de los Antepasados —Cráteros resoplaba nervioso—. Allí los ancestros sabrán cómo encontrar la guarida de Arachne Solara.

—¿No hay otra manera de subir? —A Shen le temblaba la cara.

—Yo te protegeré de las llamas. —El Mariscal abrazó a la aldryani. Ella se dejó.

—Majestad. —Jan Paolo se acercó torciendo la boca—, deberíamos pensar en cómo vamos a sortear la vigilancia del Cándogo.

—¿El Cándogo?

—El Sabueso Pastor es el encargado de vigilar los rebaños de muertos. Nunca permitirá que los vivos se acerquen a los muertos, ni al templo de Daka Fal. Fue domado durante la Gran Oscuridad por Havan Vor mientras roía los huesos de los Dioses Muertos, y domado para

ser el perro de presa de los dioses del Inframundo.

—He oído contar historias sobre los sabuesos del infierno, pero nunca oí hablar del Cándogo ese.

—Es el primogénito de todos ellos.

—¿Cómo sabes tanto de él?

—Lo leí en un libro antiguo.

—Hemos de ascender hacia el templo. Pero los sacerdotes nunca hablaron de la manera de evitar la vigilancia del Cándogo. Jan Paolo, ¿su libro no decía cómo evitarlo?

—No sé qué decir —contestó el consejero frunciendo el labio—, no debe ser fácil evitar a ese rastreador de

vivos. Pongámonos en marcha y ya pensaré una treta para escapar del Can del Infierno, así lo llaman en los textos antiguos. Seguro que tiene que haber algo que podamos hacer.

Un ensordecedor crujido hizo eco a lo largo del cielo; lejano, como si la tierra suspendida se resquebrajara. El techo convulsionó y algunas rocas cayeron desde la altura.

*En Sartar, a muchísimos kilómetros de allí, la Gran Madre troll, Ven Mageg, había conseguido resucitar mediante un oscuro ritual a la Serpiente Mortal; mientras que al oeste, en Halikiv, Urukong Mogagar había parido un ser*

*del que ella misma se había fecundado. Las matriarcas trolls estaban preparadas para ir a la guerra.*

Los buscadores ascendían hacia el templo de Daka Fal en la cumbre de la montaña de obsidiana. Caminaban a paso veloz... demasiado para Jan Paolo. Resoplaba. El cónsul se sentía incómodo, el sudor había empapado sus cejas. Maldecía. Caminaba demasiado rápido... y tropezó. Pero para su sorpresa, el inevitable contacto con las almas que le cerraban el paso no le resultó dañino, ni siquiera molesto. ¿Por qué? ¿Ya no eran espectros? ¿Las almas puras no podían dañar a los vivos? ¿O

es que ellos ya no eran vivos?

El Sendero del Silencio era empinado, la montaña escabrosa, el mar que lo rodeaba era fuego cuyas llamaradas se extendían más allá de los confines de la vista. ¿Cómo evitar al Cándogo? El barro que los cubría resbalaba a goterones marrones. El calor resultaba sofocante. Las llamaradas de aquel mar amarillo danzaban enloquecidas. El antiguo cónsul, encorvado y falto de resuello, se acercó anadeando a Cráteros.

—Ya lo tengo —dijo con la mirada encendida—. Estamos en el Inframundo y, como en todas las grandes epopeyas, seguro que se requiere un sacrificio,

¿estamos de acuerdo? —Jan Paolo esperó la confirmación del yelmalita—. Bien. Podemos alejar al perro de la entrada del templo como a cualquier otro perro: si le arrojamos una rama lo suficientemente lejos. Shen es lo más parecido a una rama, y total, no es una persona como nosotros. Es un elfo. Vamos a arrojar a Shen para que el perro crea que...

—Déjate de necedades. —Cráteros meció la cabeza—. La presencia del Cándogo no es ninguna majadería. No te lo tomes a guasa, amigo.

El Mariscal, en su buena fe, no había entendido que la propuesta de su consejero distaba mucho de la mofa; lo



había sugerido completamente en serio.

Tan absorto estaba el consejero en el modo de evitar el olfato del sabueso cazador de vivos, que a punto estuvo de chocar con el alma de un difunto que empujaba un enorme canto rodado. Sudoroso y angustiado, el muerto se dirigió al antiguo misionero lunar:

—Tenga piedad y ayúdeme a subir esta roca.

—¿No es éste el Sendero del Silencio? No deberías hablar y menos si es para molestarme.

—Sea compasivo. Esto es una, ¡una maldición! ¡Una maldición! Hasta que no suba la piedra al templo, no podré descansar en paz.

—¿Una maldición? ¿Te han castigado?  
—Jan Paolo observó la enorme piedra  
—. Sí, claro, una maldición, estoy  
seguro. ¿No enfadaremos a alguien si te  
ayudo a subir la roca? Lo siento, pero te  
toca subirla a ti solito.

Y con un sutil empujoncito, Jan Paolo  
hizo que la roca rodara de nuevo hacia  
la base de la montaña. El espíritu clamó  
angustiado y bajó tras la piedra.

*La desconfianza de Jan Paolo lo había  
salvado de ser la siguiente víctima de  
aquella maldición. Y el espíritu tendría  
que seguir buscando otro ingenuo que  
lo remplazase en su castigo eterno.*

Tres aullidos lupinos le recordaron que  
el Cándogo se encontraba cerca.

Los buscadores ascedían hasta que la voz de Quirísofos lo alertó. A ambos lados del camino habían aparecido las entradas de varias grutas.

—No os acerquéis a esas cuevas, se trata de los Tristes Lugares; donde las almas que no se prepararon para el juicio de Daka Fal perdurarán por siempre. La Morada de los Niños Muertos para las almas condenadas antes de ser lo suficientemente mayores. El Campo de los Suspiros y las Lágrimas, donde reposan las almas de los que murieron sin otro motivo que el amor. Y las Sombras de los Inocentes, donde claman justicia los ejecutados por error y sin motivo.

—¿Y dónde has aprendido tú eso, si puede saberse? —el gesto taimado de Jan Paolo denotaba cierta desconfianza.

— Lo aprendí en una historia sobre Asrelia. No sólo se aprenden cosas en libros o tablillas de barro. También está bien escuchar de vez en cuando a los ancianos.

—Asrelia es una bruja —interrumpió Cráteros.

—¿Pero acaso los cuentos de brujas no contienen verdades? —contestó Quirísofos—. Además, Asrelia es ante todo, la madre de Ernalda.

Otro ladrido, uno mucho más potente y cercano, resonó a sus espaldas.

## Capítulo IX. «¿Dónde me llevas a morir?»

*De cómo se concatenan la vida y la muerte en un bucle infinito.*

*Ukranio invocó durante toda la noche el ritual de Términus.*

Desde el interior de la caverna, en la guarida de los roedores, resultaba imposible saber si la noche habría expulsado ya al día. Si en el exterior amanecía, o caía el ocaso, era una incógnita.

Lo cierto era que, extramuros, el sol había desaparecido del cielo momentos

antes de que Ukranio hubiese empezado la ceremonia. El ritual debía durar toda la noche y sólo podía concluir cuando Yelm volviese a salir por las Puertas del Alba. Pero allí, bajo tierra, no había manera de estar seguros. En esos instantes, dos halcones gigantes se colaban en el inframundo aprovechando la salida de Yelm a los cielos.

Los chicos pasaron una mala noche. Roy y Anxo habían tenido que repeler una oleada de ratones aparecidos bajo el mar de basura. Ukranio no había querido alejarse de aquel lugar. Cualquier otra caverna resultaría igual de peligrosa, así que allí se quedaron para invocar la ceremonia de Términus.

El Lince había hecho unas marcas en el suelo con carbón. Prendió velas de sebo, olíbano y mirra para purificar el aire. Santificó con varias oraciones una Runa de la Muerte dibujada en el suelo, símbolo de Humakt. Por último, colocó una figurita de plomo con forma de cruz en un extremo de su improvisado santuario.

Rezó frente a ella durante horas.

Roy no se encontraba bien, le dolía el pecho. Seguramente era por la constante tiritona. Sentía la cabeza abotargada y unos fuertes calambres le recorrían el espinazo. Ojos vidriosos. Anxo tenía síntomas parecidos, pero se quejaba menos. Habían pasado demasiadas horas

rodeados de ratas e inmundicia, mordidos por sus colmillos y arañados por sus uñas. ¿Habrían contraído alguna enfermedad?

Ukranio permaneció arrodillado, con la espalda recta, la cabeza alta y los brazos en cruz; como la figura de plomo que había depositado en el suelo, la Runa de la Muerte. Desenfundó una daga plateada que guardaba en la bota, consagrada a su dios y empleada sólo para liturgias. Sin moverse del centro de la cruz dibujada en el suelo, arrodillado, Ukranio utilizó la daga contra sí, provocándose tres grandes tajos en el brazo izquierdo. Cuando la sangre goteó sobre el suelo, el guerrero cambió la brillante hoja de mano y volvió a



cortarse en el brazo opuesto. Extendió los brazos para representar con su cuerpo a la cruz que veneraba. Las heridas vertieron su líquido rojo, viscoso y caliente, sobre el roñoso suelo de la caverna.

Ukranio dejó la daga en el suelo y sus rezos subieron en intensidad.

El olor de la sangre atrajo la oleada de ratas. Ukranio, sumergido por completo en su ceremonia, permaneció en hierático trance y fueron los nuevos linceos los que defendieron el pequeño santuario de la invasión roedora. A pesar del malestar que aplastaba a los dos muchachos, ambos lucharon con garra y coraje.

Horas más tarde Ukranio se levantó pausado y solemne.

—Ya está —dijo simplemente después de tan larga espera.

Los muchachos esperaban algo más. No sucedió nada.

—¿Qué tenemos que hacer? ¿A qué esperamos? —preguntó el Anxo.

Ukranio elevó la voz asustando al chico albino:

—¡He hecho todo lo que me pides! —El gigante tatuado no se dirigía al muchacho, sino a la oscuridad en derredor. Su único ojo cargado de furia escudriñaba entre la oscuridad—. ¿Dónde estás? ¡Vamos! ¡Aparece de una

vez!

Los muchachos observaban asustados. Ukranio parecía agotado. Ashra olfateaba el aire. El lince rondaba los alrededores buscando entre las sombras. Ukranio volvió a preguntar dirigiéndose a la oscuridad.

—¡Ya está! ¿Qué más tengo que hacer? Estoy esperando tu señal.

Nada ocurría. Ashra maulló a una solitaria rata. Ukranio cayó, agotado.

—¡Ayudadme todos! —El guerrero comenzó a escarbar entre la porquería—. ¡Ya sé lo que ocurre! Cuando aprendí el ritual de Términus, lo invocamos en un templo. El *Guía*, el avatar de Eurmal, apareció en el altar.

Aquí, ¡la montaña entera es un altar! ¡Es una montaña consagrada por ratas! ¡Tenemos que encontrar al avatar de Eurmal en algún lugar de la montaña! — Los dos muchachos lo miraban extrañado. Ukranio agarró su escudo y lo usó como pala para horadar un gran boquete en el suelo estercolizo—. Vamos, haced lo que os digo. Es el primer paso de Términus: encontrar a Eurmal. Puede esconderse en cualquier sitio o adoptar cualquier forma que fastidie al invocador. Lo he visto convertido en heces, en lluvia, en la ropa interior de una mujer... Es un zafio insolente, pero lo necesitamos. Humakt tuvo que convencer a Eurmal para que lo guiara a través del Averno. Es el primer

paso de Términus.

Ashra se acercó a Ukranio y comenzó a escarbar con sus garras. Roy y Anxo se arrodillaron junto a su guardián y arrugando la nariz se pusieron manos a la obra en busca del «avatar» de Eurmal, el dios embaucador.

—¿Cómo es un avatar? —preguntó Anxo con los labios fruncidos.

—Si es de Eurmal será un excremento, un río de orín, una sanguijuela, un viejo decrepito...

—¿Por qué elige cosas tan feas? Siendo el enviado de un dios, podría ser algo más bello.

—¿Y una lombriz blanca? —los

interrumpió Roy. El muchacho había dejado de cavar y miraba fijamente a un largo gusano viscoso que se retorció delante de él.

—Puede ser, déjame verlo.

Ukranio lo cogió entre sus dedos, lo levantó y lo observó de cerca. El gusano blanco no dejaba de retorcerse. Ashra acercó su hocico para husmearlo.

—¡Por el sagrado símbolo de la Santa Muerte! —elevó la voz el gigantesco humakti—. Yo te reclamo en nombre de la Runa de la Verdad. ¡Apelo al Gran Compromiso! Eurmal fue guía de Humakt y yo reclamo tu guía por los mismos lugares. Ahora yo soy su voz y su espada. —La babosa blanca no

dejaba de retorcerse. Ukranio la apretó ejerciendo más presión y clamó—: Si no eres el guía que he invocado, te aplastaré como lo que muestras ser: un gusano. —Ukranio la tiró sobre un excremento y levantó su bota de cuero sobre ella—. Te aplastaré si no eres nada más que un gusano salido del estiércol.

—Espera, está dibujando algo. —Roy cogió a Ukranio por el brazo.

La babosa reptaba hacia el borde de la boñiga. Y en el surco que estaba dejando tras de sí iba representado un esquemático dibujo con tres puntos que formaban un triángulo. Una figura, una runa... la Runa de la Ilusión propiedad

de Eurmal.

Ukranio dio una palmada y Ashra arrugó el morro.

—Ajá, Eurmal nos envía un gusano; digno de alguien tan rastrero como él.

—¡Vamos! —exclamó Anxo—, no podemos perderlo de vista.

Y así, los tres orlantis siguieron al gusano blanco a través de una caverna fangosa que descendía por una empinada pendiente. Con el barro agarrado a los tobillos, los buscadores marcharon hasta que no pudieron mantenerse en pie debido al sueño. Siempre descendiendo, siempre encerrados en los túneles.



¿Cuáles serían las pruebas con la que Humakt tuvo que lidiar en su búsqueda de Términus?

El siguiente despertar de los muchachos trajo una sorpresa. El gusano blanco enviado como avatar de Eurmal para guiar a La Espada a través de Términus, había desaparecido. En su lugar había un pequeño conejo blanco, de grandes orejas y morro oscuro. Con ojos asustados miraba a Ashra, quien no dejaba de observarlo sin pestañear, olfateándolo y relamiéndose. Ukranio esperaba en silencio. Los dos chicos se levantaron entre bostezos, más doloridos que el día anterior. Una fuerte migraña zumbaba en la cabeza de Roy. Los escalofríos le provocaban fuertes

espasmos.

—Hay que seguir bajando —ordenó Ukranio sin miramientos.

Un gran temblor sacudió el suelo haciendo que los viajeros se tambalearan.

—Necesitamos ir más rápido. —La nueva orden resonó más apremiante. La mirada del humakti se perdió en algún punto indeterminado entre las rocas caídas.

Roy estaba acostumbrado a los corrimientos de tierra, pero aquél había sido de los fuertes. El clan Trescuervos vivía desde hacía muchísimos años al pie de las Tres Montañas de los Dragones: Pico de la Tormenta, Cima

del Invierno y Vent. Se decía que bajo ellas descansaban los cuerpos de tres dragones dormidos y que cada vez que uno de ellos roncaba, o se revolvió entre sueños, un terremoto agitaba las tierras.

Ukranio sabía que aquellos temblores no eran provocados por los dragones durmientes. Lo había visto en un sueño. Era el propio Diablo, Wakboth, el que estaba arañando la tierra para salir de su prisión subterránea bajo el Gran Bloque de Prax. Si a tanta distancia el temblor había resultado tan intenso, la superficie de Prax, alrededor del Gran Bloque, debía haberse quebrado como cuarzo. Debían apresurarse.

*Cientos de dragonuts, inmóviles como estatuas, cruzaban lugares donde antes nunca habían sido vistos. En el Paso del Dragón, se contaban por miles los que atravesaban las poblaciones humanas sin prestar atención a nada ni a nadie. No respondían a ningún estímulo. Nadie sabía hacia dónde se dirigían.*

La gruta continuaba oscura y angosta. Los orlanthis descendían.

En uno de los muchos momentos que el silencio absoluto era sólo quebrado por el ruido de sus pasos, el conejo de pelo blanco -el guía enviado como avatar de Eurmal- se alejó a grandes saltos.

Ukranio y Ashra salieron detrás de él.

—¡Rápido, que no se vaya! Eurmal intentó escapar cientos de veces de Humakt.

Los dos orlanthis más jóvenes, sin embargo, apenas podían correr. Si a Roy le dolía el pecho y la cabeza, a Anxo le torturaban sus piernas acalambradas. Sentía frío a pesar del esfuerzo, sudor a pesar del frío.

Ukranio estaba más adelante, parado, completamente inmóvil.

Los chicos se acercaron renqueantes hasta su tatuado mentor. Los muchachos contemplaron, frente al ciclópeo guerrero humakti, una construcción de madera que sellaba el corredor. Una

rudimentaria empalizada.

—Cuidado —advirtió Anxo a Roy señalando algo en el suelo.

El sobrino del granjero reparó en varios boquetes que habían sido toscamente excavados. Algunos estaban rellenos de arena húmeda, con algunas puntas de estaca sobresaliendo; otros no habían sido ni apresuradamente rellenos, mostrando la ristra de estacas en el fondo, con las puntas hacia arriba, dispuestas a morder a los confiados y a los poco observadores. Varias trampas de este calado habían sido pobremente dispuestas. Ukranio se había detenido a escasos centímetros de una.

—Quiquiera que esté tras la

empalizada no quiere visitantes —  
observó Roy.

—Vámonos de aquí —propuso el  
Albino.

El conejito blanco había llegado hasta la base de la empalizada. Ashra hizo el ademán de ir por él cuando una piedra se estampó justo delante, en un charco de barro. El lince guardián bufó desafiante. Ukranio se apresuró a desenvainar su espada. Otras piedras cayeron alrededor, lanzadas desde lo alto de la empalizada. Los chicos se cubrieron tras una roca.

Una voz estridente habló en una lengua desconocida. Hubo un murmullo. Otra voz alborotada chilló en aquel mismo y

desconocido dialecto. Se escuchó un ruido aún más chirriante, movimiento de cadenas y cerraduras, y transcurrido unos segundos, una compuerta se abrió en la empalizada. Varias criaturas pequeñas, oscuras y peludas, aparecieron en el vano de la compuerta. Cuatro de ellas avanzaron hacia los humanos. Una volvió a hablar, pero esta vez utilizando una lengua conocida: el idioma comercial de Issaries.

—Soy Kaz, el Feo, patrón de los mercenarios de Nip Matatroll, ¿venís a enrolos en nuestra compañía? Pagamos bien a los que vienen a luchar de nuestro lado.

Eran cuatro trollkins, pero incluso



encorvados y simiescos, estos seres peludos nada tenían que ver con los desvalidos trollkins que normalmente eran esclavizados por sus parientes troll, avergonzados por dicha descendencia. El porte de éstos era distinto, más desafiante, menos sumiso. Debido a la falta de luz era casi imposible distinguir cuántos más habría tras la empalizada.

—Un Espada de Humakt siempre es bienvenido —continuó Kaz—, si su intención es ser alquilada como mercenario. ¿Cuánto vale tu espada? No tenemos tiempo que perder. Los amos se acercan y tenemos que preparar las defensas antes de que lleguen. Los enlos de esta mina llevamos años esperando

revancha y libertad.

—No pertenecemos a ninguna compañía de mercenarios y no vamos a librar ninguna batalla, por muy bien pagada que esté. Seguiremos nuestro camino.

—La paga es buena —insistió Kaz de nuevo—. Cuando Nip regrese de la superficie con los otros mercenarios, los amos tendrán que huir, o morirán. Y las minas serán nuestras.

—No, no vamos a luchar —negó otra vez Ukranio—, ahora debemos seguir.

—Pues dejad de entretenernos. —El trollkin escupió un espeso gargajo—. Mis muchachos y yo vamos al encuentro de los nuevos mercenarios.

Otro de los trollkins regurgitó junto a Kaz. Lo cogió por el brazo y señaló al suelo histéricamente con el dedo. Había reparado en el conejo blanco. Pero fue otro quien gritó excitado y saltó sobre el conejo..., y se estampó en el barro. El animal, asustado, salió corriendo alejándose de los trollkins en dirección a las piedras donde se escondían Roy y Anxo. Los trollkins corrieron tras él, babeantes. El conejo pasó junto a Ukranio, quien permaneció en pie, quieto como una estatua. Cuando la horda de trollkins se acercó lo suficiente, el guerrero levantó su espada amenazante.

—¡Deteneos! —La fría mirada del guerrero era capaz de cortar igual que el

acero que esgrimía—. No sigáis si en algo apreciáis vuestra piel...

Los trollkins no hicieron caso y siguieron corriendo como un rebaño espantado. Ukranio ya distinguía la expresión bobalicona de sus rostros. Los engendros malformados de troll no paraban de balbucear mientras se relamían los labios.

—¡Conejo bonito, no huyas! ¡Enlos no quererte para comida!

—¡He dicho que os detengáis! —vociferó Ukranio con más vehemencia.

Pero los trollkins debían encontrarse realmente hambrientos. El conejo suponía un bocado exquisito para sus paladares, un plato exótico y difícil de

encontrar a tantísima profundidad por debajo de la superficie.

Los trollkins pasaron a la carrera evitando al guerrero humakti. Ukranio se quedó pasmado con la espada en la mano. El conejo continuaba saltando entre piedras y fango. Ashra se unió a la persecución. Roy se lanzó al suelo desde su escondite y prendió al conejo entre sus manos. A pesar de su malestar, el joven había esperado el momento exacto. En el momento que el animal pasaba junto su escondite, se abalanzó sobre él. Los trollkins babeantes se detuvieron rodeando al muchacho orlanthi.

Ashra se interpuso entre ellos bufando y

enseñando sus colmillos.

—Dile a tu gatito que se aparte — sugirió Kaz tratando de aparentar normalidad—. Sólo queremos acariciar a tu conejito. Vamos, déjanos acariciarlo.

—No os acerquéis más —contestó el chico sujetando al conejo por las orejas.

A su lado, el Albino se plantó desafiante. Algo de fiebre y tiritona contribuían a empeorar su aspecto. El muchacho blanco intentaba esgrimir su puñal de la manera más atemorizante posible. Los dos confiaban en que Ukranio apareciera en su ayuda.

—Te cambiamos el conejo por setas puedas. ¡Llévate todas las que puedas!

Son muy sabrosas.

—He dicho que no. ¡Marchaos!

A un chasquido de los labios de Kaz, los trollkins se abalanzaron sobre los muchachos. Roy desenvainó su espada, la espada de su padre, con la mano que no sujetaba al conejo por las orejas. La hoja brilló con un tono azulado y resplandeciente, como una luciérnaga teñida de mar. El chico levantó su filo y lo dirigió hacia Kaz. Primero éste, y luego el resto de los trollkins, se detuvieron a escasos centímetros de la punta, paralizados por el terror. La expresión en el rostro de los trollkins cambió del ansia voraz al pavor. Sus miradas se mantenían fijas en la longitud

brillante de la hoja azulada. Kaz tragó saliva y balbuceó:

—Ur—metal... ¡Tiene una espada de ur—metal!

Y todos excepto uno, que se marchó a la carrera como si acabase de contemplar a un demonio, retrocedieron mansamente sin perder de vista el filo de la espada. Los monstruos desaparecían lánguidamente en la oscuridad. Ukranio llegó junto a los muchachos.

—Ur—metal —repitió un eco ilocalizable con acento enlo.

—Ur—metal —repitió Roy contemplando asombrado.

—Sí, ur—metal —aseveró Ukranio—.



Ur-metal. Acero lo llaman los herreros enanos. Es un metal mucho más fuerte que el bronce o incluso que el hierro, y mucho más dañino. Los trolls lo temen, también los elfos. Huyen con sólo contemplarlo. Tienes una espada muy poderosa, y no sólo por la bendición divina inscrita en sus runas, sino también por la aleación de metales que se usaron en su forja. Ya te dije que tu herencia es muy valiosa. Para el clan de los Trescuervos, y todos los hijos de Orlanth, eres el hijo pródigo que estaban esperando. Yo sólo soy un viajero.

—¿Tu espada también es de ur-metal?

—Sí. Me la dio un... un viejo amigo; un loco, en realidad. Él fue quien me

bautizó con el nombre de Ukranio. El majadero decía provenir de un lugar que no se encuentra en los mapas y que había viajado a través de las estrellas.

Roy dejó de escuchar a Ukranio y se quedó absorto contemplando su espada, hasta que el guerrero lo volvió a sacar de sus ensoñaciones.

—Vámonos de aquí. Los trollkins son cobardes, más aún si tenemos acero, pero estamos cerca de su guarida y no sabemos cuándo pueden regresar.

—Estaban enrolando mercenarios para una batalla —La tiritona del Albino era ya completamente visible. Su voz fue un susurro.

—Dijeron que sus amos se

acercaban —volvió Roy a la conversación—. ¿Quiénes serán?

—Trolls negros —aseguró Ukranio poniéndose en marcha.

Se alejaron de la empalizada trollkin. Descendieron durante horas, incontables, eternas, iguales. Oscuridad, roca, humedad..., aire tibio y atmósfera recargada. Así eran las grutas, y sólo grutas se entrelazaban en aquella laberíntica red de nervios subterráneos. Ocasionalmente encontraban dispersos grupitos de hongos sobre la roca.

—¿Por qué los trollkins tenían un muro de madera? —preguntó Anxo a Ukranio con un frágil hilo de voz tras varias horas de camino.

—Para defenderse de sus amos. Ha tenido que haber una revuelta.

—No, no es eso. Me refiero a que no sé cómo es posible que tuvieran madera a tanta profundidad; aquí abajo no crecen árboles.

—No lo sé bien, pero en la cantera donde fui esclavo usaban madera para apuntalar los túneles. Una vez escuché a un sabio de Lhankor Mhy afirmar que el conflicto milenario entre elfos y enanos surgió por el uso de la madera bajo tierra. Los enanos talaban bosques enteros y se los llevaban para apuntalar también sus construcciones subterráneas; quizá algo similar hagan los trolls en sus túneles. Pero yo creo

que el cuento del conflicto entre enanos y elfos por la madera es una bobada; los enanos tienen «gnomos» y «artefactos» para trabajar la piedra mejor que ninguna otra raza. El odio entre esos seres es tan antiguo que ninguna biblioteca lo registra.

«¿Biblioteca?» pensó Roy, «¿qué es una biblioteca?». No había sido la palabra «gnomo» ni «artefacto» la que había llamado su atención, como era el caso del Albino, había sido la palabra: «biblioteca». ¿Dónde lo había aprendido Ukranio?

Poco a poco la caverna se convertía en un hervidero de hongos. Cientos de diferentes tipos, de colores y tamaños,

crecían al amparo de la oscuridad. Una verdadera selva micológica. Anxo resoplaba caminando entre ellos. El chico del pelo blanco había pasado mucho tiempo de su vida en lo más profundo de los bosques, viviendo en el interior de troncos huecos y cuevas oscuras. Conocía gran variedad de hongos y setas, pero jamás había visto nada igual. Estaba agotado. Se detuvo junto a uno grande y rojizo que llamó su atención por encima del resto. Había visto muchos en su vida, pero jamás había encontrado ninguno así. Desde luego, de esa ralea no existían en la superficie del mundo; de las profundidades, como estaba visto, lo desconocía todo. Anxo le acercó

lentamente su machete. Pensaba cortarlo por el tallo y llevárselo. Era tan distinto al resto... De pronto, el exótico hongo emitió un agudo aullido y brincó apartándose de las níveas manos del muchacho. Anxo chilló también. El hongo se escabulló entre un grupo de setas enormes, de más de un metro de altura. ¿Se habían apartado para dejarlo pasar? El Albino no estaba seguro de haberlo visto. Algunas de esas setas lo observaban a él con ojos vidriosos, sin pupilas. Bajo sus «sombrosos» podían distinguirse facciones parecidas a rostros humanos.

Anxo no estaba seguro de si aquello era una alucinación provocada por la fiebre, o se encontraba ante un

grupo de hongos vivientes.

Ukranio dio un salto hacia delante, espada en mano y ojos amenazantes, gruñendo un aterrador berrido de batalla. Los hongos corrieron torpemente despavoridos ocultándose en la oscuridad de la caverna. El humakti esperó hasta que la última de las setas desapareció por el corredor. ¡Todas eran setas vivientes! El guerrero se desternilló con una sonora carcajada. El Albino preguntó tembloroso:

—¿Qué era eso? Jamás vi seres así.

—Elfos negros —afirmó el humakti entre risotadas—. ¡Los he asustado a todos!



—Nunca los había visto.

—Mejor, nunca te fíes de semejantes criaturas.

Ukranio no sabía que llamarlos «elfos negros» era un error, pues en realidad los *voralanos* nada tenían que ver con los *aldryami*. Sostenían el mismo parentesco que un hongo y una planta: ninguno. Ukranio se acercó a Roy y le quitó el conejo blanco de entre las manos, sujetándolo por la piel del lomo y acercándolo a su rostro.

—Y ahora, guía, vas a conducirnos hacia la fuente de la laguna Estigia. Estoy harto de tus tonterías y bromas. Tu señor, Eurmal, nunca llevó a Humakt a encontrarse con trollkins o

elfos negros durante el mito de Términus, así que deja de tomarnos el pelo. Llévanos al siguiente paso del mito, al nacimiento del manantial que alimenta la laguna Estigia. ¡Rápido y sin más trucos! ¡Llévanos, o te aplastaré aquí mismo!

Lo que sí sabía Ukranio era que una de las tareas que Humakt realizó durante el mito de Términus fue domar las incontenibles ganas de trastear de Eurmal. Era su labor doblegar la voluntad del Embaucador. Que Eurmal les condujera por el camino apropiado era parte del mito.

*Eurmal fue el guía. Humakt fue el*

*tutor, el mentor, el modelador de conductas.*

La red de túneles era infinita. La humedad no paraba de crecer. El descenso se prolongó durante horas. Cientos de gemas empezaron a salpicar las paredes. De entre la piedra negra crecía, como antes lo habían hecho cientos de hongos, vetas con rubíes y zafiros incrustados, ópalos y amatistas. Las paredes de obsidiana lloraban lágrimas de colores.

—Ahora vamos por el buen camino —aseguró Ukranio—. Éste es, sin duda, el Camino de la Sangre de los Dioses. En ningún otro lugar de Glorantha veréis tal

cantidad de gemas diferentes. Sólo aquí existen semejantes vetas.

Las estalagmitas y estalactitas también crecían por doquier, y cómo no, salpicadas de diamantes y esmeraldas. Los buscadores apenas podían reparar, exhaustos, en aquella maravilla. Pasaron otra mala noche. La fiebre fue en aumento, ligeramente en Roy y mucho peor en Anxo. Los sudores y los espasmos apenas lo dejaron dormir. Cuando decidieron seguir caminando, en lugar del conejo encontraron a un pequeño y alargado hurón blanco de ojos oscuros y grandes bigotes.

—Si yo pudiera transformarme lo haría en pájaro —susurró el Albino al

despertar entre temblores.

—Serías afortunado de verdad si pudieras volar. —La voz de Ukranio resonó perentoria entre los ecos de la caverna—. Así podrías evitar lo que nos espera.

Tan agotados se encontraban los muchachos que no quisieron malgastar sus energías, o simplemente no podían, en preguntar a Ukranio.

El descenso siguió por varias horas.

La sorpresa de los muchachos fue mayúscula.

De lejos parecía una batalla con ejércitos y armaduras de metal. Ukranio no dejaba a los muchachos detenerse y

los obligaba a seguir su paso. El ruido de metal entrechocando fue creciendo, el miedo también. Ukranio aceleró el paso. Pero cuando la caverna se abrió y las vetas de piedras preciosas quedaron atrás, no fue con dos ejércitos con lo que se encontraron... sino con un río. Habían llegado al Río de las Espadas, el río del que tantas veces habían oído hablar en las leyendas de los ancianos.

Y no era agua lo que por él circulaba, sino metal. Metal líquido que se retorció creando miles de filos, y se diluía adquiriendo distintas formas de armas. La corriente creaba espadas y cuchillos que chocaban con violencia y provocaban el ensordecedor rugido. No eran miles de litros de agua, sino miles

de armas recién afiladas, las que corrían por el mágico cauce del Río de las Espadas. El filo de cientos de dagas aparecía en una ola, chocaba con estrépito, y desaparecía engullido por la corriente. Roy se acercó al paso que sus fuerzas le permitían. Su frente estaba perlada. Apenas podía creer que se encontraba en aquel lugar reservado a los cuentos.

—Válgame Orlanth— rezongó con ojos atónitos.

—¿Qué pensabas, chico, que todo era una leyenda? Éste es el río que creó Humakt para separar a las criaturas que moran por el inframundo de las que forman parte de la aldea de Orlanth.

—Pero es imposible cruzarlo.

—Correcto, pero sobre él se crearon dos puentes, cada uno sellado con una de las runas de Humakt: la Muerte y la Verdad. La primera, para el Puente de la Espada: una hoja tendida sobre el río con el filo hacia arriba, tan afilada que solamente un fiel de Humakt no se cortaría al caminar sobre él. El Puente de la Espada os sajaría los pies. Iremos por el otro, el Puente de los Perjuros. Si no escondéis mentiras en vuestro corazón y habéis sido leales a la Runa de la Verdad, no tenéis motivo para temerlo.

—¿Y en caso contrario? —preguntó Roy.



—Pues serás arrojado al río y morirás.

—¿Y cómo encontraremos ese puente?  
¿Río arriba o río abajo?

—¿Te crees que lo sé todo? ¿Para qué hemos invocado a Eurmal? Él nos conducirá hasta el Puente de los Perjuros. Sus pies tampoco aguantarían el filo del Puente de la Espada.

—Pero, ¿cómo va a atravesar el Embaucador el puente de los Perjuros?

—Correcto, confiemos en que la Runa de la Ilusión de Eurmal sea capaz de engañar a Janak, el Vigilante del Puente  
—resopló Ukranio.

*Tío Athor abandonó su granja*

*corriendo. Tenía que avisar al thane Asken. Todo el clan corría un gran peligro. Un batallón de legionarios lunares se acercaba a las tierras del clan protegiendo a un grupo de sacerdotes... o de brujos. Portaban pendones en los que se veía ondear a una mujer de piel cobriza montada sobre un horrible murciélago de color bermejo.*

El hurón blanco los guío hasta un puente que cruzaba sobre el Río de las Espadas. Era un puente tan blanco como la piel del roedor. Roy percibió con desagrado que el color se debía a que estaba construido por miles de huesos.

Se podían distinguir largos fémures y planos omóplatos, curvadas caderas y redondeados cráneos. Aquel puente era un osario. Y sobre el puente se erguía, majestuosa e imponente, la figura de su guardián: Janak.

Janak era una gigantesca mole compuesta también por huesos. Parecía el esqueleto de un gigante al que le hubiesen limpiado de carne, piel, tendones... O un engranaje construido a partir de los huesos de otras criaturas enormes. Estaba parado, inmóvil, a la espera de algún viajero que quisiera cruzar su puente.

—No os preocupéis —dijo Ukranio—. Janak os dejará pasar si la Runa de la

Verdad ve pureza en vuestro corazón...  
Y para el hurón, confiemos en sus  
runas..

Los orlanthis se acercaron al puente. El gigante de hueso no se movía. Los tres pisaron los primeros tablones... huesos, mejor dicho. Janak, impertérrito. Por la cabeza de Roy empezaron a pasar todas las veces que no había ayudado con la cosecha a su tío poniendo excusas falsas, en todas esas pequeñas mentiras que alguna vez había dicho, en las veces que hizo trampas jugando al hueso de cereza. ¿Cómo podía estar seguro de que Janak lo dejaría pasar? ¿Y si el Vigilante lo golpeaba y lo arrojaba al río? Moriría desmembrado por la corriente. ¿Y si el que caía era Anxo?

Toda la aldea sabía que aquel chico estaba maldito. ¿Y el conejo enviado por Eurmal? ¿Acaso no sería más fuerte la Runa de la Verdad de Humakt que la de la Ilusión de Eurmal? Y si se quedaban sin guía, ¿quién los conduciría hasta el final del Términus?

Janak permanecía quieto, inmutable. Roy no podía dejar de mirarlo. Enorme, colosal, aterrador... Eran los huesos más grandes que jamás había visto. Se sentía a su merced. El joven aceleró el paso.

Bajo el puente se escuchan el chocar de miles de espadas.

Pero Janak no se movió, o no quiso hacerlo, y permitió que los buscadores

pasaran bajo sus piernas abiertas. Roy siguió dudando hasta que, casi sin dar crédito, vio cómo el puente y su vigilante quedaban a su espalda. Lo habían conseguido, estaban al otro lado, cada vez más cerca del manantial que nutría al lago Estigia.

Cuando el eco de las miles de espadas dejó de rechinar en sus oídos, el sonido de agua fue creciendo en su lugar. Debían encontrarse realmente cerca del manantial de la laguna Estigia. Ashra correteaba cada vez más nervioso. Ukranio se detuvo y de una de sus botas de cuero extrajo la daga ceremonial grabada con las runas de la Muerte y de

la Verdad, símbolos de Humakt, que había utilizado en el ritual de Términus.

—Esperad —señaló tajante—, las aguas de la Estigia son diabólicas. Están encantadas por una bruja. Para que nos permita cruzar sin que nos devore, cada uno tendrá que hacer una ofrenda. Debéis desprenderos de algún amuleto.

Un amuleto, se sorprendió Anxo. Él no tenía ningún amuleto.

El rumor del agua se hizo mayor a medida que avanzaban. Una sensación de malignidad violentaba el ambiente como si una presencia demoníaca lo invadiera todo, como si los oscuros sentimientos de un malvado esperpento gobernasen la gruta. Anxo sentía miedo.

Estaba muy oscuro, la penumbra lo absorbía, tiraba de él. Hacía frío. Además de agua, también escuchaba ecos aterradores, cuchicheos, risas macabras y rechinar de tierra. Un halo espectral regía aquella caverna. Las sombras parecían moverse a su antojo, los susurros acercarse... Una risa macabra resonó en sus oídos con claridad. El muchacho vio que Ukranio dibujaba un símbolo rúnico en el suelo arenoso sosteniendo entre sus manos el collar con la cruz de plomo, representación de la Runa de la Muerte. Al acabar, ofreció su puñal de plata a las sombras.

—Bruja de la Estigia, no te temo. Te ofrezco esta daga, consagrada



por mi dios, como pago por recoger una gota de tu esencia, de tus aguas, y traspasar tu lecho hacia elOtro Lado. Acéptala o sufrirás el daño de *Hu*, La Espada. Acepta nuestro tributo o nos abriremos paso sin tu permiso.

El aire dentro de la cueva convulsionó arremolinado. El polvo se agitó formando pequeños tornados. Las sombras danzaban. Aullidos y murmullos.

—Acepta nuestros obsequios y no tendremos que dañarte —Ukranio sostenía la cruz de plomo entre sus manos—. ¡*Hu*, La Espada, así lo quiere!

El viento exhaló un chillido de ultratumba, un chillido que heló la

sangre del Albino. Las paredes y el techo temblaron. El agua hervía dentro del estanque. Las sombras se solidificaban crasas. La atmósfera se volvió muy pesada, aplastante.

—¡Rápido! —exclamó Ukranio—. La Estigia quiere una ofrenda por cada uno. ¡Vamos! Arrojad vuestro amuleto a las aguas. No lo dudéis u os devorará.

Ukranio había arrojado su daga plateada. El arma ritual se hundió. Anxo veía a Roy temblar a su lado. Tragaba saliva. Sin hablar, el chico se desprendió del colgante luminoso que Ukranio le había regalado al penetrar en el gólem del Pantano Elevado.

—¡Tíralo, no te hace falta su luz! —  
Ukranio rugía por encima de las  
sombras—. Ashra te guiará, sus ojos son  
cuanto necesitas para ver en la  
oscuridad.

Roy vacilaba. Anxo sorprendió a sus  
dedos toqueteando la pluma atada a sus  
cabellos por la meiga. ¿Por qué? ¿Ése  
era su amuleto? Sus dedos jugueteaban  
con la pluma. Indecisos. Trémulos. De  
qué iba a servir contra la sombra que los  
iba a devorar.

—¡No tengáis miedo! ¡Vosotros  
sois más fuertes! ¡Arrojadlos!

Roy agarró su brazo, tiritaba  
como él; sabía que no era por el frío ni  
la fiebre.

—¡Vamos! ¡Demostrad que sois hijos de Orlanth!

El miedo paralizaba sus músculos. Las sombras gemían y volaban nublando sus sentidos. Sintió que una fina lluvia rociaba su cuerpo. Demasiado espesa, demasiado roja. Sangre caliente. El granjero le soltó el brazo. La oscuridad estaba viva. Rugía iracunda. Anxo respiraba entrecortado. A su lado, Roy agarró el collar y lo lanzó súbitamente al manantial. Incluso bajo sus aguas, el resplandor ambarino continuaba mágicamente luciendo.

Anxo no era capaz de deshacer el nudo de la pluma, sus dedos temblaban sin control. Sólo era una pluma que le había

dado una vieja ermitaña, ¿Cómo iba a ser suficiente? El chico de piel blanca comenzó a sollozar amargamente.

—¡Hazlo! —le gritó Ukranio.

Sentía demasiado frío. Las piernas le flaqueaban. Los dedos no respondían. El nudo que ataba la pluma al cabello seguía firme. Sentía la presión de unos dedos rodeando su garganta, de unas uñas que cruzaban su espalda. La oscuridad le reclamaba, se robaba el calor del pecho. Cayó de rodillas, empapado de sudor y de llovizna sanguinolenta. El suelo temblaba bajo sus pies, sacudido. Sintió una fresca ráfaga de viento y la voz de la Sargadela. Los espíritus del viento le

habían bendecido. Entonces comenzó a avanzar a cuatro patas hasta llegar al borde del agua hirviente. Se quedó tendido, bocabajo, respiró hondo e intentó desliar de nuevo la pluma de su melena.

Ukranio encontró al Ashra, con el rabo entre las piernas, cobijado tras una roca. El enorme guerrero se acercó lentamente al amedrentado animal.

—Vamos, amigo, tú también debes pagar para cruzar las aguas.

Le sujetó la cabeza, como cuando lo acariciaba y le rascaba la barbilla, y sin que el lince lo esperara tiró de uno de sus bigotes. El animal saltó sorprendido,

miró al hombre tatuado y bufó enseñando los dientes.

—Discúlpame, pero ya sabes lo valiosos que son tus bigotes.

La oscuridad lo envolvía todo por completo de una penumbra hermética. El miedo latía presente. Ukranio avanzó a través de las tinieblas, respirando sonoramente bajo la lluvia de sangre y, sin dudarlo, arrojó el bigote del lince a las aguas del manantial que había dejado de hervir. Se detuvo al lado de Anxo, quien ya se había deshecho de su pluma. El muchacho preguntó:

—¿Por qué nos has traído aquí? ¿Nos has traído a morir?

—Es necesario que recoja agua del

manantial que nutre a la laguna Estigia, tu destino va unido a ella —aseguró Ukranio llenando una frasquilla de vidrio. Después la envolvió en un trapo y la guardo en su zurrón. Si Anxo no hubiera estado tan asustado, hubiera visto que en el interior del morral, Ukranio guardaba un libro con tapas de piel. Entonces se dirigió a la oscuridad que cubría el manantial—: Bruja, ya tengo tu agua. Ahora, cruzaremos al Otro Lado. Hemos pagado tu precio.

Anxo siguió a Ukranio a través del estanque. Después fue Roy, con el hurón blanco entre sus manos, quien entró en las aguas al lado de Ashra. Las sombras aún clamaban quejicosas. El agua estaba caliente pero ya no hervía. Los orlanthis



llegaron hasta la misma fuente de donde nacía. Uno a uno, cogían aire y se sumergían siguiendo un canal inundado, el canal que los llevaba hacia el Otro Lado. Ukranio estaba orgulloso de lo que los chicos acababan de hacer. Sus corazones habían resistido en la morada donde se alimentaban los miedos de los hombres. El guerrero sabía que no se había equivocado de cuervos. Su sueño estaba cada vez más cerca.

Aguantando la respiración, bucearon por la oscuridad del canal. Las paredes estaban demasiado cerca. No se veía nada. Agua. Oscuridad. Claustrofobia.

Y de pronto emergieron en una pequeña charca de aguas quietas, rodeados por

rocas, negras y brillantes, en un paisaje asolado. Sin duda se hallaban al Otro Lado. Estaban en medio de ninguna parte. En una gris planicie sin horizontes ni extremos, salpicada de peñascos azabaches que subían hasta el cielo, barrida por fuertes corrientes de viento. Allí no había nada más que yerma llanura y la charca de agua negra, un poro quieto e inamovible en aquel duro paisaje. El cielo, sin embargo, era un reflejo escarlata, un limbo en las alturas de color encarnado.

Los viajeros abandonaron las aguas calados hasta los huesos.

*Cruzando los cielos del Paso del*

*Dragón, el artefacto volador de los mostali había empezado a arrojar un potente agente alquímico sobre poblaciones aldryami y humanas que perecerían irremediablemente abrasadas. Guerra.*

—¿Hacia dónde vamos ahora? —Roy, jadeante, intentaba recuperar el resuello.

—Deja al animal en el suelo, ella nos guiará.

Roy hizo caso a Ukranio y depositó al avatar del Embaucador a sus pies.

—El siguiente paso del mito nos llevará a encontrarnos con el Devorador, Jhekorghos, el insaciable hijo de

Subere, La Oscuridad de las Profundidades. La voracidad de Jhekorghos es legendaria, si nos ve como presa o alimento, estamos perdidos. Humakt lo convenció de que no era un buen bocado. Nosotros debemos hacer lo mismo. Con cuidado, estará hambriento. Si mostramos debilidad...

—Si nos escondemos, quizá no nos encuentre —sugirió Roy.

—No lo entiendes. Seguir un camino mitológico te lleva a encontrarte con todos sus peldaños, sin saltarte ninguno.

Los buscadores se alejaron de la charca al paso que marcaba el hurón blanco.

—El cielo... ¿Por qué el cielo es rojo?

—preguntó Anxo mirando hacia arriba.

—En nuestras tierras el cielo es azul porque dicen que es un espejo que refleja el mar. En el Averno el cielo es rojo porque aquí el océano es de fuego.

—¿El mar es de fuego y no de agua?

—Eso mismo escribió Lhankor Mhy cuando viajó a los infiernos como uno de los Portadores de la Luz. El Señor de la Sabiduría aseguró en sus escritos que el mundo está formado por cinco elementos superpuestos en capas. Nuestro suelo es de tierra por la diosa Ernalda. Sobre ella está el cielo formado por el viento, por el gran Orlanth. Los que han escuchado las palabras de Lhankor Mhy dicen que el

agua está sobre el cielo, aunque eso yo nunca lo he visto, y cuando cae, se forma la lluvia. El fuego está por debajo de la tierra; por eso es más templada que el viento y los valles son más cálidos que las montañas. En las profundidades del Inframundo, donde ahora nos hallamos, el mar es de fuego y no de agua. Su techo es nuestro suelo en la superficie. Fijaos arriba.

Los muchachos contemplaban una amalgama de tintes rojizos sobre sus cabezas. Sobre todos ellos se percibía piedra. El cielo era de piedra roja y no de viento.

—Yo no veo el fuego por ninguna parte  
—objetó Roy.

—Estamos en Las raíces de las montañas, a los pies de Ernalda. Más adelante llegaremos al Mar de fuego.

—Agua, aire, tierra, fuego ¿y la oscuridad? ¿Dónde está la oscuridad?

*La oscuridad era el quinto elemento; el que creaba el pánico y las pesadillas.*

Ukranio, frunciendo el ceño, no sabía qué contestar. Algo fallaba en su teoría.

—Supongo que debajo del fuego, no estoy seguro. Nunca fui muy bueno prestando atención a nuestros mayores; era un joven alocado. Ahora lamento no haber escuchado más sus sabias

palabras.

La temperatura cayó como el plomo. Los buscadores sintieron mucho frío. De entre dos rocas azabaches que se alzaban hacia el cielo rojizo apareció, sutil pero veloz, una nube negra, negra y espesa como la tinta de un escriba. Y de entre lo viscoso de la nube y lo negro de la tinta apareció un pequeño niño de ojos oscuros. Oscuros de verdad. Cualquiera noche sin luna no se acercaría a la intensidad del negro contenido en su mirada. Un niño de mirada perturbadora, negra, aún más que las propias Tinieblas.

—¿Qué sois? —preguntó el pequeño. Su boca era tan negra como sus ojos. Sus



dientes también—. No parecéis enanos, no estáis hechos de piedra. ¿Qué sois? ¿Trolls?

—Somos orlanthis, venimos de la superficie —se apresuró a contestar Roy.

Ukranio musitó. Notaba temblar al hurón entre sus manos, agarrotadas por su propia tensión. Ashra estaba escondido a sus espaldas. Sabían que se encontraban ante el siguiente peldaño de la escalera de Términus. No podían mostrarse nerviosos ni vacilantes, ansiosos o temerosos. Jhekorghos andaba buscando comida.

—¿No sois troll? ¿Estáis seguros? Oléis parecido... Quizás...

—Somos hombres. Perteneceemos al gran clan de Trescuervos —añadió Ukranio.

—¿Hombres? ¿Trescuervos? Pues parecéis trolls sin pelo o enanos delgaduchos.

—Los hombres somos fuertes y duros, igual que nuestros dioses. Nada tenemos que ver con trolls ni con enanos. En la superficie, los hombres dominamos a esas razas.

—¿Y quién es el protector de los hombres?

—Muchas son las deidades que nos protegen. Humakt, por ejemplo. Señor de la Muerte y de la Guerra, Adalid de la batalla y Separador de almas.

—Orlanth es el Caudillo de los cielos, el Rey de Reyes —añadió Roy, tan nervioso que notaba los tendones del cuello a punto de reventar.

—¿Orlanth? ¿Rey de Reyes? — Jhekorghos se relamía las encías con una bífida lengua larga y negra.

—Orlanth es el viento que vuela libre —intervino Anxo.

—Los trolls nunca hablan del viento, los enanos tampoco. Realmente los enanos apenas hablan, pero son un buen bocado. ¿Cómo es de fuerte ese Orlanth?

—Orlanth, el Viento, es rápido e imprevisible —susurró Anxo.

—Los hombres veneramos a Orlanth. Es

el Portador de las Tormentas.

—¡Qué interesante! ¿Por qué no os quedáis a comer conmigo? Seguro que tenéis hambre, ¿verdad?

—No, muchas gracias. Tenemos que continuar.

—Insisto, aquí podréis degustar nuevos manjares. Nuevos para todos.

Ukranio temió lo peor. Repitió en su cabeza un mandato: «No dudéis ahora».

—Hemos de finalizar la labor que nos ha encomendado Orlanth —concluyó Roy.

—Gracias, pero declinamos tu invitación. —El alivio de Ukranio era enorme—. Tenemos una importante

misión que cumplir. No podemos compartir tu alimento.

—Pues si no queréis quedaros a comer conmigo, será mejor que sigáis vuestro camino; no quiero importunar los menesteres de un dios tan poderoso.

Ukranio llenó sus pulmones de aire. Lo habían hecho, habían saciado la curiosidad del demonio sin mostrarse débiles o vulnerables. Habían superado el pasaje del Devorador. «Si Humakt pudiera vernos, estaría orgulloso. Los chicos lo están representando con valentía a través de su mito».

Y justo cuando los viajeros emprendían el camino a través de la estepa infernal, la voz del espíritu sonó a sus espaldas:

—¿Y hacia dónde os dirigís? No veo nunca a nadie caminando en esa dirección.

—Vamos al Castillo de las Mil Calaveras —Ukranio buscó al espectro entre las sombras. Había desaparecido. No había rastro de él.

Ashra maulló. Los Linceos entendieron perfectamente el maullido de su guardián como si lo hubieran escuchado hablar en su propia lengua. Debían seguir, sin detenerse.

—¿El Castillo de las Mil Calaveras? —repitió Anxo—. Pensé que íbamos al templo de... no recuerdo el nombre de...

—Daka Fal, el templo de Daka Fal. Pero antes, el siguiente paso de

Términus nos lleva al Castillo de las Mil Calaveras. Debo recoger algo de ese lugar, al igual que antes recogí agua de la Estigia.

La seriedad con la que habló Ukranio hizo que el chico albino no se atreviera a preguntar nada más. Todavía respiraba acalorado. Tenía el paladar completamente seco. Le dolían los pies al andar; y los pulmones, con cada bocanada de aire. Estaba agotado. Roy tampoco podía ni hablar. Pero él sí había escuchado hablar del castillo. Los ancianos de la aldea narraban una historia en la que Humakt entregaba a Orlanth la espada que había forjado usando un nuevo poder: la Muerte. Ese poder lo había conseguido en el Castillo

de las Mil Calaveras; el lugar donde vivía Vivamort, el Vampiro, Señor de los Muertos Vivientes.

Los orlanthis continuaban por la desolada llanura. Un mundo árido, monótono e infinito. Anxo cayó al suelo, exhausto. Roy apenas podía arrastrar los pies.

—Está bien —Ukranio abrió un odre con agua—, descansaremos aquí.

Anxo agradeció el trago más que nada en el mundo. La fiebre había consumido sus energías. Tiritaba. Las ampollas y las magulladuras de los pies tampoco le habían ayudado a caminar. Roy se tiró a su lado. El picor en su espalda había



menguado dejando lugar a unos ardientes arañazos.

—Voy a mirar dentro de vosotros. — Roy llevaba tiempo pensando que el Ukranio era incapaz de sonreír. «¿Por qué habla siempre tan perentorio?»

Ukranio levantó el parche de su ojo. El chico se sorprendió al comprobar que en realidad no era tuerto, que tenía un ojo grande con un punto rojo en lugar de pupila, el cual se movía veloz, sin seguir ninguna lógica, de modo aleatorio. El punto rojo se quedó fijo sobre el joven. Creció. Su brillo se hizo más luminoso. Parecía un rubí. Roy escuchó un graznido sobre su cabeza. Un cuervo negro, un grajo, descendía a toda

velocidad hacia ellos. Ukranio parecía sumido en un profundo trance murmurando versos ininteligibles. El ojo rojo, cada vez más iluminado, pasó del pecho de Roy al de Anxo. El cuervo se abalanzó sobre el rostro de Ukranio. Antes de que llegara a tocarlo, el gigantesco humakti se tapó el ojo devolviendo el parche a su sitio. El brillo desapareció oculto por el cuero. El cuervo se echó a un lado y se alejó entre graznidos en un vertiginoso ascenso. Los chicos miraban asombrados. Ukranio habló severo:

—He visto a Malia dentro de ti, Albino.

—¿Dentro de mí? ¿Estoy maldito? Puedo sentir algo en mi espalda..., algo

que me hiere, que me araña.

—No me refiero a tu espalda, sino a todo tu cuerpo; Malia es la enfermedad. Los dos tenéis síntomas parecidos. Sin embargo, es extraño. Nada he visto en Roy, mientras que en ti... He visto la infección y la enfermedad.

La sola mención de Malia hizo que el chico se estremeciera. Por supuesto habían oído hablar de ella y de los espíritus que provocaban las enfermedades.

Ukranio comenzó a recitar versos. Anxo a llorar.

Roy, sin embargo, reconoció aquella ceremonia exorcista. Ukranio se escupió en las palmas de las manos y fue

palpando a Anxo por todo el cuerpo. Los versos subieron de intensidad hasta convertirse en furiosos mandatos. Roy sabía que ese era el ritual que hacían los sanadores y los chamanes para liberar a un enfermo de una posesión. Anxo gritaba aterrado. Ukranio encomendó su fuerza a Humakt y a *Hu*. El poder de La Espada podía devolver a un muerto al lugar al que pertenecía, podía expulsar a un espíritu del cuerpo de un vivo. Agitó sus brazos tatuados con vehemencia y sus órdenes se hicieron estremecedoras... Hasta que de golpe, se detuvo. Una pátina de sudor cubría su frente, algunas perlas se deslizaban al mentón. Sin poder mantenerse en pie, el gigante buscó asiento.

—Hay algo dentro de ti, Albino, puedo percibirlo. Pero es fuerte y no consigo eliminarlo. Debemos apresurarnos para concluir nuestra misión antes de que te devore.

*Incluso los durulz no creyentes estaban buscando protección en los templos de Humakt que rodeaban el Pantano Elevado. Una gigantesca bestia muerta, pero viva a la vez, había escapado del anillo de seguridad tendido por los fieles de La Espada y había arrasado Montepato.*

Después de haber mirado en su interior, Ukranio no los dejó descansar.

El Albino caminaba con una soga atada al cuello, una soga que arrastraba una pesadísima losa. El aullido de un lobo le sacó de sus pensamientos. Ukranio tiró de él.

—Es mejor que no paremos aquí. Por el lugar en el que nos encontramos, temo que esos lobos sean la manada de Gareth, el Cazador Salvaje. Vamos, debemos darnos prisa.

—¿Lobos aquí? Pero si no hay animales, ¿de qué se alimentan?

—De las almas de los que se descarrían en su descenso al Infierno. Es mejor que no nos cojan cruzando estas tierras.

Gigantescas pilastras de piedra se alzaban hacia el cielo rojo. Entre aquel laberinto de columnas eternas debía hallarse el Castillo de las Mil Calaveras. Había millones de calaveras amontonadas. La fortaleza era así llamada porque, como su nombre indicaba, se encontraba erigida sobre el enorme cerro de cráneos.

Según se acercaban a la base, a Roy se le iban revolviendo las tripas. Aquel sitio no le gustaba. Desde aquella distancia, poco se apreciaba de la lejana cumbre, ni siquiera si sobre la montaña de cráneos había o no un castillo; pero la sensación de ahogo le asfixiaba. La mano se le iba a la empuñadura de la espada.

Una oscura caravana de carros transitaba la zona.

—Agachaos detrás de las piedras. Vamos a esperar a que pasen.

—Si son troll... —Roy amagó con desenvainar su arma de acero.

—Silencio, te van a oír. —Ukranio acalló con una de sus manazas al muchacho—. Los trolls no son el peor enemigo que podemos encontrar aquí.

Roy no era capaz de identificar ninguna de las calaveras sobre las que se alzaba el castillo, todas eran de criaturas extrañas para él. Miles de sombras tétricas rodeaban el ascenso. Un zigzagueante sendero ascendía hacia la cumbre.



Y no fue con la caravana, tampoco con Gareth, el Cazador Salvaje y su manada de lobos, con quien se toparon. De entre la opaca oscuridad, desde algún lugar impreciso, los buscadores escucharon una voz de mujer:

—Mi nombre es Subere, Señora del Inframundo y Reina de la Oscuridad y de las Profundidades. Ustedes, que son guiados por el Embaucador, ¿por qué quieren lo que no es suyo?

—*Hu*, La Espada, reclama lo que le pertenece. Términus es el guía de mis pasos y no el Embaucador —contestó Ukranio—. Vengo a por lo que nos pertenece y debe ser entregado a su legítimo dueño. En manos infieles, ese

poder es incontrolable.

Roy escuchaba su propia respiración. No veía nada. La oscuridad se había vuelto absoluta. Cerca de él, escuchaba la de Ukranio, y a su alrededor la de la mujer.

—¿Por qué cree usted que puede dominar un poder semejante?

—Sólo a Humakt le corresponde el deber de dar y quitar, de juzgar y asumir. La Muerte es un arma demasiado peligrosa para andar en manos equivocadas.

—¿Y por eso creéis disponer de la autoridad moral para venir a robarla?

—¡No venimos a robarla! Hemos

invocado a Términus. ¡No somos ladrones! En todo el mundo, sólo Humakt debe seguir este camino. Él es el único Señor de la Muerte. Por eso es adorado: porque sólo él ha de dominar a la Muerte.

La cerrazón dio un respiro a ojos de Roy. La capa de negrura se abrió levemente. Los ojos de Ashra habían captado algo de claridad y, con ellos, los del muchacho a su cargo. Incluso respirar resultaba más sencillo. La atmósfera opaca desapareció.

Los buscadores orlanthis aprovecharon aquel momento para encaramarse sobre las calaveras, siguiendo al hurón blanco, rumbo a la lejana cumbre. Un paso en

falso, un resbalón, y las calaveras rodaban abajo cientos y cientos de metros de caída. Roy caminaba encorvado y con ojos febriles.

—Pero si tenemos que hacer todo lo que hizo Humakt, ¿tendremos que luchar contra vampiros fieles de Vivamort?

—No hay que hacer exactamente lo que él hizo, podemos hacerlo a nuestra manera. Podemos rescribir el camino de Términus.

Un repentino maullido hizo que los orlanthis buscaran cobijo. Los buscadores advertían perfectamente el tono de aviso. Ashra miraba hacia arriba con ojos celosos.

Un tenebroso grupo de figuras oscuras

ascendía en peregrinación. Los orlanthis permanecieron agachados. Las siluetas parecían brujos, o hechiceros, o nigromantes. Envueltos en mortajas caminaban en fila de a dos. Un olor a cera llegó a la nariz de Roy; sin embargo, el chico no veía que portasen vela alguna. Una procesión silenciosa...

—¡Maldito sea Vivamort! Coged un objeto con cada mano, no las tengáis vacías... Y rezad para que no nos vean; pero, sobre todo, no los miréis a los ojos.

El humakti, además de su espada, sostenía su cruz de plomo con la mano zurda. De pronto una calavera rodó ladera abajo. El ruido hizo que Roy se

levantara.

—Agáchate, te van a ver. —Ukranio enarcó las cejas.

El muchacho se agachó y señaló al hurón.

El animal escarbaba entre dos grandes calaveras...

—Agárralo antes de que nos delate. —el ceño de Ukranio era ya bastante hosco.

Roy lo cogió. Entonces, bajo sus pies, el suelo tembló con un fuerte estruendo. Varias calaveras rodaron por la ladera. Un grito resonó en la lejanía; los habían descubierto. Un pasaje había quedado al descubierto. El hurón se coló por la gruta mientras que varias figuras

embutidas en sudarios los señalaban.

—¡Aprisa! ¡Nos han visto!

Se precipitaron reptando chocando unos contra otros.

El contacto con los cráneos no les asustaba; el grito de sus perseguidores sí. Ukranio golpeó el techo y provocó un desprendimiento de calaveras cerrando el paso.

Estaban encerrados, sólo podían introducirse en el interior de la montaña ósea.

Acuclillados avanzaron hasta una mazmorra. Grupos de acólitos vigilaban el lugar. Los orlanthis se ocultaban entre las sombras, sigilosos, invisibles como

lince... Los intrusos siguieron al escurridizo hurón por aquel laberinto de túneles hasta que el animal se detuvo delante de una pared, la única pared formada de auténtica piedra. Ukranio la golpeó suavemente con el pomo de su espada.

Anxo se sentó exhausto. Tiritaba, la fiebre estaba subiendo.

—Roca maciza —señaló Ukranio alzando una ceja.

—No podemos seguir por ahí. —Anxo se sujetaba la cabeza apoyando las manos entre las rodillas.

—No puedo sostener ni mi espada. — Roy se sentó al lado del Albino.



El hurón husmeaba la pared de granito mientras Ashra escrutaba, como atento vigilante, la fosca sombra que los envolvía... No tuvo tiempo de maullar. La oscuridad se descorrió a un lado como si fuera una cortina, como si en lugar de un elemento etéreo fuese una gran tela, una capa opaca e impenetrable capaz de ocultar incluso la luz de las estrellas. Ashra encorvó el lomo. Se le erizó el pelo; enseñando uñas y colmillos.

Apareció veloz como un letal depredador. Escuálido y espigado, desgarrado como un ciprés. Se movió con una rapidez sobrehumana sin emitir

sonido alguno, surgió de entre las tinieblas y al momento ya se encontraba junto a la pared. Parecía desplazarse flotando, sin tocar el suelo. Su presencia era fría, cortante; su rostro pálido, casi azulado. Envuelto en un manto de tinieblas se abalanzó sobre el sorprendido Anxo. Los ojos inyectados en sangre. Roy también saltó, asustado, como si hubiera recuperado todas sus energías adolescentes. Ukranio desenfundó su arma con rapidez.

Anxo cayó de espaldas y sintió una gran presión sobre todo su cuerpo. Estaba inmobilizado. Tenía las extremidades apesadas y le costaba respirar. Sentía el gélido y sobrenatural tacto de su agresor. Una baba espesa y maloliente le

goteó sobre la cara. Intentaba luchar pero su cuerpo no respondía, endeble, como si no fuera suyo. Ukranio y Roy se abalanzaron sobre la sombra pálida, silenciosa y encorvada. Pero en el momento de descargar sus aceros, ésta se giró como una centella, veloz como una sierpe, y anteponiendo un oscuro bastón de plomo frente a los dos filos orlanthis, detuvo las espadas en lo alto. Los buscadores contemplaron su demacrado rostro, sus profundas ojeras, sus dos ojos rojizos y sus labios finos y amoratados desde los que caía un fino hilillo salivoso.

—*El Secreto nunca querrá irse con vosotros* —pronunció con acento rasgado.

Roy sentía que no podía mover un músculo; su cuerpo no respondía. ¡Estaba paralizado! A su lado, con su espada en lo alto, podía ver a Ukranio igual de tieso que él. El aparecido volvió a girarse hacia Anxo con una velocidad que no provenía del mundo de los hombres. Se abalanzó con sus enormes fauces abiertas, oscuras y babeantes, ocultando al Albino. El mundo se detuvo por un momento. La sombra ocultó al chico albino bajo su capuz negro.

Roy seguía sin poder moverse. Sentía su cuerpo frío.

De pronto, bajo la oscura capa negra, algo se agitó tembloroso.

Roy sintió un cosquilleo en brazos y piernas. Poco a poco recuperó el control sobre sus aturdidos músculos. Con toda la furia de la que fue capaz descargó su filo sobre el ser de oscuras vestiduras. Ukranio también golpeó un instante después. Sendos impactos arrojaron a la sombra contra la pared de piedra. Bajo ella no había rastro del Albino. Había desaparecido como un truco de prestidigitación. La sombra giró en redondo. Su mirada rojiza se estremeció al contemplar las espadas orlanthis. Hur-metal. Acero. El ser se retorció como una oscura alimaña buscando escapatoria. Roy sintió que el viento guiaba su espada. Y lo golpeó con fuerza.

Ambos filos atravesaran su pecho. El demacrado cadáver comenzó a retorcerse, a consumirse, como si ardiera pero sin fuego. Antes de que Ukranio y Roy extrajeran sus espadas del muerto sólo quedaba su capa negra sobre un bulto y un viscoso charco plateado sobre el suelo.

—Quizá las leyendas que se cuentan sobre las propiedades del acero son ciertas. —La voz del muchacho temblaba.

—El acero es magia sólida —aseguró Ukranio blandiendo su arma—, especialmente efectiva con esta escoria no muerta.

Roy levantó de nuevo su arma.

—No es necesario.

Con la punta del pie, el veterano guerrero apartó la capa. Bajo ella se encontraba el Albino. Temblaba. Su rostro relucía aún más blanco que de costumbre. Tenía la mirada perdida y murmuraba una frase repetidamente:

—No quiso morderme.

Ukranio se dirigía a Roy mientras obligaba a Anxo a beber de su odre:

—Ha sido la infección. El contagio de Malia le ha salvado la vida.

Roy volvía a sentirse terriblemente fatigado. Se sentó junto al cuerpo de Anxo, que seguía repitiendo la frase en estado catatónico. Ashra vigilaba la

penumbra. Ukranio buscaba por el muro de piedra un rastro, un grabado, algo que le diera una pista de cómo abrir aquella cámara. El guerrero tatuado escrutaba la pared con detenimiento entre los bajorrelieves.

En la parte más baja de la piedra, una orla había sido cincelada con difusos caracteres. El hurón olfateaba la roca y correteaba nervioso. Ukranio leyó en voz alta.

*"Quien se atreva a abrir la puerta debe estar dispuesto a ofrecer su vida.*

*Quien abra la puerta tiene que dejarla atrás y reclamar la Muerte.*

*Para abrir la puerta no se requiere fuerza ni magia, sino voluntad.*



*Porque esta puerta, una vez abierta,  
nunca se puede cerrar."*

Ashra se acercó lentamente junto a Ukranio.

—Muerte, he visto tu rostro y el de mi padre. He venido a reclamarte en el nombre de Humakt. Por el honor de *Hu*, La Espada. Con la barbilla alta te reclamo.

Tras un segundo de ruido rechinante, el muro de piedra granítica comenzó a desplazarse hasta desaparecer entre calaveras. La Cámara Oscura quedó expuesta. De su interior surgió un hálito mortecino, glacial, unos chirridos arenosos, cacofónicos, y un

pesado olor a azufre y algún almizcle indeterminado. El hurón de blanco pelaje salió corriendo en el sentido opuesto a la cámara. Roy se lanzó al suelo tratando de agarrarlo. Se encontraba débil; sus músculos, agotados, ateridos, demasiado para atrapar al hurón. Lo que en otras ocasiones hubiera sido una presa fácil acabó huyendo por entre los dedos de sus manos. Desapareció.

—Déjalo ir, no importa —  
Ukranio resoplaba—. El Embaucador ha cumplido con su papel en el ritual de Términus. Nos ha conducido hasta La Cámara Oscura. Ya no le necesitamos. A partir de ahora seguiremos solos. A partir de aquí, el camino hasta la torre

de Havan Vor, hogar de Daka Fal, nada tiene que ver con la búsqueda de Términus. Esperadme aquí fuera. No quiero que entréis bajo ningún concepto.

Roy no pensaba hacerlo. Le ardían las piernas y los pulmones. Le zumbaba la cabeza.

Ukranio recogió la capa negra que se había quedado tendida en el suelo, la que perteneciera al pálido ser que había asaltado al Albino. Con sumo cuidado se la enrolló en el brazo como los gladiadores que luchan con red. Se adentró en La Cámara Oscura.

—No entréis aquí bajo ningún concepto  
—fueron sus últimas palabras.

El interior era de un negro tan crudo

como sólo podía existir allá donde los espíritus de las tinieblas campan a sus anchas y las deidades de las profundidades erigen sus tenebrosos y agónicos altares. Negro absoluto. Ni con la vista de lince, Ukranio pudo distinguir límite alguno en la sala, era como si la oscuridad fuese eterna y el infinito no conociera final. Se cubrió con la capa oscura. Una voz ronca y pesada resonó en sus oídos:

*—Mi puerta nunca se abre en vano. Mis padres me sellaron aquí por una razón. Nunca deberías haber abierto mi puerta.*

Ukranio contempló frente a él a todos los rostros de la Muerte

contorsionándose retorcidos y convulsos. Un crisol, un prisma estremecido, un calidoscopio reflejo de todas sus formas y facetas, una vorágine de ira y de dolor, de cuerpos que envejecían desde la pronta niñez, de enfermedad y de desaliento. Las imágenes se incrustaban en su retina. Guerra y miseria. Cuervos y lobos. Percibió su propio sufrimiento, su llanto y su desasosiego. Un canto de ultratumba lo llamaba a perecer, a abandonar la vida y fenecer allí mismo. La Muerte se proclamaba ante él como su única señora, como lo único eterno y absoluto en aquel mundo de tinieblas. Ukranio escuchó la llamada dentro de su cabeza, escuchó su lamento, su ruego y sus

súplicas. La Muerte lo llamaba y él era su súbdito. Avanzó hacia ella. Ella se arremolinó en torno a él. El guerrero pudo percibir su último hálito. La vida lo abandonaba.

Pero como había aprendido de los *reciarios* en la arena del circo de gladiadores, Ukranio usó la capa oscura como si fuera una red volteándola sobre su cabeza y arrojándola por encima de la Muerte. Ésta aulló con un doloroso berrido, una súplica, que hubiese hecho estallar millares de vidrieras. La capa negra cubrió a la Muerte. Quedó oculta y silenciada bajo el impenetrable tejido opaco. Ya no oía su llamada. Se apresuró a recoger la prenda y anudarla con la Muerte en su interior. La capa

quedó cerrada a modo de hatillo... Un tétrico y oscuro hatillo. Se lo echó por encima del hombro, como quien lleva un odre de leche o vino, y con paso decidido se apresuró a salir de La Cámara Oscura.

Cuando Anxo pudo andar de nuevo abandonaron en silencio el tenebroso hogar de Vivamort. Se alejaron presurosos. Ukranio se orientó a través de Las Raíces de las Montañas tomando como referencia al gélido coloso Bimbaros, visible desde casi cualquier lugar del Inframundo.

El gigante Bimbaros sostenía el techo de piedra (el suelo de la superficie) sobre sus hombros. Tenía la piel azulada y una

espesa barba blanca de hielo y nieve que ocultaba su feo rostro, deformado al caer de los brazos de su madre cuando nació.

Habían descendido lo suficiente. El Mar de fuego se abría frente a ellos.

Llegaron al camino, rodeado por las llamas del inmenso océano, que ascendía hasta el templo donde Daka Fal juzgaba el alma de los muertos para darles descanso eterno o castigo merecido. A esas alturas Ukranio tenía que arrastrar a los dos muchachos.

—No puedo más —se quejó Roy echándose al suelo.

—Vamos, no es momento de mostrar debilidad. Ya casi hemos llegado.



—No puedo andar; me va a estallar la cabeza.

—Cuando lleguemos arriba volveré a observaros, estoy seguro de que os ha infectado algún espíritu enfermizo. Es quien os provoca todos los males.

—Todos no —sollozaba Anxo palpándose la espalda—. ¡No lo aguantó más! ¡Me está rajando la carne!

—Eso nada tiene que ver con las mordeduras de rata, estoy seguro. Cuando miré dentro de ti también percibí una gran fuerza, una gran presencia de la Runa del Aire. Es extraño, la Runa del Aire es muy fuerte en ti, mucho más que en Roy... y eso que él está bendecido por el mismo Orlanth.

Roy se quedó perplejo. ¿Ukranio había dicho que él estaba bendecido por Orlanth? Anxo ni siquiera escuchaba, no podía parar de quejarse.

Un seísmo hizo temblar la tierra bajo sus pies y el techo sobre sus cabezas.

—No hay tiempo para niñerías. En pie, tenemos que seguir.

Un gran ladrido silenció las palabras de Ukranio.

Una descomunal figura canina se interpuso frente a los viajeros.

—Los vivos no pueden andar por los senderos reservados a los muertos.

—Guardián del Infierno, retírate. Tanto La Espada, *Hu*, como la Runa de la

Muerte, me conceden su bendición para transitar por estos lugares y acceder al Salón del Juicio. Humakt me ha entregado la posición de lícito juez. Yo domino a la Muerte. Apártate.

Ukranio sostenía su cruz de plomo frente a los ojos ígneos del Sabueso Infernal. El gigantesco perro la husmeó babeante; no era saliva, sino fuego, lo que escapaba de sus fauces. Los ojos encendidos en llamas. Su pelaje parecía irradiar una luz oscura y quemada. Por huellas sólo dejaba ceniza.

—Qué así sea, pero si entráis en los dominios de Daka Fal, vuestra alma será juzgada y separada del cuerpo.

Roy no daba crédito a lo que tenían

delante. Y Ukranio estaba hablando con ese monstruo. Estaba en presencia del Sabueso del Infierno. Era un gran mastín de pelaje negro y reluciente, cuerpo formidable y cabeza monstruosa. El guardián encargado de que nadie traspasara la barrera que separaba la vida de la muerte.

Al ladrar, de sus fauces volvieron a brotar llamas.

—Si dais un paso más, renunciaréis a vuestros cuerpos mortales y yo mismo me ocuparé de que jamás regresen con vuestras almas. Perteneceis a la Muerte.

—Yo soy quien ha de juzgar eso; quien separa las almas del cuerpo. Yo soy la

Muerte —contestó Ukranio mostrando el frasco con agua de la laguna Estigia.

El inmenso dogo estornudó, y por sus ollares sólo salieron llamas. Ashra se escondía tras los muchachos con el rabo encogido entre las piernas. Ukranio le acercó el hatillo donde había apresado a la Muerte. El perro se apartó mirándolo con recelo. Debía dejarlos pasar... salir ya sería harina de otro costal. Ukranio avanzó dejando al perro a un lado.

Anxo lo siguió sin pensar el motivo. Caminó sin saber por qué. No tenía nada que perder, nada tenía en la vida y nada le iba a quedar, ocurriera lo que ocurriera en aquel lugar. Su vida había sido un continuo y tormentoso mar de

miseria. Aquello era importante. Ukranio lo había tratado como una persona, no como un apestado. Aun así, el chico pasó junto al can con miedo.

El guerrero tatuado asintió con una ligera inclinación de su cabeza. Después, habló mirando fijamente al sobrino del granjero:

—Roy, no hay otra opción. No puedo obligarte a separar tu cuerpo de tu alma, pero la supervivencia de los tuyos depende de que lleguemos a ese templo.

Aquello era precisamente lo que paralizaba al muchacho. Pensaba en todo su clan, ¡él era sólo un granjero! ¿Por qué dependían de él? ¿Por qué Ukranio tenía tanta fe depositada en él?

Se acordó de la aldea, de la *Tula*, del juego de las cerezas, de la profecía de la bruja Sargadela, de la mañana en que mató a un invasor del Imperio de la Luna Sangrienta..., y de su tío. ¿Qué ocurriría con su tío? ¿Qué sería de la siguiente cosecha si él no regresaba? ¿Quién ayudaría a recogerla? Su torbellino de pensamientos fue a parar en Dorna, ¿no volvería a verla? Le había jurado que tras la búsqueda volvería. ¿Lloraría la chica por él? Roy dio un paso al frente mirando a Ukranio.

—Te seguiré a donde me lleves.

—Sabía que no me decepcionarías.

El oscuro dogo infernal desapareció caminando con lentitud entre las llamas,

devorado, como si se sumergiera en las olas del mar.

La torre de Havan Vor, en el templo funerario de Daka Fal, se erigía imponente frente a ellos. Estatuas gigantescas de dioses y antepasados que no conocían. Grabados en las paredes narraban hechos antiquísimos y olvidados. Una gran entrada era jalonada por un pasillo de inmensas columnas. El sendero de baldosines amarillos penetraba en el templo por la gran puerta. Siguiendo el camino, una multitud de ánimas, de sombras y espíritus se arremolinaba en la entrada intentando penetrar. Un flujo continuo.



Miles y miles de espíritus esperaban ser juzgados en el interior.

—Ya queda muy poco —animó Ukranio a los chicos.

Anxo siguió al gigante tatuado con Ashra a su lado. Avanzar apartando almas, traspasándolas, era como penetrar en un campo de pompas de jabón.

Roy caminaba en último lugar. El joven granjero pensaba en su padre. Si estaba muerto quizá pudiera encontrarlo allí. Aquello era una tontería, su padre llevaba muerto siete años; era demasiado tiempo para pesar un alma y esperar un juicio. Los dioses orlanthis lo habrían llevado a la Aldea de las Tormentas. Roy se quedó helado cuanto

un tacto gélido le apresó por la muñeca. Su brazo se durmió de sopetón, perdiendo la sensibilidad de la mano al codo. El chico se revolvió... estupefacto.

—¡Tío Athor! Eres un... ¡Estás muerto!

El espectro traslúcido de su tío asintió.

—¡Tú estás vivo, Roy! ¿Cómo es posible? ¡Estás vivo en este lugar de muertos!

—Estoy vivo, tío, lo hemos logrado. Hemos guiado al Ratonero, ¡pero tú estás muerto! ¿Quién ha sido? ¿Los lunares? Maldita sea... ¡toda la culpa es mía! Seguro que asaltaron la aldea. ¿Me estaban buscando a mí? ¡Ha sido por mi culpa!

—Atacaron la aldea durante la ceremonia de Yinkin. La interrumpieron cuando estaba a punto de culminar. ¡Pensé que te quedarías atrapado en el Inframundo y que nunca volvería a verte!

—Quién si no, iba a destruir nuestra ceremonia—Ukranio apareció rodeando al sobrino del granjero—. Como ves, Athor, he cuidado de tu sobrino como prometí; siete años fuera de casa no me han cambiado tanto. ¿Y Dorna? ¿Cómo está?

—¿Ella está aquí? —La pregunta de Anxo resonó cargada de angustia.

Roy cambió su gesto de desazón por otro ofuscado. No le hacía gracia que el Albino, que nadie en realidad, mostrara

más interés que él por la sobrina de Ukranio.

—¿Han hecho daño a mi sobrina? Si la tocaron, juro que los mataré...

—No la he visto aquí —contestó tío Athor—. Algunos de los nuestros pudieron escapar y refugiarse en el bosque.

—Que Orlanth y Vinga la guíen. Y que dirijan sus pasos hacia el sur. Si consigue llegar a refugiarse en la ciudad de Murallas Blancas... Ruego a Humakt que la proteja de la invasión.

—Murallas Blancas ha caído. Lo escuché en la caravana donde nos encerraron..

El rostro de Ukranio se desencajó como nunca antes lo habían visto. Se le abrió la boca. Su mirada se perdió turbia. Su tez, empalideció. Un aire paralizó sus facciones con una expresión desconocida en el humakti.

—¿Y mi sueño? ¿Murallas Blancas ha caído? ¿Y el rey Broyan? ¿Y Kallyr Estrella en la Sien? ¿Estás seguro de que no es sólo un rumor?

—Oí que los invasores lunares derribaron las puertas y entraron en la ciudad. No pudieron atrapar ni al rey Broyan ni a Estrella en la Sien.

—¡Alabados sean los vientos! Aún hay esperanza.

—Mucha de nuestra gente escapó a los

bosques. Nadie sabe el paradero de los reyes. Oí que los invasores sólo encontraron en el interior de la ciudad una pira con siete defensores muertos; los demás huyeron a tiempo.

—Rezo porque vuelvan pronto y expulsen a esos perros de nuestras tierras.

Roy escuchaba con atención y espanto. ¡El único bastión de resistencia orlanthi había caído! Nadie sabía dónde se encontraban ni la reina Kallyr Estrella en la Sien, ni el rey Broyan. El muchacho nunca había visto que a Ukranio le temblara la barbilla...

En su sueño, el humakti había visto Murallas Blancas libre del yugo lunar.

Debían continuar o nunca llegaría la oportunidad de ver liberada Murallas Blancas.

—No todo son malas nuevas —continuó tío Athor—. Algunos aseguran que Boldhome será recuperada pronto. Hablan de una horda praxiana, jinetes de la tribu de los Bisontes, que está hostigando a los ocupantes lunares.

—¿La tribu de los Bisontes? —cuestionó Ukranio—. ¿En Boldhome?

Roy sabía que hablaban de la antigua capital de Sartar, antes de la ocupación.

—Eso he oído también. Lo bueno es que los nómadas vienen liderados por un orlanthi. ¡Uno de los nuestros! He oído que es un noble que viajó exiliado al

este. Se rumorea que es el mismo que empezó las revueltas contra los lunares en Pavis.

«¿Revueltas en Pavis? El mundo está cambiando.»

Los músculos del cuello de Ukranio se tensaron antes de hablar.

—No debemos perder más tiempo, tenemos que encontrar la Puerta de Culsvula. ¡Vamos a impedir que nuestros adversarios triunfen!

*Lo que los orlanthis no podían imaginar era que ese exiliado pronto sería el nuevo príncipe de Sartar. A la vez que el Imperio Lunar entraba en*



*Murallas Blancas, él haría lo mismo en Boldhome ayudado por la tribu de los Bisontes y por un descomunal gigante.*

*El futuro príncipe había rescatado al gigante cuando éste era un recién nacido, en una enorme cuna que bajaba por el río que atravesaba Pavis. Los gigantes crecían con la misma velocidad que tamaño, y en pocas semanas el bebé gigante era ya un adolescente. El acompañante y guardaespaldas perfecto para iniciar una revuelta. Juntos descubrirían en pocos días un viejo templo de la segunda edad donde se rendía culto a los dragones, antes de la Guerra Matadragones. El mismo Orlanth fue allí venerado en su forma de dragón. El*

*siguiente objetivo del futuro Príncipe de Sartar sería despertar a los tres dragones auténticos que dormían bajo el Paso del Dragón.*

## Capítulo X. «Tembloros»

*De cómo una única hendidura puede resquebrajar un mundo.*

*Los aullidos del Cándogo eran capaces de congelar el fuego.*

El tono rojizo del cielo se oscureció hasta parecer mezcla de vino y sangre. En la cima del monte, un templo. El camino hasta él era empinado y rodeado por reverberantes llamaradas.

El ascenso era angustioso. Al calor, el fuego y la marcha forzada, había que añadir la inquietante proximidad del perro, el Sabueso del Infierno.

Otro ladrido se escuchó proveniente del Mar de fuego.

Eco.

—Dana, sobrevuela las olas y localiza al Cándogo antes de que él nos encuentre a nosotros. Quiero saber dónde se halla.

El rey Cráteros izó su brazo con un suave gesto de maestro cetrero.

La rapaz alzó veloz el vuelo.

—¿Y eso de qué nos servirá? — preguntó Écaroh.

—Un brujo aldryani me profetizó que en la derrota encontraría la victoria, pero no pienso encontrarme tan pronto con la derrota. Espero que mi destino

sea otro.

—¿Otro destino? Tu destino está ya escrito —contestó el comerciante esclavista—. No somos diferentes de las almas que nos rodean. Somos iguales. Todos caminamos hacia el mismo templo.

—¡No digas tonterías! —Quirísofos parecía ofuscado—. ¿Quieres decir que estamos muertos? ¿Cómo íbamos a estarlo? En nada te pareces a las ánimas que pululan por aquí.

—Sois unos ingenuos —Écaroh mostraba su gesto más burlón—. ¿De verdad pensáis que seguimos vivos? Cuando llegue el perro, seguro que nos

permite pasar junto a los otros espíritus: porque ya estamos muertos.

Un nuevo aullido resonó cercano. Dana graznó desde lo alto. A través de sus ojos, Cráteros, ausente ya de la discusión sobre la mortalidad, contempló con preocupación cómo se aproximaba el sabueso.

—Te digo que seguimos vivos —aseguraba Quirísofos—. ¡Brillante Luz del Ocaso! ¿Quieres que te pinche para ver si te duele? —Quirísofos hizo un gesto con la espada—. Un muerto no se quejaría; ni siquiera teníamos monedas para el Barquero.

—Tiene razón. —Shen señalaba al templario yelmalita—. Seguimos

vivos, puedo sentirlo. Estoy segura de que la muerte es diferente a esto.

—Decid las tonterías que queráis, pero estamos más muertos que cualquier otra cosa. No fuimos enterrados, por eso no teníamos monedas para el viaje, eso es todo.

Cráteros abandonó el trance por el cual había visto acercarse al Cándogo mediante los ojos de Dana. Agarró por los brazos al absorto y distraído Jan Paolo y lo zarandeó con vehemencia.

—¡Vamos, Procónsul! En todo este tiempo me ha demostrado ser el más sabio de los consejeros. Siempre fue el más astuto de la expedición desde que partimos de Sartar. ¡Tiene que haber

algo que podamos hacer! ¡Tengo que volver, se lo prometí a mi padre!

—No lo sé, Mariscal, déjeme pensar... Quizá... ¡No lo sé!

Dana avisó a Cráteros telepáticamente de que el Cándogo estaba a punto de alcanzarlos. De pronto Jan Paolo sonrió con una mirada ladina.

—¡Ya lo tengo! Sacad toda la comida que os quede..., y el agua también. ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder!

Los escasos alimentos de los expedicionarios quedaron desparramados a sus pies. Jan Paolo lo roció todo con las últimas gotas del único odre de agua que quedaba,



mezclada con la ponzoña negruzca de un tóxico venenoso que guardaba en su gabán. Apartó al resto de buscadores y mezcló con cuidado el veneno entre toda la comida. Apestaba.

—¡Quirísofos, preparemos los escudos! —Cráteros se acercó a su lugarteniente.

Ambos se apostaron con firmeza tras sus hoplones esperando que apareciera el Sabueso Infernal. Al Mariscal le temblaban las manos. Respiraba profundamente tratando de serenarse.

Shen se había ocultado tras los hombres junto a la pequeña Yun—Xu. La aldryani tensaba la cuerda de su arco mientras que le susurraba suaves palabras de

apego.

Jan Paolo espolvoreó el contenido de otro pequeño tarrito ocre sobre la comida. Burbujeó. A los pocos segundos el hedor de su tóxico brebaje quedó por completo disimulado.

El antiguo cónsul lunar corrió tras los escudos yelmalitas cuando apareció la enorme figura del Cándogo. Saltó por encima de las llamas como quien lo hace sobre matorrales o arbustos. El Mar de fuego era para el perro guardián un suave tapiz de hierba recién mojada, de césped recién cortado. El sabueso se plantó frente al grupo de viajeros gruñendo y babeando. Un mastín, o un dogo, o algo similar a

ambos, de enorme tamaño y cabeza colosal.

El perro guardián de las entrañas del Averno.

Un atisbo de duda ensombreció el rostro de Écaroh, quien se había situado a la espalda del grupo. Mirando al mastín de frente; ya no tenía tan claro su permisividad.

Los yelmalitas se apostaban con firmeza.

El sabueso avanzaba lentamente, rezongando. Desde la comisura de sus labios goteaba hirviente sangre en ebullición. Husmeó el montón de comida, acercando el morro, pero sin perder de vista a los buscadores. Apartó

el envenenado alimento, primero suavemente con el hocico, luego de un manotazo. Gruñó.

Écaroh no pudo contenerse y, súbitamente, mas nadie podría asegurar si lo hizo de manera voluntaria o accidental, transformó su cuerpo en el de un gran búho de ojos ambarinos. Ningún buscador se dio cuenta. Sólo los ojos del sabueso se fijaron en el ave nocturna. Écaroh alzó el vuelo. La mirada del perro se marchó tras el ave blanca. La mirada del perro vaciló entre el búho que subía y un halcón que descendía en picado. Sus ojos hablaban por sí solos. «Debo mantener seguro a mi rebaño. No voy a permitir que paséis, seáis vivos o muertos». Su

cuerpo estalló en una llamarada. La bola de fuego en que se había convertido se lanzó hacia las aves revoloteadoras.

—¡Corred! —ordenó Cráteros.

Los buscadores no lo pensaron y corrieron. Aprovechar el desliz del sabueso que intentaba capturar a los pájaros era su única oportunidad. Cuando el can se percató, los intrusos corrían en desbandada. El perro ladró con un fuerte gruñido y, arrugando el hocico bajo sus propias llamas, se precipitó hacia los buscadores.

La expresión más perturbada volvió a apoderarse de la mirada de un jadeante Jan Paolo que se estaba quedando rezagado. «No sé si estamos vivos o

muertos, pero sí sé que el perro no deja que nadie escape de aquí. Debe mantener unido a todo su rebaño». Jan Paolo extrajo el frasquito de cristal donde guardaba a su esclavo espectral. Notaba un calor abrasador en la nuca; la espalda empapada en sudor. El perro casi lo alcanzaba. El recipiente que contenía el espectro se cayó de entre las manos del falso cónsul estallando contra el suelo adoquinado. Su tétrico y fantasmal contenido se expandió veloz, como una nube gélida.

El antiguo misionero lunar, sin detenerse, ordenó a su espectro gritando:

—¡Vete! ¡Márchate al mundo de

los vivos y llévate al perro! ¡Te ordeno que desaparezcas y vuelvas por el camino de la laguna Estigia!

El espectro desmentador obedeció. Voló arremolinado en sentido contrario a la carrera de los buscadores. Como un ciclón de negra maldad pasó junto al sabueso que se detuvo de inmediato olfateándolo. ¡Un muerto que intentaba deshacer el camino! El perro, con un ladrido amedrentador, corrió tras el espíritu que trataba de escapar de su rebaño. Tan importante era que un muerto no saliera como que un vivo no entrara. Ya volvería después a por los que intentaban colarse.

El templo era una construcción inmensa excavada en la propia roca de proporciones megalómanas. Construido en un tiempo remoto por gigantes o colosos; ningún otro ser podría haber hecho semejante obra. El reguero continuo de espíritus en silenciosa compañía se internaba a través de una gran puerta dintelada. En el exterior, esculturas de dioses desconocidos orando en posición jaculatoria, daban la bienvenida. Era un lugar de confluencia de cultos. Las estatuas eran vistas con distintas proporciones y rasgos dependiendo de los ojos que mirasen: eran aldryami para Shen o dragones para Yun–Xu. En el interior, una columnata compuesta por millares de pilastras era



la antesala adonde los recién llegados esperaban su turno para ser juzgados por Daka Fal. Una multitud de ánimas trataba de llegar a presencia del Juez para que éste dictaminara su lugar de reposo eterno. Algunas almas se arrastraban todavía en el interior de sus cadáveres. De aquel juicio dependía ir junto a sus dioses, a sus jardines y edenes; o, si sus propias deidades no los reclamaban, ser enviados a las profundidades del Averno, hacia alguna de las ocho fosas donde sus almas arderían sin piedad.

Las columnas de esta primera sala estaban grabadas con antiquísimos relieves donde dioses y demonios luchaban unos contra otros, mortales

perdían sus almas y deidades teriomorfas, con cabeza de animal, juzgaban los méritos de los condenados.

La muchedumbre de almas avanzaba en hilera en dirección a un gran umbral abierto al final de la columnata, un umbral por el que penetraba una luz brillante y cegadora.

Un fuerte seísmo hizo que las columnas escupieran el polvo acumulado.

Wakboth se agitaba con furia. El Gran Bloque no lo retendría mucho más tiempo.

Los buscadores corrieron entre almas y cadáveres sin saber cuánto tiempo tardaría el Sabueso Pastor en volver a por ellos. Las ánimas esperaban con

paciencia, el tiempo había dejado de tener importancia para ellas. Los buscadores las atravesaban, literalmente, como quien avanza por una laguna o un río sumergido en sus aguas hasta la cintura. Una mancha oscura, que resaltaba en aquel vergel de flores traslúcidas, se cruzó frente a Shen desapareciendo por su espalda. Había sido un instante fugaz. La aldryani se volvió. Pero sólo encontró la figura de Cráteros:

—No veo a Jan Paolo ni al capitán de la nave voladora. ¿Dónde estarán metidos?

—No creo que las flores vayan a llorar por la pérdida de...

—¿Y Yun—Xu? ¿Dónde está la niña?

Shen miró a su alrededor. ¡La pequeña kralorí no estaba! La llevaba de la mano y... Había sido sólo un momento, ¡ni siquiera un despiste! ¿Dónde estaba la pequeña?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Hay que encontrarla! —exclamó Cráteros.

—¿Encontrar a quién? —preguntó Quirísofos por entre la marea de almas.

—¡A Yun—Xu! —gritó Shen—. ¡Hay que encontrarla antes que el Perro! ¡Ella es la protegida del dragón! ¡Ella es *La Ayuda que se da!*

Corrieron y rebuscaron entre la multitud de almas translúcidas. ¿Dónde estaba la kralorí? Dana, revoloteando sobre sus cabezas, avisó a Cráteros de que la niña se alejaba cogida de la mano de dos trémulas figuras. Shen y Quirísofos salieron tras el Mariscal atravesando la aglomeración de almas. Su ave le indicaba el camino. Cráteros gritó poderoso:

—¡Yun—Xu, te he traído hasta aquí como Yelmalio trajo a *La Ayuda que se da!* Y ahora he de llevarte hasta la diosa Arachne Solara.

La niña kralorí se detuvo. Miró hacia atrás. Las dos figuras que la cogían también. Una de ellas era su

madre, Li-Wan, con el pelo recogido en un moño atravesado por dos largos palillos y vestida con un ornamentado kimono amarillo bordado con dragones. La otra sombra era la de su tío, Man-Yurý Min-Tao, enfundado con solemnidad en una armadura que simulaba las escamas de un dragón. Tenía el pelo aceitoso y recogido con una coleta. Sus miradas se cruzaban confusas con las de sus antiguos compañeros. Los buscadores se hallaban de nuevo reunidos. Pero la expresión de los kralorís no era de feliz rencuentro.

—¡Dejad en paz a la niña! —  
ordenó Man-Yurý desenfundando su katana.

—Pero Man-Yurý —dijo Cráteros con gesto ceñudo—, somos nosotros. Debemos acabar la misión... La misión que empezamos juntos.

—Li-Wan —suplicó Shen tenuemente—, soy yo, Shen Flor Perdida, ¿me recuerdas?

—¡Es sólo una niña! —gritó Man-Yurý—. ¡No podéis negarle el infinito a un dragón! Vámonos Yun-Xu, volvemos a casa.

—Pero Li-Wan, tú sabes que yo nunca permitiría que le hiciesen daño —musitó Shen—. ¡Cuidaré de ella hasta el final!

—¡Man-Yurý, no vuelvas a equivocarte! —Cráteros resoplaba—.

¡Somos nosotros! Debemos encontrar a Arachne Solara. Sólo así encontremos el tercero de los Soles. Necesitamos que los kralorís, los hijos del Dragón Oriental, estéis con nosotros.

—¡No os permitiré que ofrezcáis a la niña a una bruja malvada! — contestó el kralorí volteando su arma con un giro de muñeca.

—Arachne Solara no es una bruja. Es la diosa que tejió el Pacto de los dioses y salvó al mundo del Caos.

—Sólo Ouroboros, el Dragón Cósmico, puede salvar al mundo.

Un inquietante ladrido les hizo recordar que el Cándogo los estaba buscando.



—Vamos, amigo —Cráteros tragó saliva —, no tenemos tiempo.

El Mariscal sintió que súbitamente bajaba la temperatura, con brusquedad, varios grados. Un escalofrío recorrió su espinazo. Sus dientes castañearon. Exhaló vaho. Jan Paolo corría entre la multitud de almas arremolinadas y cadáveres putrefactos mirando constantemente a sus espaldas; escapando, jadeante, como alma que persigue un demonio... canino.

Man-Yurý clavó una mirada inquisitorial en el rostro del congestionado del cónsul lunar.

—¿Qué hace él con vosotros?  
¿No desapareció antes de cruzar la

cordillera de Shan-Shan que separa mi país del vuestro?

—Oye, yo debería ser el sorprendido al verte a ti, que desapareciste ahogado en el Océano de la Niebla. Además, Cara Amarilla, ¿qué haces hablando con los vivos? Se te ve tan muerto como a...

—Todavía puedo oler el efluvio de la hechicería que destilas. No sé cómo has sido capaz de aparecer aquí y con tu presencia enturbiarnos, pero te diré una cosa: no por piar más alto, el cuervo tiene más razones que el gorrión.

—Déjate de tonterías, señor Soy un Dragón, ¡tenemos prisa! —Jan Paolo miraba hacia las sombras que se

arremolinaban en la entrada del templo.

—La prisa no existe en este lugar. ¿Qué te hace pensar que tú eres el vivo y yo el muerto? Tus palabras son las de un niño que ignora. Una vez que has llegado aquí, es igual si llegaste de una u otra forma: estamos en el mismo lugar.

Otro fuerte ladrido alertó a los buscadores de la proximidad del Cándogo.

—Amigo —Cráteros notaba las manos sudadas—, te lo ruego, estamos muy cerca de hallar lo que unió a tu pueblo de dragones con el mío de hombres. Permite que tu sobrina venga con nosotros ante la presencia de

Arachne Solara.

—Yun–Xu es la heredera de la paz que trajo el Dragón Solar, pero lo que unió a nuestras razas fue la alianza para derrotar al Caos, recuérdalo bien —afirmó Man–Yurý enfundando su katana con serenidad—. Nuestros pueblos unieron sus fuerzas persiguiendo al Caos, buscando reparar el Daño de Ouroboros. Pero los Tres Soles sólo son una excusa para derrotar al Caos; una herramienta, como la rueca de una hilandera, para tejer un precioso manto de seda. Yun–Xu es sólo una niña.

—Los dragones fuisteis esenciales para tejer el Pacto Divino —

indicó Cráteros—, y Yun—Xu es descendiente de aquellos dragones auténticos. Tu emperador, Godunya, lo sabía y por eso os envió a occidente a comenzar de nuevo la empresa del Pacto Divino.

Shen tendió una mano a su antigua compañera de viaje.

—Li—Wan, sabes bien que nunca permitiré que le pase nada malo.

La pequeña Yun—Xu miró con ojos tiernos a su madre. Ésta, a su vez, le devolvió la misma mirada envuelta en lágrimas. La mano de la niña kralorí se fue aflojando hasta soltarse de la de su madre. La voz de la pequeña hizo que el espíritu de su progenitora se

tranquilizara.

—El tiempo, madre. Si no hacemos florecer el tiempo, la Runa del Infinito podría no tener continuidad. Ouroboros se detendría y los dragones dejarían de soñar.

Shen la contemplaba anonadada. Le había gustado que la kralorí usara el verbo «florecer».

Otro ladrido sonó alarmantemente cercano. Las ánimas se dispersaban.

Yun—Xu agarró la mano de la aldryani con fuerza. Juntas, y seguidas del resto de buscadores, las muchachas desaparecieron entre la aglomeración de almas congregadas a la espera de turno

para ser pesadas por Daka Fal.

*Sobre la superficie del mundo, el mismísimo Emperador Rojo había liberado al Murciélago Carmesí en un intento por controlar a las tribus nómadas de Pent. Los ataques de los jinetes pentianos estaban haciendo estragos en las provincias nororientales... pero liberar al Murciélago era una medida desesperada, incluso para el Emperador Rojo.*

*El voraz demonio volador arrasaría todas las poblaciones sobre las que pasara, sin distinción ninguna. Los acólitos encargados de su alimentación*

*emplearían para ello tanto a orlanthis insurrectos como a sus propios conciudadanos... a los herejes creyentes de la Luna Blanca. Lo que no sabía el Emperador Rojo era que las derrotas de sus ejércitos desaparecidos en el este, borrados y aniquilados, nada tenían que ver con la invasión de los jinetes de Pent. Era otro demonio caótico conocido como Cwin, el Fruto Incestuoso de Thed y Wakboth, el que estaba arrasando aquellas tierras mientras marchaba rumbo al Gran Bloque de Prax al encuentro con uno de sus progenitores.*

*Muchísimo más al sur, en Pamaltela, donde los hombres son de piel negra y los inviernos no existen, la*



*Madre de los Monstruos había surgido de las profundidades del mar de Maslo y había empezado a engullir aldeas enteras.*

*El mundo estaba cambiando. El Caos se desataba.*

Tan presurosa y excitada estaba Shen, arrastrando a la niña kralorí en su huida, que a punto estuvo de chocar de bruces con otra sombra bien distinta, un espíritu más oscuro y menos definido que el resto de almas allí congregadas.

—¡Flor Perdida! —el espíritu del druida aldryani Hansharúlise era tan rojizo como su cabellera vegetal— ¿Qué haces aquí, pequeña? ¡No me digas que

estás muerta!

—No, muerta no, pero si me atrapa ese perro será como si lo estuviera.

—No te preocupes. Mientras te protejas con mi fetiche, el Sabueso no te verá. Con un fetiche poderoso cualquier lugar de reposo es seguro para un chamán. Pero... tú no eres un chamán, ¿qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? ¿No se acuerda de mi búsqueda? Estoy llevando la ambrosía de Aldrya a la diosa Arachne Solara, para que zurza el Gran Pacto.

—¡Ah! ¡Sí! Ya lo recuerdo, es que ando algo despistado rebuscando entre las almas.

—¿Rebuscando? En este jardín sólo florecen espíritus separados de sus cuerpos. No me diga que usted también está...

—¿Yo? ¿Muerto? No, pequeña, mi cuerpo está en el corazón del bosque, a buen recaudo, protegido por las dríades. Yo ando de viaje astral. Aquí soy mi alma, pero puedes ver que soy diferente a los espíritus que esperan el juicio.

—Sí, ya veo. Tengo que marcharme...

—Espera un momento, tengo que pedirte una cosa. Como ya te conté, mi aprendiz, Raizprofunda, desapareció días antes de que tú y yo nos

conociéramos. Resulta que, antes de morir, escondió en algún lugar mi gubia sagrada, la que utilizo para tallar la madera en los rituales. Necesito hacer uno, imperiosamente. El Bosque ha empezado a hacerse traslúcido y necesito saber por qué. Los troncos y las copas ya no frenan la luz...

Shen se quedó boquiabierta. Conocía perfectamente lo que eso suponía. Los bosques no debían dejar pasar la luz. Lo que para un hombre era una acumulación de árboles y plantas nacidas de manera aleatoria, para un aldryani seguía un orden perfecto.

—Los bosques se hacen borrosos para los humanos, invisibles

muchas veces, pero nunca para los nuestros. —La sorpresa en la voz de la aldryani era mayúscula.

—Eso es, nunca vi que el cuerpo de los árboles se volviera invisible para mí. Necesito descubrir el porqué, y para ello necesito la gubia. Mi ayudante la ocultó tan bien, que ni las raíces de los pinos ni de las encinas han podido decirme dónde está. ¿Me harás el favor de preguntar, si encuentras al malogrado Raizprofunda?

—Por supuesto, pero ahora debo marcharme —asintió Shen. La joven aldryani sabía de la importancia de una gubia sagrada en los rituales chamánicos.

—Si lo encuentras, pregúntale dónde enterró mi gubia. Necesito invocar a los espíritus del Bosque para que me revelen qué ocurre.

—Por supuesto, pero no sé si podré volver de nuevo a la superficie. Quizá no pueda volver nunca.

—En eso tienes razón, estás en el Inframundo y no dominas los viajes astrales. Es una pena, me hubiera gustado que fueses mi aprendiz. Bueno, descuida, si no regresas al bosque, yo te buscaré entre los espíritus de aquí abajo.

—Haré lo que esté en mi mano para recuperar su gubia. Pero tengo que irme ya.

—Muchas gracias, pequeña, voy a seguir buscando. Sin la gubia, el esplendor del bosque mengua como con la llegada del crudo invierno.

Shen no llegó a escuchar el final de la frase del druida.

Durante todo ese tiempo Jan Paolo había caminado abriéndose paso entre pilares de roca tallada y espíritus luminosos, bien alejado de la aldryani. A la vez que ésta despedía del incorpóreo espíritu del druida, el antiguo cónsul lunar sintió un calambre en una de sus manos. Exclamó un pequeño quejido. Tenía los guantes de cuero negro enfundados. A su lado se encontraba una achaparrada figura

cubierta por un hábito parduzco, con el rostro completamente ensombrecido. Entre sus manos acariciaba con delicadeza un blanquecino hurón.

Habló con voz rota:

—¿Tú qué haces aquí? Tú tampoco deberías estar aquí. Ninguno de los dos deberíamos estar aquí.

—Déjame en paz —contestó Jan Paolo—, yo estoy donde quiero estar.

—Pues si has venido por voluntad propia es que eres idiota.

—¿Idiota yo? ¿Quieres que acabe contigo como lo haría con un gusano? Déjame tranquilo, sabandija, tengo muchas cosas que hacer.



—No podrás salir de aquí sin ayuda. No seas iluso, vas directo a la sala del juicio de Daka Fal. ¿Quién crees que te ayudará a escapar? Tu alma, como la mía, está condenada de antemano ¿o acaso rezaste a alguna deidad para que velase por ti durante el Juicio?

Una desagradable mueca frunció los labios del falso cónsul.

Un búho de grandes ojos amarillos observaba atento a Jan Paolo y a su interlocutor desde el capitel palmiforme de una columna.

El enigmático encapuchado continuó hablando:

—Para que veas que mi

ofrecimiento no es ningún truco, y que realmente es la única posibilidad de escapar que tienes, te ofrezco un presente como señal de mis buenas intenciones. —Y soltando al hurón, la figura se llevó ambas manos a la espalda pasándolas bajo las axilas. Cuando las manos volvieron a aparecer portaban dos bandejitas de plata. Una con succulentos alimentos y la otra llena de monedas doradas..., monedas consagradas a la diosa Ty Kora Tek, las únicas aceptadas por Jeset el Barquero para cruzar la Estigia—. Tómalas, son sólo una muestra. Te garantizo que ayudarnos es la única manera de poder escapar.

Un gorjeo de su estómago le

recordó que estaba hambriento. Se relamió los labios, pero fijó rápidamente su mirada en la bandeja con monedas. El búho descendió para aproximarse más a la conversación. Jan Paolo hundió su mano en las monedas, cogió una cuantas... y las tiró al suelo. Él tenía otro motivo para estar allí. Una causa mucho mayor lo guiaba. Iba por el poder de los dioses. Iba a arrebatárselo.

—Esto son migajas. Llevo mucho tiempo esperando llegar a este lugar.

—¿Quieres una muestra mayor? Sólo tienes que seguir a mi mascota, él te guiará.

El escurridizo hurón salió

disparado perdiéndose por un pasillo solitario, uno que ninguna alma transitaba, ocupado sólo por estatuas y sarcófagos.

—Te he dicho que no me molestes, vete a incordiar a otro.

El antiguo cónsul lunar dejó plantado al ignoto personaje y desapareció tras los pasos de sus otros.

Sin embargo Écaroh, en su forma de búho blanco, voló raudo tras el escurridizo hurón. Muchas eran sus sospechas acumuladas sobre la verdadera identidad de quien hacía llamarse Jan Paolo de Kanravx. No dejaría suelto ningún cabo hasta descubrir la verdadera identidad del

farsante. El búho voló por un oscuro pasillo iluminado con exiguas teas. El aire era frío. Bisbiseos retumbaban desde las sombras contra esquinas y paredes. Écaroh halló al hurón sobre un gran sarcófago al final del pasillo. El mamífero trataba ansioso de arañar la piedra con sus uñas. El ave se posó sobre la tapa de piedra. Transmutó en hombre, asustando al hurón y haciendo que se alejara. El falso mercader tuvo que poner todo su empeño para descorrer la pesada lámina de mármol tallado. El capitán del *Guardián del Cielo*, conocido como el Coleccionista entre los agentes de la Palabra Pronunciada, enmudeció. Se quedó pálido. Introdujo ambas manos en el

sarcófago. Intentó agarrar el inesperado tesoro, pero sus manos lo atravesaron como si fuera hecho de agua. Era una ilusión. A su espalda, oyó una voz:

—Ésta es sólo una réplica, un engaño, pero si me ayudas a salir de aquí, tendrás la de verdad si así lo deseas. Tampoco tú podrás escapar si no es con mi ayuda.

En el interior del arcón reposaba una artificiosa Corona de Tres Picos, la corona propiedad del legítimo Emperador Rojo, regente del Imperio de la Luna Roja e hijo primogénito y predilecto de su divinidad, la Diosa de la Luna Roja.

—De acuerdo, pero antes de

salir de aquí debo desenmascarar a un embustero —aseguró el agente lunar recolocándose sus anteojos.

*Los dragonuts reaccionaron todos al mismo tiempo sembrando el pánico en el Paso del Dragón. Los inmóviles, volvieron a la vida; los que caminaban, se detuvieron en las poblaciones que antes transitaban con indolencia. Todos rugieron y empuñaron sus armas. Había comenzado la caza de humanos.*

Shen se detuvo al sentir que una mano firme la sujetaba por la muñeca. La aldryani asió a su vez a Yun—Xu, con

fuerza, no podía perderla de nuevo. Intentó desembarazarse del inesperado placaje. Una anciana, oculta bajo unos raídos harapos, le habló con una voz suave pero potente, poderosa, a la vez que aterciopelada:

—El tiempo separa a los dioses de los mortales —murmuró ofreciéndole un collar—. Tómalo, lo necesitarás en el lugar a donde te diriges. Vuestra unión y confianza deben servir de ejemplo para los demás.

La estupefacta aldryani agarró el cordón. Un pesado ramillete de pequeñas cadenitas trenzadas, compuesto de diminutos eslabones metálicos a los que cualquier mostali o



uz hubiese identificado como plomo, material desconocido para una elfa. Ensamblados en la cadena había cuentas oscuras de otro mineral llamado tantalita, según la nomenclatura de los alquimistas mostali.

La mreli levantó la vista del colgante con intención de preguntar a su valedora quién era y por qué la ayudaba, pero no encontró a nadie. La anciana había desaparecido. Shen pestañeó varias veces antes de anudarse el collar al cuello.

Entre estatuas inmensas de dioses desconocidos, de espíritus antiquísimos, deidades anónimas y frisos tallados con balanzas pesando

almas, destacaban sobre el techo los frescos policromados. Las figuras e imágenes volvían a variar dependiendo de los ojos que las contemplaran. Los yelmalitas contemplaban antiquísimos reyes adorando al Sol. Escenas de cataclismos y masacres, de miles de almas juzgadas y condenadas a arder. Destacaba especialmente un espectro torturador, tan gigantesco como su voracidad, el cual no paraba de engullir, masticar y deglutir el alma de los condenados. Cráteros y Quirísofos, entre las filas de almas, condujeron a los demás hacia la puerta luminosa del final de la estancia. Por el gran vano entraba una intensísima luz cegadora, un resplandor celestial.

Antes de la luz, flanqueando el umbral resplandeciente y cegador, se encontraban varios monjes de cabeza rasurada y ojeras remarcadas por líneas de tintes negros. Laboriosamente se empleaban embalsamando cuerpos, untando carnes macilentas con aceites y ungüentos, envolviéndolas en perfumadas tiras de tela y extrayendo órganos putrefactos para depositarlos en vasijas funerarias. Los trabajadores, acólitos de Ty Kora Tek, quienes apenas cubrían sus vergüenzas con un trapo anudado a la cintura, preparaban los cuerpos muertos para el reposo eterno junto a la entrada. Las almas, y solamente las almas, debían traspasar aquella puerta de luz blanca para ser

juzgadas por Daka Fal.

—¿Estamos todos? —preguntó Cráteros a su lugarteniente. Quirísofos asintió con gesto serio—. No os separéis, vamos a encontrar la guarida de Arachne Solara antes de que nos confundan con muertos y nos quieran embalsamar también.

Se colaron entre la avalancha de almas que accedía a la puerta luminosa. Los espíritus que aún se arrastraban dentro de sus putrefactos cuerpos eran separados de ellos, allí mismo. El alma continuaba y el cuerpo era momificado por los abnegados siervos de Ty Kora Tek.

Antes de llegar a la puerta de luz, una

bella mujer con el pecho descubierto y una espada flamígera en una de sus manos les dio el alto.

—Deteneos. Mi nombre es Culsvula, la Guardiana de la Puerta, y vosotros me tenéis que responder antes de pasar a la Corte Sin Retorno. ¿Por qué habéis venido hasta aquí cuando todavía no es vuestra hora? ¿Qué os ha hecho viajar al lugar de donde los viajeros nunca regresan?

—En realidad no venimos para quedarnos, tenemos algo importante que hacer en la superficie. —Cráteros no podía dejar de pensar que al finalizar esta búsqueda debía regresar a Edesia para saldar una nueva cuenta con el

mentiroso Aristarcos.

—Si no ha llegado vuestra hora, aquí no sois bienvenidos. Éste no es aún vuestro sitio. —La voz de Culsvula resonó tajante.

—Pero necesitamos hablar con tu señor, Daka Fal. Sólo él sabe dónde encontrar la guarida de Arachne Solara. —Cráteros apretaba tanto los puños al hablar que todos su nudillos se marcaban blanquecinos.

—Pero no os están esperando. Vuestro cuerpo mortal no se ha consumido aún.

—Nuestro cuerpo mortal y nuestra alma inmortal son ya parte del Infinito.

Los buscadores se quedaron perplejos al

oír la voz de la pequeña Yun—Xu. La pequeña kralorí se desprendió de parte de su kimono mostrando el magnífico dragón que tatuaba su espalda. El dibujo formaba la Runa del Infinito y se apoyaba sobre un complejo glifo, otra runa de procedencia desconocida, que no tenía ni principio ni fin.

De pronto ambas runas se iluminaron y cobraron relieve sobre su piel.

—El tiempo es infinito si la tela se sigue tejiendo; debes dejarnos pasar.

—Avisaré al Rey y a la Reina de vuestra presencia, seguidme. —Culsvula contemplaba el tatuaje de la niña mientras envainaba su espada flamígera.

Shen la agarró de la mano. La aldryani

temblaba. Cuando la miró a los ojos, la pequeña kralorí se limitó a sonreír. Su mirada no era de una cachorra kralorí.

Con una llave brillante, Culsvula abrió la puerta de luz. Y así lo repitió hasta siete veces, pues siete eran las puertas que separaban aquel lugar de donde los dioses esperaban las almas de sus fieles.

La séptima puerta de luz daba acceso a una terraza circular sobre la cumbre de la montaña, en la torre de Havan Vor. Habían abandonado el interior del templo. Se encontraban en un inmenso circo descubierto con forma de dos anfiteatros enfrentados. Sobre ellos sólo estaba el cielo rojo y reverberante del Infierno. Más arriba, el



reflejo de las llamas en el techo de piedra. En la arena del circo, miles de almas esperaban a ser juzgadas. *Talokans* (diablillos con cabeza de animal y alas) ajustaban las pesas de varias balanzas. Ocupando los asientos que rodeaban la arena, en sus escaños y tribunas, los atentos y observadores jueces conocidos como los Cuatrocientos Noventa y Seis se envolvían en harapientos sudarios. Eran los encargados de dictaminar si las almas de los juzgados eran merecedoras de pacer al lado de sus deidades protectoras o de consumirse calcinadas por los Fuegos Eternos del Averno.

Por encima de todos se erguía un inmenso palco y en él, hieráticos y

marmóreos, las gigantescas figuras de los tres jueces mayores, los conocidos como Daka Fal.

Resultaba imposible vislumbrar ningún rostro entre los impenetrables pliegues de los sudarios. Sin embargo, y no con los ojos sino con el corazón, las almas verdaderamente creyentes y entregadas a su fe distinguían a sus propias deidades entre los jueces, ayudando y concediendo apoyo a sus fieles. Así, tanto Cráteros como Quirísofos contemplaban en el altar mayor a Larnste, el Repartidor de Almas, pues para un yelmalita Daka Fal era Larnste y no otro. Más dioses solares, fallecidos, formaban parte de los Cuatrocientos Noventa y Seis. No

eran entes sin identidad. Shen se postraba ante la divinidad de Flamal, el Semillero. La aldryani iba a ser juzgada por el Padre de las Simientes. Yun–Xu contemplaba en el palco a seis grandes dragones y no a tres; eran los Seis Guardianes Ancestrales nacidos del mismo Huevo Cósmico de Ouroboros. Entre los jueces menores se encontraban reputados dragones como antiguos emperadores de Kralorela y el poderoso Todos los Ojos Cerrados Menos Uno. También otros dragones de cuyo nombre era desconocedora.

La pequeña kralorí sabía que su cuerpo había cambiado, que no era una pequeña niña de piel cerúlea, pues su alma dragontina había salido a relucir.

A ojos de sus dioses, Yun–Xu era un dragón. Sus cegados compañeros también habían dejado sus cuerpos atrás, sin inmutarse, y se habían presentado en la arena del circo, una inmensa pagoda a ojos de la oriental, como almas puras. Los cuerpos mortales de los buscadores permanecían en el interior del templo. Nunca llegaron a atravesar la Puerta de Culsvula. Estaban siendo embalsamados por los súbditos de Ty Kora Tek.

Sólo los dos ciudadanos del Imperio de la Luna Roja no se encontraban frente a sus dioses, sino a las figuras foscas e inefables de cientos de monjes ocultos bajo sus túnicas. Ningún dios lunar los aguardaba para apiadarse y velar por ellos.

Una voz habló sosegada. Una anciana envuelta en negros ropajes de duelo se dirigió al estrado de los tres jueces mayores:

—Nuevas almas para ser juzgadas.

Los buscadores supieron perfectamente que habían escuchado la voz de la mismísima Ty Kora Tek.

Los seis buscadores fueron aupados por los talokans sobre una delgada balanza. Dana, como espíritu «despertado», acompañaba a su amo Cráteros. A los lados de las balanzas había dos puertas. Una, oscura y estrellada, de la que provenía una fresca brisa nocturna, el sosegado cantar de

miles de grillos y a la cual se accedía por una escalera que ascendía. La otra, era brillante y resplandeciente por las miles de llamaradas flamígeras que crepitaban en su interior, de la cual provenía una asfixiante calima, así como gritos desgarradores, y a la que se accedía por unas retorcidas escaleras descendentes.

Cráteros intentó hablar para preguntar por el paradero de Arachne Solara, pero no pudo. No sabía cómo hablar en aquel estado. Tampoco sabía moverse.

La voz profunda de uno de los tres grandes jueces resonó en el gigantesco circo:

—¿Qué es lo que buscaste en vida y esperas haber traído contigo?

*Una invasión de refugiados hambrientos trataba de encontrar protección entre los muros de Edesia. Nadie tenía comida. Nadie quería dormir al raso. Los rumores aseguraban que los árboles se habían vuelto locos y que estaban atacando las poblaciones costeras.*

Quirísofos sintió recuperar las fuerzas al abrigo de sus dioses.

Durante toda su vida había sido un abnegado seguidor de la doctrina

religiosa, desde que los sacerdotes del Condado de la Cúpula Solar le ampararon tras quedar su aldea calcinada, pasto de las llamas furtivas. Su conducta intachable y su inquebrantable devoción, sus votos y sus deberes fielmente cumplimentados, le hicieron lo bastante fuerte y temerario para alzar la voz sin miedo alguno, mirando a los ojos de Larnste.

—La gloria —dijo orgulloso—, la gloria de ver relucir a Yelmalio y de aplastar a sus enemigos.

—Acabar con el Caos —respondió Cráteros un instante después—, desterrarlo para siempre del mundo y que Yelm vuelva a reinar sobre todos



los astros.

—Compartir el Canto de Aldrya — susurró Shen, casi, al mismo tiempo—, florecer en sus bosques y rebrotar con verdoso esplendor en cada primavera.

—Servir al Emperador Rojo en su novena reencarnación. —aseguró Écaroh.

Jan Paolo se tomó su tiempo, observó todo cuanto le rodeaba, no tenía prisa, su momento se acercaba y él había aprendido a ser paciente. Finalmente aseveró con aplomo:

—Ascender a los cielos como hizo la Luna Roja. Todos los mortales podemos ascender a los cielos y convertirnos en inmortales.

Los jueces murmuraron entre ellos mientras los talokans acumulaban pesos a ambos lados de las balanzas. La voz del juez principal, se llamara Daka Fal o como fuese, volvió a hablar—: ¿Cuál es la fuerza más poderosa que domina el mundo de los vivos?

—El fuego —contestó Quirísofos, raudo de nuevo—. Es el poder que destruye y asola, que arrasa y hace temblar a sus enemigos. Desgraciadamente para los míos, ya no lo poseemos. Lo perdimos y ahora son los trolls quienes lo manejan a su antojo.

La balanza del yelmalita se inclinó peligrosamente sobre la puerta que conducía al Averno, sus palabras no

habían sido acogidas con agrado por las deidades solares.

—La unión que nos trajo los Tres Soles —aprovechó Cráteros para intervenir. Dana graznó a su lado—. Diferentes razas unidas con el objetivo de derrotar al Caos.

—Pero esa unión también trajo muerte y conflicto —intervino la voz de otro de los jueces.

La balanza del Mariscal se inclinó sobre la puerta que conducía a los fuegos del infierno yelmalita. El viaje había cambiado a Cráteros más de lo que jamás él admitiría. El Mariscal tartamudeó al hablar:

—Pero todas esas diferencias son parte

de la vida que Yelm ilumina con su luz, seas devoto o no. Yelm te ilumina por igual. Incluso a los ciegos y equivocados, Yelm nos ilumina a todos.

—La abundancia de Aldrya es la vida del Bosque —decía Shen al mismo tiempo—. Aldrya es convivir como Bosque y revivir como esquejes, crecer como semillas recién plantadas, regadas con mimo.

La balanza se agitó para la aldryani en sentido contrario al Fuego.

—¿Lo más poderoso? —Écaroh apretó los labios antes de asegurar con aplomo —: La palabra del Emperador. Su palabra es la de nuestra diosa, la Luna Roja, es la palabra de todo un imperio y

sus ciudadanos. Su palabra es sabia e iluminada.

Yun—Xu meditaba en un estado de seminconsciencia que la hacía parecer dormida a ojos de quienes hubiesen podido observarla. Sin duda, así era como se comunicaban los dragones. Pero en su interior, el mensaje era claro: Ouroboros lo era todo, era el infinito y la eternidad, era la vida y la muerte. Sus sentimiento nada tenían que ver con la prepotencia que exhibía Jan Paolo, pavoneándose ante Daka Fal.

—Mi voluntad —contestó.

—¿La misma voluntad que te tentó en el Jardín de Aldrya a robar uno de sus frutos de ambrosía reservados para

Halamalao?

Jan Paolo contempló al fantasma que lo increpaba envuelto en su harapienta mortaja. Para Shen, fue Flamal, aposentado entre Shanasse y Gata, quien había hablado acusador al cónsul de la Luna Roja.

—¿O la misma voluntad que se quebró al verte amenazado? —alzó la voz otro de los jueces.

—Recoger aquel fruto sólo era un capricho momentáneo que distaba mucho de mis verdaderas pretensiones. Por eso lo dejé. ¿Insinúas que tenía miedo? Por muy querido que sea para los elfos, es sólo una frutita. Yo aspiro a mucho más. No podéis juzgarme por semejante

tontería, por querer una fruta aún inmadura. Mis aspiraciones son mayores que las de un elfo recolector; mi voluntad, también.

La voz del juez principal, en el caso de los yelmalitas Larnste el Repartidor de Almas, volvió a preguntar con aplomo —: ¿A quién darías una segunda oportunidad?

—A Yelmalio, su luz y su arrojo son necesarios en estos tiempos inciertos — aseguró Quirísofos.

—A Arachne Solara, su presencia se hace necesaria entre nosotros, ahora que la amenaza del Caos vuelve a resquebrajar los cimientos del mundo — confirmó Cráteros.

Ambas balanzas se equilibraban poco a poco.

—A mis hermanos y hermanas, que somos uno con la Hacedora, con el Fertilizador y el Semillero. Todos juntos entonamos la misma canción: Aldrya. Cada aldryani es imprescindible para su resurgir.

Shen tenía la balanza prácticamente volcada sobre uno de sus lados. En su piel sentía una suave brisa con el aroma de mil flores.

Jan Paolo intervino de nuevo con arrogancia.

—¿Quién? Pues yo, he demostrado ser el más fuerte.



Écaroh también lo tenía claro. Habló tratando de aparentar normalidad.

—A mí. Yo sólo soy un mercader y no he hecho nada malo a nadie.

*Los Jinetes de los Colmillos habían abandonado el Bosque Hediondo y estaban arrasando aldeas cercanas. Uno de estos caníbales bebedores de sangre humana montaba un jabalí gigantesco, uno tan grande como un toro, el cual aseguraba ser la reencarnación del dios porcino Mralot.*

Ante los ojos de Quirísofos, frente su balanza, apareció el reflejo diminuto de

Cráteros y de su padre Hiraclís. La voz del juez preguntó:

—¿A quién seguirás a su destino final?

Quirísofos no lo dudó un instante:

—A Cráteros. Ahora él es Rey.

Precisamente frente al monarca se formó la imagen de dos parejas: la de su padre Hiraclís con su madre Selene, y la de la elfa Shen con la kralorí Yun—Xu.

—¿Junto a quién debes terminar tu camino? ¿Junto a los padres que te dieron la vida? ¿O junto a las dos hembras que hasta aquí has traído?

—Junto a las niñas. Ellas son la muestra de la unión entre los pueblos, la señal de que los Tres Soles de Yelmalio existen.

Ellas son las dos primeras muestras de sus *Ayudas*. Si el futuro depende de encontrar a los Tres Soles, el futuro depende de ellas.

La balanza del rey yelmalita se inclinó hacia el cielo azul y luminoso.

A Shen le asaltaron miles de dudas, respiró hondo, no sabía qué elegir. La imagen que había aparecido de Yun–Xu fluctuaba vaporosa frente a la del mismo Flamal, Padre de las semillas. ¿Tenía que elegir entre ambos? ¿Le estaban dando la posibilidad de revivir al más añorado de los dioses muertos? Flamal era el semillero indispensable para sembrar un nuevo mundo. Yun–Xu

era..., bueno, Yun—Xu era el primero de los soles. ¿Sin Yun—Xu habría siembra? Meditó nerviosa, dubitativa, no tenía clara la elección. ¿Flamal o Yun—Xu? ¿Su pasado o su futuro? Shen comenzó a angustiarse con la cuestión y, sin darse cuenta, comenzó a jugar con las cuentas metálicas del collar que le había regalado la desconocida anciana. Se mordía un labio. No sabía por qué se sentía tan acongojada. La aldryani volvió a resoplar. El collar le parecía ahora más pesado. ¿Por qué? Tenía que tomar una decisión.

—Me quedo con Yun—Xu. Sin ella no habrá Pacto Divino. Todas las razas, incluidos aldryami y dragones, necesitamos de este Pacto para que el

Caos sea devuelto de nuevo a la Nada. Flamal acabaría falleciendo de nuevo sin el Pacto y, con él, toda nuestra raza. Aldrya, el Bosque, desaparecería.

La balanza casi dejaba a la aldryani junto a la entrada que la conduciría al Jardín de Aldrya, el edén de los aldryami.

La voz del juez volvió a resonar perentoria.

—¿Y qué llevarás contigo al Bosque? ¿El Néctar Sagrado de Flamal, o esta gubia chamánica?

Shen se quedó muda, ¡la gubia de Hansharúlise! ¿Por qué tengo que volver a elegir? ¿Por qué es tan difícil? ¡Otra vez no! ¿El Néctar Sagrado o la gubia

del druida? Si Hansharúlise mejora la vida de su pequeño bosque, mejorará la vida de todos. Un bosque es parte de todos los bosques y eso es La Canción de Aldrya. Si ayudo al chamán ayudaré a Aldrya. ¿Pero qué digo? Tengo delante el Néctar Sagrado de Flamal.

Lo sentía por el druida.

—Me quedo con el Néctar. Su poder hará florecer más rápidamente y con mayor fuerza el esplendor vegetal en los antiguos dominios de Aldrya.

Quirísofos contemplaba la cuadriga de Lokarnos tirada por los cuatro Reyes Grifos. Al otro lado, la Lanza Solar de Yelm. Tenía que elegir: el viaje de

Lokarnos hacia la vida eterna o el arma flamígera para seguir luchando contra los enemigos de la Luz. Difícil era la decisión para el yelmalita.

—No habrá viaje para mí al Salón de la Verdad si no es luchando y muriendo. Me quedo con la Lanza Solar para abrasar la piel de los enemigos de la Luz y atravesar las entrañas de los aliados de la Oscuridad. Soy un templario yelmalita. Si he de ir junto a mi dios, que sea luchando.

Su balanza se inclinó hacia el cielo azul, alejándose del Averno.

Cráteros observó dubitativo a ambos lados de la balanza. Debía elegir entre

*Solarium*, la pechera dorada que perdió Yelmalio en su ascenso a la Cima del Mundo (la había reconocido por el agujero que Zorak Zoran hizo para arrancarle el corazón); o *Arco Dorado*, el arma con la que su dios fue capaz de lanzar quinientos proyectiles de fuego en un solo disparo, haciendo diana con todos y cada uno de ellos.

—La coraza. De poder, elegiría la coraza que guardó su pecho.

Y con consternación vio como la balanza se equilibraba alejándole del edén.

—¿Tengo que elegir entre eso? —La mueca de Jan Paolo era de absoluto



desprecio.

Frente al antiguo cónsul lunar se reflejaba un destello de la Corona de Tres Picos, propiedad del mismísimo Emperador Rojo, junto a una imagen del Murciélago Carmesí, la representación del más fiero de los demonios caóticos domados por la Luna Roja. El Murciélago era el arma definitiva empleada por el Imperio para aplastar a sus enemigos, la muestra del dominio lunar sobre los domesticados demonios del Caos.

Jan Paolo negó con la cabeza.

—No quiero nada de eso. ¿Pero qué os habéis creído que soy yo? ¿Un mentecato farisaico como el canoso de

los búhos? Conmigo os equivocáis. Qué elija entre el poder político de gobernar sobre los pueblos y ejércitos, o el poder del Murciélago, que gobierna sobre los miedos y terrores de la gente. A mí no me hace falta ni la corona ni el bicho.

En ese momento la tierra vibró. El seísmo se prolongó varios segundos. Los buscadores se sujetaron a sus balanzas.

Frente a Écaroh se había formado una imagen humeante del *Guardián del Cielo*.

—¿El búho o el barco volador? ¿Mi espíritu o mi tesoro? Yo soy mi búho y mi búho soy yo. Sus plumas son mis

plumas y su alma es mi alma. Me quedo con el búho, que Etyries me perdone. Lo siento por los tripulantes del *Guardián*, pero ya reuniré otra tripulación para seguir honrando al Emperador con tesoros exóticos traídos de ultramar.

Su balanza estaba a punto, para su desesperación, de caer del lado del Averno.

La imagen del *Guardián del Cielo* se fundió en tinieblas y en su lugar apareció el sensual perfil de Zishla, translúcido y arremolinado, casi transparente. La imagen de la hermosa elfa se ejercitaba, con saltos y ágiles piruetas, en el manejo acrobático de su

lanza retorcida.

—Cráteros, hijo de Hiraclís. ¿Rompiste tu castidad deseando el cuerpo de la aldryani llamada Zishla Espina de Rosal?

La fogosidad se despertó en el yelmalita reviviendo alguno de sus sueños más impuros. Le temblaba un labio. Las curvilíneas caderas de la elfa, sus senos turgentes..., imágenes sensuales volvían a su cabeza.

—¡De ninguna manera! Yo no he roto ninguno de mis votos. Me he mantenido firme ante la tentación. Si no hay tentación, no hay demostración de fe. Era un ser bello, me atraía, pero no quebranté mis votos. Qué absurdo, ella

era una aldryani. Si a alguien me gustaría haber hecho mi esposa, aunque seamos de razas distintas, ésa es Shen. Me ha demostrado tanto... Aunque seamos tan diferentes...

Su mirada era sincera. Sus ojos, cristalinos y temblorosos, permanecían fijos en el frente. No se atrevía a buscar la reacción de la aldryani.

Otro sentimiento se apoderó de Cráteros, uno de rabia y de violencia.

Tenía la espalda tensa, empapada de sudor, los brazos agarrotados y la mandíbula aplastada. Una pátina perlada cubría su frente. La voz del Juez resonó:

—¿Puedes sentirlo? ¿Sí? Ésa es la ira que te arrebató el raciocinio como en

el barco, cruzando Kahar, donde, sin argumento y delirante, atacaste fanáticamente cuantas almas inocentes cruzaban tu camino. ¿Todas ellas merecían tu rabia?

—Sólo los dioses son perfectos, y yo soy un humilde mortal.

Dana graznó con orgullo.

—Shen Flor Perdida, los celos se adueñaron de tus sentimientos cuando Zishla apareció y atrajo hacia sí todas las miradas. Envidiabas su fuerza, su confianza, su experiencia... y los halagos que Cráteros le dispensaba.

La aldryani se sintió muy acalorada. Recordaba los desplantes y los aires de grandeza de su congénere.

—Zishla me sacaba las raíces, pero nunca sentí envidia por el trato que tenía con Cráteros. No podía envidiarla. ¿Una aldryani junto a un humano? Pero si son de carne, como los osos y los ciervos. Nunca vi nada semejante en ningún bosque. Además, yo lo rechazaría no sólo por su raza, sino porque en su interior se esconde un animal de fuego.

Cráteros bajó la mirada. La aldryani parecía tan resuelta...

La brumosa imagen de Zishla se deshizo entre vapores y apareció otro rostro.

*Edesia estaba siendo atacada por una riada de seres tentaculados, surgidos de las aguas de Kahar. Las murallas de*

*pedra no aguantarían mucho más tiempo. La población no podría defenderse.*

Jan Paolo sintió un fuerte impulso por salir de allí. Pero algo lo detenía.

—Quieto, Máximo Poncio, tu alma ha de ser aún juzgada.

Cráteros miró con sorpresa a su consejero al oír el nombre por el que lo había nombrado el Juez. ¿Máximo Poncio? Shen frunció el ceño con suspicacia; Écaroh bufó con la sonrisa de quien tiene ante sí una revelación. El Juez volvió a dirigirse a él.

—Ambición es lo único que encuentro



para contrapesar tu alma. Tiene sus pros y sus contras. ¿Qué haré? Tu ambición ha sido tu valía y ahora puede ser tu condena.

—Sólo sigo los pasos que me mostró la Diosa de la Luna Roja, nada más. De la tierra al cielo. No puedes acusarme de nada.

—¿Y las mujeres que esclavizaste para usarlas como moneda de cambio?

—¡Las liberé de los morocanthes! Y de las niñas amarillas en Kralorela te diré que ni siquiera son humanas; son animales, como durulz o tritónidos. No puedes acusarme.

—La ambición se volvió enfermiza en ti, hermano. Las ansias de poder y la

avaricia acabaron con el chico estudioso que un día fuiste. —El monje que hablaba a Jan Paolo se quitó la harapienta capucha del sudario dejando su rostro al descubierto. Una sanguinolenta hendidura cruzaba su gáznate de un lado a otro, una herida atroz que partía su yugular en dos—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Tan grande era tu deseo de poder que fuiste capaz de rajar el cuello de tu propio hermano?

—Fazzur, hermano, olvidaba que ya estabas muerto. Lo hice porque eras débil y no podía apoyarme en tus hombros para conseguir aquello para lo que nací. Desde pequeño, padre y tú habéis sido dos estorbos para mis propósitos. Yo, Máximo Poncio, sólo

puedo fiarme de mí mismo.

Al lado de Fazzur Poncio otro de los monjes se quitó la capucha mostrando su rollizo rostro oriental. Era el proxeneta de Lur Nop conocido como Ho Lon Bi.

—Aquí te estamos esperando, Xvarnak, los adoradores del Caos y los seguidores de los Aprendices de Dios tenéis un sitio reservado en lo más profundo del Averno.

¿Había dicho Xvarnak? ¡No es posible! ¿El espíritu del kralorí había llamado Xvarnak a Jan Paolo? El antiguo cónsul apretó los labios y levantó las cejas. ¿Qué tenía que ver Jan Paolo con Xvarnak? Cráteros no estaba seguros de haber oído bien. El Mariscal buscó una

respuesta en el ceño fruncido de su hombre de confianza. No había dudas. El yelmalita se quedó atónito, abrumado, desconcertado. Agitó su cabeza de un lado a otro. No daba crédito a lo que la voz del kralorí había dicho. ¿Estaba soñando? Después de tanto tiempo, de tan largo viaje, de tantas luchas y penurias... Xvarnak había viajado, dormido y comido con él todo el tiempo!

Shen buscó a Cráteros con la mirada de «te lo dije todo este tiempo y no me creíste». El odio y el desprecio que la aldryani sentía por el execrable farsante se esfumaron de pronto. Lo que sentía ahora era algo mucho mayor. Su corazón latía.

Cráteros se había quedado mudo. Los tendones del cuello se le marcaban como pocas veces. Él había confiado en el hombre que resultaba ser... Cráteros buscó a Shen. «Tenías razón». Sus ojos pedían perdón. El yelmalita no volvió a mirar al cónsul lunar.

Jan Paolo sintió que de nuevo podía moverse, ¿por qué?

A su lado estaba el capuchón oscuro del monje desconocido que anteriormente le había ofrecido la posibilidad de huir. De nuevo escuchó su voz.

—Te dije que tus dioses aquí no te ayudarían. Sólo tienes una salida ahora que nadie se fija en ti. —Y efectivamente, el fantasma de Ho Lon Bi

hablaba atrayendo la atención. El kralorí aún seguía despotricando contra Jan Paolo—. Es tu última oportunidad. Si la dejas escapar, se acabó. ¡Corre y persigue a mi mascota!

El hurón que el monje seguía acariciando se lanzó desde sus holgadas mangas al suelo y salió corriendo hacia la puerta luminosa que lo llevaría al interior del templo.

Jan Paolo se revolvió sobre su balanza, se cogió las vestiduras, saltó tras el hurón..., y sintió un fuerte golpe. Algo contundente había caído sobre él y trataba de inmovilizarlo. El hurón casi había llegado a la zona donde los siervos de Ty Kora Tek embalsamaban

sus cuerpos físicos.

—A mí no me engañas, maldito traidor —gruñó Écaroh forcejeando con Jan Paolo—. Embustero insidioso. ¡El Imperio no perdona a traidores! ¡Hacerte pasar por uno de nosotros! ¿Qué pretendías? ¿Ser el nuevo Nysalor?

Jan Paolo y Écaroh forcejeaban al pie de las balanzas. Como ningún dios lunar se encontraba allí, y sus compañeros de viaje seguían conmocionados, nadie entre los presentes hizo ademán de separarlos o tomar parte.

Jan Paolo se revolvió y golpeó a Écaroh en la cara. Le clavó una rodilla en el costado. Sintió el crujido de las

costillas. El proxeneta contestó sacando de debajo de su túnica una daga de filo serpenteante. Jan Paolo la agarró. Sintió humedecerse las palmas de sus manos. Jan Paolo escupió en la cara de Écaroh y Écaroh en la de Jan Paolo. Ambos tiraban con fuerza del arma. El mercader sajó el cuello del falso cónsul. Jan Paolo intentó respirar, pero se atragantó con su propia sangre. Se tambaleó echándose mano a la herida. Emitió un sonido ronco, mientras la sangre se escapaba por entre sus dedos, caía sobre su pecho y sobre la arena del circo. Cayó arrodillado. Levantó la vista pero no pudo encontrar la sonrisa de su asesino. Écaroh ya no era Écaroh. Transformado en el búho de blanco



plumaje volaba hacia la entrada del templo persiguiendo al hurón. Sin embargo, el mercader no llegó muy lejos, la voz de Daka Fal lo detuvo paralizándolo en pleno vuelo. El Juez rugió desde su estrado.

—¡Aún no se ha pronunciado el veredicto! ¡No marcharás a ninguna parte!

En ese momento, una voz angustiada suplicó a espaldas de los buscadores:

—¡Detened la violencia! ¡Esto es lo que engendra el odio! ¡Violencia!

Shen miró con incertidumbre a la anciana enmantillada que con paso quejoso se aproximaba. No podía distinguir su rostro, pero sabía que era

la anciana que le había regalado el pesado collar metálico.

La anciana se dirigió a la tribuna de los jueces con total seguridad.

—No todas son almas que deban ser juzgadas, pues ante nosotros se encuentran las que Arachne Solara espera. Por tercera vez, la diosa tejedora debe zurcir la Red para atrapar en ella al creciente Caos. La tercera edad está a punto de concluir. Necesitamos el Pacto Divino para hilar la nueva Red. Juez, cumple con tu labor y justicia a las almas que hasta el Inframundo han llegado, pero yo conduciré hasta Arachne Solara a los que todavía respiran. Yo, en

representación del tercer Sol, *El Sol Negro Sin Luz, El Sol de las Profundidades*. Conduciré a los dos Soles de la superficie.

En ese momento la anciana se descubrió el rostro retirándose la capucha. ¡Era una troll! ¡Una troll! Una anciana uz, gigante y poderosa. De pronto parecía inmensa. Shen se llevó la mano al cuello e intentó arrancar el collar que la troll le había regalado.

Yun–Xu salió súbitamente de su meditación dragontina y frenó su mano. Su espíritu ya no era un dragón, sino que de nuevo era una niña kralorí vestida con un pequeño kimono verde amarillo como el que llevaba su madre la última

vez que la había visto en la fila de muertos. La kralorí caminó hacia la troll.

Cráteros musitó con incredulidad:

—¿Una troll? ¿El tercer Sol? ¿Un Sol Negro? No puede ser cierto...

—Mi nombre es Xiola Umbar y conduciré a los Soles de la superficie hasta la presencia de Arachne Solara. No tengáis miedo, Brote de Aldrya, Escama del Dragón, la unión de nuestros tres pueblos es necesaria para que Arachne Solara remiende la Red.

—De ninguna manera —Cráteros negaba con la cabeza—, no permitiré que ellas, las dos Ayudas de Yelmalio, partan indefensas con una troll.

—La desconfianza destruye el Pacto, el odio atávico lo resquebraja. Hijo de la Luz, confía en mí; de otro modo, estamos perdidos.

—*El destino de uno será el destino de todos* —susurró Shen atemorizada—, eso fue lo que la profecía de Hansharúlise decía. ¡Hemos de seguir todos juntos!

—No, aldryani, te equivocas. Tu destino será el de todos los pueblos, no sólo el de tus acompañantes; pero deberás afrontarlo tú sola. Tras el viaje por los reinos de la luz, aquí comienza el viaje por los de la oscuridad.

Cráteros jadeaba como un toro enjaulado. ¡Confiar en una troll! ¡Nunca!

El veterano yelmalita sintió cómo una mano fuerte le aferró la muñeca.

—Majestad —Quirísofos resoplaba a su lado—, hemos de confiar. Nuestro camino llega hasta donde lo hace la luz. El Inframundo es el reino del Sol Negro.

Sabido era que Quirísofos no sentía la misma animadversión que Cráteros hacia los trolls y mucho menos hacia una deidad uz como Xiola Umbar, a quien él sí reconocía. Venerada era entre labriegos y pastores humanos por ser piadosa y benigna con los débiles, sin importar si eran hombres o uz. Adorada era, tiempo atrás, en la pequeña aldea de Quirísofos, antes de que las llamas arrasaran con todo. Querida por

deshacer los entuertos que su iracundo hermano, Zorak Zoran, provocaba. Era quien trataba de hermanar a ambas razas. Para Quirísofos, Xiola Umbar era un grato recuerdo de infancia llegado sin miedo ni superstición.

Un profundo crujido resonó desde el cielo de piedra. Un temblor sacudió el circo, y ahora sí, con gran violencia.

*La ciudad de Pavis también estaba siendo arrasada. Una grieta en el suelo había partido la población en dos. De su interior estaban surgiendo miles de demonios. Los trolls se estaban atrincherando en la Gran Ruina. Aldryami y dragonuts habían*

*desaparecido, mientras que hombres y mostali intentaban defenderse en Nueva Pavis.*

—No hay tiempo —afirmó Xiola Umbar—, el Bloque de Prax se está levantando. Wakboth está a punto de volver. Debéis confiar en mí, somos la Red que forjará el Pacto. Sólo los Tres Soles debemos marchar a la guarida de Arachne Solara.

Xiola Umbar señaló con el dedo hacia una de las dos puertas abiertas junto a las balanzas..., la que descendía directamente a los fuegos del Averno. Shen estaba aterrada. El camino que le esperaba era el peor que una pesadilla



aldryani pudiera imaginar. Paralizada, su cuerpo no respondía, no podía dar un paso al frente. Marchar con una troll al interior de un infierno de fuego. Yun–Xu se postró delante de la aldryani. Agarró sus manos y, sin decir palabra, tiró de ella hacia delante.

—Arachne Solara espera en su gruta. En las profundidades es donde teje su red.

Cráteros miraba angustiada a la aldryani quien no era capaz de dar un paso en dirección al Averno. La mreli devolvió la mirada al Mariscal con ojos de apego, de apego y miedo. Eran los ojos de un reo en manos de su verdugo. Cráteros se acercó y la envolvió con sus poderosos brazos. El abrazo fue intenso,

eterno. La aldryani se agarró a él como nunca jamás antes lo había hecho. ¡No podía soltarlo! El Mariscal respiró hondo y levantó con un gesto tierno la barbilla de la aldryani. Se sonrieron, con los ojos acuosos, elocuentes. Una aldryani y un humano.

—Daos prisa —Xiola Umbar cogió a Yun—Xu de una mano.

Y se besaron. Shen y Cráteros se besaron con el más límpido de los besos. La aldryani se dejó llevar. Sabía que aquello era el final. Sus caminos se separaban. Había temido a ese hombre, lo había rechazado, pero en aquel momento no pudo detenerlo. Ella también quería hacerlo. Sus almas se

unieron. Y el leve abrazo de sus labios se transformó en un beso. Dos almas de especies distintas concentradas en un único beso; al fin y al cabo, eran dos almas. Jamás habría otro tan arrebatado y tan hermoso. Un beso que significase tanto. Un beso tan generoso. Nadie igualaría aquel beso sobre la faz de Glorantha. Lágrimas. Sus labios se separaron.

Cráteros respiró hondo. Dana elevó el vuelo con un graznido.

Yun–Xu agarró a Shen por la mano y la condujo junto a la diosa uz. La aldryani estiró su brazo a medida que se alejaba de Cráteros; sus yemas se acariciaron hasta que se separaron definitivamente.

Se sentía arrancada como un fruto de su árbol antes de estar maduro. Se dejó llevar por la kralorí, entre sollozos, arrebatada.

Una voz desconocida tronó potente desde la Puerta de Culsvula, el umbral iluminado que daba acceso al interior del templo:

—¿Dónde está el Sol Muerto? Aquí está *La Ayuda que Resucitó al Sol*: Orlanth.

—El Sol no necesitó ayuda para resucitar, y mucho menos de Orlanth; lo hizo él solo —masculló Cráteros buscando a quien había dicho esas palabras.

Por el brillante umbral que daba acceso a la arena penetraban las figuras de tres

hombres, tres bárbaros orlanthis, y un gato. El primero era grande, tanto como Cráteros, de aspecto amenazador, con la cabeza rasurada, las extremidades tatuadas y la insignia de La Espada de Humakt blasonada entre los anillos de su pechera. A su lado, con paso altivo y parsimonioso, avanzaba un gran felino de orejas puntiagudas y largos bigotes. Tras ellos, dos muchachos más jóvenes y menudos, de rostros barbilampiños, casi adolescentes, mirada febril y paso vacilante. Estaban agotados. Uno de ellos era peculiarmente extraño, de tez y cabello completamente albino.

—De nuevo Elmal, el Sol, necesita la ayuda de la Tribu de las Tormentas. Orlanth rescató al sol del Infierno,

devolviendo la luz al mundo. Aquí traigo al muchacho —aseguraba el tatuado señalando a uno de los críos—, es el elegido por Orlanth, el Tronante, para sellar de nuevo el Pacto Divino en contra del Caos Primigenio. Es con este chico con quien debéis jurar de nuevo el Gran Compromiso.

—¡Lo sabía! —exclamó Cráteros—. ¡No podíamos fiarnos de una troll!

—¿Y son los orlantis gente de fiar? —cuestionó Quirísofos.

—*La Ayuda que no se espera* es el tercero de los Soles. Y lo cierto es que si la ayuda viene de Orlanth, me resulta por completo inesperado —musitó Cráteros.

—Pero, Majestad, ¿no ha escuchado sus blasfemias? Orlanth asesinó a Yelm y casi llevo al mundo a su destrucción. Xiola Umbar es una diosa que siempre ha buscado la paz con los hombres.

—Los trolls nos arrancarían las tripas a la menor oportunidad.

—Y los orlantis nos traicionarán por sus propios intereses...

Shen los miraba a ambos, sin saber qué decir. Ninguna de las dos opciones le parecía buena. Los orlantis eran humanos de los más violentos; y los trolls eran...

El suelo volvió a temblar y, esta vez, el rugido fue mayor. El mundo se quebraba sobre sus cabezas. Parte del cielo de

piedra se resquebrajaba.

La oscuridad ocultó todos los resplandores rojizos del cielo. Una manta grande, gigante, cubrió la luz que reverberaba en el techo sumiéndolo todo bajo una impenetrable capa de negrura. Un coloso inmenso había tapado el cielo sobre la torre de Havan Vor. El aire se agitaba con violencia. Bandazos huracanados iban y volvían manejados a voluntad. Una criatura negra, alada, grandiosa, sobrevolaba el circo. Los buscadores tan solo podían contemplar una pequeña parte de toda ella. Sólo Yun–Xu comprendía que se encontraban en presencia del Dragón Negro. Uno, junto al Emperador Godunya, de los únicos siete dragones auténticos que



habitaban actualmente Glorantha. El Dragón Negro, emparentado directamente con el primogénito creador, Ouroboros, era un dragón auténtico y consejero de la diosa troll Cragaraña, reina de Dagori Inkarth. Sólo Yun–Xu era capaz de asimilar aquella presencia. Aquel ser podía abarcar en su totalidad cientos de kilómetros.

La niña kralorí sujetó a Shen de la mano y la miró a los ojos.

—No te preocupes, los dragones nunca nos harán daño.

La aldryani no era capaz de escucharla, ni siquiera entendía lo que estaba sucediendo a su alrededor. Sólo percibía algo oscuro y gigante sobre

ella. Algo imposible de abarcar. La sequedad en la boca y la oscuridad en el cielo.

Una ínfima parte se posó sobre la arena del Templo de los Antepasados. Y de entre la inmensa negrura descendió, con paso atronador y marcial, una escuadra acorazada compuesta por más de cien grandes troll. Grandes troll, sí, de un tamaño poco corriente que alcanzaban los cinco metros de altura en su gran mayoría. La centuria de enormes troll se detuvo haciendo un pasillo para que, desde lo alto del Dragón Negro, descendiera su ama y señora, la mitad diosa, mitad troll y reina de Dagori Inkarth, Cragaraña. Hija de Kyger Litor, la Madre de Todos los Uz, la Gran

Antepasada... y de un olvidado dios arácnido. Aquella Señora de la Oscuridad se acercó a los buscadores. Su torso de troll se fundía en la cintura con el cuerpo de una inmensa tarántula de color negro. Era diosa de la oscuridad, de las sombras, pero dominaba la Runa del Fuego con elegancia. Su cuerpo era llama y era sombra, fuego y tinieblas, calor abrasador y gélida oscuridad. Dominaba ambos elementos. No en vano era conocida también como la Bruja del Fuego. De su hermano, Zorak Zoran, había heredado el poder sobre las llamas que éste había arrebatado a Yelmalio en la Cima del Mundo. De Kyger Litor había heredado el poder de

dominar a los uz y a las sombras. De su padre había heredado aquel abominable vientre arácnido y las ocho patas.

Habló. Y de su boca no sólo partieron tinieblas, sino también llamas.

—¡Xiola Umbar, te ordenó que te marches! A los dioses no os está permitido intervenir en los asuntos de los mortales. Si así lo haces, arruinarás el Pacto. Los Portadores de la Luz deben colaborar sin manipulaciones para que el compromiso sea válido. Tus intenciones siempre han sido buenas, pero sigues siendo una ciega ingenua. Nos estamos quedando sin tiempo... literalmente. Ellos no lo entenderían, pero tú sí.

—¿Y tú, Cragaraña? Yo sólo intento guiar a los hombres por el mundo de los uz, pero si yo no puedo intervenir, ¿por qué tú sí? Si a mí no me está permitido intervenir, a ti tampoco.

—Yo soy semidiosa. Me remito a mi mitad mortal, a la mitad uz que comparto con todos los hijos de Kyger Litor, para intervenir. Soy mitad uz y, como tal, soy mitad mortal. Yo no solamente puedo, sino que debo mostrarles el camino hacia el hogar de mi medio-hermana. Yo soy la Arachne de la oscuridad y mi hermana es la Arachne de la luz. Mortales venidos de la superficie, venid a mí. Los Soles de la superficie sois tres y no dos. *La Ayuda de Orlanth Inesperado*, Portador de la luz, es el

tercero de los Soles que descendió al Infierno. Pero Xiola dijo la verdad al afirmar que había un Sol Negro, el cuarto Sol, el Sol Sin Luz, el Sol que No Se Ve. ¡El Sol Ciego que No Se Contempla! Por eso no lo vislumbráis desde el exterior ni hacéis cuentas con él. Aquí abajo existe y es indispensable. ¡Los uz siempre hemos sido parte indispensable del Pacto! Los hijos de la superficie habéis conducido hasta aquí a los Tres Soles, a partir de ahora los hijos de la oscuridad, los uz, los guiaremos por donde vuestro poder no llega. Cada uno tenemos nuestro hilo que aportar al Pacto. Y aquí, donde no hay luz, los templarios de Yelmalio debéis dar vuestro camino por concluido. Yo

conduciré a los Tres Soles de la superficie ante la presencia de mi hermana. Los uz hemos de equilibrar la balanza entre Luz y Sombra. Después de vuestra guía a través de la superficie, aquí empieza mi guía a través del Averno.

La monumental semidiosa dirigió su mirada de múltiples ojos a la entrada llameante del Averno, abierta junto a las básculas.

—No puedo dejar que se marchen con trolls —susurró Cráteros a Quirísofos.

—Nuestra búsqueda ha concluido, Majestad. Es así. —Quirísofos posó su mano en el hombro de Cráteros.

—Ese hombre tiene razón. —El rey

yelmalita se sorprendió; el orlanthi tatuado se dirigía a él—. Y tú no seas ciego. A mí me fue encargada la tarea de traer hasta aquí al muchacho; el Portador de la Luz lo llama la Voz del Viento. Él es *La Ayuda de Orlanth*, la que Elmal, el Sol Muerto, no esperaba cuando lo rescataron del Infierno para firmar el Pacto. Como el mío, tu cometido ha concluido, acéptalo; no tienes nada más que hacer aquí.

El yelmalita lo miraba desafiante.

—¿Que Orlanth resucitó a Yelm? No tengo a los tuyos por descerebrados arrogantes... Pero no me hagas cambiar de opinión. —Cráteros tragó saliva. Se estaba clavando los dedos en la palma



de la mano de apretar tan fuerte los puños.

—Sólo digo lo que es verdad: sin la ayuda de Orlanth, el Sol estaría perdido en el Infierno. —Ukranio levantó una ceja.

—Tú dios traicionó a Yelm y lo dejó moribundo en este lugar.

—Orlanth es el único que se atrevió a rescatar al Sol del Infierno.

—No digas tonterías, bárbaro. Tu dios es un bravucón traicionero. Su arrogancia estuvo a punto de provocar...

—¡No te permito que hables así de Orlanth!

—Voy a hacer que te comas tus

blasfemias...

Cráteros se abalanzó sobre el humakti, el cual respondió con velocidad. El yelmalita sintió la rodilla del orlanthi contra su estómago. Escupió, se quedó sin aire. Pero su puño, en cambio, había impactado contra el mentón del tatuado.

De haber tenido un cuerpo físico, ambos hubieran oído quebrarse la mandíbula.

—¿Por qué no os matáis y dejáis en paz al mundo? —con un gesto de Cragaraña ambos hombretones salieron despedidos en direcciones opuestas sin que nadie los hubiera tocado—. Si no estáis dispuestos a colaborar, no será posible que mi medio hermana hilvane por tercera vez el Pacto, el Gran

Compromiso. —Su rugido los paralizó como sólo una diosa tan monstruosa era capaz.—. Vuestros dioses empezaron una batalla que al borde de la destrucción nos llevó a todos. Mi hermana Arachne Solara lo arregló tejiendo el Pacto. Por tercera vez necesita que el Sol Negro le lleve la confianza depositada por los hijos de la superficie. ¡Dejad vuestras tonterías para la superficie! Orlanth salvó al Sol (y dónde ella dijo «Sol» Cráteros escuchó «Yelm» y Ukranio «Elmal») y yo necesito vuestra confianza para llevar conmigo a las Tres Ayudas, la de Orlanth incluida. Y si no, ¡mataos ya de una vez! Aquí mismo.

Ukranio y Cráteros se miraron

desafiantes, Shen y Yun–Xu consternadas, Quirísofos atento, Roy y Anxo desconcertados, Ashra expectante, Écaroh paralizado... ¿y Jan Paolo? Jan Paolo se arrastraba por el suelo de arena, ajeno a todas las miradas, taponándose la sanguinolenta herida del cuello, dejando un rojizo reguero de sangre. Su espíritu, herido de muerte, se arrastraba sigiloso hacía las mesas de momificación donde reposaba inerte su cuerpo físico... intacto.

Cráteros y Ukranio sostenían una mirada cargada de violencia.

La voz de la pequeña Yun–Xu hizo que ambos recordaran antiguas profecías:

—Mortales e inmortales necesitan la

guía de los dragones. ¿No descubrió Orlanth la verdadera divinidad cuando se desprendió de sus antiguas cargas y despertó el dragón que era en realidad? Durante mucho tiempo, Orlanth fue adorado como un dragón. ¿Y los sabios filósofos que veneran al Dragón Dorado? Eso que tú, yelmalita, llamas Sol, ¿no es en realidad un destello del Dragón? Ilumina a los hombres no sólo con calor sino también con sabiduría. Haced caso a los dragones y conservad la cabeza sobre los hombros.

Cráteros se frotó las sienes. Jamás había escuchado hablar a la niña kralorí con tanta vehemencia... aunque, claro está, Yun—Xu no parecía ya una niña kralorí.

—No lucharé contra ti —negó el yelmalita señalando al humakti—, el Pacto necesita de todos, sin excepción. He luchado con mercenarios de los tuyos y sé que los guerreros de La Espada veneráis la Runa de la Verdad, como los Lanceros de Yelmalio. Si peleamos entre nosotros, el Caos vence. El Pacto necesita de vuestros dioses. ¿Ese muchacho es *El Sol que no se espera*?

—Yelmalita —contestó Ukranio—, no sé nada de Soles. Sólo sé que ese muchacho ha de refrendar el Pacto Divino. No voy a discutirlo contigo. Ahora yo, La Espada de Humakt, he conducido a este avatar de Orlanth para ayudar a los que están perdidos en el

Infierno. ¿Acaso tú no lo estás? ¿Eres tú al que buscamos?

—No estamos perdidos. Hemos llegado hasta aquí para encontrar a la diosa que debe remendar la Red del Pacto.

—Hablas de Ginna Jar, la diosa que condujo a Orlanth hasta la tumba de Yelm y lo resucitó —exclamó Ukranio a los muchachos—. ¡Todo esto consiste en encontrar a Ginna Jar y refrendar el Pacto!

—Entonces yo... —Roy se adelantó.

—Orlanth rescató al Sol del infierno y, gracias a él, hoy disponemos de luz y calor en nuestros campos. Sobre tus manos recae ahora ese encargo.

—No empecemos otra vez —advirtió Cráteros.

*Dorna cayó al suelo resoplando. Volvió a levantarse, se apartó un mechón de pelo rojizo de la cara y continuó corriendo, adentrándose en el bosque, escapando de la bestia. La aldea estaba arrasada. Volvió a escuchar el estridente sonido de aquel monstruo volador, el Murciélago. Se estremeció. No podía dejar de correr. De llorar y correr.*

—Bravo —se acercó Xiola Umbar aplaudiendo—, por fin entendéis que debemos colaborar entre todos y no



matarnos. Si lo hacemos bien, el Pacto será tejido de nuevo.

—Los hijos de Yelmalio sois fuertes y valerosos —Cragaraña se había girado para mirar a Cráteros—, presiento que la Runa del Fuego es muy fuerte en tu alma, ¡pero sobretodo lo es en la suya! —Y señaló a Quirísofos—. Vuestra vida mortal termina aquí; sin embargo, yo os ofrezco una vida eterna. Y os doy la oportunidad de acompañarme en el descenso al hogar de mi hermana como parte de mi guardia personal y acompañar a las niñas. Abrazad mi fe. Renegad de la Runa de la Luz. Dejad aquí vuestros enclenques cuerpos de hombres y yo daré a vuestras almas dos cuerpos perfectos. Os otorgaré dos

cuerpos de uz para que forméis parte de mi séquito. Decid no a la Luz y abrazaos a mí.

Quirísofos miró a Cráteros y Cráteros miró a Quirísofos. No hubo ni un atisbo de duda en aquel intercambio, para sorpresa de la semidiosa de cuerpo arácnido.

—No. Si ha llegado mi hora, pereceré en el lugar al que Yelmalio me envió.

—No. Si éste es el final que Yelmalio quiso para mí, lo aceptaré con honor.

En ese momento, las balanzas de Quirísofos y Cráteros cayeron definitivamente del lado en el que se abría el cielo armonioso, sosegado y calmo, transformado en umbral radiante

y luminoso. El resplandor de la entrada celestial subió en intensidad.

—Que así sea —aceptó Cragaraña la voluntad de los mortales—, concludid el juicio. Vosotros —dijo dirigiéndose a Shen, Yun-Xu y Roy—, vendréis conmigo.

A Anxo le hubiese gustado despedirse del único amigo que había tenido en todo este tiempo, pero se encontraba muy aturdido. Se sentía ínfimo y diminuto. Aquel tormento lo seguía arañando por debajo de la carne. Entre angustias y desconsuelo observó cómo Roy se alejaba hacia la diosa troll. Apenas pudo susurrar. Su voz no le obedeció. Su espalda ardía con picores

inaguantables.

A Roy le temblaban las piernas. Intentó tragar, pero no le quedaba saliva. Se volvió hacia el albino. Alzó una mano temblorosa; quiso despedirse pero sólo pudo agitar la mano. Estaba aterrado. ¡Marcharía con una diosa troll, con medio cuerpo de araña, hacia el hogar de Ginna Jar! Sus ojos eran muy elocuentes, pedían ayuda. Con un gesto de la mano se había despedido de su amigo, de su mentor y de su lince guardián.

—Recordad que el Tiempo es lo que separa a los mortales de los dioses — dijo Cragaraña dirigiéndose a los Tres Soles—, y que contra el Tiempo no se

puede luchar. Arachne Solara ha tejido el Tiempo de cada una de las tres edades. El infinito os acercará a la divinidad. La unión es el Pacto.

La semidiosa levantó levemente una de sus enormes garras. Shen sintió un tirón del cuello. El collar metálico se elevaba suavemente, imantado por el movimiento.

—La confianza es la unión. El collar Uz en el cuello de la aldryani.

De pronto hizo un gesto brusco, el collar cayó por su propio peso a la vez que el kimono que cubría el cuerpo de Yun–Xu resbalaba dejando su cuerpo al descubierto. El dragón oriental de alargado cuerpo y finos bigotes,

dibujado con forma de ocho tendido que se mordía a sí mismo la cola, relucía con un brillo mágico sobre su piel.

—El Dragón es el Infinito. ¡Despréndete de tu piel de mortal! El Tiempo es el Infinito, y es lo que abrirá la puerta de la Diosa.

Cragaraña giró su mano y chascó sus dedos con un movimiento circular.

El tatuaje del dragón cobró vida, tomó relieve, e intentó abandonar la piel ambarina de la kralorí. La diosa troll hizo otro gesto con la mano y el dragón se detuvo, a la vez que los castaños cabellos de la lacia cabellera de Roy se trenzaban sin que nadie los tocara. El chico dio un respingo sobresaltado.

—Sois el hilo del Pacto, el tejido que ha de estar unido. Descendamos hasta la guarida de mi hermana, allá donde los Fuegos Infernales son más tenebrosos.

Roy no salía de su asombro, hacía unos días era un simple granjero y ahora...

Ukranio se volvió entonces hacia el palco donde arbitraban los jueces mayores. Por supuesto para él, el mayor de los jueces no era otro sino Humakt. Allí lo vio, sentado en su trono, embutido en su coraza y esperando dispensar justicia. A su lado reposaba, algo oxidada por el olvido de los fieles, su espada. *Hu*. Sin duda, los otros dos jueces mayores eran Darhuddan y Darhudana, los hermanos que juzgaban

las almas y sobre ellas decidían. Ambos hermanos tenían espejos en lugar de rostros y sobre su superficie pulida sólo se reflejaban las almas de quienes los miraban.

Entre los jueces menores, que para Ukranio eran dioses de las tormentas, el humakti contempló también el cuerpo disecado del fallecido Yinkin.

Clavando una rodilla en el suelo, el guerrero tatuado se dirigió a Humakt en pleno éxtasis de fe:

—Yo también soy La Espada y os ruego, Señor de la Justicia y la Muerte, que si las sentencias tenéis claras, me permitáis ejecutar vuestro veredicto.

—¡Que así sea! —contestó la gutural



voz de Humakt dando un golpe con su puño.

Entonces, también Écaroh recuperó la movilidad. Sin pensarlo, salió disparado en dirección al interior del templo.

Sin darse cuenta había volado sobre el espíritu malherido de Jan Paolo.

—Como Espada Ejecutora, yo te encomiendo ajusticiar al malvado —ordenó Humakt a Ukranio—. Ve tras él y separa su cuerpo de su alma.

*El jovencísimo Talos, héroe de la búsqueda de la Cima del Mundo, corrió al lado de su nuevo rey, Brito I de Edesia, cuando la horrible bestia*

*caótica emergida de Kahar se abalanzaba sobre el monarca. Con un tajo de su espada cortó uno de los tentáculos que se retorcían en la barbilla del ser... pero inexplicablemente el apéndice cercenado volvió desde el suelo, como imantado, a juntarse con el rostro del pulpandante.*

Écaroh encontró al hurón blanco entre las filas de espíritus que esperaban su turno para el juicio. El hurón salió corriendo al ver al búho. Se internó por desiertos y lóbregos corredores. El búho lo seguía sin demora cuando de pronto, a un lado del corredor, reparó en un

intenso brillo que provenía de una sala lateral. Se detuvo. Adoptando su forma humana se asomó al interior. Aquella sala estaba repleta de tesoros al alcance de su mano: sarcófagos rebosantes de piedras preciosas, cálices de oro y plata, medallones con incrustaciones, montañas de monedas..., la tentación era demasiado seductora. Tanto oro a su alcance. Sería rico, muy rico, si conseguía salir de allí... Tragó saliva, adoptó su forma de animal alado y salió a toda velocidad siguiendo el oscuro pasillo por el que había desaparecido el escurridizo roedor blanco.

—Debemos marchar ya —apremió

Cragaraña—. El Camino de Fuego nos espera antes de llegar a la Senda de la Telaraña.

La escalera descendía al Averno a través de un arisco y escarpado acantilado. La pared de roca, en llamas, estaba salpicada por gotas de lava que caían hacia un mar flamígero. Shen exclamó aterrorizada.

Cráteros se acercó hasta ella:

—Debes bajar sin temer al fuego. Sé que es demasiado pedir, pero también lo era que depositaras tu confianza en las garras de una... de una troll. Y lo has hecho valientemente. No te olvides de mí.

Y con delicadeza le colgó el collar que

su padre le había dado en la laguna Estigia, el collar que pertenecía a su madre y que ya jamás volvería a su tumba.

—Tómalo, creo que ya no podré enterrarlo junto a mi madre como mi padre quería. No se me ocurre mejor lugar para que tan bella joya pueda encontrar reposo.

—Gracias. No te olvidaré nunca — contestó la aldryani entre lágrimas.

Cráteros escuchó su respiración... y la poderosa voz del Juez.

—Hijos de la Luz, el juicio para vosotros ha terminado. Marchad en paz.

Junto al arco opuesto al Averno,

Cráteros y Quirísofos contemplaron una enorme cuadriga tirada por cuatro grifos cuyas plumas eran de oro. Lokarnos, dios que conducía la cuadriga de Yelm, esperaba sobre la arena del circo. Con un gesto indicó a ambos yelmalitas que subieran. El auriga sonreía amable y despreocupado.

—No os retraséis, los dos tenéis un lugar en el Salón de la Verdad, junto al Resplandeciente. Yelmalio os está esperando. Vamos, hay más gente que quiere veros.

Cráteros volvió la vista atrás para encontrar a lo lejos, y por última vez, la mirada de Shen. En la cuadriga tirada por los Reyes Grifos, junto a Lokarnos,

se encontraban dos figuras de menor tamaño.

—Vamos, hijos míos, os estamos esperando —Quien hablaba era su padre, Hiraclís—. La leyenda sobre la Guerra de los Héroeos es cierta. *La lucha empezará cuando nazca el hijo de un dios y el hijo de un demonio.* Aquí os tengo a ambos, al hijo de la luz y al del fuego.

—Pero padre, tengo que volver a Edesia. Aristarcos...

—Ya no está en tu mano —suspiró Hiraclís—, no puedes volver. Yo hubiera querido que Quirísofos te acompañara, pero ya ves: sois los dos *hijos* de los que hablaba la profecía. La

Guerra de los Héroes ha empezado; a Edesia no le queda mucho tiempo.

Junto al progenitor de Cráteros, el brillante espíritu de otro templario yelmalita, conocido con el nombre de Antígonos, sostenía el escudo y las armas del que fuera su superior. Dana se posó a su lado.

—Mariscal, es un honor tenerlo entre nosotros.

Los reencontrados se fundieron en un abrazo. La cuadriga conducida por Lokarnos se elevó por los cielos hasta convertirse en un diminuto punto.

Antes de que los embalsamadores de



cuerpos iniciaran la extracción de la masa encefálica por las fosas nasales del cuerpo de Jan Paolo, el cadáver abrió los ojos y se levantó de una sacudida. Su espíritu no estaba en la arena del circo, había logrado alcanzar su cuerpo físico e introducirse en él. Estaba abotargado, reumático y congestionado, pero se puso en pie golpeando a los inofensivos taxidermistas. Había sido desprendido de su túnica y pertenencias, y se encontraba recubierto en parte por vendas funerarias aromatizadas e impregnadas en conservantes. Jan Paolo no tuvo dudas. La puerta que conducía al firmamento de las deidades estaba abierta. El carro de Lokarnos se alejaba

veloz, mostrando el camino que ascendía a los cielos. Quizá ya no fuese posible hacerse con las míticas armas que ningún dios hubiese empleado en guerras ancestrales, pero sin duda, como hace años había hecho la Luna Roja, el primer paso para alcanzar la divinidad era ascender a los cielos. Y la puerta estaba abierta.

La momia de Jan Paolo se abrió paso a empujones entre los cuerpos tendidos y los acólitos de Ty Kora Tek. Se arrodilló junto a sus pertenencias y de la túnica extrajo una única cosa: la raíz succionadora. Después se arrancó las vendas más molestas y corrió hacia el umbral camino de los cielos.

Ukranio no titubeó al contemplar el cuerpo a medio momificar de un brujo lunar. Tendría que dejar al búho para después. No podía permitir que un cadáver que apestaba a Aprendiz de Dios volviera a caminar. Desenfundó su espada. ¡Ningún tumefacto abandonaría el lugar! Se lanzó por él.

El momificado cónsul retrocedió frente al ataque del humakti. Jan Paolo se apartó con una torpe finta que, sin embargo, sirvió para que el enorme guerrero tatuado diera con su corpachón rodando sobre la arena del circo. Ukranio se levantó presuroso. Jan Paolo sopesaba sus posibilidades de esquivarlo y alcanzar el umbral prometido. Ukranio avanzó y Jan Paolo

retrocedió. Como un gato y un ratón.

El orlanthi arremetió por segunda vez y el falso cónsul evitó la espada con un nuevo quiebro. Con una zancadilla Ukranio evitó que el antiguo diplomático escapara directo al portal. Cayó al suelo. Jan Paolo recibió un puntapié. Apenas vio el resplandeciente filo del humakti. El arma acabó levantando la arena del suelo en lugar de impactar contra Jan Paolo. El cónsul rodó con celeridad. Se arrodilló. Y el orlanthi le propinó otra patada en el estómago. La raíz succionadora, que tenía agarrada con tanta fuerza, salió despedida de su mano.

Jan Paolo escuchó al bárbaro cantar.

Levantó la vista. Ukranio entonaba una letanía mientras besaba la cruceta de su espada y la levantaba sobre su cabeza. El cónsul no lo pensó y le arrojó un puñado de arena a la boca. El orlanthi tragó la tierra y comenzó a toser. Jan Paolo aprovechó la oportunidad: agarró la raíz succionadora y golpeó con un extremo el estómago del coloso tatuado.

De inmediato, los zarcillos de la varita vibraron y penetraron la piel. Como si fuesen una manada de topos, los filamentos de la raíz se extendieron por toda la cintura del humakti, abrazaron su cadera, ascendieron por su pecho y bajaron entre las piernas. La raíz había extendido su poder bajo la piel tatuada. Y la sacudida fue como un tremendo

latigazo. El cuerpo de Ukranio se estremecía. Jan Paolo invocaba el poder de la Runa del Caos que gobernaba la varita. Sabía cómo hacerlo. No era una cuestión de fe en ningún dios. La Luna Roja no lo iluminaba. Sentía el poder que recorría la vara y penetraba en su cuerpo a través de la mano que la sujetaba. Jan Paolo pronunció otro verso y Ukranio volvió a agitarse. Los zarcillos de la raíz lo abrasaban. Se extendían rodeando su espalda, alcanzando su cuello... El vozarrón del humakti se había quebrado como si fuese de cerámica. El sufrimiento en el interior de su cuerpo era absoluto.

Anxo y Ashra, el chico albino y el lince hasta entonces espectadores de la

contienda, se abalanzaron sobre el brujo.

*Aristarcos no podía apartar la vista de la negra dentadura de aquel ser con cabeza de barracuda. El senescal cayó de rodillas y trató de rezar antes de que, con un único bocado, el monstruo le desposeyera de su cabeza.*

Jan Paolo tiró de la varita extrayendo los zarcillos. El falso cónsul sonreía amenazante. Estaba seguro de que el gigante orlanthi tardaría en recuperarse..., si llegaba a conseguirlo. Él, sin embargo, se encontraba pletórico de poder. La raíz rebosaba de sangre.

Retrocedió esgrimiendo su varita frente al felino y al muchacho que empuñaba un largo cuchillo. Entonces, en ese instante, otra brillante idea viniera a su cabeza. No lo atraparían. Recordó la búsqueda del segundo Sol, cuando ascendiendo a la Cima del Mundo adquirió, aprehendido de Yelmalio, un nuevo poder: Pared de Luz.

El falso misionero lunar recreó en su mente lo acontecido, susurró una súplica a su benefactor en aquel día y, como en aquella situación, frente a él se empezó a formar una brillantísima pared de reluciente y destellante luminosidad.

Justo lo que necesitaba para deslumbrar a sus adversarios.



La muralla de luz se elevó, como oro recién pulido, como un pequeño sol a mediodía cegando a los orlanthis. Ojos cerrados. Ashra maulló. El muchacho albino bajo la cabeza. De rodillas, Ukranio cabeceaba exhausto, murmurando algún tipo de maldición mientras intentaba recuperarse de las sacudidas de la raíz. Jan Paolo aprovechó el desconcierto, y la ceguera de sus perseguidores, para correr hacia la puerta.

El humakti alzó su murmullo que no eran blasfemias sino un canto, un himno, una plegaria a Humakt. Una oda al poder de La Espada.

Humakt le otorgó fuerza y precisión

divina para su ciega estocada. Aun abotargado, Ukranio blandió su arma con los ojos cerrados, sintiendo el poder succionador de la raíz abrasando bajo su piel y el destello dorado y cegador de la pared de luz grabado en su mente. Golpeó con una única y mortal estocada llevada por la bendición de La Espada. Jan Paolo no pudo evitar el mandoblazo del guerrero que, aun ciego, golpeó su vientre con precisión y brutalidad. El arma bendecida atravesó las tripas de Jan Paolo. Lo separó en dos mitades, física y espiritualmente. El cuerpo partido a la altura del ombligo, con la espina dorsal seccionada y las tripas asomando. Junto al cadáver demediado quedaba su espíritu partido de igual

manera.

Antes de suspirar por última vez y morir para siempre, el partido espíritu de Jan Paolo fue capaz de dirigirse al mayor de los tres jueces apostados en la tribuna, aquel que empezó el juicio y que ahora observaba su ejecución, aquel que era Humakt para unos y un simple fantasma sin rostro para otros:

—De ti me mofo en ésta que es mi hora, porque ni siquiera tú has podido juzgarme y condenar mi alma. Aquí se queda rota y sin conocer el Averno para tu deshonra y vergüenza. —Después se dirigió a Ukranio—. Y a ti maldigo, para que tu sueño se quiebre y toda tu parentela sufra lo indecible y malviva en

la miseria.

Y tras un leve suspiro, Jan Paolo pereció en cuerpo y alma, con los ojos abiertos y su mirada perdida en la locura.

—Después de éste, el otro siervo del Emperador Rojo, el búho *cambiaformas*, también debe ser ajusticiado —ordenó Humakt con voz cavernosa—. Ve tras él.

—Como ordene —Ukranio se arrodilló con gesto reverencial—, Pero necesito antes pedirle un último favor, por el filo de La Espada.

## Epílogo del Capítulo X. «El sueño de Ukranio».

—Señor, he soñado con la vuelta de La Espada y el resurgir de Murallas Blancas. He encontrado todo lo necesario, lo llevo en este zurrón. Sólo preciso de su espada para devolver su poder a nuestro pueblo. Necesito a *Hu*.

Ukranio, en posición jaculatoria, miraba hacia el suelo.

—Pero no puedes tomar esta espada — Humakt levantó su herrumbrosa arma—. Pertenece a un dios y ningún mortal puede tocarla.

—Pero necesito su metal para forjarlo

de nuevo y devolverle su poder.

—En eso te equivocas. Ésta es *Hu*, porque la forjé con agua de la Estigia y bajo el divino ritual. Pero ésta no es la única hoja que tiene el poder de la Muerte. Tú eres un Espada y, como tal, tu arma también es *Hu*.

—Entonces, ¿mi arma puede ser fundida con la Runa de la Muerte?

—¿Qué otro metal podría dividir un alma en dos mitades como tú lo has hecho? —contestó Humakt señalando el espíritu partido de Jan Paolo.

—¿Mi espada también es *Hu*?

—Sí, Humakt, ¿qué otro nombre puede tener tu espada? —Ukranio miró

sorprendido al dios que hablaba. ¿Le había llamado Humakt? Y en ese momento se dio cuenta que en realidad estaba hablando con Umath, padre de los dioses de las tormentas—. ¿Por qué te extrañas? Has invocado el camino de Términus, has traído hasta aquí el poder de la Muerte, el agua de la Estigia... Sólo Humakt podría hacer semejantes hazañas.

—Gracias, señor. Ya sé lo que tengo que hacer.

Ukranio volvió junto al chico albino. Anxo no entendía lo que pasaba. No podía moverse, tampoco hablar. Ukranio le extendió su arma para que la tomara, como otro Espada de Humakt llamado

Viktor se la había entregado a él tiempo atrás.

—Tómala, es ahora tu misión. *Hu* debe ser de nuevo forjada y llevada a manos del rey Broyan o de la reina Kallyr, Estrella en la Sien, para que con ella vuelvan a reconquistar Murallas Blancas. Llévala hasta uno de ellos. Aquí tienes el agua de la Estigia necesaria para enfriar el temple de la hoja. Envuelto en esta capa llevarás el poder de la Muerte, que es precisamente el poder de La Espada. En este libro está descrito el ritual para forjarla. Tómallo.

Ukranio entregó al muchacho albino su zurrón con el libro y un frasquito de



agua turbia, la capa de Vivamort y su pesada espada con su nombre escrito: Ukranio. El chico estaba boquiabierto.

—Vamos, Anxo. ¿No querías ser un héroe? Te doy la oportunidad de serlo.

El perplejo muchacho dudó. Respiraba sonoramente. ¿Qué podía hacer? Ofreció apocadamente su machete a Ukranio. Éste lo cogió, lo balanceó. El guerrero señaló al umbral abierto donde se vislumbraba un cielo azul. El muchacho pestañeaba sin parar.

—Vamos, corre, no todos los días se permite que alguien vuelva. ¡Corre!

Anxo trotó torpemente con una carrera timorata. Se volvió para mirar a Ukranio y contempló su único ojo exultante de

felicidad... hasta que su mirada se congeló como témpano de hielo.

—¡Cuidado! ¡Te está esperando! ¡Lo tienes justo delante!

El muchacho, sin parar de correr, se giró asustado.

Y con pánico observó que frente al umbral, impidiendo cruzarlo, se hallaba apostada la enorme efigie del Cándogo, el Sabueso del Infierno, exhalando fuego con cada ladrido.

—Nadie puede volver. Nadie puede salir y abandonar el rebaño.

El gigantesco perro gruñía desafiante, babeaba sangre y llamas, con los ojos inyectados y el pelo del lomo erizado.

Anxo intentó blandir la espada que le había dado Ukranio, pero era demasiado pesada y apenas podía sostenerla. Escuchó otro grito del humakti:

—¡No puedes luchar contra él!  
¡Recuerda la profecía de la Sargadela!

Y las palabras de la vieja meiga volvieron a su cabeza resonando como el eco: «*Un salto de fe te hará sobrevolar los obstáculos del camino*».

Y el joven aceleró su alocada carrera hacia el umbral protegido por el perro.

El can ladró desafiante y Anxo saltó hacia él, gritando.

Saltó.

Y sintió que su espalda restallaba, que

aquello que le laceraba salía por fin de su interior. Sintió una gran liberación. Se estaba elevando por encima del perro sin que éste pudiera hacer nada. Anxo volaba batiendo dos magníficas alas emplumadas. Después de todo, parecía que su madre no le había mentado al hablar del origen de su padre. El muchacho, retoño de un *hijo del viento* y de una repudiada orlanthi, se alejó volando en dirección a Murallas Blancas. Él sería el Ángel Exterminador, el Portador de la Muerte, para sus enemigos y también para sus aliados. Y no sólo porque llevara el filo de *Hu*, La Espada, y lo necesario para refundirla con el poder de Muerte, sino porque además arrastraría la infecciosa

plaga que barrería el mundo de maldades e impurezas. Anxo acabaría con sus enemigos, como era el sueño de Ukranio, pero también con sus aliados, liberando a la ciudad de todo rastro de vida, tanto del lado orlanthi como del opresor. ¿Sería esto debido a la maldición que el espíritu moribundo de Jan Paolo había lanzado sobre el sueño de Ukranio?

El sueño del guerrero se vería cumplido, pero así mismo sería torcido por la imprecación del agonizante Aprendiz de Dios.

## Capítulo XI. «La Rueda de la Hilandera»

*De cómo el mundo sigue girando en torno al eje de una rueda.*

*Todos los seres estamos conectados los unos a los otros. Nuestras acciones también.*

Écaroh perseguía al hurón por cientos de tortuosos corredores. Un repentino golpe de viento llevó hasta sus oídos un silbido, un susurro insinuante. El hombre se detuvo. Con curiosidad buscó el rincón de donde provenía aquel susurro. Bajo el dintel de una pequeña entrada

surgía una tenue luz carmesí, trémula y sugerente.

«*La curiosidad mató al gato*» decía el refranero, pero Écaroh tenía curiosidad de felino. Encorvado penetró por el umbral. Una decena de muchachas apenas adolescentes, pero ninguna ya virgen, retozaban juguetonas entre un sinfín de las más exquisitas alfombras, cojines y almohadones forrados de seda y terciopelo. Jugeteaban con frutas a medio comer y bebidas que derramaban sobre sus cuerpos semidesnudos. Aquel harén, aquel serrallo, captó por completo la atención del hombre que ya había olvidado la persecución del hurón. Entró sin pensarlo, relamiéndose. «Es momento de mostrarles toda mi fe lunar,

alabada sea la Diosa». Las muchachas lo recibieron con los brazos abiertos y lascivas muestras de cariño. El mercader sentía embarazosamente apretado su pantalón. Se dejó llevar: uvas, vino, pechos tersos y firmes...

De pronto las muchachas comenzaron a retorcerse más allá de lo que unos tendones humanos hubieran sido capaces de soportar. Una danza rota, maullando y bufando como gatos acorralados. Sus ojos se llenaban de sangre y sus labios de espuma blanca. Sus dientes buscaban con dentelladas al aire las carnes del confiado ciudadano del Imperio Lunar. Las uñas prometían arañazos dolorosos.

—¿Qué ocurre aquí? —exclamó Écaroh



buscando su ropa.

Las muchachas no eran ya niñas juguetonas, sino demonios enloquecidos.

—Dejadme ir —tartamudeó—. Sin duda esto es un error, ustedes...

Écaroh parloteaba buscando a su alrededor una manera de ganar tiempo y salir. Los demonios, retorciéndose en convulsas contracciones imposibles, ignoraban sus palabras. Écaroh agarró un cáliz plateado con varios rubís y se lo ofreció a la más cercana de las diablasas. La magia que había aprendido como mercader de Etyries, utilizada para satisfacer a sus clientes, hizo que la copa se llenara de un aromatizado bebedizo. Sin embargo, la diablesa

golpeó la copa tirándola al suelo. «¡Mierda! ¡Necesito otro truco!». Necesitaba su amuleto plateado representativo de la Luna Roja. Cuando la jauría de hambrientas diablas se arrojó sobre él, su cuerpo había transmutado en búho.

«¿Por qué me he dejado llevar hasta aquí?» Shen quería salir huyendo de la bruja arácnida y su escolta de trolls gigantescos. «Un camino tan largo para caer en manos de una troll». Sabía que no llegaría muy lejos; con seguridad la atraparían y se la comerían. «Voy a morir devorada». Sólo pensaba cómo y cuándo ocurriría.

Un miedo atroz se había apoderado de su cuerpo. Sus piernas temblaban pidiendo que corriera lejos. Pero no podía. Estaba rodeada por su peor pesadilla. Sentía que cada paso iba a ser el último y que nunca daría otro más. Yun-Xu tiraba de su brazo constantemente. La presencia de la kralorí era su único apoyo para seguir avanzando.

Junto a las dos muchachas caminaba el orlanthi a quien Cragaraña había trenzado el pelo con un gesto de la mano. Si habían oído bien, él era el tercero de los Soles, *La Ayuda Inesperada*: la que Orlanth ofreció a Yelm para sacarlo del Infierno. El chico parecía igual de aterrado que ella. Aun

así, a Shen no le gustaba la presencia de un humano seguidor de las tormentas. A pesar de su cara pueril y mirada cándida, portaba una espada escalofriante, y adornaba todo su cuerpo con pinturas rituales azules. Sin duda, pinturas orlanthis de guerra.

Los Tres Soles seguían a la escolta de la reina troll.

El suelo tembló de nuevo. Los Tres Soles tuvieron que sujetarse. Se tambalearon agitados y el viento se arremolinó en torno a ellos. Los trolls apenas se inmutaron. Sólo Yun–Xu sabía que se encontraban sobre el Dragón Negro y que tanto el espíritu de los bosques como el bárbaro de occidente

no poseían mentes preparadas para entender semejantes magnitudes.

Cragaraña se dirigió a ellos tres:

—Descenderemos por el Camino de Fuego hacia el interior del Averno. Cuando lo crucemos, os adentraréis solos por la Senda de la Telaraña. Al llegar allí, debéis recordar esta cuestión: ¿qué se puede hacer para contravenir el destino?

Roy quería hablar pero no se atrevía. La presencia de la monstruosa troll arácnida y su séquito de trolls gigantescos era intimidatoria. «Nada podemos hacer contra el destino que Orlanth ha deparado para nosotros. Su viento agita la cebada. Su voluntad,

mueve el mundo.» La kralorí y el espíritu del bosque debían tener el mismo miedo que él; por eso mismo le sorprendió escuchar la voz de la elfa.

—Las flores siempre crecen en primavera, ése es su destino.

Shen no se creía lo que acababa de hacer: ¡había hablado a una troll!

Yun—Xu permanecía callada, atenta, sentada sobre sus talones como tantas veces lo habían hecho su madre y su tío. Si escuchaba las palabras de aquel anciano espíritu, seguro aprendería una nueva lección.

—Vuestra voluntad es mucho más fuerte de lo que creéis, por eso estáis aquí los tres. Por eso los tres sois el Tejido de la

Red. Recordad que vuestra voluntad puede quebrantar el destino; incluso el que ya está escrito por los dioses. Nosotros, los que tenemos una parte mortal, también poseemos el albedrío del que ellos carecen.

Y en silencio, los Tres Soles continuaron el descenso a través del primero de los ocho niveles del Averno. Un acantilado hirviendo en llamas se erigía sobre un infinito océano de fuego. Cascadas de metal ardiendo caían sobre millares de almas. Los calcinados resucitaban, una y otra vez, sin morir definitivamente, aguantando sobre ellos el torrente ígneo reencarnación tras reencarnación.

El poder de Cragaraña y del Dragón Negro protegía a los Soles de las llamas.

Cientos de metros más arriba, entre los intrincados corredores del templo de Daka Fal, Écaroh volaba alejándose de la lasciva recua de diablasas que a punto había estado de estrangularlo. Recorrió cientos de pasadizos vacíos y silenciosos, sólo ocupados por la luz de las antorchas y los grabados en la piedra con escenas del Juicio. Maldijo su mala suerte. ¡Había perdido al hurón blanco! ¿Cómo iba a encontrar la salida de aquel lugar? Necesitaba encontrar al hurón. Necesitaba salir de allí.



Incontables leguas más abajo, en el segundo pozo del Averno, en el conocido como el Pozo de los Hilos Negros, miles de almas eran martirizadas por los talokans, aquí conocidos también con el nombre de *yamas*. Sobre los cuerpos de los condenados se dibujaban decenas de delgadas líneas negras, semejantes a hilos oscuros, trazadas con carbón ardiendo. Después, las hordas de *yamas* se encargaban de trocearlos siguiendo el diseño de los dibujos, con afiladas hachas incandescentes. Los cuerpos se volvían a sanar posteriormente y el martirio volvía a empezar.

Llantos, lamentos y el fuego purificador lo envolvían todo.

Cragaraña se acercó a los Tres Soles.

—Agradecidos estáis a los hijos del Sol por guiaros a través de la superficie. Agradecidos a los hijos de la Oscuridad deberíais estar por protegeros en el Averno. ¿Os imagináis descendiendo sin mí por el Camino de Fuego? ¡Recordadlo bien! Harta estoy de que en la superficie olviden siempre al Sol Negro.

Ninguno de los angustiados Tres Soles estaba seguro de poder, o querer, agradecer nada a nadie en ese momento.

*Ni la propia Cragaraña había*

*reparado en siete figuras que cruzaban el Camino de Fuego de manera furtiva. Los siete, héroes lunares enviados por el mismo Emperador Rojo, estaban reproduciendo una búsqueda heroica de Danfive Xaron. Trataban de encontrar a Ikadz el Torturador para liberar su poder caótico y hacer que, de ese modo, la conquista lunar fuera total, tanto en la superficie como en el Inframundo.*

Écaroh había transmutado en forma humana y corría por un laberinto de túneles de piedra. ¿Dónde se encontraba el hurón? Dobló una esquina y de sopetón encontró al gigantesco bárbaro

de cabeza rasurada y piel comida por tatuajes y cicatrices.

El orlanthi avanzaba hacia él con paso resuelto, mirada lúgubre y penetrante. Sujetaba un machete largo en la mano derecha que utilizó cortarse en un muslo de la pierna mientras avanzaba. Lamió el filo manchado con su propia sangre. Su lengua se tiñó de rojo oscuro. Un gato grande caminaba a su lado. Écaroh dio varios pasos trastabillados, reculando torpemente. Ukranio se tajó el otro muslo, acelerando su caminar, mientras comenzaba a entonar una penetrante letanía, un canto grave, una oda a la Muerte como las que solía entonar en el coliseo donde estuvo obligado a luchar. El cántico del

gladiador resonó escalofriante en los tímpanos del ciudadano del Imperio Lunar.

En las fosas del Averno, en el acantilado conocido como el Camino de Fuego, los Tres Soles continuaban su vertiginoso descenso salvaguardados por el Dragón Negro y los Hijos de la Oscuridad, el llamado Sol Negro.

—A esta profundidad se encuentran los condenados por Aplastamiento. —La voz de Cragaraña reverberaba omnipresente.

Muchas de las almas que caían a las profundidades del Mar de fuego acababan empotradas contra las rocas

del acantilado. En este nivel, enormes peñascos, algunos tanto como las montañas de la superficie, caían encima aplastándolos una y otra vez..., dejando enrojecidas manchas sanguinolentas en la piedra. Las rocas volvían a su posición original y los cuerpos a recomponerse otra vez, hasta que las rocas volvían de nuevo para aplastarlos. Una y otra vez. Así permanecerían hasta la reencarnación.

—Más abajo se encuentra la Fosa del Grito —continuó Cragaraña—. El humo y el fuego os impedirán ver el tormento de los condenados, pero escucharéis perfectamente sus gritos y lamentos.

Shen contemplaba embobada el

acantilado incandescente. Los talokans torturaban las almas de aquellos que habían sido olvidados por sus dioses o de los que no fueron reclamados en el Juicio de Daka Fal. ¿Qué diosa se atrevía a vivir en un lugar tan espantoso? Aquél no podía ser el camino para llegar al hogar de Arachne Solara. ¿Era Cragaraña en verdad su medio hermana? «Nos está conduciendo a nuestra tumba, vamos a morir en este lugar». La mreli miraba a su alrededor y todo lo que veía era el escenario sobre el que se asentaban sus peores pesadillas. Sólo el tacto de la mano de Yun–Xu la reconfortaba de alguna manera. «Un infierno de fuego, una legión de trolls... y hasta un orlanthi». El

chico parecía tímido, no habían cruzado palabra, pero no dejaba de ser un adorador del violento espíritu de las tormentas.

Descendieron durante horas a lomos, sin saberlo, del Dragón Negro.

La pequeña aldryani se estremeció por un frío familiar, un frío que sólo había sentido en presencia de...

Aullando y sobrevolando sus cabezas a gran velocidad, se acercaba un espectro desmentador. La mascota del difunto Jan Paolo. En el Averno la imagen del espectro era más nítida que en la superficie. La mancha oscura que Shen había contemplado anteriormente aquí



tenía un mortecino rostro pálido en el que dos grandes ojos inyectados en sangre resaltaban sobremanera. Sus manos eran dos esqueléticas garras huesudas. Se aproximaba velozmente envuelto en andrajosos harapos.

El aullido fue estremecedor.

Shen sabía que el desmentador era la última voluntad de Jan Paolo.

El espectro se abalanzó sobre los Tres Soles. Yun–Xu rodó por el suelo y se levantó veloz saltando con una acrobática cabriola. Shen también se hizo a un lado con rapidez. Roy gritó asustado, nunca había visto ningún fantasma semejante. Tan lleno de ira. Tan lleno de odio. El chico cayó al

suelo e intentó desenfundar la espada de su padre. El espectro lo inmovilizó con sus esqueléticas garras. El tacto era gélido. El chico empezó a marearse, a sentirse más débil. Tiritaba por el frío, y por el miedo. No veía nada. El monstruo trataba de absorber su fuerza. El orlanthi sintió cómo su rostro estaba siendo aspirado por una fuerza inhumana. Intentaba resistirse pero notaba que le faltaba aire. Se asfixiaba, no podía respirar. Tendido, con el desmentador sobre él, el chico consiguió desenvainar la espada de su padre. Agitó su filo torpemente hasta que consiguió, de un sablazo, romper el flujo de energía que el espectro estaba absorbiendo a través de su rostro.

El espectro aulló.

El muchacho respiró aturdido.

Cragaraña apareció como una exhalación, rugiendo con voz sobrenatural, y el espectro desmentador salió despedido al chasquido de sus dedos. El ser fantasmal desapareció maullando entre sombras, fuego y tinieblas.

Vino una nueva sacudida, un seísmo más potente que todos los anteriores, uno que hizo tambalearse incluso a la propia Cragaraña. La columna de trolls que la custodiaba también sintió la sacudida, algunos rodaron por el suelo sin control. Cragaraña habló con seriedad:

—El Caos es fuerte, está en cualquier parte y puede infectarlo todo. Mi medio-hermana os necesita sin demora. Sed cautos y cuidaos de los desmentadores; en el Averno campan a sus anchas... Nunca percibí a ninguno con mayor vileza. Esclavos de la infecta nigromancia. Tened cuidado y rezad para que no regrese.

Shen recordó amargamente al depravado Jan Paolo e imaginó los tormentos a los que habría tenido que someter al espectro.

—Pero usted nos protegerá — tartamudeó susurrante la aldryani.

—Vuestro destino ya no está en mis manos. Hemos cruzado elCamino de

Fuego. Debéis recorrer solos el Sendero de la Telaraña y recordad: ¿qué es aquello que no tiene principio ni fin? El tiempo es lo que separa a los mortales de los dioses.

Y con otro chasquido de los negros y peludos dedos de la reina troll, los Tres Soles cayeron al vacío sin saber cómo.

Se precipitaban dando vueltas. En caída. Y bajo ellos, el Mar de fuego. Con el corazón en un puño, aterrorizados, con el alma en vilo, asustados como niños abandonados. ¿Caerían en las llamas? ¿Qué había hecho la arácnida semidiosa troll?

Sobre ellos, la mancha oscura del Dragón Negro cubría por completo el

cielo rojo del Averno. Abajo, las llamas nerviosas y saltarinas del Mar de fuego rebotaban salpicando juguetonas, como olas de un mar picado. La caída fue lo más espantoso que cualquiera de los Tres Soles hubiera experimentado jamás.

Una caída para morir entre llamas.

La letanía de Ukranio se había convertido en un sonoro himno llamado *Tedeum*. Retumbaba, como sus pasos, contra las paredes de piedra del pasadizo. El orlanthi corría hacia Écaroh, en el otro extremo del pasillo, enarbolando el machete que había sido del Albino. Ukranio había dado al

muchacho de pelo blanco su espada para que con ella, su sueño fuera hecho realidad. La Vuelta de *Hu*. El devoto humakti corría como un toro tempestuoso hacía el acobardado mercader. Ashra, corriendo a su lado, bufaba como el depredador felino que era. Écaroh aferró su plateado collar y sintió su runa grabada en la palma. Ukranio dejó de cantar para emitir un sonoro grito, un desgarrador alarido de muerte. Con diestra habilidad, la aprendida durante siete años como gladiador jugándose la vida a cambio de nada, asestó un tremendo sablazo al farisaico mercader.

Pero el hombre se desvaneció frente a él.

El orlanthi estuvo a punto de resbalar y sacudirse a sí mismo con el machetazo. Había golpeado al aire. Un búho blanco de grandes ojos ambarinos echó a volar, veloz como pocos, como ratón al que persigue un gato... o dos lincees, en este caso. El búho se alejó aleteando a lo largo del pasillo, seguido del enorme gato sombrío y su acompañante tatuado.

Enojado consigo mismo por lo errado de su golpe, el orlanthi abandonó la carrera en pos del búho. Se sacó el parche que le cubría el ojo tapado, el ojo rojo. Los graznidos de un cuervo volvieron a resonar a su espalda. Por el pasillo apareció volando un grajo de negro plumaje, de aleteo veloz y graznido estridente. El ave se abalanzó ansiosa



sobre su ojo rojo, ahora descubierto. Ukranio la atrapó al vuelo, con su enorme manaza, a un palmo de su rostro. El cuervo luchaba por liberarse y, con el pico y las garras, trataba de arañar su misterioso ojo rojo.

—¡Atrapa al búho! ¡Es la voluntad de La Espada! Arrástralo hasta la Sala del Juicio, con o sin ojos. Allí os aguardo, pues ése será también el Juicio que a mí me espera. Te ordeno que lo hagas sin rechistar, o seré yo quien te arranque los ojos a ti.

Ukranio soltó al cuervo como los niños pequeños en conmemoraciones y ceremonias sueltan aves de plumajes blancos. El ave negra salió disparada

tras el búho que ya había desaparecido, perseguido por Ashra, doblando el siguiente recodo.

*Los siete buscadores lunares se encontraban en la Meseta del Dolor. Habían encontrado la Forja de Ikadz, donde se sumergía a las almas de los caídos en hierro fundido. Los magos lunares habían comenzado el ritual de su liberación.*

Los Tres Soles caían irremisiblemente al abismo flamígero. Roy notaba cómo se estiraban los músculos de su cara debido a la velocidad de la caída. El viento rugía envolviendo su cabeza. Sus

ojos lloraban sin que pudiera evitarlo.

Algo lo detuvo, algo blando y elástico que lo sacudió de arriba a abajo. Lo frenó poco a poco y de nuevo lo lanzó hacia arriba, después hacia abajo, arriba, abajo, arriba... Se habían quedado pegados, adheridos, a un inmenso tejido con millones de hilos entrelazados. Una colmena de mallas elásticas y pegajosas. La primera reacción del orlanthi fue agradecer a... a quien fuera, que aquella red lo hubiera detenido de una caída segura al Mar de fuego.

Respiró hondo; sus pulmones se hincharon. Las lágrimas inundaron sus ojos. A su lado Yun—Xu y Shen se reían

a carcajadas.

—¡Estamos salvadas!

—¡Estamos vivas!

Roy intentó levantarse. No podía. Resultaba muy difícil separarse. La red salvavidas estaba formada por unos cabos muy gruesos y pegajosos.

—Esto es... una inmensa tela de araña.

La red se expandía más allá del lugar adonde sus ojos, cegados y llorosos por la caída y los miles de destellos y fogonazos, alcanzaban a ver.

Shen empezó a angustiarse, a sentir que no podía respirar y que el calor de su cuerpo no sólo provenía de las llamas sobre las que se encontraban

suspendidos. Intentó ponerse en pie. Arrodillarse. Estaba poderosamente pegada a la tela gigantesca.

—No puedo moverme... ¡No puedo moverme!

—¡Yo tampoco! —contestó Roy revolviéndose infructuosamente—, ¡tenemos que salir de aquí antes de que la araña que hizo esto aparezca!

—Nuestro destino esta más cerca de lo que creemos —susurró Yun—Xu con su marcado acento de Kralorela.

—¡Ginna Jar vive en la Aldea de las Tormentas, no en las profundidades del Infierno! —chilló Roy temblando por el miedo.

—Arachne Solara tejió un pacto entre dioses... ¡no una tela de araña! —Shen gritaba fuera de sí.

—Si gritáis tanto y no dejáis de moveros, atraeréis a las arañas —dijo Yun—Xu.

—¿Pero qué dices? ¿Arañas? ¿Qué arañas? ¿Dónde están? ¡Odio las arañas!

El orlanthi se calló inmediatamente. La aldryani contenía la respiración con los ojos muy abiertos. La atenta mirada de la niña oriental se posaba en los confines más alejados de la inmensa telaraña. Centenares de criaturas del tamaño de toros celestiales se acercaban. Las arañas, peludas y silenciosas tarántulas, se desplazaban

velozmente sobre su enorme tela, como gacelas correteando por la sabana de Prax. Shen chilló angustiada, presa del pánico. Roy zafó una de sus manos de la pegajosa tela. Agarró la espada de su padre y asestó varios sablazos con rabia, llorando, pero la tela era sorprendentemente recia, firme y pegajosa. Le temblaban las manos. Las lágrimas nublaban su vista. Ni uno solo de los filamentos cedía mientras que al muchacho, por el contrario, cada vez le costaba más despegar el filo de su espada de la correosa telaraña.

Arañas de férreas mandíbulas babeantes y abdómenes abultados.

Ya se encontraban más cerca... a tiro de

flecha.

Ashra saltó tratando de alcanzar la mancha oscura que le había sobrevolado. El lince la reconoció y se detuvo. El cuervo debía ser quien siguiera la persecución.

El ave negra volaba vertiginosa.

El búho huía dando bandazos desorientados. No tardó en ser alcanzado. El cuervo fue directo a por los ambarinos y relucientes ojos de la rapaz nocturna. Pero una cosa es alcanzar a un búho, y otra muy distinta es arrancarle los ojos. Las dos aves se enzarzaron en una alocada persecución por pasadizos y corredores, en un



macabro correcales, cacería, justa o duelo. Plumas negras contra blancas quedaban por el camino, como fichas o trebejos de un tablero de mansubat.

A pesar de encontrarse encerrados entre los túneles de aquel funerario Templo de los Antepasados, en las profundidades del Inframundo, aquella era una batalla aérea en toda regla. El búho contra el grajo, como en el cielo luchaban Orlanth contra la Luna Roja. ¿Quién sería el amo y señor de los cielos cuando la Guerra de los Héroe terminase? El resultado era del todo incierto, como el de aquel otro conflicto a una escala menor, entre las dos aves, una negra y otra blanca.

Si el grajo pudo con el búho o el búho con el grajo, es una nueva de la que este narrador nunca escuchó conclusión, pues resultaba nimia en comparación con lo que el destino de los Tres Soles aún les depararía.

Roy fajaba impetuosamente por desembarazarse de la telaraña viscosa que lo aprisionaba. Las arañas se encontraban a medio disparo de flecha. Eran enormes. Desde allí podía distinguir, incluso contar, los numerosos ocelos de sus caras. Le ardía el brazo de blandir su espada y despegarla de la tela. Y fue a causa de la tensión que el orlanthi no percibió la aparición

espectral del espíritu desmentador.

Ya era demasiado tarde cuando un sentimiento de maldad, los escalofríos y el estómago encogido, advirtió a Shen que, mucho más cercano que las arañas, se hallaba el espectral siervo del exánime Jan Paolo. De nuevo, el maligno ser aparecía cuando más inoportuno resultaba.

Con un alarido de ultratumba se lanzaba sobre los indefensos.

Yun–Xu no sintió el gélido tacto de su esquelética garra hasta que ésta se cerró, como la pinza de un cangrejo, en torno a su muñeca. El espectro tiró con fuerza de ella. Shen y Roy la agarraban como podían, atrapados entre sedas de

telaraña. El frío era muy intenso. La maldad era una tentación glutinosa; en el Averno era posible palparla. La kralorí respiraba serena. Sus dos compañeros tiraban con fuerza, el desmentador también, pero la pequeña no se inmutaba. Tenía los ojos cerrados y repetía un mantra rítmicamente. Sabía que el desmentador se apoderaba de sus víctimas por el miedo que provocaba en ellas. Debía ser el agua que se escapa de entre los dedos, el junco que se comba para volver con fuerza a su porte original. La niña sintió que de nuevo se desprendía de su piel amarilla para asumir su alma verdadera, la del dragón.

Sorprendidos por las escamas, Shen y Roy soltaron el brazo de la niña kralorí.

Yun–Xu no era una niña, sino un dragón.

Nada ni nadie podía hacer daño a un dragón. Abrió los ojos. Miró con pena a aquella alma perdida, descarriada, y exhaló una poderosa llamarada abriendo sus fauces dragontinas de par en par. Yun–Xu escupió una llamarada que impactó con violencia sobre el espectro fantasmal. La más violenta erupción del más violento de los volcanes. Sus dos compañeros, aldryani y orlanthi, la contemplaban atónitos. El desmentador salió despedido, ardiendo, dando vueltas de manera incontrolada.

*La llamarada de un dragón no es solamente un intenso torrente de fuego.*

*Es la expresión más violenta del poder de su alma.*

El espectro desmentador desapareció envuelto por la mística llama.

Shen solamente tuvo un segundo para respirar. A la mitad de la mitad del disparo de una flecha se encontraba la escalofriante horda de arañas. Gritó. Pánico. Se revolvió inútilmente contra sus sedosas ataduras. No podía hacer nada.

Roy golpeaba, con bastante menos fiereza, la telaraña. La espada quedó por completo enredada. El chico tenía los brazos agotados; incluso sin telaraña, no hubiera sido capaz de levantar la

espada. Las arañas ya sólo se encontraban a una decena de pasos. Yun–Xu repetía un mantra con los ojos cerrados. Shen lloraba desesperada. Sentía el regusto de sus lágrimas a la boca. Roy dejó su filo sobre la sedosa tela, se rendía, era inútil intentar separarlo. Las palabras de la bruja Sargadela resonaron nítidas en su mente como un eco coreado. Recordó que la meiga había repetido una famosa frase de Orlanth: «*Con un fuerte soplido puedo apagar el fuego*». Y también recordó lo que contestó Ernalda: «*Y con un susurro, lleno de buenas palabras, puedes ahorrarte el esfuerzo del soplido*».

*Desde pequeños, los orlanthis aprendían que la violencia siempre era una opción. Pero las alternativas de Ernalda, esposa de Orlanth, también traían consecuencias positivas para el clan.*

Cuando la fuerza de Orlanth no parecía suficiente, era el momento de escuchar a Ernalda! El muchacho orlanthi había dejado de luchar. Respiró hondo.

—No podemos escapar de la telaraña. Es demasiado fuerte.

—Igual que nadie puede escapar del paso del tiempo. —Yun—Xu acarició una mejilla de Shen tratando de sosegarla—. Las arañas son las guardianas del



tiempo

—¡Eso es! ¡Las arañas son las guardianas de Ginna Jar! —exclamó Roy con excitación. Una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¿Son las guardianas de Arachne Solara? —Shen agarraba las manos de Yun-Xu; su contacto ejercía una sensación placentera en la mreli. Necesitaba sentirla.

—Son las tejedoras del tiempo —afirmó la kralorí acariciando de nuevo las mejillas de la aldryani—. Si no hay tiempo, no hay destino.

Las arañas se encontraban tan solo a un par de zancadas, Shen casi podían oler su fétido aliento. La aldryani contenía la

respiración. Su corazón bombeaba savia a toda velocidad, por todo su ser. Sentía su latir en las sienes, en el cuello, en el pecho...

Yun-Xu, de rostro siempre sereno, se liberó con facilidad de las ataduras de la red. Se levantó abriendo los brazos. Roy desenredó su espada y la guardó en la vaina. Se puso en pie. Shen estiró su mano hacia Yun-Xu; no quería separarse de ella.

—Tranquila, levántate y no tengas miedo. —La voz de la kralorí era cálida.

La atónita aldryani apenas tuvo tiempo de arrodillarse.

La telaraña no era ni tan pegajosa ni tan

enredada.

Al igual que sus dos compañeros Shen fue envuelta rápidamente en un ovillo. No opuso ningún impedimento. Los monstruosos arácnidos la aovillaron con delicadeza entre suaves hilos sedosos. La sensación de mimo resultaba agradable después de tanto desasosiego. Si las arañas eran las guardianas de Arachne Solara, todo acabaría pronto; y si no lo eran, pues también, aunque de forma bien distinta.

Yun—Xu y Shen estuvieron sujetas de la mano hasta que el ovillo lo impidió. Se rozaron las yemas de los dedos hasta el último suspiro, hasta el último momento. Ambas se sonrieron mirándose con

ternura a los ojos. Las arañas siguieron envolviéndolas, tejiéndolas con avidez, hasta que sus ojos también desaparecieron bajo el blanco hilo de seda.

—Hasta pronto —se despidió la aldryani cuando tapaban su boca.

—Hasta siempre, amiga —contestó la niña kralorí con su timbre calmoso.

Roy no entendía muy bien lo que sucedía. Las miraba con ojos relucientes. Ellas le devolvieron el gesto, llenando al orlanthi de calor y confianza. Los tres supieron que juntos habían de compartir un mismo destino. El destino de uno sería el destino de todos, de todos los pueblos. *Todos*

*luchamos, todos ganamos.*

Los tres estaban envueltos por sendos capullos de seda. Incomunicados, pero plenos de paz y sosiego. Una abrumadora sensación los embriagaba. Sin otro sentido despierto más que la intuición, la sensación de ser víctimas de un leve balanceo se hizo poderosa. Descendidos como péndulos. No eran conscientes de ninguna otra percepción desde dentro del capullo.

Una luz blanca, pura e infinita, le devolvió a Roy el sentido de la vista. Volvía a ver, después del cautiverio sensorial, como si hubieran retirado la malla que tapaba su rostro. Después de

la vista recuperó el oído. Seguía dentro del capullo de seda. De hecho, se sentía parte del capullo. No quería salir. En semejante estado de absoluta paz no precisaba de ninguna otra cosa. Se hallaba en un lugar luminoso. No veía puertas ni ventanas, paredes o techos, solamente luz. Se encontraba en una estancia compuesta exclusivamente de luz pura. Y en el centro de la estancia había una vieja rueca de madera. La rueca estaba parada.

A su lado había una mujer que sujetaba un huso.

Roy se ruborizó por su belleza. A contraluz, su contorno proyectaba una sensual silueta. Livianos y vaporosos

pañuelos cubrían su cuerpo, pasminas y fulares bordados con el mayor de los primores y el más puro de los casimires. De sus caderas pendía uno de tafetán encarnado, que hacía las veces de cinturón, engalanado por numerosas monedas y cascabeles tintineantes. Era la mujer más bella del mundo. Los delicados rasgos de su rostro, templado, permanecían disimulados bajo un sedoso *niqab* púrpura. Sus ojos, dos enormes perlas negras.

Y aquellos ojos de mujer se posaron con mirada piadosa sobre los tres ovillos. Avanzó unos pasos contoneando sus caderas y haciendo que las monedas y los cascabeles colgados bajo su vientre se agitaran como astros celestes en un

firmamento nocturno y estrellado.

Shen estaba segura de que era Aldrya personificada en una princesa aldryani.

Yun—Xu sabía que era un dragón quien se cubría de pañuelos.

Todo un universo de estrellas se zarandeaba en el batir de sus caderas.

—Bien hallados, os estaba esperando. Tranquilos, no temáis, porque aquí nada sucederá que no deba suceder. Nada que no queráis. Yo soy quien tantas veces ha sido buscada. La tejedora de la Red Cósmica del Divino Pacto. Algunos me conocen como Glorantha, otros como Ginna Jar o Arachne Solara, pero para todos represento la misma deidad, aquella que ha de adherir lo que el Caos



separa. Yo fui el elemento que unió a los buscadores de Orlanth, cuando descendieron al Infierno en busca de Yelm y firmaron juntos el Primer Pacto. Todos los dioses tuvieron que sacrificarse. Yelmalio, hijo del Sol, me hizo entrega de sus Tres Soles, la confianza y la ayuda de los pueblos que a lo largo del mundo había encontrado. Me entregó lo que más amaba, como lección para futuros buscadores. Y es, al final de cada edad, cuando nuevos héroes me buscan para renovar el Pacto. Ahora que el Imperio Lunar levanta de su letargo a los demonios del Caos y que la Guerra de los Héroes se aproxima, terminando con la tercera edad, nuevos buscadores venís a mí. ¿En busca de

qué? Lo que necesitáis para derrotar al Caos ya lo habéis hallado. *La Ayuda que no se espera* se fue resquebrajando con los años, pero gracias a la presencia de Roy podemos de nuevo hilvanarla, como hizo Orlanth al salvar a su enemigo Yelm y al aceptar las condiciones del Primer Pacto. *La Ayuda que se recibe* hermanó para siempre a dos pueblos lejanos. Shen, llevar el collar de una diosa uz es una muestra de tu sincero compromiso por mantener el Pacto. Yun—Xu, hija del dragón, *La Ayuda que se da*, el cosmos no podría existir de ninguna manera si los sabios y dadivosos dragones no nos mostraran el camino. El infinito marcado en tu piel, joven dragón, os hace inmortales

deidades. Tres Soles surgieron hace siglos y hasta mí fueron traídos por el primer Hijo de la Luz, Yelmalio. Juntos habéis refrendado su confianza, incluyendo al Sol Negro que guarda con celo y firmeza el hogar de la Tejedora y su lugar de hilvanado, rubricando el Gran Pacto entre uz, eravassars, aldryami, mostali, kralorís...

Roy, en completo éxtasis, no estaba seguro de entender esas palabras.

¿Ginna Jar estaba diciéndole que había hecho la misma búsqueda que Orlanth?

Las dos muchachas habían escuchado otra voz y otras palabras, acorde con sus creencias. Cada Sol entendía esas palabras conforme a su ser.

La luminosa diosa hizo una pausa, respiró hondo. Los Tres Soles sintieron como si cientos de mariposas les frotaran las mejillas. La divina presencia era tan bella que no podían apartar la vista. Arachne Solara continuó:

—Pero una última cuestión debe ser planteada para que la rueca vuelva a girar en torno a la Red que ha de ser remendada. Yun—Xu, ¿estás dispuesta a sacrificar tu inmortalidad dragontina, la Runa del Infinito, y entregar toda tu sabiduría milenaria para que el Gran Pacto pueda ser de nuevo zurcido? Shen, del pueblo de los aldryami, veo el collar y me asombro. ¿Estás dispuesta a renunciar a la Canción de Aldrya y no

volver nunca a escucharla para que su melodía forme parte del Pacto? Roy, del bravo pueblo de Orlanth, Señor de las Tormentas, ¿estás dispuesto a abrazar a tus antiguos enemigos, revivir a sus dioses, hacerlos aliados, y compartir tu fuerza y tu vida?

Los Tres Soles no tuvieron siquiera que pensarlo. La diosa estaba dentro de sus mentes y sabía lo que iban a decir, antes siquiera de ser pensado.

—¿Estáis seguros de entregarme vuestros destinos? ¿Y las runas que vuestros dioses os entregaron? ¿Viento, Infinito, Armonía, Movimiento? ¿De hermanaros con otros pueblos a los que, hasta ahora, considerabais enemigos?

Los Tres Soles rubricaron el Pacto con un pensamiento unísono.

Ya habían empezado a hilvanar la trenza.

—Qué así sea —certificó la diosa zurcidora quitándose el velo de la cara y pisando el pedal que hacía girar la rueca—. Tejeré el tiempo para que la cuarta edad exista.

La rueda empezó a rotar con una cadencia hipnotizadora.

Un nuevo seísmo hizo que todo se agitara con mucha violencia. Nada material había en aquel lugar excepto luz y, aun así, la luz se sacudió con vehemencia. Aquella convulsión había sido muy intensa, más próxima a un

cataclismo que a un terremoto.

—Debéis estar seguros de lo que me dais —repitió Arachne Solara—. El Caos ha escapado del Gran Bloque de Prax y ahora es libre de caminar.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —contestó Shen.

Nada más se escuchó, porque quizá ya ninguno tuviera boca, o la capacidad de usarla, pero con sus conciencias, con su amor, con sus pensamientos..., con todo eso que habían aprendido a lo largo del viaje, respondieron a la diosa. Se entregaban al Pacto como demostración de amor por los suyos y por los otros a los que habían conocido y respetado, por quienes habían sentido admiración y

compartido camino.

Arachne Solara tejía, hilvanaba hilo y remendaba la antigua red. Shen se sintió fluir, elevarse y marchar con el monótono sonido de la rueca mientras giraba. Su ovillo se deshacía y bajo la seda no quedaba rastro de sus pies, de sus piernas, de su cuerpo. ¡No había nada! ¡Había desaparecido del interior! Se habían entregado por completo. Ya no era cuerpo ni alma. Unida con el ovillo, era solamente hilo. Su alma fundida se ensamblaba como los otros dos hilos en una sola trenza, una trenza que la habilidosa diosa entrelazaba con soltura. La trenza, que era *todos* y cada uno de ellos y los suyos, se colaba primorosa en la rueda de la rueca y era



apuntada por la diosa.

Los tres buscadores se sintieron uno, se sintieron eternos e infinitos, parte y todo del cosmos y del universo. Los tres se sintieron en paz.

Tras el laborioso trabajo, la diosa prendió su nueva y renovada red, tejida con el camino y el respeto, con la confianza de los Tres Soles hacia los hijos de la Luz y de la Oscuridad y se la echó sobre los hombros como si fuera una mantilla.

Disfrutó de su suavidad y de su calor.

Y cuando sintió que la luz de su hogar titilaba por otro salvaje seísmo, la diosa marchó de su refulgente morada para terminar de rubricar el Gran Pacto que,

de nuevo, los hijos de la luz y la oscuridad le habían traído en comunión.

Arachne Solara ascendió por el Camino de Fuego, dejando atrás a condenados y a tolokans, rumbo al templo de Daka Fal. Desde allí se dirigió veloz, tan veloz como una diosa llamada también Glorantha podía, al lugar por el que el demonio del Caos conocido como Wakboth había vuelto al mundo, invocado por sus siervos *manchados*.

En cada una de las edades de Glorantha, los demonios del Caos habían intentado devorarla como salvajes depredadores, demonios o tumores, como Jotimam o Kajaboor. De todos ellos, Wakboth era sin duda el peor. Y ahora, el cruel

Wakboth, conocido también como *el Diablo*, había escapado de la prisión subterránea donde un impetuoso titán llamado Urox, el Toro Tempestuoso, adorado en las mesetas de Prax tras la Guerra de los Dioses, lo mantenía preso. El cadáver de Wakboth había permanecido indolente hasta que de nuevo, la Mancha delCaos lo había invocado. Había permanecido retenido durante siglos bajo el Gran Bloque de Prax, el Gran Bloque de adamantino, su celda de metal puro, rúnico, su cárcel de magia solidificada.

En cuanto uno de los mil rostros de Wakboth (uno feo, terrorífico y

espantoso), apareció bajo su prisión en el Gran Bloque, Arachne Solara lo envolvió con la Red. De los extremos de la misma tiraban, para evitar que se fugase, una pequeña kralorí, un joven orlanthi y una bella aldryani. Pero la diosa tejedora no era ni mujer ni dragón ni aldryani, sino una implacable araña del mismo tamaño colosal que su opositor. Y sobre el Diablo cayó con sus ocho patas arácnidas y sus fauces venenosas.

Su vientre abultado descargó toda la seda que acarreaba para inmovilizarlo sin darle ocasión, pues bien es sabido que si dejas hablar a un demonio corres el peligro de caer presa de sus encantos. Pero la presa era otra y no la diosa

tejedora. La Más Grande de los Grandes Dioses era ahora el depredador. Sin dar ningún chance al Diablo, lo devoró con avidez, como había ocurrido al final de cada edad.

Y cientos de arañas más pequeñas aparecieron atraídas por la llamada de su instinto, y entre todas las Guardianas del Tiempo devoraron al Diablo dando la oportunidad a Glorantha de llegar a la siguiente edad, la cuarta, y ver un nuevo día que, como *siempre, amanecería por oriente*.

## Epílogo del volumen III «Un brillo de Luz Negra»

*Cuando todo aquello terminase y si el mundo sobrevivía, Glorantha vería comenzar una cuarta edad y a muchísimas millas de allí, en el Condado de la Cúpula Solar de Sartar, un nuevo rey celebraría una ceremonia para nombrar nuevos Hijos de la Luz entre los fieles Lanceros de Yelmalio. En el ritual, los templarios serían agasajados con extraordinarios regalos. Y un nuevo Hijo de la Luz recibiría un halcón sagrado, un vrok, como presente. Yelmalio enviaría un espíritu para que poseyera y*

*«despertara» la conciencia de la rapaz sagrada. Uno de esos halcones «despertados» sería un macho fuerte y veloz, de nombre Cráteros, en honor a un gran héroe de la antigüedad. Halcón y amo quedarían por siempre unidos. Cráteros serviría de nuevo a Yelmalio como halcón y se aparearía con una hembra llamada Dana. Y de su gran camada de pequeños vorks, muchos serían «despertados» por espíritus solares, enviados para los futuros Hijos de la Luz.*

*Cráteros, el Mariscal, jamás soñó reencarnarse en halcón.*

El siguiente fragmento fue encontrado

por este abnegado cronista, siglos más tarde de los hechos aquí narrados, entre los estudios de un escriba viajante de nombre Augusto Poncio, tataranieto de Fazzur y familiar por ende del malogrado Máximo. Por ello, me limito a plasmar literalmente lo que el documentalista indagó en su familia:

*Del mito del Juez y de cómo Máximo Poncio nunca llegó a los cielos.*

Muchas son las leyendas que adornan el final de la extinta tercera edad y su estremecedora Guerra de los Héroeos, como la de los templarios yelmalitas que ascendieron a los cielos tras una búsqueda épica en lo más profundo del



Averno, o cómo una aldryani, una kralorí y un orlanthi tejieron de nuevo el Gran Pacto o Compromiso Divino contra la Mancha del Caos. Pero de todas ellas, mi favorita versa sobre otro héroe, uno, miembro de mi propia familia. Nunca quedó fijada en pergamino alguno, pero una serie de fábulas y refranes atestiguan estas hazañas que pasaron a formar parte de la tradición y el folklore. Así pues, la tribu de los Siete Buitres de Papos tiene la tradición de amenazar a los niños arrogantes con la expresión «pórtate bien o vendrá el Juez y te partirá en dos»; siendo que en algunos lugares de Prax, se llegó a cortar el cuerpo exactamente por la mitad, a manos de un

verdugo, como condena para aquellos que se negaban a ser juzgados.

En otros lugares, el juego de «la Puerta y el Juez», en el que los niños corrían a pasar entre dos palos que simulaban la Puerta, sin ser tocados por un tercer palo que simulaba ser La Espada. Por su sencillez y facilidad, este juego se fue extendiendo a lo largo y ancho de tierras nómadas y bárbaras, sustituyendo al clásico «la caza del broo» y otros más antiguos y aburridos.

Quedaron pueblos en antiguas provincias del Imperio Lunar donde las expresiones «no seas tan arrogante como Máximo», «no irás ni arriba ni abajo, como el Hechicero» o «deja a tu

hermano en paz, o por la noche vendrá Jan Paolo a por ti», entraron a formar parte del refranero sin que muchas veces se conociera el origen de dichas frases o sus significados.

Los testimonios de la tercera edad son amplios, pero poco queda de esta leyenda.

No obstante, hay quien dice haber visto en templos recónditos y lugares olvidados, esculturas de un demonio saltando hacia un arco mientras un coloso de mirada fría le atravesaba la cintura con una espada. En otros lugares la escultura estaba invertida: el demonio clavaba la espada al coloso e incluso se cambiaba la espada por una suerte de

rayo o una balanza que aplastaba la imagen del que huía.

Alguna vez se escuchó a un condenado encomendarse a Jan Paolo de Kanravx antes de ser ejecutado, a sabiendas de ser culpable, quizá con el objetivo de esquivar en el último suspiro las llamas del infierno; o incluso, a reos que pedían morir gracias al filo de una espada en lugar de ser ahorcados o lanzados a un lago con un peso, porque se decía que aquél que en el momento del juicio era muerto por espada, no iría ni al cielo ni al infierno.

Todos los testimonios son tan variados como contradictorios. De lo que hizo y por qué lo hizo, y si la espada de la

justicia fue capaz de exterminar a aquel espíritu que tanto ansiaba la gloria y la inmortalidad, nunca nada se sabrá. Lo que es cierto es que del Inframundo no salieron ni Juez ni Hechicero, y que sus espíritus, estén donde estén, no fueron ni al cielo ni al infierno.

Que en el clan de los Trescuervos las madres ponen hierbabuena y romero en la efigie de un hombre partido en dos, para que los niños no nazcan malformados, es una realidad. Que en las escuelas de gladiadores de la antigua Glamour, capital del extinto Imperio Lunar, se teme e idolatra a un guerrero llamado Ukranio, que comparte altares con Humakt y Yannafal Tarnils, también.

Pero el hecho de que una vez al año, durante el Tiempo Sagrado, en la ciudad de Murallas Blancas se reviva *la Procesión del Sagrado Juez y el vil Hechicero*, tal vez significa que no todo el camino de Máximo Poncio fue en balde. Pues quizá, y sólo quizá, hasta los acontecimientos más extraños tuvieron un significado. Como es sabido, lo único que nos iguala a todos es la muerte, y el tiempo es lo único que separa a los hombres de los dioses. Sólo el tiempo dirá si el mito del Hechicero y el Juez es un mito de muerte o un mito atemporal.

Augusto Poncio.

Estudio sobre los orígenes de mi familia.

Saben todos los que pueden oír que, desde el final de la tercera edad y la Guerra de los Héroes, el ulular de un búho blanco de grandes ojos amarillos se vuelve a escuchar cada noche en el Paso del Dragón, en el reino de Sartar.